

V R E U G D E N H I L

HISTORIA BIBLICA PARA LA JUVENTUD

TOMO II



J. Vreugdenhil

HISTORIA BÍBLICA

PARA

LA JUVENTUD

ANTIGUO TESTAMENTO

— TOMO II —



Editorial CLIE
Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)

HISTORIAS BÍBLICAS PARA LA JUVENTUD
Tomo II

© W.M. Den Hertog

Traductor: Valentín Muñoz Maillo

Depósito Legal: B. 32.668-1994
ISBN 84-7645-761-8 Obra completa
ISBN 84-7645-763-4 Tomo II

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
È.R. n° 2.910 SE -Polígono Industrial Can Trias,
c/Ramón Llull, s/n- 08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Clasifquese: 28 JÓVENES
C.T.C. 04-28-2000-09

Referencia: 22.37.80

Índice

38	<i>El tabernáculo</i>	7
39	<i>El ministerio del sacerdote</i>	14
40	<i>Nuevamente de viaje</i>	22
41	<i>Incredulidad y castigo</i>	30
42	<i>La rebelión</i>	37
43	<i>La peregrinación</i>	44
44	<i>Balaam</i>	53
45	<i>Muerte de Moisés</i>	63
46	<i>Librados de un peligro inminente</i>	70
47	<i>Vencida por la fe</i>	78
48	<i>El fruto del pecado</i>	85
49	<i>Conquistando la tierra</i>	93
50	<i>Las grandes fiestas</i>	104
51	<i>Los primeros jueces</i>	112
52	<i>Una madre en Israel</i>	121
53	<i>Gedeón</i>	130
54	<i>Un desheredado honrado</i>	141
55	<i>Un luchador solitario</i>	149
56	<i>Rut</i>	166
57	<i>Un ruego atendido</i>	178
58	<i>Samuel con Elí</i>	184
59	<i>Llegada del castigo</i>	191
60	<i>El arca en el país de los filisteos</i>	197
61	<i>Samuel</i>	206

62	<i>El primer rey</i>	214
63	<i>Padre e hijo</i>	224
64	<i>Saúl rechazado como rey</i>	231
65	<i>El arpista de Belén</i>	237
66	<i>Guardado por el Señor</i>	249
67	<i>El fugitivo</i>	256

Capítulo 38

EL TABERNÁCULO

Éxodo 25:10-40

Éxodo 35, 36, 37 y 38

Quizás el título de este capítulo no os diga nada, porque probablemente no entendáis lo que significa.

En primer lugar os diré que el tabernáculo era una tienda. Ya sé que estaréis diciendo:

–Bueno, esto no nos aclara mucho la cuestión. Tenéis razón si con ello me refiriera a una tienda de campaña como las empleadas por los soldados o los campistas. Pero no se trata de una tienda tan simple.

Os hablaré de la magnífica tienda en la que el Señor quería morar. Podemos leerlo en Éxodo 25:8, donde el Señor dice: «Y me haréis un santuario y yo habitaré entre vosotros».

Ahora comprendéis a lo que me refiero. El Señor, el Dios de los israelitas, vendría a morar entre ellos.

No vayáis a pensar que el Señor necesita una vivienda. No, el cielo es la morada de Dios. Sin embargo, el Señor está también en la tierra, está en todas partes.

¿Por qué dice entonces el Señor que vendría a morar entre el pueblo de Israel?

Es como si el Señor dijese:

–Os saqué de la tierra de Egipto, Faraón y todos vuestros enemigos han muerto. Os he dado pan del cielo, el maná y el

agua de la peña. Con seguridad os he traído hasta aquí. Os llevaré también hasta Canaán y cuando, por fin, lleguéis allí os protegeré también de los enemigos y os ayudaré en aquella tierra. Soy vuestro Jefe y vuestro Rey. Ahora deberéis construir un santuario para Mí, un templo. Ésta será la señal de que Yo estoy en medio de vosotros.

¿Acaso los israelitas deberían construir un templo de piedra? No, esa obra era imposible ya que no podrían llevar con ellos un templo de piedra, pues estaban cerca del Sinaí y habrían de emprender nuevamente su marcha hacia Canaán.

Por esta razón, los hijos de Israel, deberían construir una tienda. Ellos mismos habitaban también en tiendas; de esta forma cuando emprendían la marcha, las recogían, las enrollaban y las llevaban consigo. Así también debían hacer con la tienda del Señor, un tabernáculo que pudieran desmontar fácilmente cuando emprendían la marcha y que pudieran montar rápidamente cuando acampaban en un lugar. Pero tenía que ser una tienda muy hermosa, un tabernáculo de gran belleza. Algo que pudiera compararse al palacio de un rey.

Un día Moisés convocó al pueblo y les dijo que deberían hacer una tienda, un tabernáculo para el Señor.

Para ello necesitaban tablas y vigas, las cuales tenían que ser pintadas hermosamente. La pintura sólo podía ser de color oro, por tanto era necesario disponer también de oro para recubrir las.

También tenían que procurar plata y cobre y material para confeccionar cortinas. La tienda tenía que estar cubierta por un techo para que la lluvia no mojase el interior. Pero este techo no debería ser de tejas, como nuestras casas, sino un techo realizado con pieles. Así es como el Señor se lo había pedido a Moisés.

—¿Quién de vosotros —dijo Moisés— puede privarse de alguna de estas cosas y darla para el tabernáculo? El que esté dispuesto, que vaya a buscarlas y me las traiga.

Jóvenes, prestad atención. Los israelitas no fueron obligados, no se les exigió, sino que podían hacerlo libremente.

Nosotros en nuestro país, tenemos también casas en las cuales el Señor quiere morar, son las iglesias. También se nos

pide que demos algo para el servicio del Señor. Cada domingo nuestras ofrendas son recogidas en la iglesia. ¿Qué dais para el servicio del Señor? ¿Preferís dar lo menos posible? Si uno, por ejemplo, puede dar diez pesetas y solamente da una es un avaricioso; pero si uno sólo puede dar una peseta ha dado lo que tenía. Nuestro deber es dar cuanto podamos ya que todo lo recibimos del Señor.

Los israelitas van a sus tiendas y no tardan en volver cada uno con alguna cosa de la que pueden privarse. El que es rico da mucho, el que es más pobre da menos, pero... todos traen algo. Lo entregan a Moisés el cual se lo agradece de corazón. Al poco tiempo alrededor de Moisés hay montones de cosas. Bellas cortinas de lienzo, la Biblia habla de «lencería». Hay oro, plata y cobre. Muchas pieles de cabras, tejones y carneros. Algunos traen hasta espléndidos diamantes. Pero, ¿cómo han obtenido los israelitas todos estos objetos preciosos, ese oro y plata? Lo recordáis, ¿verdad? Lo obtuvieron de los egipcios. Los egipcios les dieron todo eso cuando los israelitas se lo pidieron, pues no se atrevieron a negarles nada. Ahora los israelitas entregan sus tesoros para el servicio del Señor. Tanto han traído que Moisés tiene que decir:

–Ya es suficiente. No necesito más.

Tal vez hubo algunos israelitas que pensaron: «Yo no quiero dar nada». Era gente avariciosa, pero éstos no pudieron decir más tarde: «Yo he participado con mi ofrenda en la construcción del tabernáculo». No, ellos pensarían más tarde: «Nada mío hay entre las ofrendas». Puede que hasta hayan sentido vergüenza.

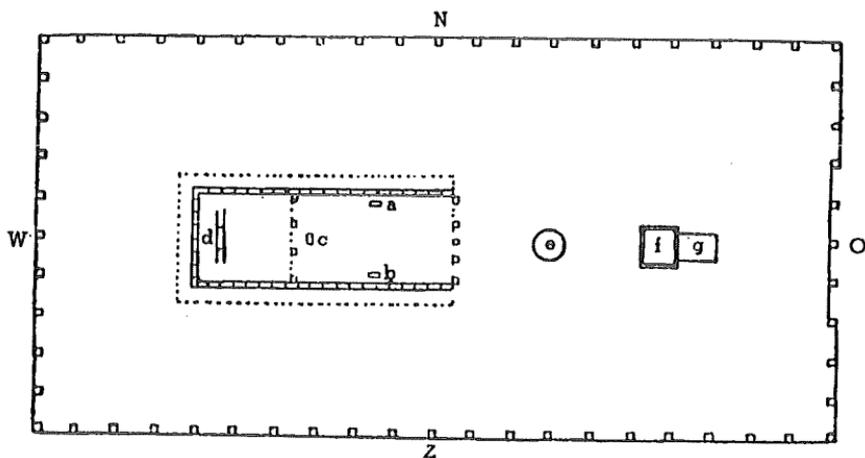
–Ahora debéis ayudarme –dijo Moisés a los israelitas.

Todos están muy ocupados. Las mujeres comenzaron a bordar con gran primor las cortinas.

Debían adornarlas con flores y ángeles. Han puesto todo su interés en el trabajo.

Las tablas debían ser cepilladas para que estuvieran bien lisas. Las vigas cortadas y debían tallar en ellas bellas figuras. Las pieles de los animales tenían que ser cosidas y unidas unas con otras. Había mucho trabajo que hacer.

Dos hombres eran los encargados de dirigir los trabajos,



Largo del Atrio 100 varas, ancho 50 varas

Largo de la tienda 30 varas, ancho 10 varas, alto 10 varas

Entrada hacia el Oriente

- a. Mesa de los panes de la proposición
- b. Candelabro de Oro
- c. Altar del incienso
- d. Arca de la Alianza
- e. Fuente de cobre para los lavamientos
- f. Altar del holocausto
- g. Gradas del altar

uno se llamaba Bezaleel y el otro Aholiab. Procurad retener estos nombres. Eran hombres muy inteligentes, pues Dios les había bendecido con el don de la sabiduría. Sabían exactamente cómo tenían que hacer las cosas. Cuando los israelitas tenían que hacer alguna cosa y dudaban cómo hacerla acudían a ellos y éstos les decían cómo debían actuar.

Había gran animación en el campamento. Cada uno tenía su trabajo. Todos trabajaban con gran alegría y gozo, les encantaba trabajar en la construcción del santuario para su Rey.

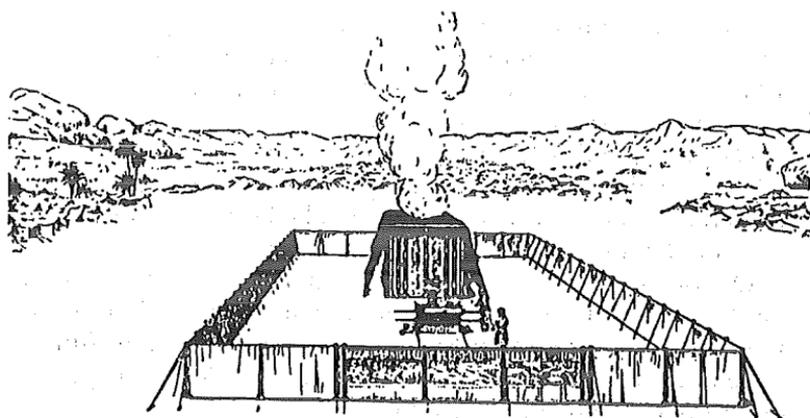
Cuando las mujeres terminaban una cortina la llevaban a Moisés, éste la examinaba y si estaba bien la colocaba junto a los demás objetos ya preparados. Al fin todo está terminado. Cada cual se había esforzado en realizar su trabajo de la mejor forma posible. Entonces comenzaron a montar el tabernáculo. ¿Encajarían todas las partes?

Comenzaron por enderezar las vigas, cubiertas de oro, que al resplandor del sol destellaban brillantemente. Las vigas no debían ser clavadas en la arena; para sujetarlas se construyeron unas bases de plata en las cuales eran encajadas las vigas. Las tablas no podían clavarse sobre las vigas; para sujetarlas a ellas usaron unos anillos de oro. Cuando las partes laterales estaban construidas se cubrieron con las cortinas. Primero se colocaba una hermosa cortina bordada, sobre ella una piel de cabra, después una piel de carnero y todo ello se recubría con la piel del tejón. De esta forma había cuatro cortinas, una sobre la otra para que ni una gota de agua pudiera filtrarse.

La tienda se dividía en dos partes, separadas por una cortina muy pesada a la que dieron el nombre de velo. A la parte más pequeña dieron el nombre de «el lugar santísimo» y a la otra parte se la llamó «el lugar santo».

Allí estaba levantada la tienda. Era un espléndido tabernáculo. Todos estaban contentos y orgullosos de la obra realizada.

Mirad, ahora traen una caja, está cubierta también de oro. La tapa es de oro puro. Encima de la tapa hay dos ángeles de oro. Esta caja se llama «el Arca» y la cubierta, la tapa, era la «cubierta de la expiación». El Arca de la Alianza fue colocada en el lugar santísimo.



El Tabernáculo

Otros hombres portan una magnífica mesa. Es la mesa de los panes de la proposición. Otros traen una hermosa lámpara. Como podéis imaginar no se trataba de una lámpara eléctrica. Era una gran lámpara que a su vez estaba formada por otras siete lámparas de aceite. También estaba construida en oro. Por lo que se la llamaba el «candelabro de oro».

Por fin traen un hermoso altar de oro. Es el altar de oro del perfume. Estos tres objetos son colocados en la parte más grande del tabernáculo, es decir, en el lugar santo.

¿Es posible que ahora todos entren en el santuario? No, alrededor del palacio de un rey suele existir un jardín vallado. De igual forma, alrededor de este magnífico tabernáculo existe un jardín cercado, al que se llamó «el atrio». Este atrio no estaba vallado por una reja, sino por cortinas. Se habían levantado pilares de cobre y entre ellos se colgaron hermosas cortinas blancas.

En el atrio se colocaron otros dos objetos. Un altar, no hecho de oro, sino de cobre. Se le llamó el «altar del holocausto». También se colocó una gran fuente de cobre, que fue llenada de agua para que los sacerdotes limpiasen con ella el atrio.

Todo ha quedado hermoso. A los israelitas les parece todo magnífico. Pero... ¿será del agrado del Señor? ¿Querrá morar el Señor allí...? Los israelitas no lo saben, no pueden darse contestación a su propia pregunta.

De pronto todos levantan su mirada hacia la columna de nube. La columna de nube desprende un calor de fuego, desciende lentamente y se posa sobre el tabernáculo. Esa nube no era el Señor, sino la señal de su presencia.

Queridos jóvenes, ésa era la prueba de que el Señor lo aprobaba todo, de que el Señor moraría allí. Los israelitas están presentes y lo contemplan. Su corazón se llena de un profundo respeto. Están gozosos porque lo han dado todo con alegría y ahora no se arrepienten de ello.

Aquellos israelitas que no dieron nada por ser un poco avaros, también están presentes. Sin embargo, no están alegres, sigilosamente se marchan a sus tiendas, sienten vergüenza. Es el castigo de su avaricia.

Capítulo 39

EL MINISTERIO DEL SACERDOTE

Éxodo 39
Levítico 8

Jóvenes, ¿recordáis de qué forma Dios dio los Diez Mandamientos? En la cima del monte Sináí se posaba una negra y oscura nube de la cual salían continuamente relámpagos y retumbantes truenos, aunque más potente que éstos resonaba el toque de la trompeta, ¿recordáis? Todo el monte crujía y temblaba, todo el monte humeaba como un horno ardiente. Los israelitas tenían miedo, no se atrevían a quedarse allí y retrocedían lentamente temblando de miedo.

Dijeron a Moisés:

—Que el Señor te hable a ti y luego tú nos lo dirás a nosotros.

¿Cómo puede explicarse que tuvieran tanto miedo de Dios? Adán y Eva al principio, en el Paraíso, no tenían miedo de Dios. Pero más tarde sí y fue entonces cuando se escondieron de Dios. ¿Cuál fue la causa? Supongo que la conocéis muy bien. Habían comido del árbol prohibido, habían desobedecido el mandamiento de Dios. Todo ello fue la causa del pecado.

Los israelitas temían a Dios y era igualmente por causa del pecado.

Si nosotros tememos al Señor, también es por causa del pecado. Cuando hay tormentas y resuenan esos terribles

truenos, muchos tienen miedo. Es imposible que encontremos a Dios, somos desobedientes a sus mandamientos y Él está airado contra nosotros. Por esa causa los israelitas querían tener una persona que hablase a Dios en lugar de ellos, que fuera su intermediario.

Ahora el Señor había venido a habitar con los israelitas. El tabernáculo, la vivienda de Dios, ya estaba lista, como narré en el capítulo anterior.

¿Estaba permitido a todos los israelitas entrar libremente al tabernáculo? ¿Podían entrar y salir de él libremente? No, en ninguna manera; estaba prohibido.

Se sobreentiende que tampoco en el palacio de un rey se puede entrar libremente, ¿verdad? Porque no está permitido. Los israelitas tampoco osaban entrar en el tabernáculo, la tienda de su Rey celestial. No les estaba permitido. Sin embargo, fueron elegidas por Dios algunas personas a las cuales se les permitía entrar en el tabernáculo.

Las personas elegidas para tal propósito eran los sacerdotes. Uno de ellos era pontífice; éste era el jefe sacerdotal y los demás sacerdotes deberían estar a sus órdenes.

El Señor ordenó a Moisés que ungiese a su hermano Aarón como pontífice. No ha sido Moisés quien ha elegido a su hermano, es el mismo Señor quien lo elige. Aarón tenía cuatro hijos, los cuales fueron también elegidos sacerdotes. Ellos tenían permiso para entrar en el tabernáculo, en lugar del pueblo, eran los intermediarios o sustitutos del pueblo.

Un día Moisés convocó a toda la congregación y la reunió delante del tabernáculo. ¿Cuál era la razón?

Vayamos con nuestro pensamiento a ver qué sucede.

Al frente están Moisés, Aarón y sus cuatro hijos. Moisés entrega a Aarón unas vestimentas nuevas y magníficas. Aarón debía despojarse de su propia ropa y vestirse estas vestimentas nuevas. Primero una larga y blanca túnica de lienzo, sobre ella un hermoso manto de color azul claro, un poco más corto que la túnica. En los bordes del manto habían sido cosidas unas campanillas de oro, las cuales dejaban oír su sonido cuando Aarón caminaba. De esta forma todos podrían oír que el pontífice se acercaba. Después Aarón debería colocarse un tercer



J.B...

Aarón presenta su ofrenda ante el altar

manto de un color muy hermoso y finos bordados. Este tercer manto se llama «ephod». Por delante de este «ephod», sobre el pecho de Aarón, estaba fijada una cajita y en ella habían sido puestas doce piedras preciosas. En cada una de estas piedras había grabado un nombre. El nombre de cada una de las doce tribus de Israel. Jacob había tenido doce hijos: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón, Dan, Neftalí, Gad, Aser, José y Benjamín.

Los hijos de Rubén formaron la tribu de Rubén, los de Simeón la tribu de Simeón, etc.

De esta forma las doce tribus de Israel tuvieron los mismos nombres que los doce hijos de Jacob, excepto el de José, que fue sustituido por el de sus dos hijos Efraim y Manasés. En el reparto territorial, la tribu de Leví no tuvo un lugar definido sino que, como dedicados a los servicios sagrados, se integraron en las doce tribus.

Pues bien, esos doce nombres fueron escritos en cada una de las doce piedras preciosas que estaban en la cajita. Esta cajita recibió el nombre de «pectoral». Aarón, el pontífice, debería llevar siempre sobre su pecho ese «pectoral». Era la señal de que él, en lugar de la congregación, se acercaba a Dios.

Además llevaba sobre el pecho y la espalda seis piedras con seis nombres. Era el representante del pueblo. Las vestimentas que Moisés entregó a Aarón debía ponérselas ahora y llevarlas siempre. Luego colocó sobre su cabeza una hermosa mitra blanca. En su lado frontal tenía colocada una lámina de oro y sobre ella unas letras; quizás no pudierais leerlas porque son caracteres hebreos, pero el significado de esas letras es: «La santidad del Señor».

Los hijos de Aarón, los sacerdotes, también recibieron otras vestiduras, aunque no tan hermosas como las del pontífice. Ellos vistieron solamente un largo y blanco manto y se ciñeron con una banda, cinto, finamente bordada. No recibieron ellos ese manto de color azul claro con las campanillas de oro, ni tampoco el manto con el «pectoral». Eso sólo estaba reservado para el pontífice. Los sacerdotes recibieron también una mitra blanca, pero sin lámina de oro. En el futuro tendrían que vestir siempre sus vestiduras sacerdotales.

Tal vez preguntéis: ¿cuál era la misión de los sacerdotes y el pontífice? Debían sacrificar. Ya habéis leído algo al respecto, ¿verdad? Anteriormente ya relatamos cómo Caín y Abel sacrificaban y lo mismo hicieron Noé y Abraham. Tomaban una oveja o una vaca, la mataban y la quemaban sobre un altar. Ese animal moría en lugar de ellos. Debido al pecado ellos debían morir, pero ese animal moría y ellos conservaban la vida.

Ya os he dicho que esa oveja o cordero indicaba al Señor Jesús, que había de morir, que había de cargar con el pecado para que Su pueblo fuera liberado del pecado para siempre. La sangre de estos animales no podía perdonar los pecados, solamente la sangre del Señor Jesús podía efectuarlo.

Ahora bien, de ahora en adelante el sacrificar estaba reservado solamente a los sacerdotes. Ellos deberían sacrificar en lugar del pueblo. Los israelitas no tenían ya permiso para sacrificar cada uno por sí mismo, los sacerdotes lo harían en lugar de ellos.

Cada mañana a las nueve y cada tarde a las tres era sacrificado un cordero. Había otras clases de sacrificios, pero más tarde iremos hablando de ellos.

Ya sabéis que en el atrio del tabernáculo había un altar de cobre para el holocausto. En este altar se sacrificaban esos animales, en él se quemaban.

El fuego en este altar tenía que arder continuamente, nunca debía apagarse.

Cuando un animal, oveja o cordero, era sacrificado por la mañana o la tarde, su sangre tenía que recogerse en una fuente. Después del sacrificio, el sacerdote entraba con esta sangre en el tabernáculo. Llevaba también un poco de incienso y con ello entraba en el Santuario.

El tabernáculo, como ya sabéis estaba dividido en dos partes: el lugar santo y el lugar santísimo. Entre estas dos partes había una gran cortina, llamada el «velo». Delante de este velo estaba el altar de oro para el perfume.

Sin embargo, los sacerdotes no podían entrar en el lugar santísimo, donde estaba el arca. Aquí solamente podía entrar el pontífice una vez al año.

Cuando el sacerdote entraba con la sangre y el incienso al

lugar santo llevaba consigo un incensario, es decir, un recipiente de barro con fuego, que había tomado del altar de cobre para el holocausto. Así lo había ordenado Dios.

Mirad, el sacerdote está ante el altar de oro del perfume. Con unas pinzas toma un poco de fuego del incensario y lo pone sobre el altar del perfume y sobre el fuego espolvorea el incienso que comienza a arder.

En cada esquina del altar de oro del perfume había un gancho de oro, un cuerno. Moja un dedo en la sangre y lo pone sobre los cuatro cuernos del altar. De esta manera hacía expiación por los pecados del pueblo.

Terminado este ministerio abandona el tabernáculo. Fuera, en el atrio, el pueblo está esperando. Directamente el sacerdote va hacia el pueblo, extiende sus manos sobre ellos y los bendice. Lo mismo que hoy hacen los pastores al finalizar el culto, ¿verdad?

Las primeras veces fue Aarón, el pontífice, quien realizó los sacrificios, pero los sacerdotes también podían hacerlo ya que estaban autorizados para ello.

En el lugar santo estaba también la mesa con los panes de la proposición. En esta mesa estaban colocadas dos pilas con seis panes cada una, en total doce panes. Eran los panes de la proposición, un pan por cada tribu. Pero estos panes no podían permanecer siempre en la mesa ya que entonces podrían enmohecerse.

Cada sábado estos panes se retiraban y en su lugar se ponían otros doce panes recién hechos. Los panes que se retiraban eran comidos por los sacerdotes.

Como no había ventanas en el tabernáculo había un candelabro de oro con siete lámparas de aceite. Estas lámparas tenían que estar ardiendo constantemente. Los sacerdotes tenían, pues, que vigilar y cuidar que siempre hubiera aceite en las lámparas para que éstas no se apagaran. Tanto el tabernáculo, como el atrio, tenían que estar bien limpios, debía evitarse toda suciedad.

Se necesitaba mucha leña para que el fuego del altar de cobre para el holocausto no se extinguiese.

En la fuente de cobre siempre debía haber agua para lavar.

Tanto era el trabajo que había que realizar en el tabernáculo que los sacerdotes solos no podían acabarlo, por ello recibieron asistencia.

Toda la tribu de Leví fue elegida por el Señor para que ayudase a los sacerdotes. Los levitas deberían limpiar el atrio cada día, preparar la leña y el agua necesarias. Pero los levitas no estaban autorizados para realizar sacrificios, éste era un ministerio solamente encomendado a los sacerdotes.

Levítico 9 y 10

Cuando Aarón, el pontífice, ofreció el primer sacrificio, todo parecía extraño y nuevo.

Sacrificó un cordero, recogió la sangre en una fuente, colocó el cordero en el altar. Se dispone a encender el fuego y entonces... De repente, desde la columna de nube que reposaba sobre el tabernáculo, salió un rayo de fuego y encendió el holocausto.

Aarón no necesitó encenderlo, fue el mismo Señor quien lo hizo. Era, pues, la señal de que el Señor aprobó y aceptó el holocausto. El pueblo lo vio y mostró gran gozo.

Mirad, por allí caminan con paso solemne los sacerdotes, los cuatro hijos de Aarón, con sus nuevas vestimentas. Dos de ellos, Nadab y Abihu, están orgullosos de su sacerdocio. Quieren hacer algo para que la congregación también se fije en ellos.

Toman una fuente, ponen un poco de fuego en ella y quieren entrar en el tabernáculo.

No han puesto atención a lo que el Señor les había ordenado. El Señor les había dicho que el fuego tenían que tomarlo del altar del holocausto, pero ellos no lo han hecho así. Ellos mismos han hecho el fuego y con ese fuego extraño quieren entrar en el tabernáculo, en el lugar santo. Pero, de pronto, un rayo de fuego sale del tabernáculo y esos dos sacerdotes caen muertos al suelo. Era el castigo del Señor.

Moisés lo ve y corre hacia ellos.

–Es culpa de ellos –dice– por no haber escuchado lo que el Señor les ha dicho. Les ha dicho que tomasen el fuego del altar de cobre para el holocausto y no lo han hecho.

Toman a los dos sacerdotes muertos y, fuera del atrio, en el desierto, les dan sepultura.

Jóvenes, el Señor no nos permite que nos burlemos de Él. No debemos hacer lo que nosotros queremos, sino que debemos hacer lo que quiere el Señor. Si hacemos lo que a nosotros nos viene en gana seremos castigados.

Nadab y Abihu, los dos hijos de Aarón, no hicieron lo que ordenó el Señor y les costó la vida.

Ahora a Aarón no le quedan más que dos hijos. La pérdida de estos dos hijos es una gran aflicción para él. El castigo había sido severo, pero también justo.

Con este ejemplo el Señor quería enseñar a todo el pueblo que debían seguir exactamente sus órdenes.

El mismo Dios aún vive.

Jóvenes, no os burléis de los mandamientos del Señor ni de sus órdenes, pues si lo hacéis también vosotros terminaréis mal, muy mal.

Capítulo 40

== NUEVAMENTE DE VIAJE ==

Números 9 y 10

Hay gran animación en el campamento de los israelitas. Las mujeres están embalando los muebles. Los hombres, unos están enrollando cuidadosamente las telas de las tiendas, otros se ocupan en reunir los rebaños de ovejas y bueyes. Sí, incluso cerca del tabernáculo, algunos trabajan con mucha diligencia.

Los levitas están desmontando el tabernáculo. Doblan las cortinas con gran cuidado y los pilares que sostienen las cortinas son agrupados. ¿Qué ocurre? ¿Por qué razón están recogiendo todo?

Los hijos de Israel están preparándose para salir. El Señor ha ordenado que se preparen para el viaje. Dejarán el monte Sinaí.

Hace ya más de un año que salieron de la tierra de Egipto. Antes de prepararse para partir han celebrado la Pascua, conmemorando de este modo, lo que había ocurrido hacía un año.

¡Qué diferente ha sido esta Pascua! En la anterior estaban en Egipto, bajo la autoridad del cruel Faraón. Ahora están libres.

Muchas cosas han ocurrido durante este año. Primero el éxodo; luego el paso por el Mar Rojo, en el que se ahogó Faraón y todo su ejército. Luego el viaje hasta Sinaí. En el monte Sinaí la entrega de la Ley, el becerro de oro, la construcción del tabernáculo. Hablan de todo esto entre ellos.

Después de celebrar la Pascua, el Señor les ha dado la orden para que partan.

Puede decirse que en las inmediaciones del Sinaí llevaban una vida agradable. Cada día tenían pan abundante, el maná. También había agua en abundancia. Sin embargo, no podían quedarse allí. La promesa de Dios no se refería a Sinaí, sino a la tierra de Canaán.

Todos están muy ocupados en los preparativos de la marcha. Hasta los más jóvenes trabajan denodadamente. Cuando todo está listo el cortejo se pone en marcha.

A la cabeza marchan los sacerdotes, que llevan el arca, la Biblia dice: «el arca del pacto iba delante de ellos». El arca estaba toda ella bien envuelta con un paño dejando sólo visibles los palos con los que era transportada.

De todas las tribus es la de Judá la que inicia la marcha, siguiendo después un turno de levitas, que transportan las tablas, las vigas y las cortinas del tabernáculo. También recibieron los levitas de los príncipes de Israel seis carros cubiertos, que eran tirados por doce bueyes, de forma que no era necesario que cargasen ellos con todo, ya que las cosas más pesadas podían cargarlas en los carros (Números 7:3-9).

Detrás de estos levitas iban otras tribus, seguidas por un segundo grupo de levitas, que transportaban todos los objetos, como los altares, la mesa de los panes de la proposición, el candelero de oro y todas las demás cosas. Tras éstos el resto de las tribus cerraban el cortejo. La columna de nube les indica el camino. Nuevamente se adentran en el seco y tórrido desierto, pero ahora se dirigen hacia el Norte, directamente hacia la tierra de Canaán. Muchos israelitas, sin embargo, miran hacia atrás y con un profundo suspiro prosiguen su viaje.

¿Están afligidos?

Queridos jóvenes, cerca del Sinaí hay también un gran cementerio. ¿Recordáis que tres mil personas fueron muertas por causa del becerro de oro? Ésas quedan allí sepultadas, no pueden llevarlas consigo, deben quedarse atrás. Estas tres mil personas salieron de Egipto con mucha alegría, con muchas ilusiones, pero nunca llegaron a Canaán. Murieron cerca de Sinaí por su desobediencia, por bailar alrededor del becerro de

oro. Ésta es la causa por la que muchos israelitas miran atrás, porque quizás allí queda enterrado un hijo, un esposo, una esposa... Sin embargo, no pueden detenerse, deben continuar su viaje.

Números 11

–¡Bah, siempre este maná, ya estamos hartos! –de esta forma algunos habían murmurado con sus vecinos cuando se dirigían a sus tiendas. Pronto toda la congregación estaba descontenta. Los egipcios que salieron con los israelitas han sido los primeros que han comenzado a murmurar. En la Biblia leemos que lloraban. Se dirigieron a Moisés y dijeron:

–Si nos hubiéramos quedado en la tierra de Egipto, allí disponíamos de pescado, frutas y otros alimentos. Pero aquí, en este desierto árido y seco, no tenemos más que este desagradable maná. Es un asco. Danos carne. Queremos comer carne. No lo piden, lo exigen.

Moisés oye las quejas y las murmuraciones del pueblo y se enfada. La Biblia dice: «Pareció mal a Moisés», pero también a Dios le parecía mal. Una vez más descontentos, otra vez con murmuraciones. No hacía más de tres días que habían salido de Sinaí y ésta era ya la segunda vez que se quejaban.

Primero protestaron porque el camino era difícil y tenían que atravesar por las montañas. Entonces el Señor los castigó inmediatamente.

Escuchad lo que dice la Biblia: «Encendióse fuego de Jehová y consumió parte del campamento».

Se inició, pues, un incendio. Se asustaron y pidieron que Moisés orase por ellos. Moisés lo hizo y el Señor atendió su ruego.

Ahora el pueblo se rebela de nuevo. Moisés teme que el pueblo sea nuevamente castigado. Si continúan así, Dios va a exterminar a los israelitas. Se dirige de nuevo al tabernáculo y ora:

-Señor, ya no sé qué decir. Nuevamente se quejan y murmuran. Señor mío, no puedo yo solo dirigir a este pueblo, no puedo con esta pesada carga.

Moisés se desanima y no debe extrañarnos. Cuán ingratos son estos israelitas. ¿Acaso van a estar siempre de viaje? ¿Va a durar siempre esa situación? No, llegarán a Canaán y tendrán los alimentos más suntuosos, pan de trigo amasado por ellos mismos, uvas, aceitunas, higos y una lista demasiado larga. Era verdaderamente una tierra que manaba leche y miel. Mientras tanto, en el desierto, el Señor les proveía de ese delicioso maná, cada día nuevo maná. Los israelitas se quejan, murmuran, quieren comer carne. El Señor oye sus quejas, tendrán carne, pero no será una bendición, sino una maldición. Tendrán la carne pero no como un favor de Dios.

Citemos un ejemplo. Muchas veces los niños machacan a su mamá para que les dé algo.

-Mamá, ¿me das una manzana?

-Espera un poco, luego te la daré.

-Pero, mamá, dame ahora una manzana.

El niño sigue insistiendo hasta que la madre enfadada dice:

-Eres un pesado, toma la manzana.

Ya tiene el niño su manzana, sin embargo, la mamá está molesta. No quiere hablar a su hijo. Esto no es muy agradable, ¿verdad?

Pues bien, de la misma manera tuvo que dar el Señor la carne a los israelitas, pero el Señor estaba molesto.

El Señor dijo a Moisés:

-Les daré carne, no por un solo día, ni por diez días, durante un mes entero comerán carne. Hasta que se asqueen de la carne y les salga por las narices.

Con ello quiere decir que tomarían tal asco de la carne que tendrían hasta vómitos, porque además durante ese tiempo no caería maná.

Carne un día y otro día... carne, carne durante un mes entero.

Moisés pone cara de asombro:

-Aunque sacrificáramos todas nuestras vacas y ovejas no tendríamos carne suficiente.

Pero Dios le responde:

—¿Piensas que es imposible, Moisés? Soy todopoderoso. Puedo hacerlo todo. Lo verás. Sucederá.

De pronto se levanta un fuerte viento y con él llegan grandes nubes de aves, codornices.

Los israelitas están gozosos. Ni por lo más remoto se les ocurre pensar si el Señor estará enfadado, no les importa. Tienen carne, se han cumplido sus deseos.

Durante todo el día y la noche y también al día siguiente se dedican a coger esas aves. Las preparan, las secan al sol para que no se pudran y poder conservarlas mejor. Otros se las comen inmediatamente con gran avidez. Entonces vino el castigo del Señor, muchos de ellos se ponen enfermos y poco después mueren. Los israelitas más grandes y fuertes caen al suelo muertos. Es el severo castigo del Señor.

Otra vez hay luto en muchas tiendas. Llorando sepultan a sus muertos. Este lugar lo han llamado: «Kibrot hataava» que significa, «Tumbas de los codiciosos».

El Señor atendió también la oración de Moisés. Había oído sus lamentos.

—En el futuro no gobernarás solo a este pueblo —dijo Dios— Yo te daré asistencia.

Fueron elegidos setenta israelitas notables, los cuales desde ahora asistirían a Moisés.

Después los israelitas continuaron su viaje dejando atrás a sus numerosos muertos.

Números 12

Han pasado algunos días. Los israelitas continúan su camino bajo la dirección de Moisés. Él es su capitán, él les revela los mandamientos del Señor. Cuando tienen dificultades acuden a Moisés. Él es quien ha de cuidarse de todo.

Como podéis comprender su trabajo no es fácil. Muchas veces lo han amenazado, una vez han querido apedrearlo. Por fortuna, el Señor ayudaba a Moisés en todo.



Las codornices caen sobre el campamento

Nuevamente hay dificultades. ¿Qué ocurre? ¿Les falta el agua? ¿Quieren alguna otra cosa nueva? No, en esta ocasión no se trata del pueblo de Israel que se rebela contra él, se trata de su propia familia, su propia hermana. María está descontenta. La misma María que hace muchos años vigilaba a orillas del Nilo, cerca de la canasta de juncos embreada en la que estaba llorando su hermanito. Ya es muy vieja, seguramente tiene cerca de cien años.

¿Por qué está enfadada con su hermano? Tiene celos. No puede soportar que su hermano se haya convertido en el principal personaje, que todos tengan que ir a él a consultar. Habla de ello a Aarón, su otro hermano.

-Moisés cree sin duda que es él solamente quien manda -dice-, pero el Señor también nos ha hablado a nosotros. Somos tan importantes como él. ¿No te parece a ti?

Mira interrogativamente a Aarón.

Éste mueve la cabeza afirmativamente.

-Sí -dice-, Moisés está enorgullecido. Tienes razón, María. Juntos hablan con desdén de Moisés y otros israelitas se unen a ellos. Se cuidarán bien de que llegue a oídos de Moisés.

Con tono insultante hablan también de su mujer, de Séfora.

-Que cuide de sí mismo -dicen-, ni siquiera tiene una mujer de su propio pueblo. Es una extranjera.

De esta forma tratan de poner a Moisés en entredicho. Moisés no responde, calla y no se defiende.

El Señor, sin embargo, lo sabe y será Él quien defenderá a Moisés, pues la conducta de María y Aarón es peligrosa. Si todos los israelitas lo saben darán la razón a María y Aarón. Pensarán que Moisés se ha hecho a sí mismo capitán. Entonces el Señor habla desde la nube:

-Moisés, Aarón y María, venid aquí. Sin tardanza obedecen.

Cuando se han acercado al tabernáculo dice el Señor a Aarón y María:

-¿Por qué razón habláis mal de Moisés? No debéis hacerlo. Moisés es mi servidor. No se ha constituido él en jefe, he sido Yo quien le ha elegido. Le hablo cara a cara. Debéis avergonzaros de hablar despectivamente de Moisés.

Aarón se asusta ya que al mirar a su hermana ve que ella está leprosa. En seguida lo comprueba.

La lepra es una enfermedad horrible. El cuerpo se cubre de úlceras blancas que cada vez se van extendiendo más. Nadie puede curar esa enfermedad, ni siquiera los médicos más hábiles.

Sólo Dios puede hacerlo.

Ahora esas úlceras han hecho su aparición en el cuerpo de María. Su rostro entero está blanco por la lepra. Era el castigo

del Señor por su rebeldía. María se da cuenta de ello. Está angustiada.

Aarón pide a Moisés:

—Ora por ella a Dios. Pide al Señor que la sane.

Pero, ¿lo hará Moisés a pesar de todo?

La Biblia nos dice que Moisés era un hombre muy humilde y él pidió al Señor que la sanase.

El Señor atendió el ruego de Moisés, pero no inmediatamente. Durante siete días María estaría leprosa. Durante estos siete días no se le permitiría entrar en su propia tienda, tendría que estar sola en el desierto, alejada de todos los israelitas.

Ésta era la orden del Señor. Toda la congregación debía saber que María había sido castigada por Dios. Esto les serviría de advertencia.

Durante este tiempo los israelitas no siguieron avanzando, sino que permanecieron en Haserot. Esperarían a que María fuese sanada.

Después continuaron el viaje hasta llegar a Cades-Barnea.

En la lejanía descubrieron unos altos montes y detrás de esos montes se encontraba la tierra de Canaán. La tierra que Dios les había prometido.

Capítulo 41

INCREULIDAD Y CASTIGO

Números 13 y 14

Por fin ya vienen, mirad, allí están los doce hombres. Vienen hacia el campamento.

Como un reguero de pólvora la noticia se extiende por el campamento de los israelitas. Todos salen de sus tiendas, hombres, mujeres y niños. Nadie se queda en las tiendas, la muchedumbre se reúne llena de impaciencia y curiosidad.

Tranquilamente, con paso regular doce hombres se acercan.

¿Quiénes son esos hombres? ¿De dónde vienen? ¿Cuál es el objeto de su viaje?

Escuchad bien. Los hijos de Israel han llegado ya a los límites de la tierra de Canaán. El gran desierto ha quedado detrás de ellos. El viaje ha sido difícil, grandes peligros los han amenazado, pero el Señor los ha guardado trayéndolos hasta Cades-Barnea.

Después de mucho tiempo un barco se acerca a puerto seguro. Durante muchos días, semanas y quizás meses, ha estado navegando por la inmensa mar. Han soplado fuertes vendavales, pero ahora se acercan a puerto seguro. Ello conlleva seguridad.

La misma experiencia tenían los hijos de Israel. Están a

punto de entrar en la tierra de Canaán. Muchas veces han oído hablar de ella. Sus antecesores Abraham, Isaac y Jacob habían vivido allí. Pero ellos no la han visto nunca. Casi todos nacieron en Egipto, crecieron allí bajo el difícil y duro yugo de la esclavitud. Tienen gran curiosidad. ¿Qué aspecto tendrá esa tierra? Deben desalojar a la gente que vive en ella. Pero... ¿es una gran población? ¿Hay grandes y fuertes ciudades? Todas estas preguntas y más surgen en sus mentes. Se dirigen a Moisés y Aarón.

—¿Podrán algunos de los nuestros ir a ver la tierra? —preguntan—. Ellos podrían espiar todo esto y luego nos mostrarían el camino.

Moisés lo aprueba y el Señor acepta su ruego. Elige Moisés doce hombres, uno de cada tribu. Elige a un príncipe, uno de los hombres nobles, de cada tribu. Se entrenan. Es un viaje peligroso ya que tienen que espiar la tierra del enemigo. Podemos decir que se trataba de doce espías. Han de evitar que los cananeos les hagan daño, que no los apresen y los maten. Los doce tienen cierto temor, pero Moisés los anima.

—Id —dice—, inspeccionad la tierra. Ved si la tierra es fértil o estéril. Recorred toda la tierra, desde el sur hasta el norte, desde el este hasta el oeste. Animaos. No tengáis miedo ni angustia, porque el Señor os guardará y protegerá.

Se ponen en marcha, ascienden a las montañas. Miles de personas les miran y les despiden. Por fin se pierden de vista. Los israelitas se vuelven a sus tiendas. No pueden hacer otra cosa que esperar.

¿Habrán orado por esos doce hombres? No lo sabemos, es posible que algunos sí lo hayan hecho, pero la mayoría, no.

Las semanas pasan lentamente. Cada día esperan impacientes. Cuatro, cinco semanas han pasado desde que los doce salieron. Es mucho tiempo. ¡Que no haya ocurrido un accidente! ¡Que no los hayan matado! El pueblo está inquieto.

Finalmente, después de cuarenta días, resuena el grito:

—¡Ya vienen!

No ha de sorprendernos que en muy poco tiempo se haya reunido una gran multitud.

Allí vienen. Algunos salen corriendo al encuentro de los doce.

—¿Cómo es la tierra? ¿Qué aspecto tiene? ¿Es fértil? ¿Son fuertes los cananeos? ¿Vive allí mucha gente? —son acosados a preguntas.

Fijaos qué formidable racimo de uvas han traído. Es tan grande el racimo que lo tienen que traer dos hombres colgado de un grueso palo. Otros traen higos y granadas. A todas esas preguntas los hombres no responden. Silenciosamente siguen andando hasta acercarse a Moisés y a Aarón. El pueblo los acompaña formando un gran círculo alrededor de ellos. Se empujan para poder escuchar mejor, otros se ponen de puntillas.

La mirada de esos hombres es triste. No parecen muy alegres, ni mucho menos.

—Contadme —les dice Moisés— cómo ha ido vuestra expedición y qué habéis visto.



El regreso de los espías

La respuesta es:

–La tierra, en efecto, es muy buena y fértil. Mirad las frutas que hemos traído. Nunca hemos visto racimos tan enormes. Es una tierra que fluye leche y miel.

Todos escuchan con tensa atención. Por un momento callan. Hay silencio profundo. Escuchad, continúan su narración:

–Sin embargo, el pueblo que mora allí es extremadamente fuerte. Han construido ciudades y alrededor de ellas grandes y fuertes muros que hacen imposible el acceso a ellas. Además hay hombres muy grandes, son gigantes.

De nuevo callan, su mirada es triste, mueven sus cabezas. El pueblo lo ve. Se hace un gran silencio, poco después la gente comienza a hablar suavemente. Los israelitas discuten juntos lo que han escuchado. La mirada del pueblo refleja también la tristeza.

Si es así, nunca entraremos en esa tierra –se dicen unos a otros.

–¡Vaya situación! –dice otra persona– ahora que ya estamos aquí, ¿qué deberemos hacer?

El pueblo está murmurando y quejándose. Se forma un gran alboroto de voces. Todos están reunidos en grupos discutiendo la situación.

De pronto una voz clara y distinta dice:

–¡Hombres, dejad de discutir. Escuchad de una vez!

Es uno de los doce espías. Tiene derecho a hablar pues ha participado en la expedición. Se llama Caleb. De nuevo se hace el silencio. Cesan los murmullos. Todos escuchan.

–Hombres –dice Caleb– es verdad, la tierra es fuerte, los muros de las ciudades son altos y fuertes, allí viven gigantes, pero ocuparemos la tierra, pues el Señor nos lo ha prometido. Dios es más poderoso que todos los cananeos juntos. Él hará que conquistemos la tierra. Los cananeos serán vencidos por nosotros, no lo dudéis.

Por un momento el pueblo guarda silencio. Otro hombre, de los doce espías, dice lo mismo. Es Josué, quien en una ocasión, al frente de ellos venció a los amalecitas. Llama la atención del pueblo sobre el Dios poderoso. Pero los otros mueven negativamente la cabeza.

—Hombres —dicen—, no debéis creer a Josué y Caleb. Os lo ponen todo muy fácil, pero es imposible vencer esas fuertes ciudades. La tierra es demasiado fuerte, nunca podremos vencer a los cananeos.

Estos diez hombres no creen que Dios pueda ayudarlos. Sin embargo, Dios ayudará por completo. Creen que los cananeos son más fuertes que Dios. Gran error, ¿verdad?

El pueblo mira alternativamente a Josué y Caleb y a los otros diez espías. Nuevamente se produce un profundo silencio, pero en seguida comienzan de nuevo a llorar y quejarse.

—Ojalá nunca hubiéramos salido de Egipto; ahora los cananeos nos van a matar y nuestras mujeres y nuestros hijos morirán todos en el desierto. Mejor es que hubiéramos muerto en Egipto. ¿Para qué nos trajo el Señor hasta esta tierra?

Ya lo oís, nuevamente echan la culpa de todo al Señor. ¡Qué ingratitud! ¿Y todas las maravillas que han acontecido? ¿Las diez plagas de Egipto, el paso por el mar Rojo, el maná, el agua de la roca, las codornices? No piensan en ello ni remotamente.

—¿Sabéis lo que debemos hacer? —se dicen. Elegiremos otro capitán y nos volveremos a Egipto.

Moisés y Aarón están presentes. Rasgan sus ropas. Se asustan de la impiedad del pueblo y temen el castigo del Señor.

Josué y Caleb saltan en medio del pueblo y gritan:

—Callaos. No moriréis en el desierto, ni tampoco vuestras mujeres ni vuestros hijos, llegaremos a la tierra de Canaán, pues Dios nos lo ha prometido y todo lo que promete el Señor lo cumple siempre.

Los israelitas no quieren escucharlos. Se enfadan, se enfurecen contra Josué y Caleb y también contra Moisés y Aarón.

—No nos dejaremos engañar más —gritan— nunca podremos entrar en ese país. Si no cerráis la boca, os apedreamos.

Amenazan con los puños, algunos se agachan a recoger piedras y quieren arrojarlas contra Josué y Caleb. Están perdidos. ¿Quién los salvará? Su vida está pendiente de un hilo.

Repentinamente una deslumbrante luz sale desde la columna de nube. Aparece la Gloria del Señor. El Señor les muestra por un momento que Él aún está presente. Los israelitas se

asustan. De pronto se hace un profundo silencio. Dejan caer de sus manos las piedras que habían cogido para lapidar a Moisés, Aarón, Josué y Caleb.

Entonces habla el Señor a Moisés:

—¿Hasta cuándo me provocará este pueblo? ¿Por qué no tienen confianza en mi Omnipotencia? ¿No he hecho Yo suficientes maravillas en medio de este pueblo? Mi paciencia se ha agotado. Enviaré entre ellos enfermedades horribles, pestilencias. Los rechazaré y te pondré a ti sobre un pueblo más grande y poderoso.

Moisés cae de rodillas y ora:

—Señor, no lo hagas, pues entonces los egipcios se enterarán de ello y se burlarán. Entonces los egipcios dirán: «Como el Dios de los israelitas no los pudo hacer entrar en Canaán, los ha matado en el desierto». Señor mío, pensarán también que los ídolos de los cananeos son más fuertes y poderosos que Tú. ¿Qué harás entonces con tu gran nombre?

Este ruego es atendido.

Dice el Señor:

—No los mataré a todos de una vez, pero no entrarán en la tierra de Canaán. Todos los hombres y mujeres que tienen más de veinte años, morirán en el desierto. Ellos no entrarán en la tierra de Canaán sino sus hijos.

Los diez espías que no habían creído que Dios los iba a ayudar, caen muertos al suelo.

Es el castigo del Señor por su impiedad. Josué y Caleb, sin embargo, siguen con vida, solamente ellos, de los hombres de más de veinte años, verán la tierra de Canaán. La razón es que estos dos hombres han creído firmemente que Dios los ayudaría. El Señor bendice a Josué y a Caleb.

Los israelitas oyen la terrible sentencia. Deploran lo sucedido. Pero no tienen verdadero arrepentimiento por haber pecado, sólo se lamentan de que no entrarán en la tierra de Canaán.

De nuevo se oye la orden del Señor:

—¡Volved!

Deben dar la vuelta, otra vez han de caminar hacia el desierto, donde tendrán que errar durante cuarenta años,

precisamente el tiempo en que todas las personas mayores de veinte años habrán muerto.

Los israelitas lamentan profundamente esta orden. ¿Tendrán que obedecerla? Tienen una idea, todos acuden a Moisés.

–Marcharemos con vosotros –dicen–, peharemos; hemos hecho mal, queremos corregir nuestro error.

–No –contesta Moisés–, el Señor no quiere eso. Ahora no os ayudará. Escuchadme y no lo hagáis, pues sería inútil. Seríais vencidos.

Pero no escuchan. A la mañana siguiente suben a los montes. De nuevo desobedientes. El Señor ha ordenado que volviesen, pero no hacen caso, sino que siguen adelante. Pero no tienen éxito, pues son derrotados. Centenares de ellos mueren a manos de los cananeos.

Sí, ahora reconocen que es imposible.

No de muy buena gana se vuelven. Mirad cómo se adentran en el desierto, cada día más lejos de Canaán. Es una lástima, ¿verdad? Tan cerca de Canaán y sin embargo no se les permite entrar. Es lamentable, pero la culpa es solamente de ellos. Es el castigo por su incredulidad.

También a nosotros, jóvenes, se nos dice que debemos dejar nuestros pecados, que debemos convertirnos para recibir un corazón nuevo. Si no escuchamos, si no lo creemos, tampoco nosotros entraremos en la Canaán celestial, el cielo, sino que moriremos en el desierto. Es decir, estaremos perdidos para siempre. Será el castigo de nuestra incredulidad y aunque también lo sintamos, será demasiado tarde. Buscad al Señor ahora que podéis hallarlo.

Capítulo 42

LA REBELIÓN

Números 16

Cuando sois traviesos y desobedientes sufrís el castigo. Si vuestro comportamiento ha sido muy grave, también el castigo será muy severo. Tal vez un azote, quizás tenéis que marchar durante una semana a la cama antes que los demás, tal vez, os dejan sin salir a pasear o a jugar con vuestros amigos. Sucede que además os enfadáis...

En lugar de arrepentiros de vuestra desobediencia, pidiendo perdón, os enfadáis. Pensáis que el castigo es demasiado, que no merecéis tanto. Os marcháis a la cama murmurando. Incluso, a veces, respondéis impertinentemente a vuestros padres si os preguntan algo. Esto es un pecado y, sin embargo, no lo queréis reconocer y os oponéis al castigo.

Lo mismo vemos que hacían los israelitas. Habían sido impíos. Habían rehusado entrar en la tierra de Canaán, habían querido elegir un nuevo capitán para volverse a Egipto y habrían apedreado a los capitanes que Dios les había dado, si el Señor no hubiera intervenido. Entonces vino el castigo, castigo muy severo. Los mayores de veinte años no entrarían en la tierra prometida, morirían en el desierto. Por tanto tenían que volverse.

Los israelitas en lugar de arrepentirse de su incredulidad, se enfadan. Se volvieron murmurando y quejándose, se volvieron porque no tenían más remedio, pero el descontento seguía.

Secretamente seguían discutiendo y echaban la culpa de todo a Moisés. No era honrado, pues a Moisés le debían la vida; si él no hubiera orado el pueblo entero habría muerto.

En las murmuraciones destacaba un hombre. Era Coré, un levita, primo de Moisés. Tenía dos amigos, Datán y Abirám, dos hermanos de la tribu de Rubén. Juntos hablaban mal de Moisés e inventaban toda clase de mentiras. Luego estas mentiras se las contaban a otros. Poco tiempo después doscientos cincuenta israelitas notables, doscientos cincuenta príncipes, les dieron la razón y prometieron ayudarlos.

Un día los perturbadores, acompañados por los doscientos cincuenta príncipes, se dirigen a Moisés. Moisés queda asombrado y pregunta:

—¿Cuál es el motivo de vuestra visita?

Ellos le responden con acritud:

—Esto ya durá demasiado. Piensas que puedes hacer con nosotros lo que quieres, pero estamos hartos de ello. Tú y tu hermano Aarón pensáis que sois superiores a los demás. No os hagáis ilusiones. Nosotros somos todos santos, pues el Señor nos ha hablado a todos nosotros. ¿Verdad?

Los doscientos cincuenta hombres afirman con la cabeza y gritan:

—Sí, sí, ésa es la verdad. Tenemos tanta autoridad como tú.

Por un momento se hace un tenso silencio. Moisés se ha asustado oyendo todo esto. La Biblia dice: «Echóse sobre su rostro». ¿Qué debe hacer? ¿Defenderse a sí mismo? No quiere hacerlo.

—Escuchad —dice finalmente en voz baja—, mañana el Señor revelará quién es el sumo sacerdote y quién será vuestro capitán. Volved mañana. Tomad incensarios, podréis sacrificar y el Señor escogerá a su servidor. Todos aceptan. Cada uno vuelve a su tienda. Esperarán hasta mañana y entonces verán lo que sucederá.

Moisés va también a su tienda, dobla sus rodillas y ora a Dios. Siente la impiedad de Coré y de todos los demás. ¿Sabéis, en realidad, cuál es el propósito de Coré y sus amigos? Quiere ser el sumo sacerdote en lugar de Aarón. Datán y Abirám quieren ser capitanes. Son los príncipes de la tribu de Rubén;

y Rubén, como sabéis, era el primogénito, el hijo mayor de Jacob; por tanto, ellos tienen que ser los capitanes. Les corresponde a ellos. Ésta es la causa de su descontento. Es lo que creen y piensan en su orgullo.

Moisés presiente que esos hombres van a acabar mal. Los prevendrá antes de que sea demasiado tarde. Hace llamar a su primo Coré. Éste acude a la llamada, pero de mala gana.

Moisés le habla seriamente y le amonesta para que no siga en su actitud. Coré no quiere escuchar. Envía también mensajes a Datán y Abirám, pidiéndoles amablemente que vengan a él. Pero éstos ni siquiera quieren ir.

—Tú eres el culpable de que estemos por tanto tiempo en el desierto. Nos has prometido que nos llevarías a una tierra que fluye leche y miel, pero no has cumplido tu promesa —le dicen con tono de reproche.

No es Moisés sino ellos mismos quienes tienen la culpa de toda esta mísera situación.



A la mañana siguiente, muy temprano, hay gran animación. Todos salen de sus tiendas, sienten curiosidad por saber cómo terminará todo. Muchos confían secretamente en que Coré tenga razón.

Allí están Coré, Datán y Abirám con sus incensarios. Llegan también los doscientos cincuenta príncipes, cada uno de ellos porta también un incensario. Se detienen cerca del tabernáculo.

Con orgullo miran a su alrededor.

Pronto llegan Moisés y Aarón.

El rostro de Moisés refleja una expresión seria. Alrededor de ellos la congregación forma un círculo.

Se hace un profundo silencio. Todos quedan esperando. De repente aparece la Gloria del Señor en la nube que cubre el tabernáculo. Una luz clara irradia de la nube. Desde la nube habla el Señor a Moisés y a Aarón.

—Apartaos, dejad a ese pueblo, los mataré a todos.

Pero no se apartan. Moisés dobla de nuevo sus rodillas.

–Señor –suplica–, no lo hagas. ¿Morirá toda la congregación por causa de los pecados de algunos?

¿Cuál será la respuesta? Moisés queda esperando con gran tensión. De nuevo habla el Señor:

–Di al pueblo que se aparte de las tiendas de Coré, Datán y Abirám. Moisés obedece.

–Apartaos de la tiendas de estos hombres impíos, porque va a suceder algo terrible.

Coré, Datán y Abirám no van a morir de una muerte normal, se abrirá la tierra y los tragará.

Moisés grita a gran voz al pueblo:

–Escuchad bien, apartaos para que no muráis también vosotros.

La congregación obedece, se aleja a buena distancia. Se deja un buen espacio alrededor de las tiendas de Coré, Datán y Abirám. Éstos salen de sus tiendas y se dan cuenta de que están solos, pero no les importa, a pesar de ello siguen en su actitud, son inflexibles.

Las mujeres y los hijos de Datán y Abirám se unen a ellos dándoles la razón. Sólo los hijos de Coré dejan a su padre y huyen. Los hijos de Coré no están de acuerdo con su padre y no participan en la rebelión. Se hace un silencio pesado. Todos quedan a la expectativa de las cosas que sucederán. Nadie se atreve a pronunciar ni una sola palabra.

De pronto resuena un crujido... se abre una larga y profunda sima justamente bajo las tiendas de esos tres rebeldes.

Suenan voces angustiosas. Datán y Abirám con sus mujeres e hijos y también Coré, sus tiendas y todas sus posesiones desaparecen en la profundidad insondable. Van vivos al infierno.

¡Qué suerte más horrible! Los israelitas se tapan los oídos y huyen para no escuchar los lastimeros gritos. En la Biblia se dice que huyeron al grito de ellos. No podían escucharlos por más tiempo. Después la tierra vuelve a cerrarse y nadie ve a Coré, Datán y Abirám, ni sus tiendas. Todos han desaparecido, la tierra se los ha tragado.

Aún sucede algo más. Cerca del tabernáculo siguen en pie los doscientos cincuenta príncipes con los incensarios en sus

manos. No se han movido de su sitio. De repente sale fuego del tabernáculo y todos caen muertos al suelo.

El Señor no permite que nadie se burle de Él. Los rebeldes han sido castigados.

Luego el Señor ordena a Moisés que Eleazar, uno de los hijos de Aarón, sacerdote, recoja los incensarios de cobre.

De ese cobre deberán hacer placas y esas placas deberán colgarlas del altar del holocausto, que está en el atrio, y allí permanecerán siempre para aviso de la congregación.

Lentamente los israelitas se van marchando a sus tiendas. La tranquilidad vuelve a las cercanías del tabernáculo. Pero la congregación no está aún satisfecha. Al día siguiente vuelven a reunirse y dicen a Moisés y a Aarón:

–Vosotros tenéis la culpa de que ayer esos príncipes fueran muertos. Sois unos asesinos.

En la Biblia está escrito: «Vosotros habéis matado al pueblo de Jehová».

Es horrible, jóvenes, Moisés no había matado a esos doscientos cincuenta príncipes, sino el Señor. Era una acusación falsa. Moisés no sabe qué hacer. Se dirige al tabernáculo y pide consejo al Señor. Entonces vuelve a aparecer la Gloria del Señor. De nuevo interviene Dios. De repente cientos de israelitas caen al suelo y mueren todos al mismo tiempo.

–¡Pronto, pronto! –dice Moisés a Aarón.

–Toma rápidamente un incensario y haz ofrenda por el pueblo. Haz reconciliación por este pueblo malo y descontento o morirán todos. El castigo del Señor ya ha comenzado.

Aarón corre al tabernáculo, toma un incensario, pone fuego en él, derrama incienso sobre el fuego y vuelve rápidamente. Por fortuna, el Señor acepta la ofrenda y el castigo cesa. Aarón está entre los vivos y los muertos. Nadie se atreve a hablar más. Todos se han asustado en gran manera.

En seguida comienzan a sepultar a todos los muertos y los van contando. Resulta que en un breve momento han muerto catorce mil setecientos. Gran luto reina esa noche en las tiendas de todos los israelitas. Moisés no se había hecho capitán a sí mismo, fue Dios quien lo hizo y su hermano Aarón fue nombrado sumo sacerdote por el Señor.

Por tanto, el pueblo no tenía derecho a murmurar sobre ello, era la obra de Dios. Ya lo saben, pero ha costado la vida a muchas personas.

Números 17

El Señor lo mostrará aún de manera más clara. Por mandato del Señor el príncipe de cada tribu deberá tomar una vara. No deben ser ramas con savia, sino secas, de las que la savia ha desaparecido hace mucho tiempo.

Como son doce tribus se traen doce varas. Sobre cada una de las varas se escribe el nombre de cada una de las doce tribus para que Moisés no se equivoque. Moisés toma las doce varas y entra en el tabernáculo. Poco después sale sin las varas, las ha dejado en el tabernáculo delante del rostro del Señor.

—Id a vuestras tiendas —dice a los príncipes— y volved mañana por la mañana.

A la mañana siguiente los príncipes están de nuevo ante el tabernáculo. Moisés entra para sacar las varas. Cada uno de ellos recibe su propia vara, pueden comprobarlo porque el nombre está escrito en cada una de ellas. Las varas están tal como las entregaron, nada ha cambiado. Solamente la vara de Aarón ha cambiado. En esa sola noche han crecido hojas y flores, hasta frutos hay en ella. El pueblo lo ve y queda muy impresionado. Es una gran maravilla.

Con esta señal manifiesta el Señor que Aarón ha sido elegido sumo sacerdote por Él.

Mirad, hijos de Israel, mirad, sólo la vara de Aarón tiene flores, sólo la vara de Aarón tiene vida. Es la prueba de que sólo Aarón y sus hijos están autorizados para desempeñar el cargo de sacerdote.

¿Lo creéis ahora...?

Sí, ahora lo creen. Ya no murmuran más. Tranquilamente, sin decir ni una sola palabra, se dirigen a sus tiendas. En este momento sienten cuán impíos han sido. No ha sido contra Moisés contra quien se han rebelado, sino contra Dios.

La vara de Aarón la tienen que guardar, la colocan en el arca. En el arca se hallan también las dos tablas de piedra sobre las que Dios ha grabado la ley de los Diez Mandamientos; en ella hay un recipiente con el maná y ahora se pone también la vara florida de Aarón. Ello se hace para que los israelitas no lo olviden nunca.



Aarón situado entre los vivos y los muertos

Capítulo 43

LA PEREGRINACIÓN

Números 20:1

Números 20:14-29

Los cuarenta años pasaban muy lentamente.

Durante todo ese período los israelitas vagaron por el árido y ardoroso desierto. No sabemos exactamente todo cuanto ha sucedido durante todos esos años. En la Biblia sólo se nos describe la rebelión de Coré, Datán y Abirám. De otras fuentes tampoco tenemos noticias de nada. Sin embargo, muchas otras cosas debieron suceder durante ese largo período. Los israelitas tenían que esperar. ¿Esperar? ¿Qué...? Tenían que esperar la muerte.

Tenían que morir en el desierto todos los hombres y todas las mujeres mayores de veinte años, ya que cuando regresaron los doce espías de su expedición por la tierra de Canaán no habían creído que Dios les ayudaría. Esto aconteció cerca de Cades-Barnea.

Únicamente dos hombres, Josué y Caleb, que habían hablado en defensa de Dios, no morirían. Eran muchos cientos, muchos miles de personas las que debían morir durante ese período. Ha sido así como sucedió, pues todo lo que dice el Señor se cumple.

Durante estos cuarenta años Dios ha cuidado de este gran pueblo, lo ha sostenido con el maná, pan del cielo. A pesar del

castigo, Dios ha sido bueno para con ellos, porque hubieran podido morir de hambre.

Cuando descansaban en un lugar por un largo tiempo, muchas personas morían, por todas partes donde acamparon dejaron grandes cementerios.

¡Qué gran muchedumbre está enterrada en el desierto! ¿Verdad? Sin embargo, un día todos resucitarán.

Sucedirá en el último día cuando el Señor Jesús aparecerá en las nubes, viniendo del cielo. Los israelitas conversos, que temieron a Dios, no entraron en la Canaán terrenal, pero al morir fueron a la Canaán celestial, al cielo. Para éstos no fue tan grave el castigo. Sin embargo, los israelitas inconversos se han hecho merecedores de la muerte.

Si vosotros, queridos jóvenes, seguís sin convertirlos, seréis también infelices, porque también para vosotros llegará el día de la muerte; no sabemos cuándo, pero la muerte siempre llega.



Por fin han transcurrido los cuarenta años. Por orden del Señor los israelitas se acercan de nuevo a los límites de Canaán. Por segunda vez llegan a Cades-Barnea. Los adultos que murmuraron allí, ya se han hecho mayores y han tenido también hijos.

Cuando llegan a Cades-Barnea, por segunda vez, muere María, la hermana de Moisés y es enterrada allí. Era ya una mujer de edad muy avanzada. Tenía más de ciento veinte años. La muerte no ha sido un mal para María, a pesar de que no puede entrar en la tierra de Canaán, sin embargo, después de morir su alma ha ido al cielo.

Allí en Cades-Barnea ocurren más cosas, allí pecan Moisés y Aarón y como consecuencia de ello el Señor no les permite que entren en la tierra de Canaán. Pero ahora no voy a relataros estas historias, lo haré unos capítulos más adelante.

Los israelitas están a punto de entrar en la tierra prometida. Nuevamente tienen frente a sí las montañas, tras las cuales se encuentra la tierra prometida. La vez anterior los israelitas

tenían que haber subido a esas montañas para vencer a los moradores de esa tierra, pero en su incredulidad no quisieron hacerlo. Ahora el Señor no les pide tal cosa, no, Él los llevará a Canaán por otro camino. Por este nuevo camino tienen que pasar por la tierra de los edomitas.

¿Qué quiénes eran los edomitas? Lo recordáis, ¿verdad? Eran los descendientes de Esaú, hermano de Jacob. Era, por tanto, un pueblo hermano. No tenían permiso para tomar la tierra de los edomitas, ni podían pelear contra los edomitas.

Pasar a través de la tierra de los edomitas era el camino más corto para llegar a Canaán.

¿Sabéis lo que hacen? Moisés dice:

–Pediremos permiso para pasar por su tierra.

Nombran unos embajadores que se dirigen al rey de Edom. Van a la capital, buscan el palacio real y entran en él. Cortésmente se inclinan profundamente ante el rey y le dicen:

–Suplicamos que nos permitas pasar por tus tierras. Sabes cuánto hemos sufrido bajo la opresión de los egipcios. Pero el Señor nos libró y ahora vamos camino de Canaán, la tierra que el Señor nos ha dado. No haremos daño a nadie en este país, el Señor no nos permite hacerlo. Solamente deseamos pasar por vuestra tierra.

Esperan que el rey atienda su ruego.

Pero, el rey mueve la cabeza negativamente.

–¡No! –es la respuesta airada–, no lo permitiré, ni mucho menos. Marchaos de mi presencia. No quiero nada con vosotros.

Los embajadores quedan decepcionados y vuelven a Moisés.

–¿Qué ha sucedido? –pregunta Moisés.

–No nos ha dado su permiso. Ha rechazado nuestra petición –responden con tristeza.

–¿Cómo...? No puede ser así –dice Moisés–, quizás no os haya entendido bien y tenga miedo de que destruyamos algo de su tierra.

¿Sabéis lo que hace Moisés? Nuevamente vuelve a enviar a otros embajadores para que vayan al palacio del rey.

Por segunda vez se dirigen al rey:

—Señor nuestro, quizás penséis que os estropearemos el trigo, que robaremos las frutas de vuestros árboles, o que saquearemos casas y campos. No debéis temer nada de eso. Marcharemos ordenadamente por los caminos y si necesitamos algo lo compraremos, incluso, el agua que necesitemos la pagaremos.

¿Cuál es la reacción del rey ante esta amable petición? Mueve la cabeza negativamente y lleno de ira exclama:

—Ya os dije que no permito que paséis por mis tierras. No intentéis hacerlo. Marchaos de aquí.

Con la cabeza baja vuelven a Moisés y le hacen saber la respuesta del rey. ¿Qué hacer? ¿Insistir? ¿No hacer caso?

No, es imposible, no tienen permiso y tendrán que pelear y el Señor les ha prohibido esto.

Mientras tanto, el rey de Edom con todo su ejército sale al encuentro de los israelitas.

No les queda más remedio a los israelitas que dar un rodeo bordeando la tierra de los edomitas. De nuevo deben retirarse al desierto. Es un gran rodeo que prolongará el viaje por semanas. Es una decepción, pero es inevitable.

Durante este nuevo viaje pasan por el monte Hor. El Señor ordena a Moisés que junto a Aarón y Eleazar suban al monte, pues en él morirá Aarón.

Los tres ascienden al monte siendo seguidos con la vista por toda la congregación. Después de algún tiempo solamente vuelven dos, Moisés y Eleazar. En la cumbre del monte ha muerto Aarón y allí mismo ha sido sepultado. Antes de morir, Aarón se ha despojado de sus hermosas vestiduras, la vestimenta de sumo sacerdote, y ahora Eleazar debe vestirse con ellas.

Eleazar ha obtenido el cargo de su padre.

Durante un mes la congregación lleva luto por la muerte de Aarón y durante este mes no viajan, permanecen acampados cerca del monte Hor. Pasado ese mes vuelve la orden del Señor:

«Seguid adelante» y otra vez se ponen en marcha continuando el viaje.

Números 21:4-10

Con expresión de dolor en su rostro un israelita se coge el pie. Camina unos pasos y, de pronto, cae y queda tendido en el suelo. Allí cae otro, más allá otro cae al suelo. No tardando mucho, centenares de israelitas están caídos en el suelo. Algunos están muertos, otros aún viven, pero no tardarán en morir.

¿Cómo es posible? ¿Qué ha sucedido?

Mirad, centenares de serpientes reptan por el suelo arenoso del desierto. «Serpientes ardientes», dice la Biblia. Repentinamente innumerables serpientes se arrastraban por la arena.

Muchas personas eran mordidas y todo aquel que era mordido moría irremisiblemente, pues se trataba de serpientes muy venenosas. Ha sido el Señor quien envió estas serpientes. Pero ¿por qué razón?

Los israelitas habían vuelto a protestar porque no podían pasar por la tierra de los edomitas y tenían que viajar bordeándola. Esto implicaba que el viaje se alargaría y por esta razón se han enfadado y han vuelto a murmurar.

–¿Por qué nos sacaste de Egipto? –dicen a Moisés. Aquí no tenemos agua y vamos a morir todos de sed. Estamos cansados del maná, no nos gusta. Queremos comer otros alimentos.

Los israelitas se muestran ingratos. El Señor cuida en gran manera de ellos, diariamente les da más comida de la que necesitan. En cambio ellos en lugar de gratitud, muestran su descontento y murmuran.

Inmediatamente el Señor los castiga enviando serpientes ardientes en medio de ellos. Cuando ya muchos han muerto, los israelitas se arrepienten de su impiedad.

Se dirigen a Moisés.

–Hemos obrado mal –dicen–, hemos pecado. Ora por nosotros. Pide al Señor que quite de nosotros estas serpientes.

Moisés hace lo que le piden.

–Señor mío –ora–, ¿quieres quitar estas serpientes?

¿Escucha el Señor a Moisés?

Sí, pero las serpientes no desaparecen. Moisés ha de hacer una serpiente de bronce. Cuando la tiene preparada la clava



La serpiente de bronce

en lo alto de un palo y clava ese palo en la arena. Luego ordena que cada persona que sea mordida por la serpiente, mire a la serpiente de bronce y esa persona no morirá.

Ahí está tendido un moribundo, el color de la muerte se refleja en su rostro. Ese israelita moribundo oye lo que dice Moisés y mira y en ese mismo instante se siente sanado. No muere, se levanta y va a su tienda. Ese hombre ha creído lo que ha dicho el Señor.

Sin embargo, más allá otro israelita en el mismo estado, lo oye, pero piensa: «Eso es inútil, es una tontería, no miraré». No ha creído la palabra del Señor y por su necedad e incredulidad, muere. Todos aquellos que miraron a la serpiente de bronce han sido sanados, no han muerto, pero aquellos que no quisieron mirar, murieron.

¿No creéis que es una tontería la que cometieron aquellos israelitas? Lógicamente si vosotros os hubiérais encontrado en esa situación y lo hubiérais oído habríais mirado, ¿verdad?

¿Sabéis que nosotros también hemos sido mordidos? Seguro que algunos de vosotros estáis diciendo con sorpresa: ¿Nosotros? ¿Mordidos por una serpiente ardiente...? Movéis la cabeza negativamente y decís: «Aquí no hay serpientes».

Es verdad y, sin embargo, tenéis mordeduras. No ocasionadas por una serpiente, sino por el pecado y eso es mucho más peligroso.

Jóvenes, todos somos esclavos del pecado. Cada día caemos en pecado, desde la mañana a la noche. Todos debemos morir por causa de nuestros pecados. Pero también para nosotros hay ahora un medio de salvación. No una serpiente de bronce, sino el Señor Jesús. La serpiente de bronce estaba clavada en un palo. El Señor, sin embargo, fue clavado en la cruz.

Amigos, el Señor Jesús ha muerto en el lugar de los pecadores. Ha llevado el castigo por Su pueblo. Vosotros también podéis aún ser librados del pecado y del castigo eterno.

¿Habéis pensado alguna vez en ello? ¿Os habéis preguntado alguna vez acerca de ello?

La mayoría de los hombres no son salvos, ¿por qué? Porque no creen lo que ha dicho Dios en Su palabra, porque rechazan la Palabra de Dios.

—Pero —preguntáis— ¿podemos convertirnos y creer por nosotros mismos? No, amigos, todos nosotros estamos muertos en pecados y delitos. No amamos al Señor, por el contrario, le odiamos y somos sus enemigos.

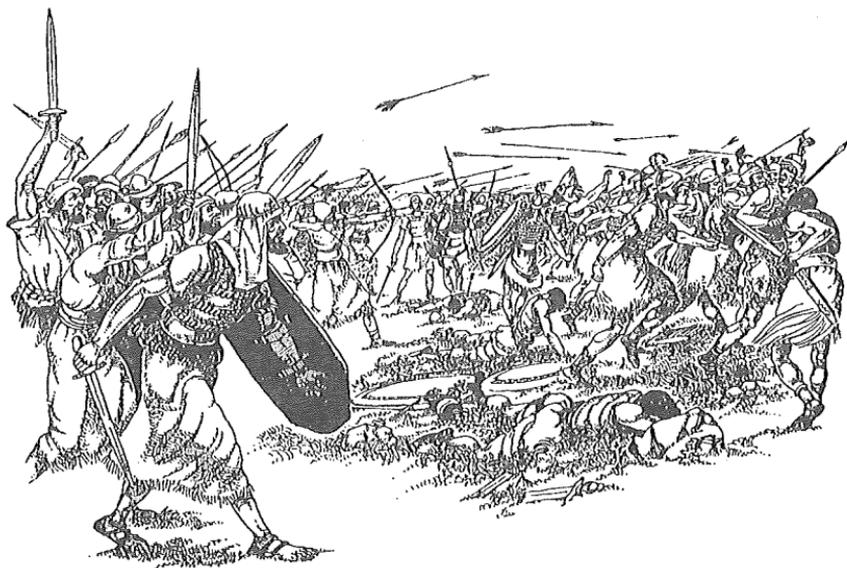
Pero pedid constantemente que el Señor quite esa enemistad de vuestros corazones y que os dé la fe verdadera. Por nosotros mismos es imposible salir de nuestros pecados, pero el Señor Jesús sí lo hace. Doblad vuestras rodillas y pedid constantemente al Señor que os salve. No os arrepentiréis nunca de haberlo hecho. Si el Señor Jesús no nos librara del pecado, jamás conoceríamos la liberación y estaríamos perdidos para siempre.

¿Ha escuchado ya el Señor las oraciones de alguno de vosotros? Seguro que sí ha sido así ya sois muy felices.

Números 21:21-35

Los hijos de Israel sepultaron a sus muertos y continuaron el viaje. Ya habían bordeado la tierra de los edomitas y se encontraban muy cerca de Canaán. Un pueblo joven será el que entrará en la tierra prometida, ya que todos los israelitas viejos habían muerto en el desierto.

Ahora están viajando por la tierra de los moabitas. Tampoco podían atacar a este pueblo, ya que los moabitas y los amonitas eran los descendientes de Lot, sobrino de Abraham, eran, por tanto, dos pueblos hermanos. No podían tampoco conquistar sus tierras. Luego llegan a la tierra de los amorreos. Su poderoso rey se llama Sehón.



*Sehón, el rey de los amorreos,
derrotado por los israelitas*

Moisés envía embajadores a Sehón para pedirle permiso para atravesar sus tierras. Pero Sehón se niega a ello y no les deja pasar. ¿Tendrán que volverse otra vez?

No, en esta ocasión les está permitido luchar contra este pueblo, pues no es un pueblo hermano de Israel. El Señor ayuda a los israelitas y el fuerte ejército de Sehón sufre una derrota total. Los israelitas se apoderan de estas tierras y las ocupan. No muy lejos, hacia el norte, vive otro rey. Es uno de los gigantes que vivían en Canaán. Se llamaba Og. Cuando Og se entera de lo que le ha sucedido a Sehón, reúne a todo su ejército y sale al encuentro de los israelitas. Pero también Og, rey de Basán, es derrotado y su tierra es conquistada.

Tratad de retener estos nombres, Sehón, rey de los amorreos y Og, rey de Basán. Eran dos reyes que vivían en la parte acá del río Jordán, por tanto, no pertenecían propiamente a la tierra de Canaán. Ahora no existe obstáculo que los detenga, ahora pueden entrar en la tierra prometida. Sin embargo, aún no ha llegado el momento. Primero sucede algo que veremos en el capítulo siguiente.

Capítulo 44

BALAAM

Números 22, 23, 24 y 25

La tierra de los reyes Sehón y Og, derrotados por Israel, era muy fértil. Había pastos en abundancia.

Dos tribus de la congregación de los israelitas, la tribu de Rubén y la de Gad, más media tribu de Manasés, tenían innumerables cabezas de ganado, miles de vacas y ovejas. Por tanto tenían que vivir en una tierra que tuviera abundantes pastos.

Dado que las tierras de Sehón y de Og estaban en su mayor parte constituidas por praderas, era por tanto, una tierra muy apropiada para ellos. Así, pues, van a Moisés y le dicen:

—Danos a nosotros la tierra de Sehón y Og y no recibiremos ninguna parte de la tierra de Canaán. Tenemos suficiente con estas tierras.

Moisés consiente, pero les hace prometer que acompañarán a las restantes tribus, pasando con ellas el Jordán, para ayudar a sus hermanos en la lucha contra los cananeos. Ellos prometieron hacerlo y dicen: «Sí, iremos».

Los israelitas se dirigen a lo largo del Jordán hacia el sur, al otro lado del río divisan las torres y los muros de una gran ciudad. Allí estaba ubicada Jericó. En la Biblia se nos dice que acamparon en los llanos de Moab. No quiere esto decir que entraran en la tierra de los moabitas, lo cual les había prohibido el Señor, sino que estaban en los límites de Moab.

Balac, el rey de los moabitas, tuvo miedo pensando si ahora le tocaba a él y los israelitas conquistarían su tierra. Pero no debía temer ya que los israelitas no le harían ningún daño. Sin embargo, Balac tenía poca confianza. Si los israelitas invadían su reino estaba perdido, ya que ha visto lo que les ha sucedido a Sehón y Og. Ha oído hablar también de las plagas de Egipto y de las maravillas del desierto. No hay nada que hacer contra ese pueblo, los ejércitos más fuertes son derrotados por los israelitas.

Balac tiene miedo de ese pueblo y además teme al Dios de Israel. Ha oído hablar de Él. El Dios de los israelitas es un Dios poderoso, un Dios que puede obrar maravillas. ¿Qué hacer? En su angustia busca apoyo. Cerca de él vive otro pueblo, los madianitas, y les envía unos mensajeros.

—¿Queréis ayudarme?—les pregunta—. Haced alianza conmigo y combatamos juntos contra los israelitas para que podamos derrotarlos.

Los madianitas están de acuerdo. Sus soldados se reúnen con los de los moabitas y formarán un gran ejército.

A pesar de ello, Balac, rey de los moabitas, sigue teniendo miedo. Es verdad que ha pedido ayuda a los madianitas y están dispuestos a ayudarle, pero teme que eso no sea de mucha eficacia.

Si el Dios fuerte de los israelitas les ayuda, con seguridad que todos sus soldados serán destrozados.

A los pocos días le llega una buena noticia. Sí, sí, lo hará y esto le será de utilidad. Su angustiada preocupación va desapareciendo. Ahora ha encontrado el medio para poder vencer a los israelitas. Si lo consigue estará salvado.



Muy lejos, en Mesopotamia, vive un hombre muy importante en una hermosa casa. Ese hombre se llama Balaam. Todo el mundo en Mesopotamia le conoce o ha oído hablar alguna vez de él.

Balaam es un adivino. Mucha gente acude a él en busca de consejo o ayuda. Bendice y maldice y así se gana la vida.

Además tiene una escuela de profetas. Pero no se trata de un profeta verdadero, elegido por Dios. No, él mismo se ha constituido profeta. Probablemente Balaam es un descendiente de Nacor, hermano de Abraham, que se quedó a vivir en Mesopotamia, cuando Abraham abandonó aquella tierra.

Balaam estaba al corriente de las maravillas sucedidas en Egipto, había oído hablar que el Dios de los israelitas era un Dios muy poderoso. Y pensaba: «Voy a servir a ese Dios». Pero Balaam no servía al Señor en verdad, con sinceridad, sólo le servía de labios. La gente acudía a Balaam para que los bendijera o para que maldijera a sus enemigos. Naturalmente lo hacía con mucho gusto ya que así se ganaba la vida.

Un día llaman a la puerta de Balaam y él mismo abre. Ante él hay un grupo de hombres y los hace pasar.

—¿Quiénes sois? —pregunta—. ¿De dónde venís? ¿Cuál es vuestro propósito?

Los hombres le contestan que su rey Balac les ha enviado y que quieren que les acompañe ante él.

—¿Qué debo hacer en vuestra tierra? —pregunta.

Los hombres le responden:

—Ha venido un pueblo extranjero desde Egipto y tememos que invadan nuestro territorio. Tenemos miedo de que nos hagan la guerra. Acompañadnos para que maldigáis a ese pueblo fuerte y poderoso. Naturalmente nuestro rey te pagará abundantemente por ello.

El rostro de Balaam refleja alegría. ¿Ganar dinero? ¿Enriquecerse? Es precisamente lo que está deseando. En seguida decide acompañarlos. Pero no lo dice, es demasiado astuto para revelar sus deseos. ¿Sabéis lo que hace?

Se queda pensativo, como si estuviera reflexionando profundamente y luego les dice:

—Esta noche debéis dormir aquí y yo preguntaré al Señor si puedo acompañaros.

Lógicamente no es cierto lo que está diciendo, él no quiere consultar nada con el Señor. Piensa marcharse a dormir tranquilamente y a la mañana siguiente les dirá que el Señor le ha dicho que los acompañe y ellos se lo creerán. Balaam es un mentiroso y un hipócrita.

Poco después en la casa de Balaam hay silencio y quietud. Todos se han acostado. Balaam también se ha acostado, pero no puede conciliar el sueño a causa de la alegría que tiene. Mañana se pondrá en camino con esos hombres. ¿Qué cantidad de oro le dará Balac...?

En su pensamiento ya está contando ese oro. Está deseando que llegue el día siguiente. ¿Consultar al Señor? Balaam no piensa en ello. Les acompañará, está decidido. Pero... Balaam, ¿por qué se lo has dicho a esos hombres? ¿Por qué les has prometido que consultarías con Dios? Sí, es verdad que lo ha prometido, pero era para engañarlos.

De repente Balaam se asusta, ha oído una voz. Balaam no acude a Dios, pero Dios viene a él. No había él contado con eso.

—¿Quiénes son esos hombres que pasan la noche en tu casa?
—pregunta el Señor.

Balaam debe decirlo.

—Son moabitas que me han pedido que los acompañe mañana. Ha venido un pueblo extraño y poderoso desde la tierra de Egipto y el rey de los moabitas me pide que vaya para maldecir a ese pueblo —contesta Balaam.

Entonces dice el Señor:

—Balaam, no puedes ir con ellos. No puedes maldecir a ese pueblo, pues Yo he bendecido a ese pueblo, es Mi pueblo.

¡Qué gran decepción para Balaam! Esas cantidades de oro y plata que él veía en su imaginación, no serán para él; el honor que espera recibir no lo tendrá. Tiene que aguantarse, pues no se atreve a desobedecer al Señor.

A la mañana siguiente dice a los extranjeros:

—No puedo ir con vosotros, el Señor me ha dicho que no vaya.

Los moabitas se marchan desilusionados. Balaam los sigue con la mirada, también queda defraudado, quizás, más aún que ellos. Lamentándose entra en su casa.

— — — — —

Pasadas unas semanas llegan de nuevo los moabitas. Por segunda vez Balac ha enviado mensajeros, en esta ocasión envía a los más importantes de su tierra.

–Balaam –dicen– debes venir con nosotros, debes maldecir a ese pueblo.

Balaam debería haber dicho: «No lo hago, porque el Señor me lo ha prohibido». Pero Balaam no lo dice.

–Voy a consultarlo de nuevo al Señor –les responde. Está deseando acompañarlos.

–Señor mío, ¿me permites ir con ellos? –dice.

Y el Señor le responde:

–Puedes ir, pero solamente dirás lo que Yo te diga.

Mucha es la alegría de Balaam, ahora ya puede acompañarlos, lo demás ya se arreglará. Quizás el Señor le permita maldecir a ese pueblo y una vez allí, el oro prometido será para él.

–Tengo permiso para acompañaros –dice a los moabitas a la mañana siguiente. Con toda prisa se prepara, cierra su casa y monta sobre su asna. Está muy alegre. En su interior piensa hacer lo que él desea. Comienzan a caminar y Balaam se alegra ante la perspectiva de las riquezas y los honores que recibirá en Moab.

De pronto queda asombrado, la asna se ha desviado del camino y va campo a través. ¿Por qué razón el animal hace esto? Balaam no entiende nada, se enfada y golpea a su asna. Está dando un gran rodeo y vuelve de nuevo al camino. Poco después Balaam va entre viñas, pequeños muros hay construidos a lo largo del camino. La asna se pone a un lado del camino, continúa su marcha pegada a la pared, tan cerca que la pierna de Balaam se raspa con las piedras. Balaam se enfada y de nuevo golpea a la asna. De momento todo marcha bien. El camino cada vez se va haciendo más estrecho. Probablemente estaba bordeado de altas rocas. De pronto el animal se tumba en el suelo y no quiere continuar la marcha.

Balaam se pone furioso. ¿Qué le pasa al animal? Está deseando llegar a Moab cuanto antes y este animal no hace más que poner obstáculos. Toma el bastón y azota cruelmente a la asna, quiere matarla. Pero... entonces sucede algo maravilloso. El animal abre la boca. ¿Cómo...? ¿Qué está hablando? Actual-

mente muchas personas no creen esta parte de la Biblia, se ríen de ello. Pero, jóvenes, leamos juntos lo que dice la Palabra de Dios en Números 22:28: «Entonces Jehová abrió la boca a la asna, la cual dijo a Balaam: ¿Qué te he hecho, que me has azotado estas tres veces?»

Balaam está tan enojado que ni siquiera se da cuenta de que esto es una maravilla y más enfadado aún dice:

–Porque te has burlado de mí. Ojalá tuviera una espada en mi mano, que ahora te mataría.

De pronto Balaam se puso pálido como la cera porque ante él ve a un ángel con una espada desenvainada en su mano. Balaam no había visto al ángel, pero sí su asna y por esta razón se había apartado del camino, la primera vez saliéndose del camino, la segunda arrojándose al muro y ahora cayendo al suelo, el animal no se atrevía a pasar. Ahora Balaam ve al ángel, porque el Señor abrió sus ojos.

El ángel le dice:

–Has pegado tres veces a tu asna, pero el animal no lo merecía. Esta asna te ha salvado la vida, pues si hubiera continuado andando yo te habría matado a ti. Contra mi voluntad has salido y no deseas hacer lo que Yo te ordeno, ya que deseas maldecir a ese pueblo.

Balaam queda asustado.

–¿Debo volverme? –pregunta con voz temblorosa.

–No, continúa tu viaje, pero recuerda que sólo hablarás lo que Yo te diga.

Haciendo caso de la advertencia, Balaam reemprende su viaje y no tarda en llegar a Moab.

Balac, rey de los moabitas está muy contento. Había mandado llamar a Balaam y la primera vez, cuando éste no vino, se había llevado una decepción, pero ahora ya le tiene ante sí.

Balac hace preparar una gran cena en honor de Balaam.

A la mañana siguiente Balac sale con él. Suben a un alto monte, abajo en el valle ven miles de tiendas de los israelitas. Balaam ordena construir siete altares y en cada altar sacrifica una vaca y una oveja. ¿Por qué siete altares? ¿No era suficiente uno?



Balaam azotando a la asna

Balaam pensó: «Si ofrezco un gran holocausto, quizás el Señor me permita maldecir a los israelitas». Balaam trata de comprar al Señor; ¡qué locura! El Señor no se deja comprar. Balaam espera un poco y luego pregunta:

–Señor, ¿qué debo decir?

El Señor entonces revela a Balaam lo que tiene que decir.

Se hace un gran silencio, Balaam espera unos momentos y luego comienza a decir:

—¿Por qué he de maldecir yo al que Dios no ha maldecido y por qué he de execrar al que Dios no execró? En seguida continúa diciendo que el Señor ha bendecido a los israelitas y que se hará un pueblo grande y poderoso.

Dice:

—Querría ser como ese pueblo, pues Dios lo protegerá y salvará. Muera yo la muerte de los rectos, y mi postrimería será como la suya.

Balac, oyendo esto se enfada.

—¡Calla! —grita—, te he llamado para que maldigas a ese pueblo y lo estás bendiciendo.

—No es culpa mía —se excusa Balaam—, el Señor me ordena que bendiga a ese pueblo.

Entonces Balac le hace trasladarse a otro lugar y le dice:

—Prueba a hacerlo otra vez.

Balac, qué equivocado estás. Dios no cambia nunca, Dios es siempre el mismo.



Balac y Balaam

Otra vez se construyen siete altares y siete vacas y ovejas son sacrificadas sobre ellos. Y... otra vez Balaam bendice al pueblo. Debe bendecirlo, no puede hacer otra cosa. De esta forma Balaam bendijo a los israelitas por cuatro veces.

En su bendición ha dicho que un día, de ese pueblo, saldría un Rey que los libraría de todos los enemigos, incluidos los moabitas. Con este Rey está haciendo referencia al Señor Jesús.

Balac está furioso.

-Vete -dice ásperamente a Balaam-. Vete. Te he prometido riquezas, pero como has bendecido a ese pueblo no te daré nada, absolutamente nada.

Balaam que había esperado volver a su tierra rico, ahora no recibe nada.

Entonces Balaam hace algo digno de reproche. Dice a Balac:

-¿Sabes lo que debes hacer? Organiza una fiesta e invita a los israelitas. Si consigues que acudan a la fiesta, el Señor se enfadará con ellos y los castigará.

-Sí, -responde Balac- lo haré.

Organiza una gran fiesta y pide a los israelitas que asistan a ella como invitados. Los hijos de Israel aceptan. Van a celebrar una fiesta con los moabitas y los madianitas, que son paganos. Van y se inclinan ante los dioses de estos dos pueblos. Qué ingratos son los israelitas.

Hasta ahora el Señor ha cuidado muy bien de ellos, ha convertido la maldición de Balaam en bendición y ¿ésta es la manera de agradecersele?

Abandonaron al Señor y participaron en una fiesta pagana e impía. Y sucedió lo que Balaam había dicho. Israel fue castigado por el Señor a causa de su pecado. Murieron veinticuatro mil israelitas. Fueron castigados severamente, pero no fueron rechazados.

También los moabitas y los madianitas recibieron su castigo. Los moabitas fueron maldecidos y el ejército de los madianitas fue derrotado totalmente. Miles de soldados fueron matados. Cuando los israelitas se pusieron a enterrar esos cadáveres, entre ellos encontraron el de Balaam.

Así Dios castigó a Balaam por su impiedad. Nunca pudo regresar a su hogar.

Hermosa historia, pero al mismo tiempo cruel, ¿verdad?
Esta historia está en la Biblia para advertirnos.

Si vosotros acudís a lugares donde se celebran toda clase de fiestas impías, el castigo también vendrá sobre vosotros, pues el mismo Dios que castigó a la congregación de Israel, sigue viviendo.

Meditad seriamente en ello, jóvenes.

Capítulo 45

MUERTE DE MOISÉS

Números 20:2-13

Deuteronomio 33 y 34

Se ha reunido una gran muchedumbre. Todo está lleno de gente. ¿Por qué se han reunido tantas personas? Miles de personas, hombres, mujeres y niños están apiñados. Los más pequeños se ponen de puntillas para poder ver algo.

Tan grande es el silencio que puede oírse el vuelo de una mosca. Nadie se atreve a hablar, todos guardan un profundo silencio, tienen una expresión seria en sus rostros, muchos tienen lágrimas en sus ojos.

Alguien habla. ¿Quién es? Allí, en pie, está un hombre cubierto de canas, de edad avanzada, pese a que su espalda está encorvada, no se apoya en ningún bastón. Es todavía fuerte y robusto.

Con voz clara e inteligible habla, todos pueden entenderle perfectamente. Ese anciano es Moisés y esa inmensa muchedumbre son los israelitas. ¿Se trata, tal vez, de otra rebelión? ¿Quizás quieren nuevamente apedrear a Moisés? No, esta vez no. Moisés se dispone a despedirse de su pueblo. ¿Despedirse? ¿Acaso se marcha a otro lugar y abandona a su pueblo? No, Moisés no puede hacer eso, él ama a los hijos de Israel. Sin embargo, Moisés se despide, dejará a su pueblo. No por un tiempo, sino para siempre. Moisés va a morir.

Los israelitas aún están de la parte de acá del Jordán, en los llanos de Moab. Han fracasado los perversos proyectos de Balac, rey de los moabitas. Dios convirtió la maldición en bendición. Balaam no había podido maldecir a Israel, porque Dios se lo prohibió.

Los moabitas habían recibido el castigo de su falsa amistad. La maldición reposaba sobre los moabitas.

Israel ha sido también castigado, pero no rechazado y está a punto de invadir la tierra prometida. Pero primero debe morir Moisés. ¿Por qué? ¿No puede él llevar a los hijos de Israel a la tierra prometida? Moisés podía conducirlos hasta la tierra de Canaán, pero no entrar en Canaán. ¿Por qué?

Hemos visto que Israel llegó por segunda vez a Cades-Barnea, lo recordáis, ¿verdad? Lo tenemos en el capítulo 43, podéis leerlo de nuevo. Allí murió María y fue sepultada, pero también ocurrieron otras cosas. Al plantar las tiendas, por segunda vez en Cades-Barnea, después de una peregrinación de casi cuarenta años, los israelitas no tenían agua potable. Varias veces habían pasado por la misma situación y siempre el Señor los ayudó.

¿No les ayudaría el Señor ahora? En lugar de doblar las rodillas pidiendo agua al Señor, los israelitas se enfadaron, se pusieron nuevamente a murmurar. Todos se dirigieron a Moisés quejosos y le dijeron:

—Mejor es que hubiéramos muerto, que el Señor nos hubiera matado también a nosotros cuando Coré, Datán y Abirám murieron, porque ahora vamos a perecer todos de sed en el desierto. Ojalá nunca hubiéramos salido de Egipto.

El viejo Moisés escucha sus quejas.

Los israelitas avanzan hacia él amenazantes. De nuevo suenan palabras amenazadoras:

—Prometiste llevarnos a una tierra fértil, tierra en la que beberíamos leche en abundancia, donde comeríamos miel. Pero no nos has llevado a ella, seguimos errando por este terrible desierto y ahora todos nosotros vamos a morir de sed.

En medio de esta muchedumbre furiosa se encuentra Moisés. A su lado está su hermano Aarón, temblando de miedo. Moisés va al tabernáculo, se pone de hinojos ante Dios y

se queja ante Él de sus dificultades. Moisés está afligido, está desanimado. ¿No escarmentará nunca este pueblo? Si siguen así nunca entrarán en Canaán. Hace casi cuarenta años habían murmurado también en este mismo lugar, fue cuando escucharon a los diez espías y no creyeron que Dios les ayudaría. Luego vino el castigo muy severo. Durante cuarenta años tuvieron que peregrinar por el desierto. Han pasado casi cuarenta años y de nuevo comienzan a murmurar. Quizás nuevamente Dios los castigue. Moisés está desesperado, tiene miedo a las consecuencias de esta rebelión e impiedad.

De pronto aparece la Gloria del Señor. Nuevamente un rayo de luz sale de la columna de nube. El Señor les ayudará una vez más.

–Toma tu vara, reúne al pueblo y ve a la peña –ordena el Señor a Moisés– pero, en esta ocasión, no golpearás la peña, en esta ocasión sólo hablarás a la peña y entonces daré agua a los israelitas para que beban ellos y sus animales.

Moisés se levanta y hace lo que el Señor le ha ordenado. Sin embargo, viendo a todo el pueblo protestando, Moisés se enoja.

Va hacia la peña que Dios le ha indicado. Aarón, los ancianos y muchos del pueblo van con él.

La duda se apodera del corazón de Moisés. ¿Dará el Señor realmente agua? La orden del Señor ha sido: «Habla solamente a la peña». Si no sale agua, ¿qué hacer? Los israelitas se burlarán de él y no quiere que se rían. No se atreve a hacerlo, no quiere que los israelitas se burlen de él.

Moisés ahora también duda de lo que el Señor le ha dicho. ¿Sabéis qué hizo? Golpeó la peña, como había hecho en otras ocasiones y había dado resultados.

Alza su vara y por dos veces golpea la peña, pese a ello, el Señor les da agua, la peña se abre y de ella sale un gran chorro de agua clara y fresca. Pero... Moisés ha desobedecido la orden del Señor. Ha sido desobediente por incredulidad y orgullo. Por ello el Señor se enoja con Moisés.

–No has hecho lo que te ordené –le dice el Señor–, en castigo a tu desobediencia tú y tu hermano Aarón no entraréis en Canaán. También vosotros moriréis en el desierto. La congre-

gación que fue desobediente murió en el desierto. También vosotros, tú por haber herido la peña, tu hermano Aarón por no haberte advertido.

Es una gran decepción para Moisés, suplica al Señor que quite el castigo y le permita llevar a los hijos de Israel a Canaán, pero el Señor le dice:

–No me hables más de este asunto; sin embargo tú verás la tierra prometida, pero no entrarás en ella.

Ya leisteis cómo murió Aarón en el monte Hor. Moisés no murió entonces, el pueblo le necesitaba. Pero ahora ya están a las puertas de Canaán. Sehón y Og han sido derrotados y sus tierras han sido añadidas a las de Israel.

Los madianitas han sido castigados por su mentira y la maldición del Señor reposa sobre Moab.

En este lado del Jordán los israelitas ya no tienen nada que hacer. Ahora ha llegado el momento en que Moisés tiene también que morir. Por ello se ha reunido toda esta multitud y por esta razón se despide de ellos Moisés.

Moisés no está débil, al contrario, todavía está fuerte y robusto. Por última vez dirige la palabra a los israelitas, por última vez les advierte contra el pecado.

Todos los mandamientos entregados por el Señor los lee de nuevo para que nunca se olviden de ellos. Moisés les advierte contra los pueblos paganos que pueblan la tierra de Canaán.

–Tenéis que exterminar a esos pueblos –dice–, tened cuidado y no os hagáis amigos de ellos. No adoréis a sus ídolos, no dejéis al Señor, pues si lo hacéis el Señor os castigará y os expulsará de la tierra prometida y seréis dispersados y matados.

Cuando ha terminado de leer todos los mandamientos, bendice a los hijos de Israel, tribu tras tribu. Cada tribu recibe una bendición especial. Por orden divina elige también otro jefe, será Josué, el mismo que un día venció a los amalecitas, cuando atacaron a Israel por la espalda. El mismo que acompañó también a los espías a inspeccionar la tierra.

Los israelitas le conocen y saben muy bien quién es. Es un hombre valiente y temeroso de Dios.

–Pueblo de Israel –dice–, aunque yo voy a morir, el Señor no os dejará. Él os seguirá ayudando.

Dirigiéndose a Josué, le dice:

–Esfuérzate y sé valiente, pues tú llevarás a los hijos de Israel a la tierra prometida por Dios. Dicho esto, Moisés se vuelve y sube solo al monte Nebo.

Cuando murió Aarón, Moisés y Eleazar le acompañaron, y ahora que Moisés va a morir, marcha solo.

El pueblo le sigue con la mirada hasta que lo pierde de vista. Moisés llega a la cumbre del monte, desde allí mira en todas direcciones. Desde el monte Nebo tiene una panorámica excelente de las tierras circundantes.

No puede entrar en Canaán, pero el Señor tiene la bondad de mostrársela. En la Biblia se nos dice que el Señor le mostró todo. A poca distancia, allá en el fondo, ve cómo corre el Jordán, desde el lago de Genesaret hasta el Mar Muerto; ve la tierra de la parte allá del Jordán; muy lejos ve brillar las aguas del Mediterráneo; ve el monte Moría, al cual Abraham subió para sacrificar a su hijo Isaac.

Durante mucho tiempo este viejo vigoroso está allí, sus ojos brillan. No se cansa de mirar. ¡Qué tierra más maravillosa! Y esa tierra será la nueva patria de su pueblo, de ese pueblo al que tanto ama.

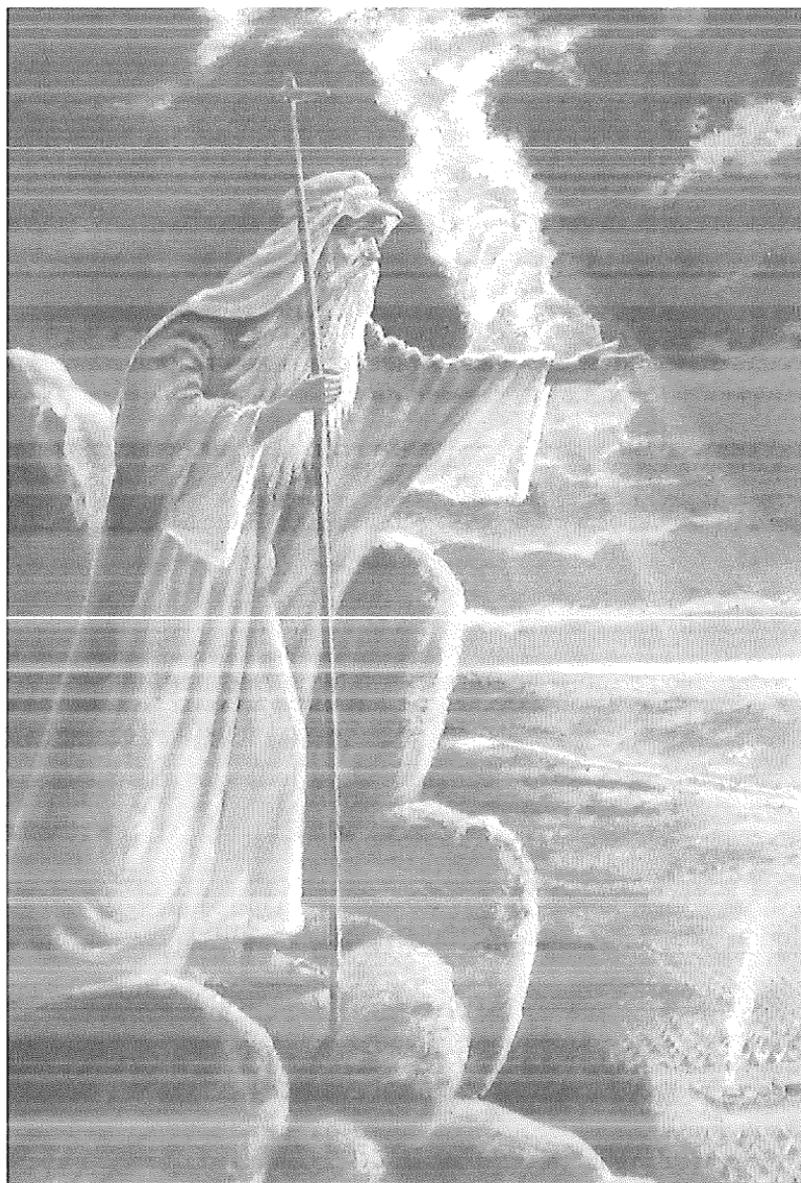
En su corazón no hay amargura por todos los dolores que le han hecho pasar. No, todo lo ha perdonado de todo corazón.

Cuando Moisés lo ha visto todo, muere. Nadie está con él, sólo el Señor. Moisés no tenía miedo a la muerte ya que todos sus pecados le habían sido perdonados. Cuando murió su alma fue al cielo, allí nunca conocerá la tristeza, allí ya nunca más se enfadará.

Jóvenes, no compadezcáis a Moisés, pues él entró en la gloria eterna. Moisés era plenamente feliz. Hacía muchos años que había despreciado los tesoros de Egipto, optando por ponerse del lado del pueblo de Israel y, lo que es más importante, había optado por Dios y no había sido una mala opción.

Ese Dios de Israel le ha ayudado durante toda su vida, ese Dios ha resuelto todas sus dificultades.

Ese mismo Dios está a su lado en la cumbre del monte Nebo



Moisés sobre el monte Nebo

y ese Dios le ofrece ahora la gloria eterna. Moisés no ha sido defraudado.

¿Querriais morir de la misma manera? Elegid, pues, hoy a quién queréis servir. No lo hagáis por vuestras propias fuerzas, porque entonces sería una falsa elección, pedid a Dios que renueve vuestro corazón.

El mismo Dios ha sepultado el cuerpo de Moisés. No se permitió a los israelitas que lo hicieran porque, quizás, habrían hecho un ídolo del cuerpo de Moisés y no debían adorar a Moisés, ya que él era un hombre mortal, y tenían que adorar a Dios y servirle.

Qué gran sabiduría la del Señor, ¿verdad?

Abajo, en el valle, está esperando el pueblo. Han seguido a su jefe hasta perderlo de vista. Muchos están llorando. Las despedidas siempre son emotivas. Están afligidos. ¡Cuántas veces han entristecido a Moisés y cuántas veces le han atormentado! Ahora lo sienten muchísimo.

Ojalá pudieran remediarlo y pedirle perdón. Pero ya no es posible, Moisés se ha marchado para siempre. Sin pronunciar palabra se van a sus tiendas. Están afligidos y lloran por él.

Jóvenes, ¿cómo os portáis con vuestros padres? ¿Desobedecéis a vuestros padres? ¿Les causáis tristeza? Eso no está bien.

Quizás, ahora os reís de las lágrimas de vuestra madre o podéis burlaros de vuestro padre. Pero llegará un momento en que no podréis reiros ni burlaros más.

¿Sabéis cuándo? Cuando vayáis a sepultar a vuestro padre o a vuestra madre, cuando estéis en el cementerio.

También podría ser que murierais vosotros primero, pero supongamos que Dios guarda vuestra vida y mueren primero ellos, si cuando los estáis sepultando os arrepentís y lo sentís y lloráis ¿no creéis que ya es demasiado tarde? ¿Que ya no tiene remedio, ni les podéis pedir perdón?

Capítulo 46

LIBRADOS DE UN PELIGRO INMINENTE

Josué 2

Una noche muy calurosa dos hombres se acercan sigilosamente a las puertas abiertas de la gran ciudad de Jericó. Durante todo el día han estado vagando por los alrededores inspeccionando todos los detalles. Ahora que ha oscurecido tratarán de entrar en la ciudad. Aparentemente serenos, pero con el corazón latiéndoles precipitadamente, se dirigen hacia la puerta y entran por ella. Pasean tranquilamente por las calles mirándolo todo con mucha atención.

Se detienen junto a las murallas y observan que son muy altas y anchas. Sin decir ni una sola palabra se miran el uno al otro. Las murallas son tan gruesas que, hasta las casas han sido construidas sobre ellas. Una de esas casas les pareció una posada. Entrarán en esa casa y pasarán allí la noche. Es una empresa muy aventurada lo que tratan de hacer. ¿Una empresa muy arriesgada? ¿Por qué? Están en una ciudad enemiga y si son descubiertos están perdidos.

¿Quiénes son, pues, esos dos hombres? ¿De dónde vienen y qué hacen en Jericó?

— — — — —

Los israelitas están acampados en los llanos de Moab. Allí han sucedido ya muchas cosas. Fracasó la tentativa de Balac, rey de los moabitas, para obligar a Balaam a maldecir al pueblo de Israel. Allí ha muerto también Moisés y han llevado luto por él durante treinta días. Ahora han finalizado los días de luto y están preparados para entrar en Canaán. Su nuevo jefe, Josué, se ha puesto al frente de los israelitas. No se ha constituido él mismo en jefe, ha sido Dios quien lo ha elegido. Moisés ha llevado a ese pueblo hasta Canaán, Josué los introducirá en la tierra prometida.

Pero no se hará sin dificultades. Los cananeos son fuertes, son ciudades que están defendidas por consistentes murallas. Sin la ayuda de Dios, jamás conquistarán ese país. Hace cuarenta años ya era un pueblo fuerte y desde entonces es posible que los cananeos hayan reforzado sus murallas. Humanamente hablando es casi imposible conquistar ese país. Pero el Señor ayudará.

Un día el Señor dice a Josué:

—Prepárate para pasar el Jordán. Sé fuerte y valiente, pues alcanzarás la victoria. No temas.

Josué cree lo que el Señor le dice.

En secreto manda llamar a dos hombres para que el pueblo no se entere. Cuando llegan les dice:

—Allá lejos está la ciudad de Jericó. Id a esa ciudad y examinadla bien, observad todos sus detalles.

Los dos hombres van, son unos hombres muy valientes y audaces, la misión es peligrosa y en ella les va la vida si los descubren. Sin embargo, esos hombres no temen, saben que Dios los ayudará. Inadvertidamente dejan las tiendas de los israelitas, se dirigen hacia el Jordán, saltan al agua y atraviesan el río a nado penetrando en la tierra de Canaán. Dos hombres solos en tierra enemiga. Son los dos espías que al anochecer entraron en la ciudad de Jericó y entran en la casa construida sobre la muralla.

— — — — —

La casa era una especie de posada y en ella vivía una mujer, una pecadora. Se llamaba Rahab.

Se ha hecho completamente de noche. Las puertas de la ciudad se cierran, es algo que se hacía siempre para seguridad. Las puertas son fuertes y pesadas, provistas de grandes cerrojos. Cerca de las puertas se colocan los soldados para hacer la guardia. La calma y la quietud reinan en Jericó.

Pero no, muy pronto un grupo de soldados se dirige directamente a la casa de Rahab. Golpean la puerta y ordenan que les abran.

¿Qué van a hacer allí esos soldados?

Es una situación muy peligrosa para los dos espías que han entrado en la casa. ¿Los habrán descubierto a pesar de haber entrado de noche? Sí, la gente de Jericó ha visto a esos dos extranjeros que paseaban por las calles de la ciudad y les han seguido y les han visto entrar en casa de Rahab y han sospechado de ellos. Todos los habitantes de Jericó sabían que al otro lado del Jordán estaba acampado el poderoso pueblo de Israel. Han oído decir que Sehón y Og han sido derrotados. Al ver a estos dos extranjeros han tenido miedo y en seguida han pensado: «Sin duda debe tratarse de dos israelitas».

Rápidamente se han dirigido al rey y lo han puesto en su conocimiento. Y ahora, esos soldados enviados por el rey, son los que golpean la puerta de Rahab y ordenan que les abran.

Pobres espías, están perdidos. Mirad, la puerta ya se abre, Rahab está en el umbral.

—¿Qué sucede? —pregunta con gran sorpresa.

—Esta noche unos extranjeros han entrado en tu casa. A lo mejor son espías de los israelitas y hemos venido a detenerlos. ¿Dónde están esos hombres? Dínoslo —ordena el jefe de los soldados.

—Ya se han marchado hace mucho tiempo —responde Rahab tranquilamente—, al anoecer, momentos antes de cerrar las puertas de la ciudad la abandonaron. No sé a dónde se habrán dirigido, pero si os dais prisa aún podréis alcanzarlos.

Los soldados la creen y hacen lo que les dice Rahab. Pero no era ésa la verdad, Rahab había mentido. Los dos hombres no se habían marchado, ella los había escondido. ¿Por qué

razón, si eran enemigos de su propio pueblo? ¿No era una traición?

Poned atención. Rahab era una mujer pagana y pecadora. Había oído hablar de los israelitas. Todo el mundo en Jericó había oído hablar de ellos, de los milagros que se habían hecho en Egipto, en el desierto, la derrota de Sehón y Og, todo el mundo estaba al corriente de todo esto.

Los habitantes de Jericó tenían miedo y Rahab también. Pero interiormente ha sentido gran respeto por el Dios de los israelitas. Es un Dios todopoderoso y fuerte. Los dioses de Jericó no tenían tanto poder como Él. Quería que el Dios de los israelitas fuese su Dios, pero ella era tan impía que era imposible. Lamentó su vida de pecado. Sabe que los israelitas pasarán el Jordán y conquistarán la tierra de Canaán. Rahab no duda de que alcanzarán la victoria, pues su Dios es el más fuerte. Esa noche dos hombres han entrado repentinamente en su casa. No los conoce, pero no tarda en darse cuenta de que no son moradores de Canaán. Averigua que son israelitas y se da cuenta de que son dos espías. Súbitamente decide ayudarlos. Y lo hace por respeto a ese Dios poderoso del pueblo de Israel. Los esconde en la terraza de su casa bajo un montón de lino. Allí nadie podrá encontrarlos. Cuando llegaron los soldados bajó tranquilamente y confundió a los soldados.

Rahab escondió a los espías y salvó así sus vidas y esto lo hizo por fe. Creía firmemente que Dios ayudaría a ese pueblo, que los israelitas alcanzarían la victoria. Dios se lo había prometido y ese Dios no podía mentir, Rahab estaba segura de ello. Cuando los soldados se marchan, cierra la puerta, sube y llama a los dos hombres y les cuenta todo.

–Huid ahora –dice– porque os buscan. No vayáis directamente al Jordán. Subid al monte, estad allí unos días y después volved a vuestro pueblo.

Por un momento queda en silencio, está dudando. Los dos hombres la miran con gratitud. Están allí los tres en la terraza. Sin duda los dos espías han descubierto en todo la mano del Señor.

–Os he salvado la vida –dice Rahab–, cuando toméis Jericó, salvadme a mí y a mi familia.

Los dos israelitas se lo prometen y dicen:

–De acuerdo, lo haremos, pero procurad que toda vuestra familia se encuentre aquí en la casa, pues si están por las calles no podremos hacer nada. Cuando llegue ese día atad en la ventana un cordón grana para que nosotros podamos reconocer la casa. Rahab lo promete.

Pero, ¿cómo huirán esos hombres si las puertas de la ciudad están cerradas y vigiladas? Rahab les aclara la situación. Es astuta. Escuchad lo que hace. Toma el cordón grana y baja a los dos hombres por la ventana que da a la parte exterior de las murallas y pronto los dos hombres están abajo en el suelo. Están salvos. Hacen lo que Rahab les ha dicho, se marchan hacia el monte, donde quedan unos días y luego vuelven a su pueblo. Sanos y salvos vienen a Josué y le cuentan todo cuanto les ha sucedido y lo que han visto.

–Venceremos –dice Josué–, la gente de Jericó está atemorizada de nosotros y hombres miedosos no son aptos para luchar.

Josué 3 y 4

Han pasado unos días, los israelitas están muy ocupados. Recogen sus tiendas, están haciendo los preparativos para el viaje. Ahora de verdad entrarán en Canaán. Pero... el Jordán está aún entre ellos y la tierra prometida y deben atravesarlo. Pero ¿cómo? No tienen barcas, pasarlo a pie es imposible, el río es profundo. ¿Nadando? Tal vez los hombres y los jóvenes puedan hacerlo, pero ¿y las mujeres y los niños pequeños? Imposible.

Cuando todo está preparado se ponen en camino. Delante van unos sacerdotes portando el arca del pacto. Sigue un ejército de cuarenta mil soldados, todos hombres fuertes y robustos. ¿Quiénes son? Sabéis que la tribu de Rubén, la de Gad y media tribu de Manasés se habían quedado con las tierras de Sehón y Og. Sin embargo, habían prometido acompañar a su

*Los
dos
espías
son
salvados
por
Rahab*



pueblo para ayudarles en la conquista de la tierra. Pues ellos son, cumplen fielmente su palabra. Cuarenta mil soldados bravos y fuertes, que constituyen un gran ejército.

Detrás de ellos sigue el resto del pueblo. Van en dirección al Jordán. Los sacerdotes ya se acercan al agua. ¿Qué van a hacer? Si continúan avanzando se ahogarán. Sin embargo, los sacerdotes continúan su marcha sin ningún problema; de repente se hace un camino en el río, a un lado se forma una muralla de aguas, mientras las del otro lado se van alejando. Los sacerdotes avanzan con el arca por ese camino y en medio del río Jordán se detienen. El pueblo pasa haciendo una gran curva en torno a ellos. Los primeros ya han pasado el Jordán, ya están en la otra orilla. Es un gran milagro, sólo Dios puede hacer esto. El arca es la señal de la presencia de Dios, por eso siempre va delante de ellos. Cuando vivió Moisés el Señor obró muchos milagros, ahora Moisés ha muerto. Pero el Señor obra otro milagro, es la prueba de que el Señor también ayudará a Josué.



Ha durado muchas horas la travesía de todos los israelitas por el río Jordán. Nadie ha quedado atrás, todos están a salvo en la otra orilla. Los sacerdotes con el arca todavía están quietos. Unos hombres llevan doce piedras grandes y pesadas, las amontonan en medio del Jordán.

¿Por qué hacen esto? ¿Qué significa? Así lo ha ordenado el Señor ya que este milagro no debe olvidarse nunca. Cuando las aguas vuelven a correr, las piedras de encima quedarán a la vista sobre las aguas.

Cuando en tiempos futuros los hijos de los israelitas pregunten: «¿Qué significan esas piedras en medio del Jordán?», la respuesta de sus padres será: «Allí el Señor nos abrió camino seco para que pasáramos el Jordán». Así no lo olvidarán nunca. Esas piedras constituyen un «monumento conmemorativo». Además han de coger también doce piedras del cauce del río Jordán y han de colocarlas en Gilgal. Son, pues, dos monumentos conmemorativos, uno en medio del Jordán y otro en

la orilla, en Gilgal. Cuando finaliza el trabajo, los sacerdotes toman el arca del medio del río y marchan a la orilla; cuando tocan la orilla, la muralla de aguas se desvanece y las aguas vuelven a correr normalmente por el río.

Hacía muchos años Dios había prometido a Abraham: «Conduciré a tus hijos, tus descendientes, a esta tierra».

Ahora se cumple la promesa. El Señor ha cumplido su palabra. El Señor ha hecho lo que ha prometido. Dios no nos engaña jamás.

El Señor es fiel. El diablo no es fiel, nos engaña siempre. El diablo engañó a Adán y Eva y también nos engaña a nosotros.

Promete mucho pero nunca da nada. ¿A quién de los dos servís?

Sabed que es imposible servir a los dos. O servimos a uno o servimos a otro.

Si seguimos viviendo tal como hemos nacido, servimos al diablo y entonces él es nuestro rey, un rey terrible y cruel. Rogad y suplicad al Señor que os convierta.

¿Hay entre vosotros alguno que ya está sirviendo al Señor de todo su corazón?

Capítulo 47

===== VENCIDA POR LA FE =====

Josué 6

Mirad allá, en la cima de un cerro hay un hombre de pie, es un guerrero. Frente a él está la ciudad de Jericó con sus altas y gruesas murallas y sus fuertes puertas. Ese hombre es Josué, el nuevo jefe de los israelitas.

Cerca de la aldea de Gilgal han levantado sus tiendas. Hace varios días que atravesaron el río Jordán de una forma maravillosa. Al otro lado del Jordán estaba el pueblo de Gilgal y allí acampan provisionalmente. Allí Josué ha circuncidado a los israelitas por mandato del Señor ya que durante el tiempo de peregrinaje por el desierto no fue posible hacerlo. Ya sabéis que el Señor instituyó la circuncisión con Abraham. Ahora ya no practicamos la circuncisión, ahora tenemos el bautismo.

En Gilgal el pueblo de Israel celebra la Pascua, es la primera Pascua en la tierra prometida. Han cocido pan y comido del trigo que han encontrado en las casas abandonadas por los cananeos. Además ya estaba a punto la nueva cosecha en los campos. Ahora, por tanto, deja de caer el maná, ya no es necesario.

Después de celebrada la Pascua los israelitas tienen que comenzar su trabajo. Ahora comenzará la lucha contra los poderosos cananeos. La primera ciudad está muy cerca de ellos, se trata de Jericó. Pero era una ciudad muy fuerte y no

muy fácil de conquistar. Sin embargo, esa ciudad tenía que ser la primera en ser conquistada o de lo contrario no podrían entrar en la tierra prometida. Podríamos decir que esta ciudad era la llave de la tierra de Canaán.

Un día Josué inicia un reconocimiento. Lleva consigo sus armas para su seguridad. Ahora lo vemos sobre la cima de un cerro inspeccionando las murallas de Jericó. Probablemente está haciendo proyectos. La tierra tiene que ser conquistada, tienen que comenzar, pero ¿cómo...? Ni él mismo lo sabe. Es difícil, Jericó está muy bien fortificada, es una fortaleza. Josué está reflexionando. De pronto, un soldado extranjero se dirige hacia Josué, lleva una espada en su mano. ¿Qué hará Josué? ¿Huirá...? No, Josué tira de su espada y se dirige al encuentro del soldado extranjero.

—¿Quién eres? —pregunta en alta voz. ¿Eres israelita o cananeo, enemigo nuestro?

El extranjero le contesta:

—Ni israelita ni cananeo.

Josué le mira asombrado, ¿quién será ese soldado? Escuchad, él mismo se lo explica:

—Soy el príncipe del ejército del Señor.

Josué cae de rodillas ante Él y le adora. Ha comprendido muy bien de quién se trata. Es el mismo Señor que ha tomado temporalmente forma de guerrero. Josué debe descalzarse en señal de respeto.

El Señor habla a Josué y le dice:

—Josué, ¿no sabes cómo comenzar? ¿Es tan difícil? No temas, Yo seré vuestro jefe. Te ayudaré y te aconsejaré. ¿Ves ante ti esa fuerte ciudad? Yo me encargaré de que la toméis. Obtendrás la victoria.

Entonces el Señor explica a Josué lo que debe hacer y cómo debe actuar. Josué escucha respetuosamente. No habrá esas dificultades que ha pensado Josué, todo será muy sencillo. La ciudad misma se entregará. Es el Señor quien lo hará. Dios, una vez más, mostrará Su omnipotencia.

Pero esta primera ciudad será para el Señor. Todos cuantos moran en ella han de ser matados, todo el oro y la plata que encuentren será llevada al tabernáculo. Todas las demás cosas serán quemadas; los israelitas no deberán tomar para sí nada de lo que allí haya.

Por fin, Josué vuelve a su tienda. En su corazón hay gratitud hacia el Señor por su gran bondad.



—¡Que vienen, que vienen! —resuena por las calles de Jericó. Todos corren hacia las murallas. Los soldados corren con espadas y lanzas en sus manos, los hombres, mujeres y niños los acompañan. Desde las murallas descubren a miles de israelitas que se dirigen directamente hacia la ciudad. Se hace un profundo silencio en las murallas de Jericó. Los habitantes de la ciudad tiemblan de miedo, sus piernas flaquean. Va a suceder lo que tanto han temido, la lucha está a punto de iniciarse. Hasta los soldados están temblando. Tienen miedo, están angustiados.

Piensan en lo extraño que es el pueblo de los israelitas, de las cosas tan maravillosas que han sucedido estos últimos días, pues ellos mismos lo han visto; han visto cómo se detenían las aguas del Jordán e Israel pasaba por medio del río. Jamás habían visto cosa igual. Tienen miedo de ese pueblo. ¿Habría sido ese Dios milagroso de Israel quien lo ha hecho? Han oído hablar mucho de ese Dios. Pero ahora lo ven con sus propios ojos. Sus dioses no pueden hacer esas cosas.

Inmediatamente cierran las puertas de la ciudad, así estarán más seguros. Han visto que los israelitas han acampado en Gilgal y cada día montan la guardia sobre las murallas con gran temor.

No saben cuándo los atacarán; viven en una constante angustia, no pueden conciliar el sueño, hasta los niños sueñan con ello.

Ahora suena el grito de los guardias de la muralla:

—¡Que vienen!

Nadie se sorprende, todos corren hacia las murallas, peque-

ños y grandes, hombres y mujeres, todos están allí. Afortunadamente las murallas son altas y resistentes, las puertas están bien cerradas.

Los israelitas tendrán que luchar muy duramente para conseguir entrar y eso, no será sin problemas. Sin embargo, los habitantes de Jericó siguen teniendo miedo. Dudan que las murallas puedan detener al enemigo. Miran con espanto a los israelitas que se aproximan. Es un ejército enorme.

Pero... ¿qué pasa ahora? Los israelitas en lugar de seguir directamente hacia la muralla la van rodeando. Es una fila casi interminable.

—Mirad, ¿qué es eso? —se gritan los unos a los otros.

Ven a siete hombres, vestidos con ropas blancas, que marchan con una trompeta en la mano. Detrás de ellos marchan otros hombres que llevan algo. No pueden ver exactamente de qué se trata, pues lo llevan tapado con un velo. Parece una caja.

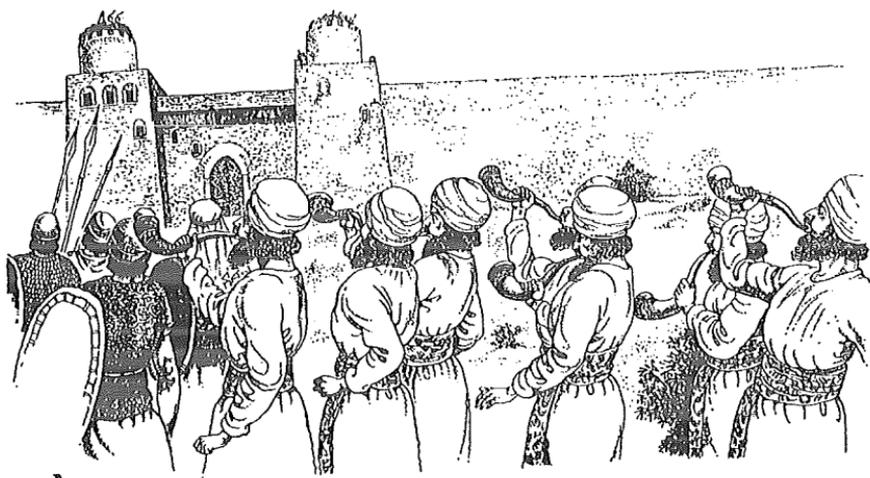
—¿Será el Dios de los israelitas? —piensan.

Esta gente de Jericó era pagana y no sabía nada de ello. Esa caja no era Dios, era la señal de la presencia de Dios, era el arca. Pero los habitantes de Jericó no lo sabían y pensaban que era el Dios mismo de los israelitas.

Detrás del arca iban los soldados y después las mujeres y los niños. Un gran silencio hay en el ejército de Israel, nadie se atreve ni siquiera a susurrar, ni hablan, ni cantan, no dicen ni una palabra. Silenciosamente siguen su camino rodeando la ciudad por completo. Los habitantes de Jericó los miran con temor. Finalmente cuando han rodeado la ciudad se vuelven a Gilgal. La gente que está sobre las murallas se mira con gran sorpresa.

¿Qué hacen ahora? ¿Se vuelven...? No lo entienden. Los israelitas habrán observado las murallas, habrá sido una expedición de reconocimiento, mañana vendrán y atacarán. Todos abandonan las murallas y vuelven a sus casas, sólo quedan los guardias en sus puestos. Rahab, con toda su familia, que han corrido a refugiarse en su casa, ha visto también la escena. Sus corazones estaban palpitando, no por la angustia, sino por la expectación.

A la mañana siguiente nuevamente el grito: «¡Que vienen!»,



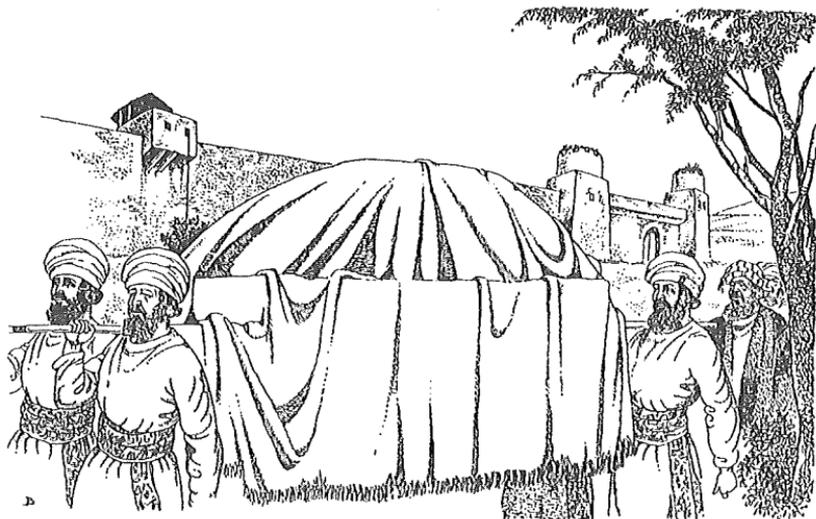
Los israelitas ante

resuena por las calles de Jericó. Otra vez todo el mundo corre a las murallas. Pero... de nuevo los israelitas vuelven a hacer lo mismo del día anterior, rodean la ciudad y se marchan. Lo mismo vuelve a ocurrir el tercer día, el cuarto, el quinto y el sexto. Los habitantes de Jericó ya no comprenden nada de lo que ocurre. Habían pensado que los israelitas asaltarían la ciudad y no ha ocurrido así. Quizás algunos se han burlado de todo aquello. Hasta puede que hayan dicho:

—Si quieren conquistar así la ciudad, va a durar mucho.

El séptimo día hay cambios. Más temprano que los días anteriores los israelitas se dirigen hacia la ciudad; de nuevo la rodean, pero en esta ocasión no se marchan. Dan hasta siete vueltas a la ciudad y se quedan rodeándola. Se va haciendo de noche. Los hombres que están en las murallas se asustan; los israelitas se han parado, los sacerdotes tocan las trompetas. Una potente voz exclama:

—¡Gritad!



los muros de Jericó

En seguida estalla un gran griterío. Se oyen gritos de angustia, las murallas de Jericó han comenzado a sacudirse y se desploman, la gente que estaba en ellas cae y es cubierta por las piedras. Sólo un trozo de muralla queda intacta, sobre ella está edificada la casa de Rahab. Dios mismo ha salvado a Rahab por haber escondido a los dos espías, salvando así sus vidas.

Por esto y, sobre todo, porque Rahab había sentido gran reverencia por el Dios de Israel y por haberse puesto de parte del pueblo de ese Dios.

Los israelitas corren empuñando sus espadas, entran por las murallas derrumbadas y matan a cuantos encuentran en su camino. Antes de hacerse plena noche ningún ser vivo queda en Jericó y la ciudad es conquistada por los israelitas. Sólo Rahab y sus familiares han quedado con vida; como los espías habían prometido así se cumple.

Por la noche los israelitas vuelven a Gilgal, pero antes han

incendiado todas las casas. En la Biblia podemos leer: «Y consumieron con fuego la ciudad».

Se llevan consigo a Rahab, así ella ha conseguido un puesto en el pueblo de Israel. Más tarde se casa con uno de los principales de la tribu de Judá. De la descendencia de sus hijos, siglos después, nació el Señor Jesús. Su fe en el Dios de Israel no ha sido defraudada.

Jóvenes, éste fue el proyecto que Dios comunicó a Josué cuando estuvo con él en la cima del monte. Es lo que ahora ha sucedido.

Los israelitas han creído en el Señor. Pero ¿no era una tontería dar vueltas a la ciudad? ¿No les ha parecido que de esta forma nunca podrían conquistar la ciudad? Se han expuesto a las burlas de los enemigos. Sin embargo, han creído que el Señor haría lo que había prometido a Josué. Cuando Josué dijo: «Gritad», ellos lo hicieron y las murallas se derrumbaron.

Era una prueba de su fe en la omnipotencia de Dios. Ahora están llenos de gozo al ver su victoria.

De esta forma, esta gran ciudad, Jericó, fue vencida por la fe. Podéis leerlo en Hebreos 11:3.

Capítulo 48

==== EL FRUTO DEL PECADO ====

Josué 7

Sobre los escombros de la ciudad de Jericó un hombre está escarbando. Bajo las piedras ve algo que brilla, se agacha con sigilo y lo coge. Es una bolsa con monedas de plata.

«Esta plata me pertenece», piensa para sí. No desea llevarla al tabernáculo y entregarla a los sacerdotes. ¿Acaso no la ha encontrado él? Decide quedarse con ella. Cuidadosamente mira a su alrededor para comprobar si hay por allí alguien que haya podido verle. No hay absolutamente nadie, nadie le ha visto. De prisa la esconde bajo su ropa y se aleja apresuradamente de aquel lugar. De pronto se detiene, ha visto un magnífico manto, confeccionado con tejido de Babilonia. Probablemente algunos viajeros de aquel país, a su paso por Jericó, se lo han vendido a alguien de allí. Toma el manto y lo esconde. Aún no está satisfecho y sigue rebuscando, va recogiendo un poco de oro y otras cosas.

Este hombre es un israelita, se llama Acán. Lo que estaba haciendo Acán no estaba permitido, el Señor había dicho a Josué que esa primera ciudad sería para Dios. La ciudad tenía que ser incendiada y no se podría reconstruir y todo el oro y la plata que en ella se encontrase debería ser llevado al tabernáculo. ¿Acán sabe esto? ¿Ha escuchado las órdenes de Dios a Josué? Ciertamente que Acán lo conocía muy bien, pero su



El pecado de Acán

ambición pudo más y tomó todo lo que encontró. Estaba seguro de que nadie le había visto. Es verdad, Acán, estás solo, nadie ve lo que estás haciendo. Pero olvidas una cosa, Dios lo ve todo. Sin embargo, Acán no pensaba en eso.

Jóvenes, ¿no pensáis vosotros también lo mismo muchas veces? Si hacéis algún mal y sabéis que no os han visto vuestros padres y personas conocidas entonces os quedáis tranquilos. Sin embargo, olvidáis que Dios lo ve y lo oye todo, a Él jamás podemos engañarle. No olvidéis nunca esto.

Acán va a su tienda, bajo sus ropas lleva escondido todo lo que ha encontrado de manera que nadie pueda verlo. Sin embargo, en su interior una voz le dice: «Acán, no hagas eso, llévalo a Josué»; pero no quiere escuchar la voz de su conciencia.

También a vosotros cuando intentáis hacer algún mal esa voz os avisa. Es vuestra conciencia, ¿por qué no le hacéis caso?

Acán entra en su tienda y cuenta todo a su mujer y a sus hijos, mostrándoles todo lo recogido. A todos les parece bien. Esas monedas de plata, esa barra de oro, ese manto babilónico son magníficos. Todos quieren cogerlo con sus manos un momento. Luego en medio de la tienda, cavan un profundo hoyo, lo ponen allí todo y después lo vuelven a tapar de manera que nadie pueda sospechar nada.

—¡Huid, huid! —suenan un grito de angustia. Alguien corre apresuradamente. Otros escuchan también el grito y huyen. Pronto todos huyen. ¿Quiénes son esas personas que corren tan de prisa? Son los soldados israelitas. ¿Por qué huyen? ¿Qué ha pasado?

A los pocos días de tomar e incendiar Jericó, Josué envió unos espías para que se adentrasen más en la tierra. No muy lejos de Jericó estaba ubicada la pequeña ciudad de Hai. Esos espías estuvieron inspeccionando detenidamente la pequeña ciudad y luego volvieron a Josué.

—Decidme —preguntó Josué—, ¿qué habéis visto?

—No lejos de aquí se encuentra una pequeña ciudad —contestaron.

—No es necesario que vaya todo el pueblo, ni todos los soldados. Con un pequeño ejército de dos mil o tres mil hombres será suficiente. Los demás podrán descansar. Podremos tomar fácilmente esa pequeña ciudad.

Josué escoge a tres mil soldados y éstos marchan a luchar contra Hai. Los demás quedan esperando su regreso. No tienen duda de que sus hermanos alcanzarán la victoria. Dios les prestaría su ayuda, igual que había ocurrido en la ciudad de Jericó, están seguros de que será así. Sin embargo, en esta ocasión, el Señor no les ayuda. El pequeño ejército que ha ido a conquistar Hai, es derrotado y huye. No tardando mucho los

primeros vienen corriendo, grandes gotas de sudor corren por sus frentes.

Tres mil soldados salieron por la mañana con ánimo valeroso, seguros de la victoria, pero no vuelven todos. Cuando Josué los cuenta faltan treinta y seis soldados, que han sido matados por los habitantes de Hai.

Josué se asusta cuando oye el relato. «Los cananeos van a enterarse de esto» –piensa– «y verán que no somos invencibles. Se reunirán todos para atacarnos y si sucede así nos matarán a todos. Ojalá nos hubiésemos quedado al otro lado del Jordán en la tierra de Sehón y Og».

Asustado va al tabernáculo y se postra de hinojos. Rompe sus vestiduras en señal de luto.

–Señor –ora–, ¿qué debemos hacer ahora? ¿Por qué no nos has ayudado? Ayúdanos, Señor, ayúdanos.

El Señor contesta a Josué y le dice:

–En el futuro no os ayudaré más. Seréis vencidos por todos, ya que entre vosotros hay un ladrón y mientras ese ladrón viva, yo no os daré la victoria. Pero si matáis al ladrón, os ayudaré de nuevo.

Josué se queda muy sorprendido. ¿Un ladrón? Él no sabía nada.

–¿Quién es? –pregunta.

–Levántate –dice el Señor–, di al pueblo que se reúna mañana y entonces señalaré al ladrón. Tú no sabes quién es, pero Yo sí lo sé, porque soy omnisciente.

Tal como el Señor ha dicho se hace. A la mañana siguiente el pueblo de Israel se reúne, todos están angustiados.

–¿Quién será? ¿Quién lo habrá hecho? –se preguntan unos a otros. Pero nadie puede responder a estas preguntas. Acán está también presente. Él sabe muy bien quién lo hizo, porque él mismo es el ladrón. Pero no dice nada. «No» –piensa–, «no diré nada. Nadie me ha visto, nadie lo sabe, es imposible que me descubran. A lo mejor culpan a otro y yo quedaré fuera de sospechas».

¿Habéis hecho vosotros lo mismo alguna vez? Cuando habéis hecho algo malo y ha sido descubierto, ¿habéis callado también? ¿Habéis permitido que otro cargara con la culpa? Eso

es de cobardes y es aún peor que el mal que habéis hecho. Cuando hagáis algo mal no lo ocultéis, sed honestos y sinceros y reconoced vuestro mal.

Acán no reconoció su mal, callaba y esperaba. Sin embargo, su corazón latía apresuradamente.

Echaron las suertes y el Señor mostró que era de la tribu de Judá. El ladrón, pues, pertenecía a la tribu de Judá y, por tanto, las demás tribus estaban libres. Pero la tribu de Judá era muy grande, estaba compuesta por miles y miles de personas. Sin embargo, no hay problema, vuelven a echar las suertes y es señalada la familia de Acán, su padre y su familia y por fin la suerte señala a Acán mismo.

Todos se quedan mirando a Acán, éste baja la vista y gotas de sudor resbalan por su frente, ojalá pudiera desaparecer, desea.

—Hijo mío —pregunta Josué con voz grave—, ¿qué has hecho? No lo ocultes por más tiempo, es inútil. Di la verdad.

Acán no se atreve a callar por más tiempo. Cuenta todo y dice dónde lo tiene escondido.

—Id a buscarlo —ordena Josué a unos israelitas, que obedecen inmediatamente.

Poco tiempo después vuelven y depositan las monedas de plata, el oro y el manto babilónico delante de Josué. Se hace un gran silencio, todos contienen hasta la respiración. ¿Cómo terminará todo...?

A una señal de Josué cogen al ladrón, no sólo a Acán, sino también a su esposa e hijos, pues también son culpables por cómplices, ya que lo supieron y callaron.

Con indignación dice Josué a Acán:

—Has turbado a Israel, por tu culpa ha sufrido una derrota, por tu culpa treinta y seis hombres del pueblo han muerto. Ahora el Señor te turbará a ti, serás castigado.

Toman a Acán, su familia y todas sus posesiones y les llevan a un lugar solitario entre los montes.

Es terrible lo que sucede. Allí, por orden del Señor, apedrean a Acán y a su familia, es decir, los matan a pedradas. Luego hacen una hoguera y queman los cadáveres y también a las ovejas y las vacas después de haberlas matado a cuchillo.

Cuando todo ha sido quemado echan un montón de piedras sobre ello.

Los israelitas vuelven silenciosamente a sus tiendas impresionados por lo sucedido. Es una seria advertencia para los demás. Ha sido un severo castigo. Ahora Acán y los suyos tenían que presentarse ante Dios para dar cuenta de lo que habían hecho.

¿Tan grave era la acción cometida por Acán? ¿No era un castigo demasiado severo? No, era un castigo merecido. Acán no había robado a los hombres, sino a Dios. Toda la plata y el oro de Jericó pertenecía a Dios y ésta era la razón por la que Acán y su familia fueron apedreados. Por esta razón Acán tenía que padecer una muerte tan cruel.

Dios no deja que nos burlemos de Él. ¿Habéis robado alguna vez algo que pertenece al Señor? Ya os oigo que os estáis preguntando: ¿Cómo podemos hacerlo...? Ciertamente que podéis. Si, por ejemplo, tu madre te da los domingos una cantidad determinada para la colecta de la iglesia y tú, secretamente, te quedas con un poco de esa cantidad para tus gastos, entonces estás haciendo exactamente lo mismo que Acán. ¿Lo habéis hecho alguna vez? Tened presente que Dios lo sabe todo, Él lo ve todo, a Él no podemos engañarle. Y tened por seguro que no lo dejará sin castigo.

— — — — —

—¡Huid, huid! —los soldados de Israel corren a toda prisa perseguidos por los habitantes de Hai, que ríen, cantan y gritan. Es la segunda vez que los israelitas huyen y en esta ocasión no se trata de un pequeño ejército de tres mil, sino de todo el ejército. Los habitantes de Hai quieren dar una lección a esos invasores extranjeros, hay que matarlos.

¿Qué tienen que hacer en nuestra tierra?

Todos los que pueden corren persiguiendo a los israelitas y dejan abiertas las puertas de la ciudad, no tienen tiempo para cerrarlas, tampoco es necesario, ¿quién les va a hacer daño? Los israelitas cada vez se alejan más de la ciudad en su huida.

¿Qué ocurre? ¿Nuevamente huyen los israelitas? ¿Hay otro

ladrón entre el pueblo? ¿No les ayuda el Señor?

Podría parecerlo, pero no es así, al otro lado de la ciudad de Hai, cinco mil soldados israelitas esperan tranquilamente. Pero los habitantes de Hai no lo saben, creen que es todo el ejército de los israelitas el que huye y que se trata en realidad de una huida. Se esfuerzan en tratar de alcanzar al enemigo y corren a más no poder. Josué se detiene, levanta su lanza y entonces los israelitas se paran y vuelven sobre sus pasos para sorpresa de los habitantes de Hai. Aún sucede más. Los cinco mil soldados que estaban apostados detrás de la ciudad, se levantan y corren hacia Hai. Las puertas están abiertas y nadie los detiene ya que todos han abandonado la ciudad. Entran en la ciudad e incendian las casas. Grandes nubes de humo se elevan al cielo, muy pronto todo es pasto de las llamas.

Cuando miran los soldados de Hai tras de sí, descubren que la ciudad está ardiendo. Se asustan y tienen miedo y angustia.

Se dan a la fuga, pero se encuentran con que los cinco mil soldados que han entrado en Hai están a sus espaldas.

Josué con sus soldados se han vuelto. Su huida era una astucia para que todos abandonaran la ciudad. Ahora los habitantes de Hai tienen al enemigo frente a sí y a su espalda, están cercados por todas partes y todo el ejército es matado. Al rey lo capturan vivo y lo llevan ante Josué, su valiente jefe. Josué ordena que lo cuelguen.

Luego los israelitas vuelven a Hai y toman todo lo que encuentran. Todo el oro, plata, ovejas, vacas, todo es para ellos. Esta vez les está permitido quedarse con todo. Si Acán hubiera esperado un poco habría tenido también su oportunidad. Ahora no hubiera tenido que esconderse, ni hubiera sido castigado. Pero Acán ya no puede tomar nada, está muerto.

¿De qué le sirvió la plata y el oro? De nada, ahora está en el infierno. Ésta era la consecuencia del pecado. Para Acán ya era demasiado tarde.

Para nosotros, en cambio, no es demasiado tarde, pues aún vivimos. Nosotros podemos ser convertidos ahora. ¿Se lo pedís al Señor diariamente?



Josué cerca a los soldados de Hai

Capítulo 49

CONQUISTANDO

LA TIERRA

Josué 9

Después de la conquista y ocupación de Hai, descritas en el capítulo anterior, los israelitas volvieron a Gilgal. Dos ciudades habían sido ya tomadas, Jericó y Hai, todo, pues, marchaba bien.

El Señor, Dios de Abraham, Isaac y Jacob, era su poderoso Ayudador. Estaban animosos y alegres y esperaban la orden de Josué para adentrarse en la tierra.

Un día un grupo de hombres se acerca al campamento. Con curiosidad los israelitas los observan pues tienen un aspecto extraño. Los israelitas no tardan en darse cuenta de que se trata de extranjeros. Cuando esos hombres están a poca distancia del campamento los israelitas los miran con la mayor de las sorpresas, algunos, incluso, llegan a reírse. El aspecto de esos hombres es descuidado y andrajoso. Sus ropas rotas y llenas de rasgones, sus zapatos raídos. Sobre sus asnos llevan cargados viejos odres de vino cuyos rasgones llevan fuertemente atados con cuerdas. Como sabréis en aquellos tiempos el vino no se guardaba en botellas, como sucede ahora, sino en odres, que eran una especie de sacos de cuero.

—¿Quiénes sois vosotros?—les preguntan los israelitas—. ¿De dónde venís y cuál es el motivo de vuestro viaje?

–Venimos de una tierra muy lejana –es su respuesta. Nuestros vestidos y zapatos eran nuevos cuando salimos de allí, pero ved cómo están.

Toman pan de sus sacos y ya está mohoso y dicen:

–He aquí, estaba recién cocido, fue tomado del horno aún caliente y ved que ahora está reseco y mohoso.

–Con gran sorpresa los israelitas lo ven.

–Acompañadnos –dicen.

Conducen a estos hombres en presencia de Josué y de los ancianos de Israel.

También Josué les pregunta de dónde vienen y cuál es el objeto de su visita.

–Somos originarios de una tierra muy lejana y venimos a hacer alianza con vosotros. Somos embajadores, nuestro rey nos envía. Hemos oído hablar en nuestra tierra que vuestro Dios es un Dios muy poderoso. Hemos oído hablar de los milagros de Egipto, del viaje por el desierto, hemos conocido también cómo habéis vencido a los poderosos reyes del otro lado del Jordán, a Sihón y Og. Por esta razón venimos a hacer alianza con vosotros, seremos vuestros siervos, queremos someternos a vosotros.

Una vez transmitido su mensaje, callan y quedan esperando la respuesta. Hay un período de silencio. Josué cree que esto puede ser muy interesante, pues indica que hasta los pueblos más lejanos sienten respeto por ellos.

–De acuerdo –contesta Josué–, haremos alianza con vosotros. No os mataremos.

Josué y los ancianos prestan juramento de ello. Juran por el Dios de Israel que no los matarán. Sin embargo, es muy imprudente lo que hace Josué.

¿Imprudente? ¿Por qué...? Josué habría debido consultar al Señor para saber si esos hombres estaban diciendo la verdad, sin embargo, no lo hizo y fue una lástima, pues...

Unos días después se dieron cuenta de que habían sido engañados. Aquellos hombres no venían de un lugar remoto, sino que vivían muy cerca. Eran habitantes de Gabaón, ciudad cananea, que estaba ubicada a poca distancia de la ciudad de Hai.

Cuando Josué lo supo, le entró un gran temor, ya que lo que habían hecho él y los ancianos era una gran imprudencia. El Señor les había prohibido hacer alianzas con los habitantes de Canaán.

¿Qué harían ahora? No podían hacer alianzas, pero ya lo habían hecho, más aún, habían jurado y no podían romper ese juramento bajo ningún concepto.

Josué manda llamar a esos hombres.

—¿Por qué habéis mentido? —pregunta seriamente. Nos habéis engañado. Vuestras ropas ya eran viejas cuando os las pusisteis, los odres de vino ya estaban viejos antes de haberlos tomado. Esa historia que nos habéis contado no ha sido más que una mentira y un engaño.

Josué los maldice por su engaño. Los gabaonitas se espantan y le miran tímidamente. Uno de ellos avanza diciendo:



Josué y los gabaonitas

–Señor, se lo diremos con franqueza. Habíamos oído hablar de todos los sucesos, también de cómo se derrumbaron las murallas de Jericó y lo ocurrido a los habitantes de Hai. Teníamos, pues, un tremendo miedo a que lucharais contra nosotros, ya que vuestro Dios es más poderoso que nuestros dioses.

Sabemos que conquistaréis esta tierra y por ello hemos obrado así. Queríamos salvar nuestras vidas. Ahora, pues, haced con nosotros lo que queráis.

Reina un tenso silencio, los gabaonitas esperan angustiados lo que ocurrirá.

–Es irremediable –dice Josué. Hemos hecho alianza con vosotros y la hemos confirmado con juramento y este juramento no podemos romperlo. No os mataremos, pero os haremos nuestros siervos, siervos de nuestro Dios. Desde ahora tendréis que cortar la leña para los sacrificios que se realizan en el tabernáculo y tendréis que llevar el agua para las ceremonias que allí se realizan. Seréis pues criados.

Después de esto se vuelven a la ciudad de Gabaón. Por el camino van riendo y diciéndose los unos a otros:

–A pesar de todo hemos tenido suerte. No nos matarán. Es verdad que tendremos que cortar leña y acarrear agua, pero esto es mejor que morir.

Alegres llegan a la ciudad y allí cuentan lo que ha sucedido y lo que ha dicho Josué.

Esa noche, por vez primera después de mucho tiempo, reina la alegría en las casas de los gabaonitas y pueden dormir tranquilos. Han salvado sus vidas.

Josué 10

Días más tarde sobre las murallas de Gabaón se encuentra una multitud. Las gruesas puertas de la ciudad están cerradas. Todos están llenos de miedo y angustia. ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que miran con esa expresión de angustia en sus ojos?

Fuera de las murallas, alrededor de toda la ciudad, hay gran número de soldados. Miles y miles de soldados tienen sitiada la ciudad de Gabaón. ¿Quiénes son los sitiadores?

Los cananeos de otras ciudades también tenían miedo de los israelitas. También ellos conocían lo que había sucedido en Jericó y Hai. También temían morir. Un día se enteran de que la gran ciudad de Gabaón ha hecho una alianza con los israelitas. El rey de Jerusalén se entera y se enfurece:

–Es una bajeza –dice–, una cobardía. Los gabaonitas son unos traidores. En lugar de ayudarnos pactan con el enemigo, pero esto no quedará sin castigo.

Adonisedec, así se llama el rey de Jerusalén, envía mensajeros a todas las ciudades cercanas.

–Si queréis ayudarme –dice– castigaremos a los gabaonitas por su traición. Mataremos a todos esos que han traicionado a la patria.

Los reyes de las demás ciudades se ponen de acuerdo y deciden unirse, darán una lección a los traidores. Reúnen a sus ejércitos y marchan a Jerusalén, donde entre todos forman un formidable ejército. Cinco reyes se han reunido para castigar a Gabaón. Desde Jerusalén esos miles de soldados marchan hacia Gabaón y la cercan.

No debemos asombrarnos de que los gabaonitas estén asustados. Es imposible defenderse contra tantos soldados. Ah, los israelitas les prometieron no atacarlos pero ahora serán matados por su propio pueblo, los cananeos.

¿Qué pueden hacer...? Mandan aviso a Josué pidiendo ayuda.

Cuando llega la noche sigilosamente se abre un poco una de las puertas de la muralla de Gabaón. Unos gabaonitas salen fuera con mucho sigilo e inmediatamente la puerta vuelve a cerrarse. Los mensajeros de Gabaón se deslizan con gran cuidado para no ser descubiertos, deben atravesar entre el gran ejército de los cananeos, si los cogen están perdidos. No, no son descubiertos, tienen suerte. Cuando han atravesado el ejército cananeo, corren lo más rápidamente posible hacia el campamento de los israelitas.

–Venid a ayudarnos –suplican a Josué. Cinco reyes de los cananeos han venido con sus ejércitos y han cercado la ciudad. Quieren matarnos a todos.

¿Qué debe hacer Josué? ¿Los ayudará? Sí, pero esos cinco reyes son muy poderosos.

Josué va a su tienda y cae de rodillas.

–Señor mío, ¿qué debo hacer? –ora. ¿Quieres darme consejo?

El Señor le responde:

–Ve con ellos, Josué, pues conseguirás la victoria. Entregaré a ese formidable ejército en tus manos. No temas.

Jóvenes, ¿pedís vosotros también consejo al Señor? ¿O hacéis lo que a vosotros os apetece? Cuando estéis en dificultades caed serenamente de rodillas y pedid al Señor que os ayude. En los salmos leemos: «Quien te invoca en su aflicción, encontrará tu infinita y grande misericordia» (Sal. 86:3).

En la experiencia de Josué, ahora sabe muy bien lo que debe hacer. En seguida convoca a sus soldados y esa misma noche sale hacia Gabaón. A la mañana siguiente todo el ejército israelita está cerca de la ciudad.

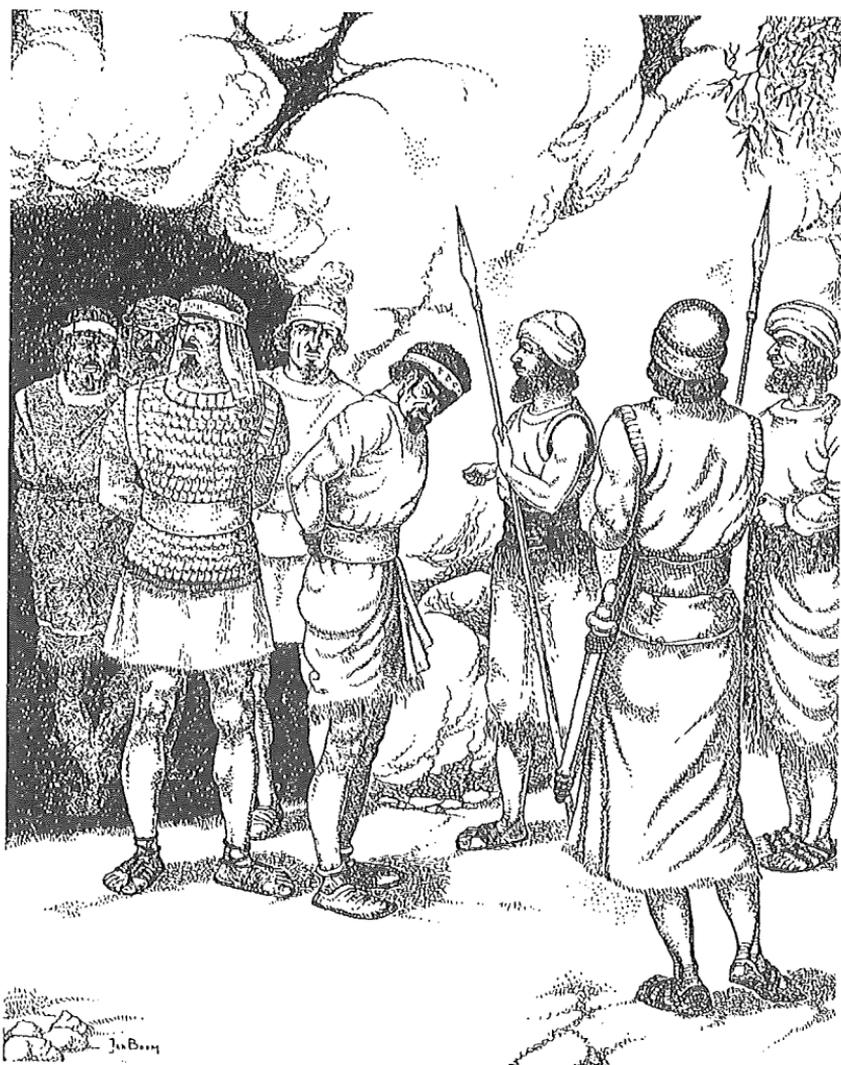
Los cinco reyes cananeos no sospechan nada, piensan que Josué y todos los israelitas siguen acampados en Gilgal.

Inesperadamente son atacados por Josué y su ejército. Sufren una gran sorpresa y quedan desconcertados. No tardando mucho, el ejército de los cananeos se da a la fuga. Miles de soldados son matados por los israelitas. Pero aún sucede más. Oscuras nubes cubren el cielo y de pronto comienza a granizar terriblemente. Más personas mueren a causa de los granizos que por los soldados israelitas.

También los cinco reyes han huido. Al ver que no podían escapar se han escondido en una oscura cueva. Pero los israelitas los encuentran y avisan de ello a Josué para que decida qué se hace con ellos.

–De momento, encerradlos en esa cueva –responde Josué.

Los israelitas cubren la salida de la cueva con grandes piedras para que no puedan escapar. Luego siguen persiguiendo a los enemigos que huyen. Después ajustarán cuentas con esos cinco reyes.



Los cinco reyes encontrados en la cueva

Pronto va a anochecer, no tardará en hacerse de noche y entonces el resto de los cananeos podrán escaparse protegidos por la oscuridad. El sol está a punto de ponerse, la luna pronto saldrá. Ah, si la luz continuase por algunas horas más los cananeos serían totalmente derrotados. Josué se da cuenta de ello y en su corazón hay una oración mental. De repente grita:

—¡Sol, deténte; y, Luna, deténte también!

Muy fácil es para Josué decir eso, pero es imposible de realizarse. Sin embargo, el sol se detiene y no anochece. El Señor ha escuchado a Josué. Era un nuevo milagro de la omnipotencia del Señor. Qué gran decepción para los cananeos que huían, ellos deseaban que llegara la noche para que los israelitas no pudieran encontrarlos y, sin embargo, la luz permanece.

El ejército entero de estos cinco reyes es derrotado totalmente. Entonces los israelitas se vuelven, han conseguido una victoria gloriosa.

Los cinco reyes que se habían escondido en la cueva son llevados ante Josué. Les ordena tumbarse en la tierra y dice a los principales de Israel que pongan el pie sobre el cuello de esos reyes. Es una gran humillación.

—No temáis —dice Josué a los principales— de la misma forma el Señor dará también en nuestras manos a los demás reyes. Los venceremos a todos. Seguidamente esos cinco reyes son colgados. En las semanas que siguen Josué conquista también las ciudades de esos cinco reyes. Todo el territorio meridional de la tierra de Canaán es conquistado y sometido por los israelitas.

Josué 11

En el norte vivían también poderosos pueblos de cananeos. El principal rey de ellos era Jabín. Cuando oyó Jabín lo que había sucedido en el sur de la tierra convocó a todos los reyes que vivían en el norte. Juntos tratarían de detener a los israelitas ya que su ejército era mucho más potente que el de los

cinco reyes juntos. Además tenían una especie de «tanques de hierro». No sería, por tanto, nada fácil vencer a un ejército de tales características.

¿Sabéis qué daba confianza a los israelitas? El Señor había prometido que daría la victoria total a Israel y si el Señor ayuda, todo puede hacerse.

Cuando Josué se entera de que Jabín ha reunido un gran ejército, se dirige rápidamente hacia el norte. Cuando Jabín y sus aliados ni por lo más remoto pueden sospechar que los israelitas lleguen, los israelitas ya están muy cerca de ellos.

Los cananeos son sorprendidos por Josué y el poderoso ejército de Jabín es totalmente vencido. Tras esta batalla Josué conquistó todas las ciudades importantes del norte.

El Señor había prometido que ayudaría a los israelitas y cumplió su promesa.

En total Josué ha vencido a treinta y un reyes y han tomado sus ciudades. Durante siete años han peleado para obtener esas victorias. Ahora los israelitas descansarán por algún tiempo. Aún no han vencido ni matado a todos los cananeos, pero podrán hacerlo más tarde.

Josué ya era muy anciano. A los enemigos que le quedaban los vencerían después de la muerte de Josué.

Un día los israelitas se reúnen para repartir la tierra conquistada. La tribu de Rubén, la de Gad y la media tribu de Manasés no participarán en esta distribución, ya que ellas se quedaron con las tierras del otro lado del Jordán.

La tierra recién conquistada será repartida entre las restantes tribus. Cada tribu recibe su parte. Solamente la tribu de Leví no recibirá ninguna parte. ¿Por qué? ¿Dónde vivirán los levitas?

El Señor había ya provisto para ellos. Recibieron cuarenta y ocho ciudades con un campo alrededor de ellas. Cada tribu dio unas ciudades a los levitas. Por tal razón los levitas quedaban distribuidos por toda la tierra, de esta forma ellos serían los encargados no sólo del servicio del tabernáculo, sino también serían los encargados de la instrucción del pueblo, ellos les enseñarían las leyes.

Josué 20

Seis de las ciudades cedidas a los levitas se constituyeron en «ciudad refugio». Que ¿qué quiere decir eso? Prestad atención.

Si entre los israelitas uno cometía homicidio, tal persona tenía que ser matada. El pariente más cercano de la persona asesinada tenía que matar al asesino. Era el vengador del homicidio.

Pero imaginemos que dos israelitas van a cortar leña juntos. Son dos amigos íntimos y desean ayudarse el uno al otro. De repente el hacha se suelta del asta y el afilado hierro se dispara sobre la frente del otro israelita y éste cae al suelo muerto. No es un homicidio, ha sido un accidente fortuito. Ese hombre no ha tenido la voluntad de matar a su amigo, al contrario, sólo deseaba ayudarle. Sin embargo, ese hombre ahora está muy asustado. En tal caso ¿qué debe hacer? ¿Se debe matar a ese israelita? Él no ha tenido culpa de nada. No, en un caso así, el hombre puede huir a una de esas «ciudades refugio» y dentro de sus murallas está a salvo. Allí, el pariente cercano del muerto, no puede atentar contra su vida.

En estas ciudades de refugio el huido debía permanecer hasta la muerte del principal de los sacerdotes. Tres de esas ciudades estaban situadas a un lado del Jordán. En el sur estaba la ciudad de Hebrón, en el centro la de Siquém y en el norte la de Cedes. Al otro lado del Jordán, en la tierra de Rubén, Gad y media tribu de Manasés, había otras tres ciudades de refugio, Beser, Ramoth y Gaulón.

En el caso de que una persona que había matado a otra intencionadamente huyera a una de estas ciudades de refugio, el gobierno de la ciudad lo juzgaba y si resultaba que había matado a otro israelita intencionadamente por odio, en ese caso esta persona era entregada al vengador del homicidio y posteriormente matada.

El tabernáculo fue puesto en la pequeña aldea de Silo. Silo significaba «reposo», que es un hermoso nombre. Silo está situada más o menos en el centro de la tierra.

Josué 22

Después de haber establecido todas las cosas, los cuarenta mil soldados de la tribu de Rubén, Gad y media tribu de Manasés, volvieron a su tierra, junto a sus esposas e hijos.

Ellos habían pasado el Jordán, después de recibir como heredad las tierras de Sehón y Og, para ayudar a sus hermanos en la conquista de la tierra. Con regocijo desean volver a los suyos. Se despiden de Josué y los ancianos y marchan. Una vez que han pasado el río Jordán y están en su propia tierra lo primero que hacen es construir un gran altar. No, no era para sacrificar, esto sólo podía hacerse en el tabernáculo. Era una señal para que la posteridad reconociera que ellos también pertenecían al pueblo de Israel a pesar de vivir en la otra parte del río Jordán.

Capítulo 50

==== LAS GRANDES FIESTAS ====

Éxodo 12

Levítico 16 y 23

Deuteronomio 16

¡Descanso! Qué cosa más agradable, sobre todo, cuando uno está muy cansado. Después de un hermoso día de excursión por el campo, subiendo montañas, paseando por los campos, cuando llega la noche uno se siente agotado.

Es muy agradable tenderse sobre la hierba, las manos bajo la cabeza mirando esas nubes blancas que lentamente flotan en el cielo azul. ¿Lo habéis hecho alguna vez? Los israelitas, por fin, también tuvieron su descanso, se puede decir que hasta ahora no habían conocido nunca el reposo.

En Egipto jamás pudieron soñar con el descanso, tenían que trabajar desde la salida del sol hasta su ocaso. Pero Dios los había liberado de Egipto conduciéndolos por el desierto. Faraón y su ejército perecieron ahogados. El desierto no era muy apropiado para el descanso. Es verdad que pudieron gozar de un descanso limitado, por algunos días, en las cercanías del monte Sinaí, pero no fue éste un reposo verdadero. Durante cuarenta años erraron por el ardiente desierto, como castigo por su incredulidad. Luego, por años, tuvieron que luchar, primero contra Sehón y Og, luego contra los madianitas, que habían seguido el consejo de Balaam. Después de

cruzar el Jordán, en la misma tierra prometida, tuvieron que luchar durante siete años contra los cananeos. Por fin, ahora, podían disfrutar de un merecido descanso.

La tierra estaba repartida, cada tribu había obtenido su parte, cada israelita había conseguido su propia finca y su propia casa. Por fin reposo, ya no tenían que viajar más, allí vivirían para siempre.

No tuvieron en principio que construir casas y cobertizos para sus ganados, pues tenían los de los cananeos y éstos ya estaban muertos, no volverían jamás, por tanto, sus casas y sus cobertizos eran para ellos.

Han ido a inspeccionar las fincas, sobre todo, los niños lo miran todo con curiosidad, por la noche fueron acostados en camas extrañas, no podían conciliar el sueño, todo era extraño y nuevo para ellos. Pensaban en la mañana siguiente para ir a jugar. A la mañana siguiente efectivamente podían jugar, pero sus padres comenzaron el trabajo, tenían que arar las tierras, sembrar.

En la tierra de Canaán había una gran vitivinicultura. Había campos enteros plantados de vides, que producían muchas uvas para conseguir el vino. Todas estas viñas pasaron a ser propiedad de los israelitas y las tenían que cultivar, quitar las malas hierbas, cavarlas, guardar limpia la viña. Había mucho trabajo, pero esto no era un problema para los israelitas, al contrario, era para ellos agradable ya que en el futuro no tendrían que trabajar para otro, como en Egipto, sino para ellos mismos, sus esposas y sus hijos.

El trigo y la cebada que sembraban era para ellos mismos, luego la esposa con ese trigo amasaría y cocería el pan. Los israelitas trabajaban con diligencia y alegría, trabajaban cantando.

En Egipto se cultivaba también mucho trigo, pero allí no llovía y tenían que llevar el agua en cubos a los campos, aquí en Canaán llovía frecuentemente y con la lluvia se regaban los campos. La vegetación se desarrollaba de una forma favorable.



Mirad, hay mucha gente por los caminos de Canaán, hombres, mujeres y niños, cada vez van aumentando más. Todos van bien vestidos, se han puesto sus mejores galas. Cuando van pasando ante una finca, el campesino con sus hijos se une a los demás. Cuando pasan por un pueblo todos sus habitantes se añaden al cortejo. Siguen avanzando más y más.

¿A dónde camina toda esa gente? ¿Acaso los israelitas dejan de nuevo la tierra prometida? No, no. Van de viaje camino de Silo.

¿Recordáis que en Silo está el tabernáculo? Pues bien, toda esa muchedumbre camina hacia Silo. Solamente los niños pequeñitos que no pueden caminar, han quedado en sus casas y normalmente sus madres han quedado a su cuidado. De todas las direcciones vienen gentes a Silo, del norte, del sur, del este y del oeste, hasta del otro lado del Jordán.

En aquellos tiempos los viajes no eran tan cómodos como en la actualidad, ahora hay autobuses, trenes, aviones, coches particulares; entonces no, entonces los viajes había que hacerlos a pie. Es verdad que los más ricos podían hacerlos sentados sobre un asno, pero la mayoría de gente tenía que caminar.



Grandes grupos de personas llegan de todas partes a la aldea de Silo. Unos vienen de muy cerca y no han tenido que caminar mucho, otros vienen de muy lejos y han tenido que caminar durante muchos días.

¿Qué es lo que van a hacer en Silo? Han acudido a Silo para celebrar una fiesta: La Pascua. Los israelitas no podían faltar ni una sola vez a la celebración de la Pascua. En esta festividad conmemoraban la salida del pueblo de Israel de Egipto. Evocaban aquella noche terrible en que el ángel exterminó a todos los primogénitos de Egipto. Ellos, sin embargo, salieron salvos, pues la sangre del Cordero pascual estaba puesta en los dinteles de sus casas.

Quando nosotros ahora celebramos la Pascua estamos recordando la resurrección de Cristo, pero los israelitas recordaban su salida de Egipto. Nosotros en la Pascua nos quedamos

en nuestras propias casas, pero los israelitas tenían que acudir a Silo, porque allí estaba el tabernáculo, allí estaban los sacerdotes y el príncipe de los sacerdotes y allí es donde se realizaban los sacrificios.

En la Pascua los israelitas hacían también su ofrenda. Las cosechas estaban aún en el campo, sólo la cebada estaba madura y de ella trajeron la primera gavilla para ofrecerla al Señor ya que el Señor era quien hacía crecer la cebada, el que daba la lluvia y el sol y por esta razón el Señor recibía la primera gavilla en una muestra de gratitud.

La Pascua duraba una semana en la que Silo estaba muy animada. Concluida la Pascua, cada uno regresaba a su propia casa, campo o aldea.

¿Pero no era un peligro alejarse tanto de sus casas? ¿No podrían venir sus enemigos y destruirlo todo? No, no sucede eso, el Señor lo impedía como lo había prometido. Podían salir de sus casas tranquilamente. Cuando viajaban a Silo el Señor guardaba sus casas y sus ganados.

A su regreso a casa los israelitas tenían que trabajar mucho, segar y recoger la cebada y cuando terminaban con la cebada hacer lo mismo con el trigo que ya había madurado, era el tiempo de la siega.

Una vez recogida la cosecha los israelitas nuevamente tenían que viajar a la ciudad de Silo para celebrar una fiesta: la fiesta de Pentecostés, cincuenta días después de la Pascua. En esta fiesta de Pentecostés conmemoramos la venida del Espíritu Santo.

En Pentecostés los israelitas celebraban la entrega de la ley hecha por Dios en el Sinaí. Allí Dios habló a la congregación desde una oscura nube, ¿lo recordáis? Allí Dios les dio la ley de los Diez Mandamientos.

Ahora, pues, los israelitas estaban celebrando la entrega de la ley. Pero hacían más aún. Cada uno traía un pan, era el primer pan cocido con la nueva cosecha, recién recogida. En la Pascua ofrecían los primeros panes. Era una nueva muestra de gratitud. En esta fiesta daban gracias a Dios por la cosecha que habían recogido. Al mismo tiempo cada uno daba algo para los pobres y las viudas.

¿Hacéis vosotros lo mismo? ¿Podéis privaros de algo para darlo a algún muchacho o muchacha pobre? ¿No os podéis privar de nada? Entonces sois unos avariciosos.

Concluida la festividad de Pentecostés los israelitas se volvían a sus casas. Se acercaba el tiempo en que las uvas y los demás frutos estaban madurando. En la tierra de Canaán se producían muchísimos frutos, higos, aceitunas, almendras, dátiles y muchos más, era una delicia.

Cuando cogían las uvas las echaban en una pila de piedra, era un lagar, pisaban las uvas y recogían el zumo del que hacían el vino. También recogían el resto de los frutos. Cuando terminaban de recoger todos los frutos volvían de nuevo a Silo. Estaban muy alegres, por la gran bondad que el Señor les había mostrado en el año transcurrido. Pero cuando pensaban en sus muchos pecados estaban avergonzados. Cuántas veces habían sido desobedientes, cuántas veces habían enojado al Señor. No merecían tantas bendiciones.

Cuando llegaban a Silo se arrepentían de sus pecados.

Todos van ante el tabernáculo. Es un momento solemne. El sumo sacerdote se ha puesto sus vestiduras solemnes, con magníficos bordados, vestiduras blancas.

Junto al sumo sacerdote hay dos machos cabríos, sujetados por dos sacerdotes. Uno de esos machos cabríos es matado y su sangre recogida en una fuente. Después el sumo sacerdote toma esa fuente con la sangre y entra en el tabernáculo.

Camina hacia el Santuario, levanta el velo y entra en el Sancta sanctorum (el Lugar Santísimo). Allí está el arca de la alianza, ¿lo recordáis? La cual era la señal de la presencia del Señor. El arca tenía una cubierta de oro, era la cubierta de la expiación.

El sumo sacerdote mete sus dedos en la sangre que lleva y rocía con ella la cubierta de la expiación. Ahora los pecados han sido perdonados.

Pero... ¿la sangre de ese macho cabrío podía perdonar los pecados? No, ese macho cabrío era un símbolo del Señor Jesús. Ahora era el macho cabrío el que era sacrificado, pero más tarde el Señor Jesús moriría y con Su sangre serían perdonados los pecados.



Un lagar

¿Eran perdonados ahora los pecados de todos los israelitas? No, solamente los de aquellos israelitas que tenían fe verdadera. Sólo los de los israelitas que habían recibido del Señor un corazón nuevo.

Pasado un tiempo sale el sumo sacerdote. Pone sus manos sobre el segundo macho cabrío.

¿Qué significa esto? Es como si pusiera todos los pecados sobre este macho cabrío. No es una realidad, es en sentido

figurado. Luego este segundo macho cabrío es llevado al desierto, muy lejos, y allí es soltado, de tal forma que los israelitas jamás volvían a ver a este macho cabrío. De la misma manera los pecados del pueblo escogido de Dios serían expiados por el Señor Jesús.

Esta fiesta se llamaba: la Fiesta de las Expiaciones.

Después de esta ceremonia el sumo sacerdote se vestía con las ropas más hermosas y el pueblo estaba alegre ya que sus pecados habían sido perdonados y quitados.

Los israelitas tenían que estar alegres el resto del día, pues así lo había ordenado el Señor. Pero la alegría verdadera correspondía solamente al pueblo de Dios. Habían obtenido la paz de su alma y, por la fe, podían ver al Señor Jesús que, una vez, en su lugar moriría en la cruz del Calvario.

Para los israelitas inconversos aquello era una fría ceremonia, no era otra cosa. A la fiesta de las Expiaciones seguía la fiesta de los Tabernáculos. ¿Sabéis lo que hacían los israelitas en esta fiesta?

Cortaban ramas de los árboles y con ellas construían una cabaña, en la que vivían durante una semana. En esta fiesta recordaban el período antes de llegar a la tierra prometida, es decir, su peregrinar por el desierto cuando vivían en tiendas.

Por tanto los israelitas tenían que ir a Silo, al tabernáculo en la fiesta de la Pascua, en Pentecostés, en la fiesta de las Expiaciones y en la fiesta de los Tabernáculos.

Levítico 25

Ahora quiero decirles algo más. Poned atención. Nosotros cada semana tenemos un domingo, los israelitas cada semana tenían un sábado, era el día de reposo en el cual no estaba permitido trabajar, tenían que dedicar ese día al servicio del Señor. Nosotros el domingo tenemos que hacer lo mismo, ese día no hay actividades laborales ni escolares, hay que ir a la iglesia.

Los israelitas tenían además un «año sabático» ¿Qué significa? Que durante seis años los israelitas araban y sembraban sus tierras para cultivar cebada, el trigo y otros vegetales, pero el séptimo año tenían que dejar descansar la tierra, no podían ararla, ni sembrarla. ¿Esto implicaría que tenían que pasar hambre? No, el Señor tenía cuidado de ello. Durante los seis años la tierra había producido tanto que los israelitas no lo podían consumir y entonces conservaban el excedente y así, gracias a lo que habían guardado, tenían para alimentarse durante el año sabático. Cada cincuenta años también se celebraba un «jubileo». ¿No sabéis lo que es esto?

A veces ocurría que a un israelita se le morían todas las ovejas y las vacas y entonces tenía que comprar vacas y ovejas nuevas, lo cual era muy costoso y no se poseía mucho dinero en aquel entonces. ¿Sabéis lo que se hacía? Vendía una parte de sus tierras y con lo que sacaba de la venta compraba las ovejas y vacas. Cuando algún israelita o alguno de sus hijos estaba enfermo, el médico debía visitarlo y al final presentaba la factura; si entonces el israelita no tenía suficiente dinero para pagar, tenía que vender alguna parte de sus tierras.

Otros llegaban, incluso, a perder de esta forma todas sus tierras y hasta su casa, llegando a convertirse en una persona muy pobre. Pues bien, cuando llegaba el año del «jubileo», las tierras o las casas volvían a sus antiguos dueños, no necesitaban comprarlo de nuevo, les era restituido graciosamente. Si el padre había muerto, esas propiedades volvían a los hijos de tal forma que siempre formaban parte de la herencia. Esto lógicamente producía gran alegría a los israelitas que podían volver a su casa o trabajar de nuevo sus tierras, ahora podían «jubilarse» de alegría.

Ahora ya sabéis un poco más acerca de lo que es el «año sabático» y el «jubileo», procurad no olvidaros de ello.

Capítulo 51

LOS PRIMEROS JUECES

—¿Has oído? Debemos ir a Siquém. Acaba de llegar uno que lo ha dicho. ¿Nos acompañas?

—Naturalmente. Iré con vosotros.

De esta forma salen hacia Siquém miles y miles de israelitas. Desde todas las regiones de la tierra se dirigen hacia Siquém, ciudad en el centro de Canaán, muy próxima a la aldea de Silo.

Siquém es una ciudad situada en la tierra de Efraím. Silo era muy conocida de los israelitas ya que tres veces al año solían acudir a ella, en Pascua, Pentecostés y en la Fiesta de los Tabernáculos.

Pero, en esta ocasión, no se dirigen a Silo, sino a Siquém. ¿Qué tienen que hacer allí?

Josué, su valiente jefe, ha mandado llamarlos. Ya hacía varios años que estaban viviendo en la tierra de Canaán, cada uno en su propia tierra, cada uno en su propia casa. Josué también ha podido disfrutar del reposo de Canaán por algunos años. Ya está muy viejo, presiente que no le queda mucho tiempo de vida y antes de morir desea despedirse de todo el pueblo.

Cuando se despidió Moisés fue todo mucho más fácil ya que entonces vivían todos en tiendas cercanas a él. Ahora la situación es distinta, los israelitas están dispersos por toda la

tierra. Sin embargo, Josué quiere verlos reunidos por última vez. Una vez más los israelitas deben reunirse y efectivamente se ponen en marcha. Los caminos de Siquém están llenos de gente, una gran multitud se ha reunido y está a la espera. Josué se levanta, tiene la voz clara y sonora todavía.

–Ya no estaré con vosotros por mucho tiempo, pues estoy muy viejo y pronto moriré –comienza–; os he reunido para despedirme de vosotros. Recuerda a su pueblo cómo el Señor les ha ayudado hasta este momento. Cómo fueron sacados de la tierra de Egipto, conducidos por el Mar Rojo y protegidos en el desierto. Les recuerda cómo el Señor les ha ayudado en la lucha contra los cananeos, cómo se desplomaron las murallas de Jericó. Les habla de la conquista de Hai, de la lucha contra los cinco reyes, de todos los milagros que muestran la fidelidad de Dios para con Su pueblo. Todo ello es evocado una vez más por Josué.

Hay un profundo silencio mientras Josué habla. Todos mueven la cabeza como queriendo decir: «Sí, así ha sucedido».

–Estáis viviendo ahora en casas –prosigue Josué– que no habéis construido, coméis las uvas de las viñas que no habéis plantado. Eso lo hicieron los cananeos, que ahora están muertos. Y vosotros cogéis los frutos del trabajo de ellos.

Calla por un momento para que el pueblo reflexione sobre los últimos milagros de Dios.

–Temed y servid al Señor –termina diciendo. Y si no queréis servir al Señor, tomad otros dioses, servid a los dioses de los cananeos o de los egipcios. No es posible servir al mismo tiempo a dos dioses. No podéis servir a Dios y a los ídolos. Debéis elegir; o servís al Señor o a los ídolos. Elegid, pues, hoy a quién queréis servir.

¿Por qué dice Josué esto? ¿Acaso los israelitas no servían al Señor? Sí, es verdad que muchos israelitas servían al Señor, pero también servían a los ídolos, servían a los dos y eso no era posible.

Por esta razón dijo Josué:

–Elegid. Elegid hoy a quién queréis servir.

Josué mismo ya había elegido también; oíd lo que dice:

–En cuanto yo y mi casa, serviremos al Señor.



Josué despidiéndose del pueblo

Hay un profundo silencio, los israelitas están impresionados por las palabras de Josué. Están avergonzados pues lo que dice Josué es verdad. En Israel ya se sirve a otros dioses, los ídolos. El pueblo ha de elegir.

—Sí —responden a Josué—, queremos servir también al Señor, lo mismo que tú. No serviremos a ídolos, sino solamente al Señor.

Josué oye la respuesta y quiere advertirles que no pueden hacerlo por sus propias fuerzas y les dice:

—No podréis servir al Señor, pues Él es un Dios santo. Pero si habláis con sinceridad, quitad ahora los dioses ajenos que están entre vosotros.

—Sí —clama el pueblo—, haremos como tú nos dices.

Entonces Josué hizo una alianza con el pueblo y los israelitas prometieron solemnemente que no dejarían al Señor.

Después el pueblo volvió cada uno a su propia casa.

Poco más tarde murió Josué para entrar en la Canaán celestial, el cielo. Allí no hay más luchas ni penas, allí no hay aflicción ni dolores. Allí Josué cantará eternamente la gloria del Dios al que sirvió aquí en la tierra.

Josué murió a la edad de ciento diez años. Feliz Josué.

Jóvenes, la misma pregunta se os hace a vosotros. ¿A quién queréis servir? ¿Al mundo, al pecado, al diablo o... queréis servir al Señor? Pero, no podéis servir al Señor a menos que Él mismo os dé un corazón nuevo.

¿Hay entre vosotros alguno que todavía quiere servir a Dios y al mundo?

Eso no es posible, por ello para vosotros también es la amonestación: «Elegid hoy a quién queréis servir». Que el Señor os conceda que elijáis lo mismo que Josué. Es una opción de la que jamás os arrepentiréis.

Jueces 3

Han pasado muchos años. Ya hace muchos años que murió Josué y los ancianos que estaban con él también han muerto.

Pero... los israelitas no han cumplido la solemne promesa que hicieron al despedirse de Josué. Han abandonado al Señor y se han vuelto para servir a los ídolos de los cananeos que aún quedan en la tierra. Hicieron imágenes y se han postrado ante esas imágenes de piedra muerta. ¿Quedaban aún cananeos? ¿No habían sido exterminados? Muchos de ellos sí, pero no todos. Después de haber conquistado, bajo la dirección de Josué, la mayor parte de la tierra, dijo el Señor:

—Ahora descansad por algún tiempo. Cesad la lucha por un tiempo, más tarde, después de la muerte de Josué, tendréis que comenzar de nuevo.

Josué había muerto, pero ellos no hicieron lo que Dios había ordenado. No reemprendieron la lucha, ni tampoco tenían ganas de hacerlo.

Pensaban: «Dejemos en paz a esos cananeos, no nos molestarán porque los tenemos bien dominados».

Así desobedecían la orden del Señor y más grave aún es que viendo los dioses cananeos que seguían en la tierra, comenzaron a reproducirlos. Luego adoraron a esas estatuas de piedra como si fueran un dios y al mismo tiempo abandonaron al Dios viviente, al Dios del cielo y de la tierra, a su Dios. Las cosas no podían ir bien así. Como no querían servir al Señor ni andar por sus caminos, el Señor tampoco quiso ayudarlos. Un día se declaró la guerra. Era el castigo.

Soldados extranjeros invadieron el país. Soldados ajenos comieron el trigo que ellos habían sembrado, cogieron las uvas que ellos habían plantado y cultivado, robaron de sus tierras las ovejas y las vacas que ellos habían criado. Era una gran tristeza.

Estos soldados extranjeros habían llegado desde Mesopotamia y durante ocho largos años les robaron y quitaron todo. Los israelitas se empobrecieron. Se arrepintieron de haber abandonado a Dios. Hicieron pedazos los ídolos extraños, las estatuas de piedra. Se arrodillaron de nuevo ante el Dios de sus padres, el Dios de Josué.

Cada noche y cada mañana se arrodillaban suplicando:

–Señor, ayúdanos, líbranos del rey de Mesopotamia. Hemos pecado, Señor nuestro, perdónanos.

Cuando los israelitas invocaron de nuevo al Señor, Él los escuchó y les ayudó, pues el Señor es paciente y misericordioso.

Entre el pueblo vivía un hombre que se llamaba Otoniel. Era primo de Caleb, el que había espiado la tierra con Josué.

Otoniel convocó a los israelitas, reunió un ejército y salió a batallar contra el ejército enemigo. Dios les dio la victoria, los soldados extranjeros fueron expulsados de la tierra. Su rey Cusan-risathaim huyó y no se atrevió a volver más. Israel estaba libre de nuevo. El Señor los había salvado.

Otoniel gobierna ahora al pueblo. A él y a hombres como él se les llamó «jueces». Otoniel, pues, fue el primer juez. Pero Otoniel murió, igual que los demás; todos debemos morir. ¿Pensáis alguna vez en ello?

Después de la muerte de Otoniel los israelitas volvieron a olvidarse del Señor y una vez más se volvieron para servir a los ídolos. Qué ingratitud, ¿verdad? Como podéis suponer el Señor se enojó y castigó a los israelitas.

Nuevamente hubo guerra. Ahora sus enemigos eran los moabitas. Conquistaron las tierras en que vivían la tribu de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés; atravesaron el Jordán y se establecieron en la ciudad de Jericó.

Su rey era Eglón y le tenían que suministrar el mejor trigo que cultivaban los israelitas, las vacas más gordas y mejores. Los israelitas no lo hacían voluntariamente pues eran forzados a hacerlo ya que miles de soldados recorrían la tierra para inspeccionarlo todo. El campesino que no entregaba sus mejores vacas, era matado.

¡Cuánta aversión tenían los israelitas a los moabitas, quienes los dominaron durante dieciocho años, durante los cuales los israelitas tuvieron que dar lo mejor de su tierra, de sus frutos y de sus ganados a sus enemigos!

Los israelitas se arrepintieron de haberse apartado del Señor. Oraron a Dios pidiéndole que los ayudase y los librase.

¡Cuán grande es la bondad del Señor! Una vez más atendió sus ruegos. Cada año, después de la cosecha, los israelitas tenían que llevar vacas y frutos a Jericó, para entregarlos a Eglón, rey de los moabitas.

Por decimoctava vez marchan hacia Jericó. Delante de ellos iban los rebaños de vacas. Se presentan ante Eglón, que está sentado en su trono y riendo para sí, piensa: «Cuanto más trabajen los israelitas para nosotros más pronto nos enriqueceremos y ellos cada vez serán más pobres». Examina todo cuanto han traído y les dice:

—Podéis marcharos.

Los israelitas se han convertido en siervos, en esclavos de los moabitas. Fuera ya de la ciudad, uno de ellos dice:

—Seguid caminando, yo debo volver pues he olvidado algo.

Se vuelve él solo. Ese hombre es Aod. Entra en el palacio real. Eglón, rey de los moabitas le mira con sorpresa y le dice:

—¿Qué quieres?

—Majestad —responde Aod—, debo deciros algo en secreto.

Junto al rey estaban unos soldados para protegerle.

—En seguida —dice Eglón a Aod—; luego despide a los soldados. La puerta se cierra tras el último soldado. Solos el rey y Aod en la sala, el rey dice, mientras se levanta:

—Puedes hablar, nadie puede oírnos.

Aod adelanta su cuerpo sobre el rey, como si quisiera decir algo al oído de Eglón, de repente con su mano izquierda toma un puñal que lleva oculto bajo su ropa y lo clava mortalmente a Eglón el rey. Deja la sala, cierra con llave la puerta y abandona el palacio. Cuando traspasa las puertas de la ciudad corre velozmente.



Aod y Eglón

Los soldados moabitas que han visto a Aod abandonar el palacio, quieren volver de nuevo a la sala, tocan a la puerta y comprenden que está cerrada.

–Silencio –dicen unos a otros–, el rey ha cerrado con llave, tal vez quiere dormir un poco.

Quedan esperando, pasan horas y horas. Se ponen nerviosos. Llamán a la puerta y no hay respuesta, golpean con los puños y gritan:

–Majestad, despierte...

No hay respuesta. Derriban la puerta y retroceden asustados. Su rey está caído en tierra, muerto. Ha sido asesinado. Aod ya está muy lejos. Los moabitas ya no pueden alcanzarlo.

Aod convoca a los israelitas. En la Biblia se dice que «tocó el cuerno». Esto era la señal para reunirse. Pronto forman un gran ejército y con él marchan hacia el Jordán. Los soldados moabitas no pueden volver a su patria, todos son matados por los israelitas. Diez mil moabitas son abatidos y muertos por los israelitas. Nuevamente los hijos de Israel son libres, de nuevo son dueños de su tierra. El Señor los ha salvado. Aod es el segundo juez de Israel.

La Biblia nos habla de un tercer juez. Léámoslo: «Después de él fue Samgar, hijo de Anat, el cual hirió a seiscientos hombres de los filisteos como una aguijada de bueyes; y él también salvó a Israel». Son muy pocas palabras, pero nos dicen mucho. Nos dicen que los filisteos angustiaban a los israelitas. Los filisteos habían invadido la tierra y oprimían a los israelitas. Los israelitas no eran libres, sus caminos estaban llenos de los filisteos que saqueaban y robaban todo cuanto encontraban.

Pero cuando los israelitas se vuelven al Señor y le suplican que los libre, Él atiende sus ruegos y los salva de los enemigos.

El Señor los salvaba no con un ejército, sino con un solo hombre. En esta ocasión el Señor se sirvió de Samgar.

Nuevamente el ejército de los filisteos está atravesando la tierra de los hijos de Israel. Samgar va a su encuentro, en la mano sólo lleva un palo con una aguijada de bueyes. ¿Qué piensa hacer Samgar? ¿Luchar? Es una locura. ¿Qué puede hacer un solo hombre frente a un ejército completo? Pero el Señor da fuerzas y ánimo a Samgar.

Es de imaginar que cuando los filisteos le han visto se han burlado de él, pero no por mucho tiempo. Tratan de matar a ese hombre, pero no lo consiguen. El Señor guarda a Samgar y pone en fuga al ejército filisteo y seiscientos filisteos son matados por él.

Como podéis imaginar Samgar no fue quien liberó con su fuerza a los israelitas, él solo no podía hacerlo, ha sido el Señor quien ha librado a Israel, ha sido el Señor quien ha protegido a Samgar en esa lucha.

La gloria solamente corresponde a Dios. Así, pues, Samgar fue el tercer juez.

Capítulo 52

UNA MADRE EN ISRAEL

Jueces 4 y 5

Había muerto Aod, el que mató a Eglón el rey de los moabitas. El Señor usó a Aod para salvar a Israel. Después de su muerte no tardaron mucho los hijos de Israel en abandonar al Señor y volverse a los ídolos de los pueblos paganos, que vivían a su alrededor.

Por todas partes de la tierra se habían construido estatuas ante las cuales se postraban los israelitas. Adoraban a esos dioses que ellos mismos habían fabricado con sus propias manos, les hacían ofrendas y se olvidaron del Señor, Dios de Abraham, Isaac y Jacob. No necesitaban ya al Señor, ahora tenían otros dioses.

Cuán ingratos e impíos eran los israelitas, parece imposible que olvidasen tan pronto al Señor. Pero lo mismo ocurre en la actualidad. ¿Acaso no nos olvidamos nosotros frecuentemente del Señor?

Lo mismo hacían los hijos de Israel, ya no doblaban sus rodillas por la noche ante el Señor, sino que las doblaban ante ídolos muertos, hechos de piedra o de madera.

Muchos ya ni siquiera acudían a Silo, donde estaba el tabernáculo y los sacerdotes del Señor. No querían molestarse,

era demasiado pesado realizar un viaje tan largo, preferían quedarse en su pueblo. En casi todos los pueblos tenían ídolos hechos de piedra o madera y ante ellos celebraban sus fiestas. Cuando recogían la cebada y el trigo no acudían a dar gracias al Señor, se lo agradecían a los ídolos. Pero, ¿esa estatua de piedra podía hacer que lloviera o brillase el sol? No, sin embargo, la gente adoraba a esas estatuas muertas y mudas y deshonoraban al Señor como si Él no existiese.

Pero a pesar de todo ello también había verdaderos hijos de Dios en Israel, gentes que no podían abandonar al Señor, porque Él les había dado un corazón nuevo que le amaba. Estas personas no participaban en las fiestas impías en honor de los ídolos. Seguían acudiendo a Silo para dar gracias al Señor por la abundante cosecha, a pesar de que algunos se reían y burlaban de ellos.

El Señor, sin embargo, veía y oía y se enojó con el pueblo malo e ingrato. Vio que los israelitas no querían servirle más y entonces castigó al pueblo. El pueblo merecía el castigo y el Señor envió sus terribles juicios.



En la tierra de Canaán no había tuberías como hay en nuestros pueblos y ciudades para conducir el agua, allí sólo disponían de pozos y las mujeres tenían que ir a ellos para sacar el agua que necesitaban.

En varias ocasiones vosotros habéis leído acerca de estos pozos, ¿recordáis?

Rebeca fue al pozo con su ganado; Jacob estaba sentado junto a un pozo cuando huía de su tío Labán; lo mismo ocurrió a Moisés cuando huyó desde Egipto hacia Madián y podríamos seguir narrando otros casos.

Normalmente las mujeres y las jóvenes acudían a sacar el agua a estos pozos por la mañana y al anochecer. Iban con sus cántaros sobre las cabezas, llenaban el cántaro y seguidamente se volvían a casa.

Vamos a ver con nuestra imaginación lo que ocurre en uno de estos pozos de Canaán.

Hay un silencio profundo, se acerca un grupo de mujeres y jóvenes que vienen charlando entre ellas. Llegan al pozo y quieren sacar agua. De pronto son atacadas por unos soldados, les hacen daño y las despojan de todo cuanto llevan de valor.

El susto que han sufrido estas mujeres es terrible, ha sido infame. Pero... ¿quiénes son esos soldados? ¿Por qué han hecho tal cosa? No son soldados israelitas, son soldados cananeos.

Como recordaréis, después de la muerte de Josué los israelitas ni expulsaron ni exterminaron a los cananeos, a pesar de que el Señor así se lo había ordenado. Desobedecieron la orden de Dios.

En el norte de la tierra vivían algunos cananeos; es verdad que habían sido vencidos por Josué y su ciudad fue quemada, pero como ya hacía tanto tiempo que Josué había muerto, habían vuelto a edificar la ciudad. Se habían hecho fuertes y poderosos y habían formado un importante ejército; ahora estos cananeos oprimían al pueblo de Israel. Habían invadido la tierra y los israelitas no pudieron detenerlos por causa de que el Señor no les ayudaba. ¿Por qué el Señor no ayudaba a los israelitas? Porque le habían abandonado y se habían ido tras dioses extraños.

Los cananeos, pues, dominaban a los israelitas. Grandes bandas iban por los caminos robando y saqueando todo cuanto encontraban. Se llevaban las vacas y ovejas de los prados, segaban el trigo y cogían las uvas maduras de las viñas. La situación era lamentable y triste. Y no se conformaban con robar, también hacían daño a los israelitas. Mujeres y jóvenes cuando salían a buscar agua a los pozos eran atacadas y maltratadas por los enemigos, les robaban cuanto llevaban encima y muchas veces las mataban. La situación era muy grave junto a los pozos, nadie se atrevía a frecuentar esos lugares.



Cuando los israelitas tenían que hacer un viaje eran asaltados en el camino y tenían que entregar todo cuanto llevaban, los maltrataban y a veces los mataban. En la Biblia se dice: «Quedaron abandonados los caminos, y los que andaban por

las sendas se apartaban por senderos torcidos», lo cual quiere decir que nadie se atrevía a caminar por los caminos conocidos porque en ellos no había seguridad. Así si uno tenía obligatoriamente que realizar un viaje no se atrevía a ir por el camino general, sino iba campo a través aunque para ello tuviera que dar grandes rodeos, pero de esta forma podría esconderse si encontraba a los cananeos.

Ni los que vivían en el campo ni los que vivían en pequeñas aldeas se sentían seguros ya que muchas veces eran atacados por los cananeos. Muchos, pues, huían a las grandes ciudades. La Biblia dice: «Las aldeas quedaron abandonadas en Israel». Sólo en las ciudades parecía haber un poco más de seguridad, aunque a veces también los cananeos atacaban las ciudades y mataban a los guardias de las murallas.

¿Por qué no se defendían los israelitas? Tenían miedo porque los cananeos eran muy fuertes y poderosos. Jabín, su rey, hizo construir carros de hierro para el combate. Tenía novecientos de estos carros. Al frente del ejército cananeo estaba un valiente capitán, llamado Sísara.

Los israelitas no sabían qué hacer, los campesinos habían abandonado los campos, que estaban sin cultivar y abandonados. Una gran miseria se extendía por todo Israel, todo eran dificultades y penas.

¿Cómo podía ocurrir tal cosa? Era el castigo por haber abandonado al Señor y haberse ido tras los dioses ajenos.

Muchos años duraba esta situación. Los cananeos habían desarmado por completo a los israelitas, les habían requisado sus cuchillos, espadas y lanzas; estaban impotentes, no podían luchar.

Veinte años llevaban los cananeos oprimiendo al pueblo de Israel, era un largo período. Cuando los israelitas no sabían ya a quién recurrir se arrepintieron de su idolatría y comenzaron a invocar al Señor; precisamente otra vez acuden al Señor. Se daban cuenta de que sus ídolos no podían ayudarlos y entonces acuden al Señor para que los libre.

Una vez más el Señor escucha sus ruegos y los libera de la opresión de los cananeos que por veinte años los han oprimido. ¿Cómo?

En el interior de la tierra, no muy lejos de la aldea de Silo, donde estaba el tabernáculo, vivía una mujer llamada Débora. No había participado en la idolatría de los hijos de Israel, porque temía al Señor. Su tristeza era muy grande cuando pensaba en la manera vergonzosa en que su pueblo había abandonado al Señor. Ella no olvidaba al Señor, cada día doblaba sus rodillas y oraba al Señor y amonestaba también a su pueblo para que volviera a las sendas del Señor y dejara los caminos de pecado.

Los israelitas no querían escucharla, sólo después de ser tan duramente oprimidos por los cananeos, prestaron atención a sus palabras y pensaban: «Débora tiene razón. El haber llegado a este estado de miseria es culpa solamente nuestra por haber abandonado a Dios».

Un día Débora envía un mensajero a la ciudad de Cedes, situada en la tierra de la tribu de Neftalí. Era una de la ciudades libres. ¿Recordáis cuáles eran estas ciudades?

Muy cerca de esta ciudad está establecida la capital de los cananeos, donde vive su rey Jabín. Pues bien, en esa ciudad de Cedes, vive un joven israelita, llamado Barac. Débora pide a Barac que acuda a verla y Barac se pone en camino.

Cuando llega ante ella, Débora le dice:

—El Señor me ha revelado que tú debes reunir a los israelitas y partir a la guerra contra los cananeos. No debes temer, pues el Señor te dará el triunfo sobre ellos.

Barac se asusta ante este encargo y no es de extrañar ya que el ejército capitaneado por Sísara es muy potente.

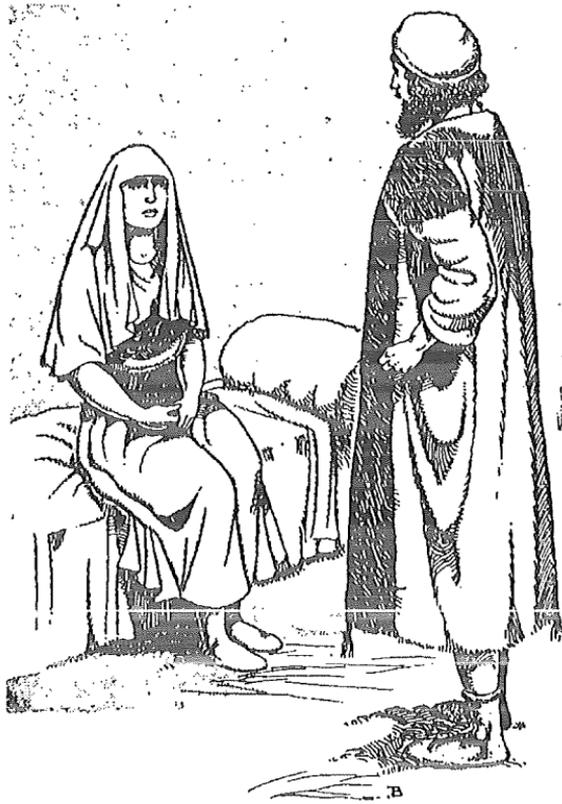
Sin embargo, no se atreve a rechazar el encargo.

—Pero —dice— lo haré con una condición. Tú deberás acompañarme, si tú no me acompañas, no iré.

Débora contesta:

—Iré contigo, pero entonces el honor de la victoria no será para ti. Por exigir que yo, una mujer débil te acompañe, será una mujer quien recibirá el mayor honor. Sísara, el general de los cananeos, no será apresado ni matado por ti, Barac, sino por una mujer, la cual le matará.

Inmediatamente se preparan y salen, es un salida peligrosa ya que por todas partes están al acecho los cananeos. Débora



Débora y Barac

es una mujer valiente. Es como la madre que sin pensarlo salta al agua para salvar a su hijo. Débora arriesga todo, hasta su propia vida para salvar a su pueblo. Es como una madre para los israelitas. Desde hacía mucho tiempo aconsejaba a los israelitas porque era una profetisa. Dios la protege por aquellos inseguros caminos.

Barac envía mensajeros por todas partes y muy pronto acuden miles de hombres. Pronto Barac reúne todo un ejército de

diez mil soldados. Con él sube a lo alto de un monte, el Tabor; abajo en la llanura corre un arroyo, el arroyo Cisón.

Los cananeos que están por todo el país y ven lo que pasa envían un mensaje a su general Sísara. Éste reúne todo su ejército y los novecientos carros de combate y marcha sobre el arroyo Cisón, donde no tarda en llegar. Los cananeos son mucho más fuertes que los israelitas. Pero Barac no se asusta, no se vuelve a casa, no tiene miedo, porque sabe que Dios le dará la victoria, cree que Dios le ayudará. Barac es un héroe de la fe.

Tampoco Sísara duda de que pondrá en fuga a ese pequeño ejército de los israelitas. En su pensamiento se ve como triunfador y saqueando todas las posesiones de los israelitas y enriqueciéndose.

La batalla no tarda en estallar. De repente el cielo se cubre, grandes y oscuros nubarrones vienen flotando. Comienza a soplar un fuerte viento y se desencadena una tormenta, llueve a cántaros. Grandes trombas de agua corren monte abajo hacia la llanura. El arroyuelo Cisón se transforma en un gran río con grandes remolinos.

Los carros de combate de los cananeos se hunden poco a poco en el barro y no pueden marchar, no pueden hacer nada con ellos. Los soldados de Sísara, unos se ahogan y otros son matados por los israelitas. En ese potente ejército de los cananeos cunde un gran desorden y emprenden la huida. Esto sucede porque el Señor, Dios de Israel, lucha con ellos. Los cananeos no habían contado con esta posibilidad. El mismo Sísara emprende la huida, corre a través de los campos tratando de salvar su vida.

A lo lejos divisa unas tiendas. Sísara piensa: «Huiré hacia esas tiendas y allí me esconderé para que no puedan hallarme los israelitas». Cuando se está acercando, una mujer sale de una de las tiendas, es Jael, una de las descendientes de Jetro, el suegro de Moisés.

Hace señas a Sísara y le grita:

—Ven, señor mío, no tengas miedo. Sísara corre y entra en la tienda, está agotado y grandes gotas de sudor corren por su frente.



Jael invita a Sísara a su tienda

–Te ruego que me des a beber un poco de agua, pues tengo mucha sed –le dice.

Jael, muy amablemente, no le da agua, sino leche. Sísara bebe con gran avidez a grandes sorbos.

Luego Sísara se tiende sobre el suelo, no puede más. Quiere dormir un rato y luego, cuando haya descansado, emprenderá la huida. Dice:

–Ponte a la puerta de la tienda y si alguien viene preguntando si hay alguien, di que no. Momentos después Sísara duerme profundamente. Jael lo ve y entonces... Toma una estaca de la tienda y con la otra mano coge un martillo. Sigilosamente se acerca a Sísara que duerme profundamente, se inclina sobre él y coloca la estaca en las sienes, toma el martillo y da un fuerte golpe sobre la aguda estaca clavando la cabeza de Sísara al suelo. Sísara se sobrecoge y muere. Ese poderoso

y temido general de los cananeos ha sido matado por una mujer.

Poco después llega Barac corriendo, trata de alcanzar a Sísara para detenerlo, será un gran honor para él si consigue hacerlo. Jael le sale al encuentro y le dice:

–Ven, yo sé dónde está Sísara, ven conmigo.

Barac la sigue, entra en la tienda y allí encuentra a Sísara muerto. No ha sido Barac quien ha matado a Sísara, ha sido una mujer, Jael. Se ha cumplido lo que dijo Débora. Es posible que Barac se haya defraudado un poco, pero el objetivo se ha cumplido, el ejército enemigo ha sido vencido e Israel está nuevamente libre, libre después de tantos años de opresión y violencia. Es una gran alegría.

Nuevamente los campesinos pueden arar y sembrar, las mujeres y las jóvenes pueden volver a los pozos a por agua, los israelitas pueden viajar tranquilamente. Nadie podrá hacerles daño. Se restablece la tranquilidad y la paz en Canaán. El Señor les ha salvado, el Señor les ha liberado.

Débora, que era una madre para los israelitas, vuelve de nuevo a su casa. Ahora el viaje no tiene peligro, puesto que los cananeos han desaparecido. Ella da gracias al Señor y compone un cántico, un cántico de triunfo, que podéis leer en el capítulo 5 de Jueces.

Capítulo 53

GEDEÓN

Jueces 6, 7 y 8

Se oye un ruido extraño. ¿Qué sucede? Abandonemos el camino y vayamos a ver qué ocurre.

Allá hay un molino de piedra, que los israelitas suelen usar para exprimir las uvas y sacar el vino. Cerca está un hombre, delante de él, en el suelo hay gavillas de trigo, está trillando. De vez en cuando se para a descansar y se limpia el sudor de la frente.

Por momentos se para a escuchar por si oye algún ruido extraño y sigilosamente mira hacia el camino, a derecha e izquierda. Por fortuna no ve nada y da un suspiro de alivio, sin embargo, en su rostro se refleja una expresión de temor, levanta los ojos y ora: «Señor, ayúdanos, líbranos». De nuevo empuña el trillo y continúa trabajando. Cuando termina, ata las pajas, recoge con la pala el trigo y vuelve con otras gavillas.

¿Quién es ese hombre? ¿Por qué de vez en cuando mira con tanto interés a su alrededor? ¿Por qué está temeroso...?

Los israelitas nuevamente están en graves apuros. Han abandonado al Señor, como tantas veces antes lo habían hecho. Muchas veces el Señor los había castigado severamente por la misma causa, pero al parecer los castigos resultaban inútiles. Cuando el enemigo estaba en el país y eran oprimidos acudían al Señor y derribaban los altares de los ídolos, pero cuando el

Señor les daba un libertador, un juez, que expulsaba a los enemigos y los liberaba, entonces abandonaban de nuevo al Señor y se volvían para servir a los ídolos.

Ya conocéis a varios de esos jueces, hemos hablado de Otoniel, Aod, Samgar, Débora y Barac.

¿Han aprendido los israelitas alguna lección de todo ello? Ni mucho menos; después de la muerte de Barac y Débora han vuelto a edificar los altares demolidos, han vuelto a hacer estatuas de piedra y han adorado a esos ídolos. ¿No escarmentarán nunca?

A nosotros nos sucede lo mismo ya que el mal está en nuestro propio corazón. Es el Señor quien ha de darnos un corazón nuevo para que podamos servirle y temerle, no puede ser de otra manera.

Es cierto que los israelitas se convertían, pero lo hacían de una forma superficial. Se arrepentían en tiempos de opresión, pero no era un arrepentimiento sincero. No era un dolor por causa del pecado, sino por miedo al castigo. Por ello cuando se veían libres volvían a servir a los ídolos. Nuevamente el castigo del Señor había venido sobre ellos.



Un día, cuando toda la cosecha aún estaba en los campos, un potente ejército invadió el país. Miles de soldados extranjeros marchaban por los caminos. Eran los madianitas, el mismo pueblo que una vez, siendo rey Balac, luchó contra los israelitas. Si no lo recordáis leed el capítulo 44, donde se habla de Balaam.

En esta ocasión el Señor se sirve de este pueblo para castigar a Israel por causa de su impiedad. Ese poderoso ejército son una banda de malhechores, todo lo roban, todo lo destrozan. El trigo, la cebada, todo, o lo roban o lo estropean. Las vacas, las ovejas y los asnos los matan en los mismos prados. Cogen las uvas y demás frutos. Desgraciado el israelita que se ponga en su camino, lo matarán.

Los israelitas no tienen nada que comer, han acabado la cosecha, el invierno será duro y lleno de miseria.

A la primavera siguiente siembran de nuevo, pero cuando el trigo y la cebada están casi maduros vienen los madianitas y lo roban todo. No es extraño que haya hambre en Canaán. Durante siete años consecutivos los madianitas se apoderan de las cosechas de los israelitas. Es terrible, pero es la consecuencia de haber abandonado a Dios, es el castigo.

No pueden aguantar más, los israelitas se desesperan y se arrepienten de su idolatría. Claman a Dios, al Dios de sus padres, y le piden que los perdone y los libere.

En respuesta a sus ruegos el Señor les envía un profeta. Este profeta les reprocha por haber abandonado a Dios tantas veces y les recuerda todos los milagros que Dios les ha hecho.

Los israelitas reconocen que es verdad lo que dice el profeta. Están avergonzados. ¿Querrá el Señor ayudarlos? No lo merecen. Si el Señor los hubiera dejado para siempre ¿qué ocurriría?

Ésta es la razón por la cual el hombre que está trillando cerca del molino, está tan angustiado. Ese hombre es Gedeón, de la tribu de Manasés. Vive en la pequeña aldea de Ofra, situada más o menos por el centro de la tierra de Canaán. Nuevamente la cosecha estaba en los campos, pero han vuelto los madianitas para robarla de nuevo. ¿Sabéis lo que ha hecho Gedeón? Al enterarse que llegaban los madianitas, ha ido rápidamente al campo, ha segado un poco de trigo y ahora lo está trillando en ese lugar escondido. Así, al menos, tendrán algo para comer durante el invierno. Pero los madianitas no deben darse cuenta, pues como lo sospechen le matarán.

De pronto queda completamente asustado, alguien está a su lado. Es el ángel del Señor, sí, es el Señor mismo. Dios ha escuchado los ruegos de los israelitas y los librerá.

—El Señor es contigo, varón esforzado y valiente —le dice el Señor.

Gedeón mueve la cabeza con tristeza y responde:

—Si Dios es con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto? ¿Por qué los madianitas vienen una y otra vez para robarnos todo? No, el Señor nos ha abandonado, por eso los madianitas nos dominan.

—Ve —suenan la palabra solemne del Señor—, ve. Tú has de salvar a Israel de la mano de los madianitas. Te ayudaré porque yo te envió.

—¿Debo yo hacerlo? —dice Gedeón—, soy el menor de la casa de mi padre. No puedo hacerlo.

—No lo harás tú solo, no. Yo estaré contigo y tú vencerás a los madianitas por completo.

Gedeón no sabe todavía que con quien está hablando es con el Señor. Entonces quiere darle de comer. Va a su casa, mata un cabrito y lo asa, cuece los panes y vuelve.

El Extranjero ordena a Gedeón que ponga la carne y el pan sobre una gran piedra.

Gedeón obedece y el Extranjero roza la carne y los panes con el bordón que tiene en la mano. De repente sale fuego de la piedra y la carne y los panes se consumen, con el humo de ese fuego desaparece también el Extranjero.

Sólo ahora Gedeón se da cuenta de que era el Señor quien hablaba con él. Entonces Gedeón edifica allí un altar, como monumento conmemorativo y se marcha a su casa.

En la aldea de Ofra reina un profundo silencio, es medianoche, los habitantes están durmiendo tranquilamente. ¿Todos? No, todos no.

Una puerta se abre y unos hombres salen de casa, con gran cautela caminan por las tranquilas y desiertas calles para que la gente no se despierte, no debe verlos nadie.

Por fin están fuera de la aldea. En medio de un bosque hay un altar con una estatua de piedra, es la imagen de un ídolo. Una estatua dedicada a Baal, que es un dios de los cananeos. Los habitantes de Ofra también son idólatras.

¿Sabéis quiénes son esos hombres? Al mando de ellos va Gedeón, el mismo que el día anterior estaba trillando.

¿Qué va a hacer a una hora tan intempestiva de la noche? Va a destruir esa estatua y ese «santuario» idólatrico.

Se lo ha ordenado el Señor. Gedeón no se atreve a hacerlo a la luz del día, cuando todo el mundo puede verle. Tiene miedo de los habitantes de Ofra y por esta razón lo hace de noche, cuando en la oscuridad nadie pueda verlo y nadie lo sospeche.

Le acompañan diez siervos para ayudarlo. Toma también un becerro de la manada de su padre para sacrificarlo. El mismo Señor le ha dicho exactamente el animal que debe tomar. De ello podemos deducir que el Señor también conoce y cuida de los animales.

Sin ser visto llega al bosque. En el silencio de la noche los hachazos retumban, un árbol cae detrás otro, la estatua es destrozada, el altar demolido. Gedeón destruye todo aquello convirtiéndolo en un montón de escombros. Después construye otro altar, un altar para el Señor y sobre él sacrifica al becerro en holocausto. Terminado el trabajo, vuelve a su casa, nadie le ha visto. A la mañana siguiente los habitantes de Ofra, antes de comenzar el trabajo, quieren ofrecer sacrificios a Baal, su ídolo.

Se encaminan hacia el bosque, el llamado santuario y, de pronto, se detienen asustados. El bosque no está, la estatua ha sido destrozada y otro altar ha sido edificado en lugar del anterior.

—¿Quién lo ha hecho? —gritan con furor. Sospechan que ha sido Gedeón quien lo ha hecho y le declaran culpable.

Los hombres de Ofra acuden a la casa del padre de Gedeón y comienzan a gritar. Joás, padre de Gedeón, sale de casa y pregunta:

—¿Qué queréis?

—Queremos a Gedeón. Esta noche ha destruido nuestro santuario. Saca fuera a tu hijo para que lo matemos —exigen.

—No hay razón para ello —responde Joás—, no lo entregaré. Si Baal es un dios verdadero, que castigue a mi hijo. ¿Tendréis vosotros que ayudar a vuestro dios? Sed inteligentes. Que Baal actúe por sí mismo.

Los hombres quedan reflexionando por un momento, después dicen:

—Tienes razón, Joás, que Baal mismo sea quien castigue a Gedeón.

Cada cual se marcha a su trabajo y Gedeón queda salvo.

Jóvenes, como podéis comprender Baal no podía castigar a Gedeón, pues no era un dios, sino una estatua muerta, hecha de piedra.

Suena el toque de la bocina. ¿Quién lo hace? Allí está Gedeón tocando la trompeta. ¿Para qué? Es la señal para que los israelitas se reúnan.

En la actualidad, por medio de la radio nos enteramos de toda la información, pero en aquellos tiempos no había radio. Entonces solía tocarse la trompeta, su sonido llegaba hasta muy lejos y las gentes se avisaban unos a otros.

Ahora Gedeón está tocando el cuerno. Convoca al pueblo para partir a la guerra, ya que así lo ha ordenado Dios. La destrucción del bosque y de la estatua de Baal no era más que el comienzo.

Los madianitas han invadido la tierra, tienen un ejército de ciento treinta y cinco mil soldados mandados por cuatro reyes. Es un ejército colosal. ¿Podrá vencer Gedeón a ese ejército? No, el Señor será quien lo haga, pero Gedeón debe comenzar. Sin embargo, aún tiene miedo y piensa: «Si me equivoco no podré alcanzar la victoria». Quiere tener seguridad.

—Señor mío —ora— permíteme que te pida una cosa. Si de verdad me has escogido, muéstramelo. Pondré un vellón de lana sobre el suelo y que el rocío esté solamente sobre el vellón, que esté húmedo y el resto de la tierra seca.

Toma un vellón de una oveja y lo pone fuera de su casa. El Señor atiende su ruego. Cuando a la mañana siguiente se levanta Gedeón, el vellón está húmedo, empapado de rocío, lo retuerce y sale agua, pero la tierra está completamente seca. ¿Dudas Gedeón? Sin embargo, Gedeón no está completamente convencido.

—Señor —ruega—, ¿me permites que haga lo contrario? Que la próxima noche sólo el vellón esté seco y la tierra humedecida por el rocío.

El Señor atiende nuevamente su ruego. Ahora Gedeón está convencido y toca el cuerno. Los israelitas al oírlo se reúnen. Gedeón junta treinta y dos mil soldados. Es un ejército demasiado pequeño. Los madianitas son mucho más fuertes y su ejército cuenta con ciento treinta y cinco mil soldados, cuatro veces más que ellos.

Pero el Señor dice a Gedeón:

—Tu ejército es demasiado grande. Los que tengan miedo o prefieran quedarse con su mujer y sus hijos, que se marchen.

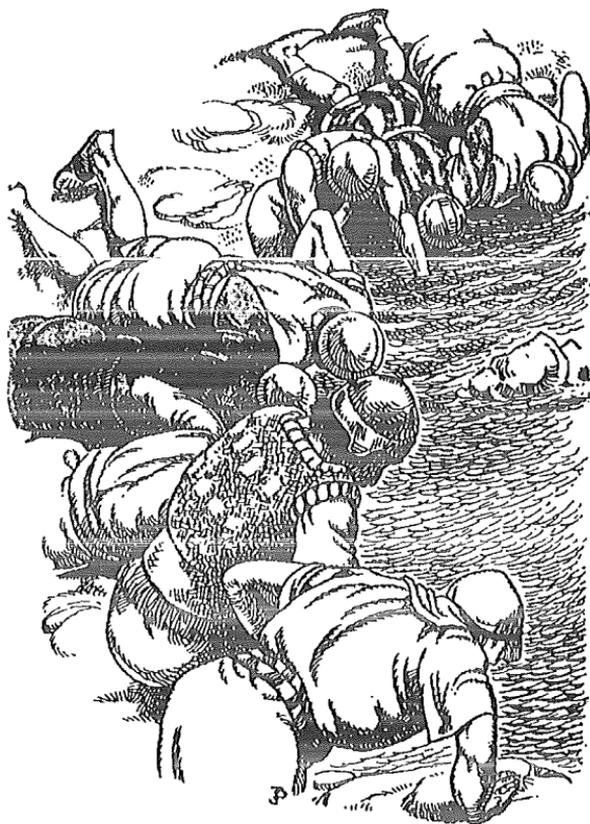
Gedeón transmite el encargo y veintidós mil hombres regresan a sus casas.

Solamente se quedan con Gedeón diez mil.

Por segunda vez el Señor habla a Gedeón:

—El ejército es demasiado grande todavía.

Ahora Gedeón debe dejar beber a esos diez mil israelitas. La mayoría de ellos se echan sobre el suelo, ponen la boca en el agua y beben. Otros sólo se agachan y toman el agua con la mano y beben.



Los hombres de Gedeón bebiendo

Gedeón ha de quedarse sólo con los que han tomado el agua con la mano. Los demás soldados deben ser enviados a sus casas.

Allí quedan de pie, sólo trescientos soldados han sido elegidos. Un ejército muy reducido. Así no puede hacerse nada. ¿Qué pueden hacer trescientos soldados contra un ejército de ciento treinta y cinco mil madianitas? Es el Señor quien ha tomado esa resolución y lo hace por una razón: nunca podrán decir los israelitas: «Nosotros solos hemos vencido a los madianitas». No, sería el Señor quien los liberaría, el Señor será quien vencerá y destruirá a los madianitas, Él solo.

Gedeón obedece, pues cree la palabra del Señor. Cree que el Señor no necesita un ejército poderoso, cree en la omnipotencia de Dios. Por eso Gedeón es también un héroe de la fe.



Allí están miles de tiendas de los madianitas. Hay un gran silencio, es de noche y los madianitas están durmiendo. Sólo unos vigilantes están en vela.

Sigilosamente dos hombres se meten entre esas tiendas. ¿Quiénes son? Uno es Gedeón, el otro uno de sus siervos. ¿Qué van a hacer allí? El Señor ha dicho a Gedeón que vaya al campamento de los madianitas y así lo hace, aunque no sabe qué tiene que hacer allí. El Señor le ha dicho que debe estar atento y escuchar, por eso Gedeón está animado y va. Es una empresa peligrosa; si los madianitas le descubren, le matarán.

De pronto Gedeón oye voces que salen de una tienda. Con cuidado se acerca y escucha.

Dos madianitas se han despertado. Uno dice a su compañero:

—Hoy he tenido un sueño angustioso. He soñado que un pan de cebada rodaba a nuestro campamento. Ese pan llegaba a nuestra tienda y la tiraba por completo. No sé lo que significa ese sueño.

—Yo te diré lo que significa —dice el compañero sombríamente—. ¿Has oído que Gedeón ha reunido un ejército? Ese sueño significa que seremos vencidos. Gedeón nos vencerá.



Gedeón ante la tienda de los madianitas

Quedan un rato charlando y de nuevo se hace el silencio. Gedeón lo ha oído todo. Está alegre porque por lo que ha oído comprende que los madianitas tienen miedo y cuando los soldados están asustados no pueden luchar bien, se dan a la fuga.

La Biblia dice que Gedeón adoró al Señor y le dio gracias. Ahora comprende por qué debía ir al campamento de los madianitas, el Señor quería despearle de todo temor.

Silenciosamente se vuelve a reunir con su pequeño ejército.

Poco después, alrededor del ejército de los madianitas, que está durmiendo, se ven difusas figuras. Son los soldados de Gedeón. Ha dividido en tres grupos a sus trescientos hombres, cada grupo está formado por cien hombres. Cada soldado tiene en la mano una trompeta y en la otra un cántaro de barro. Dentro del cántaro asoma una llama, es una antorcha encendida. ¿La espada? No, no llevan espada. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de un ejército sin armas? Es algo extraño, pero ni siquiera necesitarán luchar, pues el Señor vencerá a ese poderoso ejército.

Allí están esperando la señal de Gedeón. Gedeón les ha dicho que deben estar esperando y hacer lo que él haga. Deben gritar: «Por Jehová y Gedeón». De pronto el silencio de la noche es roto por el toque de las trompetas, también caen al suelo pedazos de cántaros con gran ruido. Es la señal convenida. Todos tocan las trompetas y rompen sus cántaros, el ruido es espantoso.

Los madianitas se despiertan sobresaltados. Somnolientos salen de sus tiendas en medio del espantoso ruido y por todas partes ven antorchas encendidas y toque de trompetas.

Quedan llenos de espanto, sus ojos desencajados, piensan que un gran ejército les ha cercado. Tantas antorchas, tantas trompetas, debe ser un ejército inmenso. Los madianitas gritan angustiados, cada cual sólo piensa en él. Todos corren con gran desorden, se hace una completa confusión. Cada soldado trata de huir como puede y lo más rápidamente posible, tirando al suelo cuanto se pone delante de ellos. Su angustia es tan grande que no saben lo que hacen. Los soldados de Gedeón no necesitan hacer nada, están mirando tranquilamente.

¡Ah, si los madianitas hubieran sabido que se trataba solamente de trescientos soldados y además sin armas! Si lo hubieran sabido no habrían corrido tanto. Pero no lo saben. En su angustia huyen, la tierra queda cubierta de soldados muertos, se habían matado unos a otros.

Gedeón persigue al ejército que huye. Los israelitas que quedaron en casa se unen a él, sobre todo, la tribu de Efraím, no escamotea ninguna ayuda. Dos de los cuatro reyes son

apresados y matados por los hombres de Efraím. Los nombres de esos dos reyes son Oreb y Zeeb. Ciento veinte mil madianitas han muerto al otro lado del Jordán. Los de Efraím traen las cabezas de Oreb y Zeeb a Gedeón, están molestos con él porque no les ha convocado a luchar, inteligentemente, les alaba por sus esfuerzos y de esta manera disminuye la ira de los hombres de Efraím.

Los otros dos reyes consiguieron pasar el Jordán, pero Gedeón no está satisfecho, quiere apresar a esos dos reyes. Pasa el Jordán y persigue a los soldados que huyen.

Algunos de los israelitas que viven allí se burlan de Gedeón y le dicen:

–A éstos no los apresarás, han escapado.

Cuando Gedeón les pide pan para sus soldados no quieren dárselo. Son una gente ingrata. Pero el Señor ayuda a Gedeón y esos dos reyes también son apresados, eran Zela y Zalmunna. El mismo Gedeón mató a estos dos reyes, los cuales habían asesinado a los hermanos de Gedeón. Fue una victoria gloriosa.

De nuevo Israel está libre, ahora sus cosechas no son destruidas, tienen alimentos para ellos, sus mujeres y sus hijos.

Los israelitas quieren hacer rey a Gedeón, pero él se niega.

–No –dice–, no soy vuestro rey, sólo Dios es vuestro rey. No debéis agradecerme a mí la liberación, sino que debéis dar gracias a Dios, porque Él os ha liberado.

Gedeón fue juez de Israel hasta su muerte. Después de Gedeón ha habido dos jueces más, de ellos no podemos contar nada, pues la Biblia dice muy poco acerca de ellos. Solamente mencionaremos sus nombres, fueron: Tola y Jair.

Capítulo 54

UN DESHEREDADO HONRADO

Jueces 11

Cuando recibís algún regalo de alguien, normalmente agradecéis amablemente a esa persona el obsequio, ¿verdad? Si pasado algún tiempo os volvéis a encontrar con esa persona, aún lo recordáis, en seguida os viene a la memoria que esa persona os regaló algo. Todavía estás reconocido por su delicadeza.

¿Quién de vosotros se atrevería a molestar a esa persona y a hacerla enfadar? No lo haríais, pues tenéis un buen concepto del honor y os avergonzaríais de ello.

Pues lo que no nos atrevemos a hacer con ningún hombre, sin embargo, se lo hacemos al Señor. Diariamente estamos pecando contra el Señor, cada día estamos enojando al Señor, pese a que el Señor es tan bueno para con nosotros. No nos da solamente un regalo, nos da todo cuanto necesitamos. Vestido, alimento, bebida, salud, y la misma vida. Diariamente Él se cuida de nosotros y, sobre todo, el Señor nos previene contra el pecado y nos ha dado la Biblia.

Millones de niños no tienen Biblia, ni han oído hablar de ella.

¿Por qué nosotros tenemos la Palabra de Dios y ellos no? ¿Acaso somos mejores que ellos? No, ni mucho menos. Debe-

ríamos demostrar gran gratitud y, sin embargo, muchas veces somos unos desagradecidos. Olvidamos muy pronto todo lo que Dios nos da.

También los israelitas eran unos ingratos. Dios había sido inmensamente bueno para con los hijos de Israel. Les había liberado de Egipto, les había mantenido en el desierto, les había ayudado en la lucha contra los cananeos; les había enviado jueces que los liberaron de los enemigos cuando estaban oprimidos y en la miseria.

Ya hemos hablado de varios jueces, en el capítulo anterior hablamos de Gedeón, que liberó al pueblo de la opresión de los madianitas. Gedeón ya había muerto y después de su muerte siguieron otros dos jueces: Tola y Jair.

Después los israelitas se volvieron a los ídolos. Por todo el país volvieron a edificar imágenes de ídolos, por todas partes ofrecían holocaustos a esos ídolos paganos. El Señor, su propio Dios, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, fue olvidado. No se le ofrecían ya holocaustos.

Tal vez nos preguntemos: «¿Cómo es posible, cómo se atreven a obrar así?»

Así era, pero los israelitas no servían sólo a un dios, servían y honraban a siete ídolos diferentes.

¿Puede extrañarnos que el Señor no quisiera proteger más a los israelitas?

¿Es extraño que los enemigos invadiesen la tierra?

Los filisteos y los amonitas llegaron al mismo tiempo y oprimieron a los hijos de Israel. La tribu de Rubén, la de Gad y media tribu de Manasés, que vivían al otro lado del Jordán fueron las que más tuvieron que soportar esta opresión. Fueron hechos esclavos de los amonitas, los cuales también pasaron el Jordán y destruyeron regiones enteras. Todo fue robado y destruido y los israelitas volvieron a la más denigrante de las miserias. Esta opresión ya duraba dieciocho años. Los israelitas no se atrevían a oponerse ni a defenderse.

Por fin doblaron las rodillas ante el Señor, su Dios. Reconocieron su impiedad y dijeron al Señor:

—Hemos pecado, te hemos abandonado y hemos servido a dioses ajenos.

En esta ocasión parecía como si el Señor no quisiera escucharles. Oíd lo que les dice el Señor:

—No quiero volver a liberaros, pues me volveréis a dejar; pedid a los ídolos, a los cuales habéis servido, que ellos os liberen. Que los ídolos os libren, Yo no lo haré.

Era una respuesta justa, los israelitas la merecían, pues ellos mismos eran culpables de que el Señor los abandonara.

Sin embargo, los israelitas continuaron insistiendo, continuaron rogando a Dios.

Hicieron pedazos las imágenes de los ídolos, demolieron sus altares y comenzaron a servir al Señor solamente.

Sí, entonces el Señor volvió a ayudarles, una vez más el Señor les liberó de los crueles enemigos.

En la parte meridional y oriental de Canaán había grandes desiertos, muchas veces podemos leerlo en la Biblia. Abraham que vivía en Mesopotamia, tuvo que viajar por el desierto para llegar a la tierra de Canaán, los mismos israelitas estuvieron cuarenta años vagando por el desierto después de salir de Egipto.

En la frontera de Canaán, junto al desierto, estaba el país de Tob. Esta región estaba cerca de Siria, de la cual oiréis mucho más en capítulos posteriores.

En este país de Tob vagaba un grupo de hombres. Las plantas apenas crecían, pues la tierra no era muy fértil. ¿Cómo obtenían estas gentes lo necesario para comer? ¿Qué hacía ese grupo de hombres allí? Escuchad.

Su jefe se llama Jefté, que había sido rechazado por sus hermanos y no le consentían volver a casa, ni dormir bajo su propio techo. Sus hermanos le habían expulsado, no querían saber nada de él, como si no existiera. ¿Por qué? ¿Qué les había hecho Jefté?

Jefté no les había hecho nada, pero su padre había tenido más de una mujer. Como recordaréis, antes eso era algo habitual. Jefté era hijo de una de las mujeres y los hermanos eran hijos de la otra mujer. Eran, por tanto, sus hermanastros. Esos hermanastros no soportaban la presencia de Jefté en la casa y por ello le expulsaron y ahora va huyendo. ¿A dónde se dirige? Va a vivir en el país de Tob, en el desierto.

Jefté era un hombre que temía al Señor. Es verdad que sus hermanos le habían echado, pero Dios no lo había hecho. El Señor le había dado un corazón nuevo. Jefté ha experimentado muchos dolores en su vida.

Terminó casándose y tuvieron un solo hijo, una niña, la cual fue muy amada, como podéis suponer. Jefté no estuvo solo en la tierra de Tob, a él se unieron otros hombres. La Biblia dice: «hombres ociosos», seguramente hombres que lo habían perdido todo. Pronto formaron un ejército bastante importante.

Jefté fue elegido jefe y con ese ejército organizaba expediciones de pillaje y saqueo y de ello vivían. Tal vez os preguntéis: ¿Cómo Jefté, que temía a Dios, podía hacer tales cosas?

No robaba a su propio pueblo, sino que invadía la tierra de los enemigos de su pueblo, probablemente la tierra de los amonitas. Hacía, pues, la guerra a los enemigos de su pueblo.

No era Jefté quien había comenzado primero, no, habían sido los amonitas, quienes habían invadido la tierra de los hijos de Israel y los oprimían. Lo que hacía Jefté, era, pues, muy lógico, porque su pueblo estaba en guerra con los amonitas. Jefté se hizo un excelente general, un jefe sobresaliente. Había aprendido a luchar.

Un día Jefté tiene una visita. Conoce muy bien a la gente que llega ante él. Son los principales de la tierra de Galaad. Galaad era un país vecino, donde vivían sus hermanos y donde él mismo había vivido antes. Vienen a rogarle que sea su jefe para dirigir la lucha que tienen contra los amonitas, los cuales les oprimen desde hace dieciocho años.

Sorprendido, Jefté, les mira y responde:

—¿Por qué os dirigís a mí? Me habéis odiado, me habéis expulsado. Ni siquiera queráis oír hablar de mí.

Los principales de Galaad están avergonzados, es verdad lo que Jefté les dice. Ellos habían participado en la expulsión de Jefté.

—Perdónanos —le responden—, ahora volvemos a buscarte. Ayúda-nos y dirige nuestro ejército, pues tú sabes luchar muy bien.

—De acuerdo —contesta Jefté—, pero si el Señor permite que venza a los amonitas, ¿volveréis a expulsarme después?

—No —prometen solemnemente. No volveremos a expulsarte nunca, vivirás con nosotros y serás nuestro jefe.

Jefté los escucha y los acompaña. Es noble Jefté, no se venga pese a que lo han tratado de una forma indigna.

— — — — —

Los israelitas se reúnen y eligen a Jefté como su jefe. Sin embargo, Jefté trata de averiguar primero si los amonitas quieren irse por su propia voluntad y para ello envía unos mensajeros al rey de los amonitas, para que le pregunten cuál es la razón por la que están en la tierra de los israelitas.

El rey de los amonitas responde:

—Porque vosotros estáis viviendo en mi país.

Esto no es verdad, por ello, Jefté, vuelve a enviar otros mensajeros que le dicen:

—No, eso es un error. No hemos tomado vuestro país, ni el de los moabitas, no podíamos hacerlo. El país en el cual vivimos se lo conquistaron a Sehón, rey de los amorreos.

El rey de los amonitas no quiere escucharlos, lo cual obliga a Jefté a empuñar las armas contra los amonitas.

Antes de iniciar la lucha, Jefté hace un voto al Señor; le dice:

—Señor mío, si me das la victoria completa, te ofreceré en holocausto al primero que me salga a recibir a la puerta de mi casa.

No tarda en iniciarse la lucha y los amonitas se dan a la fuga. Son expulsados por Jefté y miles de hombres quedan muertos en el campo de batalla. Jefté vuelve jubiloso a la cabeza de su invicto ejército. Se acerca a su casa y queda paralizado por el temor, pues su única hija sale a su encuentro para felicitarle por la gloriosa victoria. Debería alegrarse de que su hija saliera a felicitarle, ¿no?

Sí, pero, Jefté había hecho un voto al Señor y debe cumplir esa promesa. Dice:

—Niña mía, hija mía, he prometido al Señor que ofrecería en holocausto al primero que saliera de mi casa si obtenía la victoria. El Señor me ha dado la victoria y ahora...

Su hija responde:



Jefé recibido por su hija

–Padre mío, si lo has prometido, debes hacerlo también, aquí estoy.

¿Ofreció Jefé en holocausto a su hija? No, el Señor había prohibido con toda severidad hacer sacrificios humanos.

Ha santificado a su hija, es decir, la ofrece al Señor, lo cual quiere decir, que nunca se casó. Probablemente ha estado dedicada al servicio del Señor durante su vida entera. Hay quienes opinan que se fue a Silo, donde estaba el tabernáculo, pero esto no lo podemos asegurar con certeza.

Jueces 12

Se oyen gritos, miles de hombres se están peleando unos contra otros, no se trata de una broma, algunos soldados caen muertos al suelo. ¿Hay guerra? ¿Han vuelto los amonitas? Imposible, han desaparecido.

Es peor aún, Jefé pelea contra su propio pueblo, contra los hombres de Efraím. ¿Cuál es la razón? Los de Efraím sienten envidia de Jefé. Ellos querían expulsar a los amonitas y obtener la victoria. Pero no era verdad. Aunque Jefé les hubiera pedido que le ayudasen para luchar contra los amonitas, no habrían acudido en su ayuda. Ahora le dicen:

–¿Por qué no nos llamaste? Ahora incendiaremos tu casa.

No decían la verdad, pues, Jefé, les había llamado y ellos no acudieron a su llamada. Ellos están airados y Jefé debe defenderse contra ellos. Así han iniciado una guerra entre los habitantes del mismo país, entre hombres del mismo pueblo; es una guerra civil, lo cual siempre es terrible.

El Señor ayuda a Jefé y los hombres de Efraím sufren una derrota total. Huyen, pasan el Jordán y vuelven de nuevo a su país. Los soldados de la tierra de Galaad, donde vivía Jefé montan guardia cerca del río. Cuando un grupo de efraeos que huían llegaba al río, los soldados de Jefé les preguntaban:

–¿Sois efraeos?

–No –contestaban los fugitivos.

–Decid, pues, Shibolet –decían los soldados de Jefé.

Los de Efraím no podían pronunciar el sonido «sh» y entonces decían: «Sibolet». Así los hombres de Jefté conocían que eran efraiteos y los mataban. En total cayeron cuarenta y dos mil hombres de Efraím. Fue algo muy grave, pero sólo ellos tuvieron la culpa, pues Jefté no había comenzado la lucha.

Esa triste guerra nació por envidia.

Jóvenes, ¡cuántas miserias produce la envidia! Por envidia Caín mató a Abel, los hermanos de José por envidia le vendieron a Egipto. Los de Efraím tuvieron envidia de Jefté y miles de hombres murieron.

¿Tenéis vosotros también envidia de vuestros hermanos o de vuestros amigos? Luchad contra la envidia y pedid al Señor que la quite de vuestros corazones.

Jefté fue el jefe de los israelitas durante toda su vida, los hombres de Galaad cumplieron su promesa. Por fin murió. Fue también un juez que por la fe venció al enemigo. Fue, pues, un héroe de la fe.

Después de Jefté siguieron tres jueces de los que sólo mencionaremos sus nombres, fueron: Ibzán, Elón y Abdón. Tratad de retener sus nombres.

Capítulo 55

UN LUCHADOR SOLITARIO

Jueces 13

Vamos a comenzar leyendo lo que está escrito en el primer versículo de Jueces 13, donde se dice: «Los hijos de Israel tornaron a hacer lo malo a los ojos de Jehová; y Jehová los entregó en manos de los filisteos por cuarenta años».

La historia se repite otra vez. Los israelitas abandonan de nuevo al Señor y sirven a los ídolos. Entonces vienen los enemigos, los filisteos y oprimen a los hijos de Israel durante cuarenta años.

Los filisteos ocupaban la costa del Mediterráneo hacia el suroeste de la tierra de Canaán. Allí había grandes ciudades, cinco de estas ciudades son mencionadas con frecuencia en la Biblia; se trata de Gaza, Ascalón, Gath, Asdod y Ecrón. Eran, pues, las cinco capitales de los filisteos. Sucedió lo mismo que en los tiempos de Samgar. El ejército filisteo invadió la tierra de los israelitas y arrasaban el trigo y la cebada de los campos. Robaban las vacas y ovejas de los prados e incendiaban las fincas. No es de extrañar, pues, que los israelitas suplicaran al Señor que los salvara.

Cuando los israelitas vivían en paz y tranquilos se olvidaban del Señor, pero cuando estaban en la miseria y la opresión se daban cuenta de que necesitaban al Señor.

¿No hacéis vosotros muchas veces como ellos?

Cuando gozáis de buena salud también os olvidáis del Señor, es como si no le necesitarais, pero cuando caéis enfermos, por ejemplo, tenéis miedo de morir y entonces acudís al Señor y oráis. ¿Qué le pedís? ¿Que os dé un corazón nuevo? Normalmente no, pedís que mejore vuestra salud. Cuando el Señor ha escuchado vuestro ruego y habéis sanado de nuevo os olvidáis del Señor. ¿Quién de vosotros se acuerda de darle gracias por haber sido sanado?

Los israelitas ruegan por su liberación y el Señor atiende sus ruegos.



Una mujer está muy ocupada trabajando en el campo. Ayuda a su marido escardando las hierbas malas. Su marido, Manoa, está ahora trabajando en otra parte. La mujer trabaja afanosamente. ¿Y sus hijos? ¿No tiene que cuidar de ellos? No, no tiene ningún hijo. Cuando piensa en ello se pone triste y se le saltan las lágrimas. Tantas veces ha orado pidiendo un hijo, pero parece que sus oraciones son en vano. De pronto se asusta. Levanta los ojos de su trabajo. Alguien está a su lado, no es un hombre, es un Mensajero del cielo, es el mismo Señor. Todo su cuerpo está temblando.

Una voz amable le dice:

—No tienes hijos y estás muy triste por esa causa, ¿verdad? Yo vengo a traerte una buena nueva. Tus ruegos han sido atendidos. Darás a luz un hijo y ese niño será un niño especial, será Nazareo para Dios.

Nazareo, significa que ese niño debería estar dedicado al Señor, será apartado para el Señor.

—Cuidate—sigue el Mensajero del cielo— de que nunca entre navaja sobre su cabeza, su pelo nunca debe ser cortado. Esa larga cabellera será la señal de que ese niño está dedicado a Dios. Ahora los israelitas están oprimidos por los filisteos, pero el hijo que tendrás, librará a Israel de los filisteos.

Dicho esto el Mensajero desaparece. El rostro de la mujer brilla de felicidad; corre hacia su marido y le narra lo sucedido.

-Lástima que no estuviera presente -dice Manoa-, siento mucho no haberlo escuchado.

Luego ora:

-Señor mío, ¿puedes permitir que ese Mensajero vuelva otra vez para que nos diga exactamente lo que debemos hacer con ese niño?

El Señor oye favorablemente el ruego de Manoa. Días más tarde, cuando la mujer de nuevo está trabajando sola, se aparece por segunda vez el Señor. Rápidamente se dirige a Manoa y le dice:

-El hombre que me visitó hace unos días ha vuelto.

Manoa acompaña a su mujer y realmente allí está aquel Hombre de Dios esperando. Ahora, también Manoa recibe la nueva de que tendrán un hijo. De nuevo el Señor les dice lo que sucederá con aquel niño.

Manoa hace lo mismo que Gedeón hizo antes. Mata un cabrito, cuece unos panes y lo lleva ante el Hombre de Dios. También en esta ocasión todo es colocado sobre una roca y también sale fuego de aquella peña y el cabrito y los panes son consumidos por el fuego, y... «el Ángel del Señor ascendió con la llama del altar», dice la Biblia.

Manoa y su mujer quedan vivamente impresionados. Han hablado con el Señor; el mismo Señor anunció aquí el nacimiento del futuro libertador.

En la casa de Manoa nace un hijo y le ponen de nombre Sansón. Gran alegría reina en la casa de Manoa y su mujer.

Jueces 14

Un día tres personas se dirigen desde la pequeña aldea de Sora hacia el pueblo de Timnat. Sora está dentro de la tierra de los hijos de Israel, pero Timnat está en el límite de la tierra de los filisteos. Estas tres personas son: Manoa, su mujer y su hijo Sansón.

Han pasado muchos años desde que el Ángel del Señor apareció a Manoa y a su mujer y su hijo ya se ha hecho mayor.

Grave expresión hay en los rostros de la madre y el padre de Sansón.

¿Por qué? Sansón quiere casarse. Bueno, eso no es nada grave, ¿verdad? Cuando alguien se casa siempre hay alegría, no hay motivos para estar tristes. Sin embargo, los padres de Sansón están afligidos porque quiere casarse con una joven de los filisteos, una muchacha de sus enemigos, que además, es pagana.

Han prevenido a Sansón, le han dicho:

—Tómate por mujer a una joven de tu propio pueblo.

Pero Sansón ha movido negativamente la cabeza y no ha querido escuchar a sus padres. Ahora van camino de Timnat, donde vive aquella joven, van a conocerla a ella y a sus padres.

Por el camino Sansón se aleja un rato de sus padres; cuando está solo, desde los arbustos, sale un cachorro de león y corre rugiendo hacia él. Quiere devorarlo. Sansón está perdido, el cachorro está muy cerca y él no tiene nada con qué defenderse.

Pero, Sansón agarra a aquel león y con sus propias manos lo despedaza, partiéndolo en dos. Parece imposible, pero no, era posible porque el Señor había dotado a Sansón de una gran fuerza. Era tan fuerte que con facilidad podía partir en dos al león. Arroja al león a un lado del camino y se une a sus padres sin decir nada de lo que ha ocurrido.

Sansón va a casarse, la boda se celebrará en casa de la joven filisteo. Nuevamente se dirige con sus padres a Timnat, el pueblecito filisteo. Por el camino Sansón recuerda al león muerto y vuelve a mirar para ver si el cadáver del león sigue allí. Se adentra por la misma senda y comprueba que allí todavía está el león. Se acerca al lugar y ve que un enjambre de abejas ha hecho un panal en el cuerpo del león muerto. ¡Miel! ¡Qué delicia! Sansón toma un poco de miel en su mano y la prueba, toma otra poca y la lleva a sus padres para que la prueben. Sin embargo, no dice de dónde ha sacado la miel.

— — — — —

Pronto llegan a casa de la novia y comienza la boda. En esos países las bodas duraban siete días, así era la costumbre.



Sansón mata al león

Han sido invitados varios filisteos. De pronto Sansón dice:
–Os propondré un enigma. Si lo adivináis os daré treinta sábanas y treinta mudas de vestidos. Pero si no lo adivináis me las daréis vosotros a mí.

–Muy bien, de acuerdo –responden los filisteos.

–Bueno, escuchad bien –dice Sansón.

–«Del comedor salió comida y del fuerte salió dulzura»:

Era un enigma difícil. No podían imaginárselo. Piensan y piensan, pero no pueden adivinarlo. Pasan dos, tres días y no dan con la solución. Pero no tienen muchos deseos de dar a aquel israelita esos vestidos.

Entonces van a la mujer de Sansón y le dicen:

–Debes ayudarnos. Decláranos el enigma, porque Sansón te lo habrá dicho a ti.

–No lo sé tampoco –contesta.

–Pregunta a Sansón y dínoslo después –le proponen. Y de esta manera lo hace.

Pero Sansón no quiere decírselo y le dice:

–No se lo he dicho a mis padres y tampoco a ti te lo diré.

La mujer empieza a llorar e insiste y le dice:

–Dímelo, ¿no vas a decírselo a tu propia mujer?

Sansón acaba cediendo y le declara el enigma. ¿Sabéis qué hizo entonces? Corrió a los filisteos y les dijo:

–Conozco la respuesta. Debéis decir: ¿Qué cosa es más fuerte que el león y qué cosa más dulce que la miel?

No fue una acción honesta, fue una bajeza.

Pasados los siete días de la boda, Sansón pregunta:

–Bueno, ¿sabéis ya el enigma?

–Sí –responden–, era un enigma fácil, cualquiera puede adivinarlo. ¿Qué cosa más fuerte que el león y qué cosa más dulce que la miel?

Con expresión irónica le miran.

–Si no araseis con mi novilla, nunca hubierais descubierto mi enigma –dice Sansón con ira.

Con esto quiere decir:

–Mi mujer me ha traicionado, no lo habéis descubierto de una forma honesta.

Sin embargo, Sansón está obligado a entregar aquellas ropas y así se lo exigen.

–De acuerdo –dice–, lo tendréis.

¿Sabéis lo que hace? Va a Ascalón, una de las cinco grandes ciudades filisteas y allí mata a treinta filisteos, les quita los vestidos y se los lleva a los de Timnat.

¿Podía matar Sansón a aquellos filisteos y quitarles las ropas? Sí, porque eran enemigos de los israelitas y los filisteos habían matado a muchos israelitas. Sansón se enfada con su mujer, la deja y se vuelve a la casa de sus padres.

Jueces 15

Pasados unos días el enojo de Sansón disminuye y va a ver a su mujer. Para calmar los ánimos le lleva como regalo un cabrito. Cuando llega a Timnat descubre que su mujer se ha casado secretamente con uno de los jóvenes filisteos que estaban en la boda.

Sansón se pone furioso y dice en tono amenazador:

—Me vengaré.

Era precisamente entonces el tiempo de la siega. El trigo maduro estaba en los campos. Coge trescientas zorras y las ata de dos en dos por las colas, hace un nudo con las colas y en el nudo coloca un pedazo de leña encendida, una tea. Luego suelta a las zorras y los animales al ver el fuego detrás de ellos, locos de angustia corren desesperadamente. Cuanto más corren más se prenden las teas. Las zorras atraviesan los campos de trigo y por todas partes se provoca el fuego. Pronto los campos arden como un horno.

Los filisteos lo ven y exclaman:

—¿Qué ha sucedido? Todo nuestro trigo está ardiendo. ¿Quién ha hecho esto?

Pronto conocen la verdad, es obra de Sansón porque su mujer se ha casado con otro. Cuando los filisteos lo saben se enfurecen contra el padre de aquella mujer. Todos acuden a Timnat y en venganza prenden fuego a la casa. Aquella joven y su padre fueron quemados vivos. Fue espantoso. Sansón se entera de lo ocurrido y de nuevo se enfurece y dice:

—No deberíais haber quemado a mi mujer, era mía y deberíais habérmela dado. Era mi mujer.

Así comienza a luchar contra los filisteos. Se marcha a vivir

a una cueva cerca de la peña de Etam, que está situada en la región de la tribu de Judá.

Una vez al salir Sansón de la cueva, ve que centenares de hombres están acercándose a él. Son israelitas, de la tribu de Judá. ¿Vendrán para ayudarle en la lucha contra los filisteos? No, vienen para apresarlo. ¿Por qué? Los filisteos están furiosos contra Sansón porque ha matado a muchos de sus soldados.

—Basta —han dicho—, tenemos que apresar a este hombre, queremos vengarnos.

Reúnen un ejército e invaden la tierra de Judá. Los hombres de Judá van a los filisteos y les preguntan:

—¿Por qué razón habéis venido aquí? ¿Qué queréis de nosotros?

—Hemos venido para apresar a Sansón y atarle —es su respuesta.

¿Sabéis lo que hacen los hombres de Judá? Marchan con un ejército de tres mil hombres hacia la peña de Etam, donde vive Sansón. Lo apresarán y se lo entregarán a los filisteos. En lugar de ayudar a Sansón van para ayudar a los filisteos.

Todos se están acercando al refugio de Sansón.

—Venimos para apresarte —gritan—, sabes muy bien que los filisteos nos han invadido. ¿Por qué luchas contra ellos? Eso nos pone a nosotros en dificultades. Te apresaremos y te entregaremos a los filisteos. No deberías hacer tonterías.

Es un problema para Sansón. ¿Qué debe hacer? Si hubieran sido los enemigos los que hubieran venido a prenderle, sabría qué hacer. Pero éstos son sus propios hermanos, hombres de su pueblo. ¿Tendrá que defenderse? Eso implica tener que luchar contra sus hermanos. No lo hará.

—Bien —dice—, aquí estoy. Pero tenéis que prometerme una cosa. No me mataréis.

—No, no te mataremos —responden—, solamente te ataremos y te entregaremos a ellos.

Sansón se deja atar con dos cuerdas nuevas, luego se lo llevan y le entregan a los filisteos. Éstos se alegran cuando ven a su enemigo mortal. Corren a su encuentro para cogerlo, le maltratan a golpes.



Sansón y los filisteos

De pronto Sansón se levanta, da un tirón con sus manos y las cuerdas nuevas se rompen como si fueran suaves hilos.

Mira a su alrededor buscando algo con lo que defenderse. No ve nada. Sí, allí cerca hay una quijada de un asno, que aún no está seca. Rápidamente la coge del suelo, la levanta y de un solo golpe mata a un filisteo.

¿Cómo? ¿Se les escapará aquel odioso Sansón? Tratarán de retenerle vivo o muerto. Son muchos contra él.

Sansón lucha como un león, después de la dura pelea, los filisteos huyen, dejando a muchos muertos.

Allí está Sansón victorioso, ve a todos aquellos vencidos y orgullosamente dice:

—Con una quijada de asno, un montón, dos montones; con la quijada de asno herí mil hombres.

No, Sansón, no has sido tú, ha sido Dios quien te ha dado las fuerzas para que pudieras hacerlo.

Después de esta violenta pelea está sudando, tiene gran sed. Arroja la quijada, mira a su alrededor buscando agua. Desgraciadamente no hay agua. Su sed le consume, se deshidrata.

Sansón está temblando, sus piernas se niegan a sostenerle. Si los filisteos volvieran ahora estaría perdido, no tiene fuerzas para tenerse en pie.

El Señor quiere hacer comprender a Sansón que sin Su ayuda no puede nada. Sansón se da cuenta de ello y humildemente ora:

—Señor mío, no he sido yo quien lo ha hecho, Tú me has dado la victoria. Ayúdame y dame un poco de agua.

El Señor escucha su ruego. De repente la tierra se abre y brota agua fresca y pura. Sansón bebe con avidez, recobra sus fuerzas, se levanta y se marcha.

Después de estos sucesos los filisteos no se atreven a volver a la tierra de los israelitas. Sansón ha liberado al pueblo de los enemigos.

Esta historia de Sansón es un ejemplo del Señor Jesucristo, quien venció al diablo y ha liberado a Su pueblo.

Jueces 16

Vayamos a visitar la tierra de los filisteos, subamos a aquella colina, desde ella, a poca distancia divisamos la gran ciudad filisteá de Gaza. Tiene altas murallas y muchas puertas.

Fijaos en aquel hombre, entra por una puerta y desaparece en la gran ciudad. ¿Quién es? ¿Lo adivináis? Es Sansón. Es un atrevido, como le descubran los filisteos le matarán.

Las puertas de la ciudad se cierran. Han conocido a Sansón y ahora cierran bien las puertas para que no pueda escapar. Sansón, has caído en la trampa. ¿A qué ha ido allí? Ahora que los filisteos no se atrevían a ir a la tierra de los israelitas, Sansón va a los filisteos.

Solitariamente camina por esa ciudad enemiga, se va dando cuenta de lo que pasa a su alrededor, pero se burla de ello.

Entra en una casa, allí vive una mujer mala e impía. Sansón no debería hacerlo, no debería visitar a esa mujer malvada pero lo hizo.

Los filisteos le ven entrar y piensan: «Mañana, mañana le arrestaremos y le mataremos». Se hace de noche, a media noche Sansón sale de la casa. Sigilosamente va hacia una de las puertas de la muralla, está cerrada. No se asusta, toca la puerta y la agarra y poco después la arranca de la muralla. Los pedazos de piedra caen al suelo. Echa sobre sus hombros aquella puerta, que pesa como el plomo y sube con ella a uno de los montes que circundan la ciudad. Cuando llega a lo alto del monte descarga la puerta con un gran estrépito y se marcha tranquilamente como si nada hubiera sucedido. ¿Cómo ha podido hacer eso Sansón? Solamente por la fuerza con que Dios le ha dotado.

A la mañana siguiente los filisteos ven la puerta y sus ojos se desencajan de asombro. La puerta ha desaparecido y también Sansón. Una vez más se les ha escapado.

Por la tierra de los filisteos corre un arroyo llamado Sorec y cerca de este arroyo hay una casa en la que vive una mujer llamada Dalila, es filisteas.

Cierto día un hombre entra en aquella casa, es Sansón. ¿Qué tiene que hacer allí? Es una historia triste. Sansón se ha enamorado de aquella mujer y frecuentemente acude a visitarla.

Sansón, ¿vas a olvidarte del Señor?

Aquella mujer se muestra muy amable con Sansón, le sonrío con mucha amabilidad, pero es una sonrisa falsa. Pero Sansón no lo sospecha, no se da cuenta de ello. Piensa que la mujer tiene buenas intenciones, pero se ríe de él, trata de buscar su ruina.

Los filisteos se enteran de que Sansón visita con frecuencia aquella casa y van a ver a Dalila.

—¿Quieres hacer lo que te digamos? Te daremos mucho dinero. Sólo debes preguntar a Sansón de dónde le viene esa fuerza tan grande. Quizás te lo diga.

Dalila lo promete y la próxima vez que viene Sansón le pregunta con dulce voz:

–Sansón, ¿qué haces para tener tanta fuerza?

Sansón sonríe y le dice maliciosamente:

–Si me ataras con siete mimbres verdes, yo perdería mi fuerza y no podría hacer nada.

Tan pronto como Sansón se marcha, Dalila avisa a los filisteos. Éstos acuden.

La próxima vez que Sansón va a verla, los filisteos están allí escondidos en otra habitación. Le ata con siete mimbres verdes y grita:

–Sansón, los filisteos vienen sobre ti.

Se abre la puerta y los filisteos entran para apresarle. Pero Sansón se levanta, rompe aquellos mimbres y los filisteos tienen que huir de la casa todos asustados. Sansón queda riéndose de ellos.

Sansón sospecha que Dalila no es digna de confianza, que le traiciona, pero piensa: «Tendré cuidado de no dejar que me cojan».

Dalila se enoja con Sansón y le dice:

–Me has engañado, no me amas, pues si me amaras me habrías dicho la verdad.

Ahora le dice:

–Si me atas con cuerdas nuevas, seré débil.

Es otra mentira. Por segunda vez, Sansón se burla de los filisteos, pues cuando éstos se lanzan sobre él para prenderle, rompe las cuerdas nuevas. Sin embargo Dalila continúa insistiendo:

–Escucha –dice Sansón– si atas mis melenas a un enjulio (es un madero redondo que se coloca horizontalmente en los telares) seré débil como cualquier otro hombre.

Por tercera vez Dalila llama a los filisteos y por tercera vez son engañados.

Ahora Dalila se enfada y le dice:

–Vete, no quiero saber nada de ti; tú no me amas, me odias. Dicho esto se sienta a llorar en un rincón. Pero Sansón no deja aquella casa; después de tanta insistencia, Sansón le dice la verdad.

–Soy un Nazareo para Dios –dice–, nunca ha entrado navaja en mi cabeza, por esta razón tengo siete trenzas. Si estas trenzas fueran cortadas, entonces sería débil como cualquier otro hombre. Dalila se da cuenta de que esta vez no ha mentado, ha dicho la verdad.

Va a los príncipes filisteos y les dice:

–Venid una sola vez más a mi casa, porque en esta ocasión Sansón me lo ha revelado todo. Y esta vez me ha dicho la verdad.

Pocos días después Sansón vuelve a su casa. Será la última vez. Llega cansado y se duerme un rato. Cuando Sansón está durmiendo tranquilamente, apoyado sobre Dalila, ésta para no despertarle, llama a un hombre y le dice que corte las siete trenzas de Sansón con cuidado para no despertarle.

–Sansón, los filisteos vienen sobre ti –suena una voz irónica.

Sansón se despierta y ve a sus enemigos que se acercan para prenderle. Quiere levantarse como en otras ocasiones, porque no sabe que el Señor le ha abandonado. Está dudando, aquellas trenzas eran la señal de que era Nazareo para Dios y ahora aquella señal ha desaparecido, el Señor no le da más su fuerza. El Señor se ha apartado de él.

Los filisteos le prenden y con gran crueldad le sacan los ojos. Es tremendamente cruel. Sansón se queda ciego para siempre. Ya no puede luchar, no puede ver a sus enemigos. Le cogen y le llevan a la prisión de la ciudad de Gaza, le atan bien con dos cadenas y le meten en una oscura cueva. Son las consecuencias de haberse burlado de aquel precioso don que Dios le dio; ahora has perdido tu fuerza. Desde ahora serás un infeliz toda tu vida. Es la consecuencia de haber abandonado al Señor.

Sansón se da cuenta de ello, se aflige, pues reconoce que ha pecado en gran manera. Se ha fiado de su gran fuerza y se ha olvidado del Señor que ha sido quien le dio la fuerza. Ya nunca más volverá a ver su hermosa patria, sólo le queda oscuridad. Ahora tampoco podrá luchar en favor de su pueblo, pues no tiene fuerzas. Ha sido entregado a sus enemigos y éstos no tienen ninguna piedad con él.

Vamos con nuestra imaginación a la prisión de Sansón. Es una cárcel oscura, allí le tienen moliendo trigo; oímos el ruido de las cadenas al ser arrastradas. Los filisteos no le han matado, no, le están haciendo trabajar como a un esclavo. Es una gran humillación para Sansón. Pasan días y semanas. Sansón está moliendo desde la mañana a la noche. Se ha arrepentido de su vida pecaminosa, ya que a pesar de todo, es un hijo del Señor.

Todo el pueblo del Señor, en esta tierra, lamentará siempre sus pecados. Dios le concede ese verdadero arrepentimiento.

Mientras tanto el cabello de Sansón comienza a crecer. Los filisteos no se preocupan de cortárselo, no tiene importancia, está ciego. Los ojos de Sansón no pueden llorar, no tiene ojos, pero su alma está llorando. Los días se le hacen interminables.

Un día vienen a buscarle. ¿Para qué? Hay una fiesta en la ciudad de Gaza. Los filisteos están contentos porque aquel temible enemigo, ahora no tiene fuerzas. Van a celebrar una fiesta en honor a su dios por haber podido apresar a Sansón.

Aquellos filisteos paganos, muchas veces son causa de vergüenza para nosotros, que muchas veces no damos a Dios el honor que le corresponde.

Se han reunido en el templo de Dagón, así se llama su ídolo.

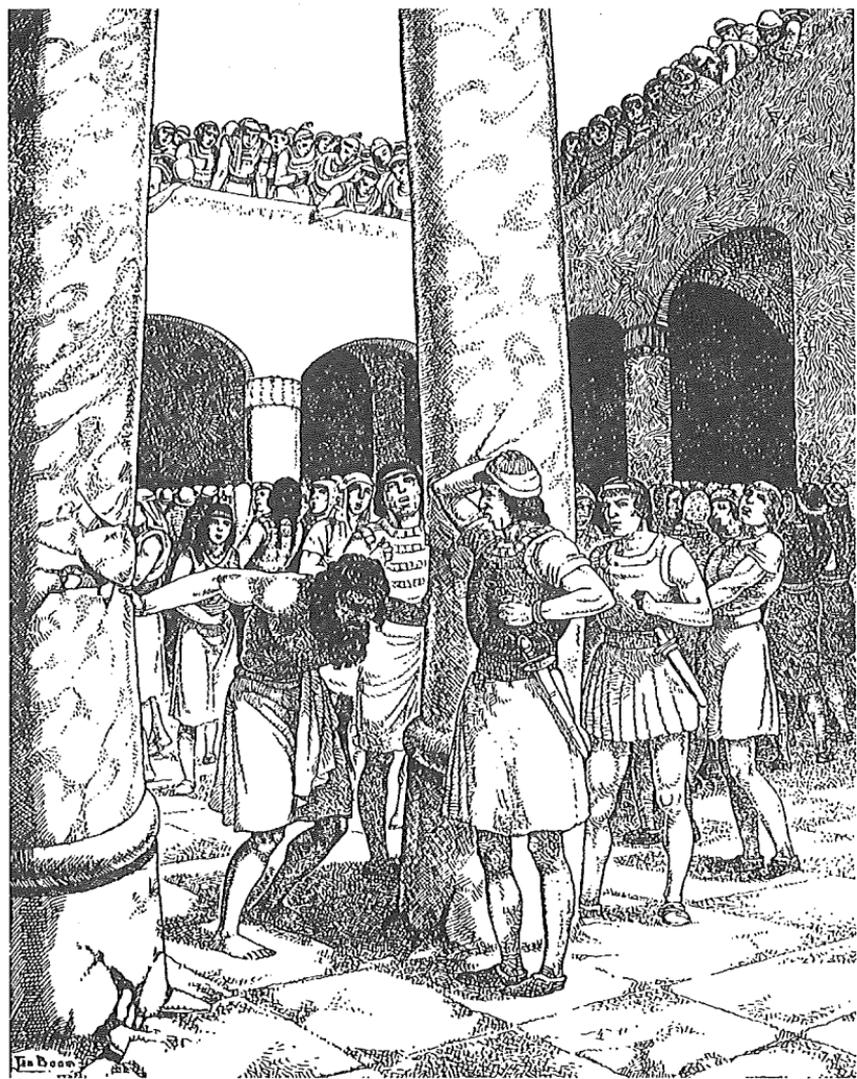
Miles de filisteos llenan aquel edificio de arriba abajo. Entre ellos hay muchos filisteos principales, los príncipes con sus familias.

La mayoría de ellos han oído hablar de Sansón, aunque no le conocen de vista.

Ahora le hacen venir, quieren verle, y como es ciego no pueden temer ningún mal, se burlarán de él. Es el gran enemigo que ha matado a muchos soldados, le aborrecen.

Sansón caminando lentamente entra en el templo. No ve nada, pero lo oye todo. Se están riendo y burlando de él. Es una profunda humillación y él no puede hacer nada, es débil.

De pronto recuerda que todo el techo y la base del templo están apoyados sobre dos enormes columnas. Si pudiera apoyarse sobre aquellas columnas el templo entero se derrumbaría y morirían casi todos los filisteos que estuviesen allí. Así ayudaría a su pueblo. Entonces pide al muchacho que le guía:



Sansón en el templo de Dagón

–Estoy cansado, llévame junto a las columnas para que me apoye en ellas.

El muchacho lo hace, ¿por qué no? Sansón queda en medio del templo. Pero lo que no saben los filisteos ni pueden verlo, es que Sansón está orando.

–Señor mío –suspira–, dame fuerzas una vez más, sólo una, para que me vengue por mis dos ojos.

El Señor atiende aquel ruego. Sansón lo siente. Su enorme fuerza, su fuerza interior, vuelve a él. Es Dios quien se la da. Sus cabellos han crecido de nuevo, la señal de Nazareo ha reaparecido, ahora el Señor contesta su súplica.

De repente se levanta y extiende sus brazos hacia las dos columnas y exclama:

–Muera yo con los filisteos.

Seguidamente se dobla y empuja con fuerza. Suena un crujido enorme, el techo con todos aquellos hombres se derrumba y quedan enterrados bajo las ruinas. Sus gritos de socorro son apagados por el estrépito de las piedras que caen. Sansón muere también, pero en su muerte mata a miles de filisteos, a los que habría que sumar los muchos que había matado durante su vida.

También, en su vida, Sansón es un ejemplo del Señor Jesús. Por su muerte el Señor Jesús ha vencido a la muerte y ha conseguido la vida para Su pueblo. Cuando alguien del pueblo de Dios muere, no es una tragedia, porque el pueblo de Dios va al cielo. Sansón, con su muerte, ha librado a los israelitas, su pueblo amado, de los filisteos.

Por la muerte del Señor los hijos de Dios pueden vivir eternamente, una vida eterna en honor de Dios. Entonces serán para siempre libres de pecado.

Tal vez preguntéis: ¿Acaso no fue Sansón un suicida? No. Sansón murió en defensa de los israelitas. Se ha sacrificado por los hijos de Israel. Sansón no fue un suicida, sino un héroe de la fe.

Durante su vida fue un luchador solitario. Los israelitas no colaboraron con él, al contrario, querían entregarle a los filisteos.

El Señor Jesús también estaba solo; nadie, nadie ayudó al único Salvador. Al contrario, el pueblo judío exclamó y gritó: —Crucifícale, crucifícale.

La familia de Sansón ha escuchado lo ocurrido. Los hermanos y toda la casa de su padre se apresuran a ir a Gaza para buscar su cadáver. Cuando lo encuentran se lo llevan secretamente para que no caiga en manos de los filisteos. Lo llevaron a su propio país y le dieron sepultura en el sepulcro de su padre Manoa. Fue sepultado honrosamente.

También el Señor Jesús tuvo una honrosa sepultura. Fue puesto en un sepulcro nuevo, en el que nadie había sido sepultado.

Allí, en el sepulcro de Manoa, yace Sansón hasta el día final, en que resucitará de los muertos. Entonces, con cuerpo y alma verá al Señor Jesús, el gran luchador que ha pagado también por sus pecados y que también para él ha vencido a la muerte.

Entonces no será ya ciego, recuperará sus ojos, pues allí no habrá más noche para él. Allí cantará eternamente en honor de su Salvador, en honor de aquel gran Luchador solitario.

Capítulo 56

RUT

Rut 1, 2, 3 y 4

En una ocasión cuatro personas dejan el pequeño y bonito pueblo de Belén, situado unos kilómetros al sur de Jerusalén, en la tierra de Judá. Suben las colinas; quizás les siguen con la mirada los habitantes del pueblo, los vecinos, amigos y conocidos. Cuando llegan a la cumbre de la colina, se detienen un rato y vuelven la vista una vez más hacia el pueblo.

Se trata de un matrimonio y sus dos hijos, dos niños. Por última vez miran hacia Belén, el pueblo donde han vivido por tantos años y continúan su viaje.

—Venid —dice el padre—, tenemos que seguir el viaje.

Con un profundo suspiro la mujer sigue a su marido, tienen lágrimas en los ojos. Dejan Belén y las despedidas siempre son tristes.

Tienen que continuar el viaje, porque van camino de Moab y la distancia es muy grande.

¿Por qué se dirigen a Moab? ¿Qué van a hacer allí? ¿Por qué abandonan Belén? ¿Quiénes son esas personas?

En Israel aún no hay rey, es el tiempo de los jueces, como hemos visto en los capítulos anteriores.

Ahora hay hambre en la tierra de Canaán. ¿Cómo es posible si el Señor había dicho que era una tierra abundante en leche y miel? Es verdad, con ello el Señor había querido decir

que era una tierra rica en pastos y también en trigo, cebada y muchos otros frutos. Había alimentos en abundancia. Sin embargo, ahora hay hambre, no hay alimentos suficientes, las gentes pasan hambre. ¿Cuál ha sido la causa?

Los israelitas han abandonado al Señor y como consecuencia el Señor no los ayuda, les ha castigado.

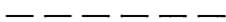
Probablemente esta hambre es consecuencia de cuando los madianitas destruían las cosechas y robaban los ganados. Seguro que lo recordáis ¿verdad? Sobre ello se habló en los capítulos precedentes. Fue Gedeón quien liberó a los israelitas con la ayuda de Dios.

Ahora, en este tiempo de hambre, vive en Belén un hombre rico y respetado, se llama Elimelec y su mujer Noemí. Tenían dos niños, Mahlón y Quelión. Era una familia feliz. No les faltaba nada porque eran ricos. Elimelec poseía campos, en los que se cultivaban trigo y cebada, poseía viñas que producían deliciosas uvas. Elimelec pensaba que esta situación duraría siempre.

Pero no fue así, Israel se fue tras los ídolos y el Señor castigó al pueblo por su idolatría. Los juicios divinos se hicieron manifiestos. Los enemigos venían año tras año y destruían las cosechas, robaban las vacas y las ovejas. Ahora, Elimelec lo ha perdido todo y no tiene para dar de comer a su familia. Año tras año sucedía lo mismo y en la casa de Elimelec y Noemí se pasaba hambre.

Entonces Elimelec dijo:

—¿Sabéis lo que haremos? Dejaremos el pueblo ya que si nos quedamos en Belén moriremos de hambre. Vendió sus tierras, su casa y todo cuanto poseía y salió. Quería ir a Moab; se había enterado de que los madianitas no invadían la tierra de Moab y allí no había hambre, había abundancia de alimentos.



Ahora vemos cómo Elimelec con sus hijos y su mujer salen de Belén camino de Moab.

Pero... preguntemos a Elimelec: ¿Has doblado las rodillas antes de tomar esta decisión? ¿Has pedido consejo al Señor?

No, Elimelec no lo ha hecho. Está enfadado, no quiere pasar apuros, no quiere sufrir más hambre, quiere tener alimentos en abundancia. No puede permanecer en su país y se marcha a Moab, así se librará de la miseria.

Elimelec ¿sabes que los moabitas son paganos? ¿Podrás servir al Señor en Moab? No, allí no hay tabernáculo, allí no hay sacerdotes. Elimelec, no sólo abandonas tu amada patria, abandonas también al Dios de tu pueblo, piensa en tus hijos, Mahlón y Quelión. ¿Debes llevarlos a un país pagano? ¿No temes que se adapten a la vida pagana, inclinándose a estatuas de piedra y madera? Allí hay muchos peligros para tus hijos.

¿Acaso podrá ser útil una casa llena de víveres si el Señor aparta su bendición de ella?

Elimelec no piensa en nada de esto, no quiere pensar en ello, quiere disponer de víveres en abundancia, quiere escapar de los juicios de Dios. La bendición del Señor no puede estar en su decisión.

¡Vuelve y dobla tus rodillas ante el Señor, confiesa tus pecados y los de tu pueblo y pide al Señor que libere a tu pueblo de los enemigos! Sería mucho mejor.

Vendió su tierra y todas sus posesiones, lo cual estaba prohibido por el Señor, pero Elimelec no obedece y se marcha.

Pasan el río Jordán y atraviesan las tierras donde vive la tribu de Rubén y llegan a los límites de Moab. Pasan los límites y se encuentran en tierra extranjera. Allí Elimelec compra una casa.

Ahora tiene una nueva patria, allí no le molestan los madianitas, ni le aflige el hambre, pues hay víveres abundantes. Sin embargo, Elimelec, ahora estás viviendo en un país que tiene la maldición del Señor. Pero a Elimelec esto no le importa.

— — — — —

Pasan algunos años. Un día vemos a tres mujeres que marchan por los caminos de Moab. ¿Quiénes son? Una de ellas es ya anciana, tiene el pelo blanco, las espaldas encorvadas. Es Noemí. ¿Noemí? ¿La mujer que hace años entró en Moab con su marido y sus hijos?

Sí, es Noemí, apenas podemos reconocerla de tanto como ha envejecido.

¿Y su marido Elimelec? Ha muerto ya hace muchos años. Después de una breve estancia en Moab murió. Elimelec había huido de Canaán para que el Señor no le castigara, no quiso inclinarse ante Dios, pero el Señor podía encontrarle también en Moab. Elimelec tenía miedo de morir de hambre en Israel y se marchó a vivir a Moab pero sucedió precisamente al revés, en Moab murió, siendo sepultado en un país pagano. Ha sido una gran tristeza para Noemí.

Ahora vive, siendo viuda, en un país extranjero, ha llorado amargamente. Pero no vuelve, se queda a vivir allí.

Sus dos hijos, Mahlón y Quelión, se casaron con dos jóvenes moabitas. La mujer de Mahlón se llama Rut, la de Quelión se llama Orfa. Sin embargo, los israelitas no podían casarse con las moabitas. Ha sido la consecuencia de que Elimelec saliera de Canaán, pero él no se ha enterado porque estaba muerto.

Mahlón y Quelión también murieron. Era el castigo del Señor. Es posible que fueran sepultados en el mismo sepulcro que su padre, pero no lo sabemos con certeza. Ahora Noemí lo ha perdido todo, su marido, sus dos hijos. ¿Es extraño que su pelo esté lleno de canas y su espalda encorvada? Ha sufrido mucho. Sus dos nueras, Rut y Orfa se fueron a vivir con ella a su casa, las tres vivían en Moab.

Noemí ha contado a aquellas dos mujeres los milagros que hizo el Dios de Israel, les narró también las promesas que había hecho a Israel, del Salvador que había de venir, el Señor Jesús. Noemí no podía callar, pues el Señor le había dado un corazón nuevo y amaba al Señor.

Orfa escuchaba estas historias y le parecían interesantes, pero nada más. Rut escuchaba y también le parecían interesantes, pero admiraba a aquel pueblo de Israel. Pensaba: «Ojalá yo tuviera el mismo Dios, ojalá fuera también mi Dios». En su corazón nació el deseo ardiente de conocer al Dios de Israel, al Dios vivo. Los dioses de Moab eran dioses muertos. Ya no creía en ellos, ansiaba al Dios de Israel. Mediante aquellas narraciones de Noemí, el Señor había obrado en el corazón de Rut.

Un día Noemí se entera de que Dios ha librado a los israelitas de sus enemigos, que nuevamente hay abundancia de alimentos en Israel y que el hambre ha pasado. Entonces Noemí no puede aguantar más en Moab.

Dice a Orfa y a Rut:

–Me vuelvo a mi patria.

Es cierto que Noemí ha llegado a amar a aquellas dos mujeres, no le es fácil separarse de ellas, pero el amor al Dios de Israel, el amor a su servicio, era más fuerte que su cariño por Orfa y Rut. Sin embargo, sus dos nueras la acompañan. Cierran la puerta de la casa y se marchan.

Son las tres mujeres que hemos visto caminar por la sendas de Moab. Cuando llegan a los límites de Moab, Noemí se detiene. Su voz tiembla cuando dice:

–Hijas mías, volvedos ahora a casa de vuestras madres. El Señor tenga con vosotras misericordia, como la habéis tenido vosotras con mis muertos y conmigo. Os dé el Señor que halléis descanso cada una de vosotras en casa de su marido.

Orfa y Rut la escuchan y comienzan a llorar. ¿Por qué dice Noemí esto? ¿Las despide ahora? ¿No quiere que Orfa y Rut la acompañen? No, no es eso, Noemí quiere conocer cuál es la razón que las mueve a ir con ella. Quiere probarlas. En la Biblia podemos leer la respuesta de Rut y Orfa, pues está escrito: «Nosotras iremos contigo a tu pueblo» –dicen ambas. Las dos mujeres deciden ir con Noemí, pero ella insiste:

–Volved, hijas mías, ¿por qué vais a ir conmigo? En Israel no hay porvenir para vosotras. Allí no podéis casaros, pues el Señor lo tiene prohibido rigurosamente en nuestras leyes. Si yo aún tuviere hijos podríais casaros con ellos, pero no es así y en Israel no encontraréis a otro hombre.

Es más triste para mí que para vosotras. En Moab podréis disfrutar de una vida normal, pero yo no tengo nada más, la mano del Señor ha sido contra mí. Adiós.

Orfa y Rut lloran nuevamente al oírla. Orfa besa a su suegra y se vuelve llorando. No se despide de Rut, porque piensa que Rut también se volverá, pero Rut se queda.

–Vete también tú, Rut –dice Noemí–. Orfa se ha vuelto a su pueblo y a sus dioses. Haz tú lo mismo.

Hay un momento de silencio, luego Rut dice:

—Madre mía. No me ruegues que te deje; porque a donde quiera que tú fueres, iré yo; y donde quiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios, mi Dios. Donde tu murieres, moriré yo, y allí seré sepultada.

Además, Rut hace un juramento, escuchad:

—Así me haga Jehová, y aún me añada, que sólo la muerte hará separación entre nosotras dos.

¿Por qué no se vuelve Rut como ha hecho Orfa? ¿Acaso Orfa no amaba a Noemí? Claro que sí, Orfa amaba a sus suegra con todo su corazón, pero Orfa no amaba al Dios de Noemí. Orfa era inconversa y cuando oyó que en Israel no podía volver a casarse, que no había porvenir para ella ha pensado: «No tengo más remedio que volverme». Llorando se ha despedido y se ha vuelto a su pueblo y a sus dioses. Es posible que después se casara con algún hombre de su pueblo, ha seguido sirviendo a sus ídolos y se ha olvidado del Dios de Israel. Orfa no había recibido un corazón nuevo.

Rut amaba a Noemí, pero también al Dios de Noemí, a pesar de que no conocía personalmente a aquel Dios, sin embargo, le respetaba y tenía gran deseo de conocerle.

Cuando dijo Noemí:

—Vuélvete a tus dioses, Rut ha temblado. ¿Volverse y servir a aquellas imágenes de piedra? No, no eran dioses, no quería servirlos más. Aunque en Israel no puede volver a casarse, aunque no tenga allí porvenir, no le importa, pero allí podrá servir a aquel Dios durante toda su vida, le basta un lugarcito en el cual pueda servir a aquel Dios.

Rut escogió entre los dioses de su pueblo y el Dios viviente de Israel. Por gracia hizo la mejor opción, Orfa, sin la gracia, hizo la peor. Esa es la diferencia entre Rut y Orfa.

Dos mujeres se acercan a Belén, son Noemí y Rut. Las dos marchan silenciosamente. ¿Qué pensará Noemí en su interior?

Hace diez años caminaba por aquel mismo camino, pero entonces la acompañaban su marido Elimelec y sus dos hijos.

Entonces iban camino de Moab, en estos momentos Noemí vuelve de Moab.

Su marido y sus hijos han muerto y han quedado sepultados en aquel país extranjero y pagano. Cada paso le evoca recuerdos sensibles. Las lágrimas brotan de sus ojos y sin decir palabra sigue caminando. Rut, su nuera, va a su lado y también calla. ¿Sospecharía lo que pensaba su amada suegra? A ella misma le aguarda un porvenir desconocido. No lamenta su decisión. Pero ¿podrá alguna vez el Dios poderoso de Israel, ser su Dios? No puede vivir sin ese Dios, su alma tiene sed de Él. Pero no merece que el Dios de Israel se preocupe por ella, es moabita, una maldita.

Entran en el pueblo. La gente se queda mirando a aquellas dos mujeres. No las conocen. Pero al mirarlas detenidamente en aquella vieja de pelo blanco y espalda encorvada, reconocen a Noemí. Sorprendidos se dicen:

—¿No es ésta Noemí? ¿La misma que nosotros conocimos fuerte y sana?

Abren sus ojos sorprendidos. Noemí oye esas exclamaciones, se detiene, se endereza y responde con melancolía:

—No me llaméis Noemí, sino Mara, porque el Todopoderoso me ha puesto en gran amargura. Llena me fui y el Señor me ha hecho regresar vacía, ¿por qué me llamaréis Noemí?

Jóvenes, el nombre de «Noemí», significa «Placentera, alegre». No quiere que la llamen más así. «Mara», significa «amargura». Es como si quisiera decir: «Cuando salí era una mujer feliz, una esposa y madre feliz, pero ahora no tengo nada».

Así llegaron a Belén y se establecieron allí.

— — — — —

¿Qué va a hacer ahora Noemí? Al salir era rica, ahora es completamente pobre. ¿Cómo lo harán para comer? Ella no puede trabajar, es demasiado vieja y está muy débil para hacerlo. Pero no necesitará trabajar, otra lo hará por ella. Tiene una nuera que la ama con toda su alma, Rut, que la ha acompañado desde los campos de Moab.

Un día Rut, dice a Noemí:

—Madre mía, ¿sabes lo que voy a hacer? Voy a recoger espigas. ¿Te parece bien?

Era el tiempo de la siega, todos estaban ocupados en la recolección del grano.

Durante la siega a veces las espigas se rompían y caían al suelo. Aquellas espigas no quedaban abandonadas, sino que eran recogidas por los pobres.

Noemí aprueba la decisión de Rut, no le queda otro remedio. De madrugada Rut sale de casa. Pero ¿a quién debe dirigirse Rut? En Belén aún no conoce a nadie. Pasa por las calles y sale fuera del pueblo, entonces ve un campo en el que están trabajando los segadores y con diligencia comienza a recoger las espigas. No sabe a quién pertenece ese campo. Sin descansar se agacha para ir recogiendo las espigas que han quedado caídas. Es un trabajo muy duro.

Poco después llega un hombre al campo, es Booz, el propietario. Cuando llega al campo dice:

—El Señor sea con vosotros.

Y los segadores le responden:

—El Señor te bendiga.

Muy distinto a como suele suceder entre nuestros campesinos que, muchas veces, blasfeman. Ojalá existiese esa misma costumbre en nuestros días.

¿Quién es realmente Booz? Es uno de los habitantes más importantes de Belén. Pariente de Elimelec, el difunto marido de Noemí. Por tanto, es pariente de Noemí, pero Rut no lo sabe.

Ha sido a su campo donde ha ido Rut, podría haber ido a otro campo. Pero el Señor se preocupa de Rut, el Señor ha sido quien ha hecho que Rut se quedara en el campo de Booz.

Cuando Booz se percata de la presencia de Rut, pregunta al capataz:

—¿Quién es esa joven?

El capataz responde:

—Es Rut, la moabita, que ha venido con Noemí desde Moab. Me ha pedido si podía recoger las espigas y la he autorizado. Está aquí desde la madrugada sin descansar un momento.

Booz envía a buscar a Rut. El corazón de Rut palpita atropelladamente. ¿La dejará aquel hombre seguir cogiendo las

espigas? ¿La echará por ser moabita, por pertenecer a un pueblo enemigo de Israel?

Todo sucede mejor de lo que ella sospecha. Booz le habla con amabilidad y le dice:

—Puedes seguir recogiendo espigas. Nadie te hará daño. No necesitas ir a otros campos, puedes quedarte en los míos.

Tanta amabilidad no la esperaba Rut y ello la confunde.

Le pregunta:

—¿Por qué se muestra tan amable conmigo, que soy una extranjera?

Booz contesta:

—Me han dicho que estás con tu suegra y que la cuidas muy bien. Me han dicho también que has dejado a tus padres, amigos y a tu patria. El Señor, Dios de Israel, te bendiga por tu acción.



Todo ha salido bien para Rut. Más tarde los segadores van a comer, posiblemente a una sombra y allí sentados comienzan a comer.

Piden a Rut que se una a ellos y Booz le da pan y trigo tostado. Le da tanto que no puede comérselo todo y la parte que le queda la guarda para llevársela a su suegra.

Después de la comida se levanta y sigue recogiendo espigas. Cuando está espigando, Booz dice a los segadores:

—Dejad caer algún manojito de las gavillas para que Rut pueda recogerlos después.

A Rut se le permite que pueda recoger las espigas cuando las gavillas estaban aún en el campo, cosa que no podían hacer las otras personas que las recogían, sólo podían entrar al campo cuando las gavillas habían sido recogidas.

Al anochecer deja de espigar; ha cogido muchas espigas, las ha triturado y tiene un pequeño saco de cebada, más que los demás. Alegre vuelve a casa de su suegra. Ésta ha estado esperando todo el día con gran tensión, porque ignoraba cómo le habría ido a Rut.



Rut la moabita en el campo de Booz

Cuando Rut entra en casa y Noemí ve la alegría reflejada en su rostro comprende que todo ha ido bien.

Rut le muestra la cebada diciendo:

—Madre mía, mira cuánto tengo. El dueño de aquel campo ha sido muy amable conmigo. Me ha permitido coger junto a los segadores y me ha dado de comer tanto, que ya no podía más. Mira lo que te he guardado, es para ti. He estado en el campo de Booz.

Cuando lo oye Noemí, se le saltan las lágrimas y da gracias a Dios.

—Está muy bien, Rut, quédate en los campos de Booz y no vayas a otros campos —dice a Rut.

Cada día Rut vuelve a recoger las espigas; cuando termina la cebada comienza el trigo y Rut sigue espigando en los campos de Booz, ni una sola vez acude a otro campo.

Cuando la cosecha termina Rut permanece al lado de su suegra cuidándola. Como podréis daros cuenta, Rut, no ha sido una joven holgazana. Es una mujer trabajadora y cariñosa.

¿Ayudáis vosotros también a vuestras madres cuando están muy ocupadas?

— — — — —

En lo que ahora sigue voy a ser breve, pues es fácil de comprender.

Poco después Rut se casó con Booz y ya no necesitaba recoger espigas. Rut obtuvo una buena posición dentro del pueblo de Israel.

Pero Rut no abandona a su suegra, la acoge en su nueva casa y con ella Noemí pasa unos buenos años.

Algún tiempo después Booz y Rut tuvieron un hijo, al que llamaron Obed. Han pasado muchos años, Obed se ha casado y ha tenido un hijo y su hijo se llamó Isaí, que fue el padre de David. Rut fue, pues, la bisabuela de David, rey de Israel, del cual hablaremos más tarde.

¿Sabéis quién nació de la descendencia de David, siglos más tarde? El Señor Jesús. El Señor ha cuidado de Rut, jamás lamentó Rut haber dejado a sus dioses y a Moab y haber elegido

servir al Dios de Israel. Ese Dios ha llegado a ser también su Dios y cuando al fin murió, su alma ha ido al cielo.

Es una hermosa historia. Cuando la leemos sentimos gran simpatía por esta mujer joven y hermosa que es Rut y nos apena Orfa; nos apena que ella se volviera y no nos parece tan simpática. Pero la historia de Orfa está también en la Biblia y lo está para prevenirnos a fin de que no hagamos lo que hizo Orfa.

¿Cuál es vuestro propósito, jóvenes? ¿Deseáis obtener en primer lugar las riquezas y el honor? ¿Pensáis únicamente en el porvenir material? Orfa hizo lo mismo: «Y oyendo que en Israel no había porvenir para ella, se volvió». También vosotros debéis elegir: Al Señor o al mundo, al pecado. Que hagáis por la gracia la misma elección que hizo Rut en los límites de Moab.

Ahora, quizás, dobláis las rodillas por la noche, antes de acostaros, por tener a un padre temeroso de Dios y a una madre conversa, pero ¿lo olvidaréis más tarde y optaréis por el mundo? ¿Os comportaríais lo mismo que Orfa, que optó por el mundo y servir a los ídolos de Moab? Es posible que Orfa, en su vida posterior, conociera la felicidad y la prosperidad, pero a la hora de la muerte tenía que dejarlo todo y no había llegado a conocer al Señor.

Jóvenes, la muerte no respeta a nadie. Quizás alguno de vosotros ha tenido un amigo o amiga que ya ha muerto. ¿Habéis pensado alguna vez: Si yo muriera ahora mismo, qué sería de mí? Por eso os digo: «Buscad al Señor mientras puede ser hallado; llamadle en tanto que está cercano».

Capítulo 57

UN RUEGO ATENDIDO

1 Samuel 1:1-23

Los domingos acostumbráis a ir a la iglesia, ¿verdad? En vuestra casa cada día se lee la Biblia y se ora, ¿verdad?

Seguro que estáis pensando: «Qué preguntas más extrañas. Eso es lo más normal, es lógico».

¿Es cierto? Sin embargo, miles y miles de personas no tienen una Biblia en sus casas, y ni siquiera saben que existe la Biblia.

Oigamos las hermosas historias que nos describe la Biblia, nos las enseñan en la escuela o en la clase de religión. Sin embargo, muchos jóvenes y niños no conocen estas historias.

Nosotros sabemos que el Señor Jesús ha venido, que ha sufrido y ha muerto para salvar a los suyos. Sin embargo, muchos niños y jóvenes nunca han oído hablar del Señor Jesús. ¿Acaso es que somos nosotros mejores que ellos? No.

El Señor nos ha dado su Palabra. Oímos con frecuencia que aún podemos ser convertidos. Se nos amonesta para que oremos al Señor sin cesar pidiendo un corazón nuevo. ¿Os dais cuenta de vuestra responsabilidad?

Es un gran privilegio el tener la Palabra de Dios y poder acudir a la iglesia.

Hay muchas personas que no quieren ir a la iglesia, no tienen ganas de ir. Los domingos muchas personas se quedan

en casa tranquilamente o toman el día del Señor como un día para el recreo.

Pero ¿nos ha dado el Señor el domingo para eso? Creo que no, ¿verdad? El Señor nos pide que ese día nos reunamos en la iglesia. La Biblia nos dice: «No dejéis vuestra congregación».

Quedarse en casa sin motivo es muy fácil en estos tiempos, se puede oír el servicio religioso por la radio o la televisión es más fácil que ir a la iglesia...

En verano, porque hace calor, algunos se quedan en casa y, en invierno, porque hace frío. Se piensa, escuchamos el sermón por la radio y vale lo mismo.

No, amigos, no es lo mismo, pues estamos desobedeciendo la orden del Señor de reunirnos en la casa del Señor. ¿Qué hacéis vosotros? ¿Os quedáis en casa? No faltéis nunca al servicio del Señor sin ninguna razón. Dad gracias porque podéis ir a la iglesia. Pedid al Señor que santifique en vuestros corazones Su Palabra.

Todos los domingos que faltáis a la iglesia sin una razón verdadera, darán un día testimonio contra vosotros.

Como recordaréis los israelitas no iban a la casa del Señor cada día de reposo, pues, en Israel, el tabernáculo estaba en Silo. Sólo acudían a Silo tres veces al año con motivo de las grandes solemnidades.

En tiempos de los jueces, en Israel, había mucha gente que no deseaba ir a Silo y se quedaba en casa, preferían servir a los ídolos. Tenían ídolos en casi todos los lugares, así que se quedaban en sus propios pueblos y no tenían necesidad de hacer un viaje tan largo. La distancia a Silo era larga.

Pero el Señor no estaba de acuerdo y los castigó y vinieron los enemigos y lo robaron todo.

Pese a ello, en Israel siempre hubo personas que acudían a Silo y que no participaban en las fiestas impías y paganas.



En una ocasión un grupo de personas llegan a la aldea de Silo. Son un hombre y dos mujeres y algunos niños. El hombre se llamaba Elcana. Vivía en Ramataím de Zofím, pueblo

situado en el territorio de la tribu de Efraím. Sin embargo, no era efraimita. Era levita, es decir, de la tribu de Leví. Tenía dos mujeres. Una se llamaba Penina y la otra Ana.

Ya sabéis que en aquellos tiempos era normal tener más de una mujer. No era una cosa buena, pero les estaba permitido. Por fortuna, ahora, no está permitido.

Los niños que les acompañaban eran hijos de Penina. ¿Y los hijos de Ana, dónde estaban...?

Ana no tenía hijos, lo cual era muy doloroso para ella, pues en Israel era una deshonra no tener hijos. Sin embargo, una cosa la hacía feliz; su marido Elcana la amaba mucho, mucho más que a Penina.

Siempre, en las grandes fiestas, Elcana viajaba a Silo, al tabernáculo. No faltaba ni en una sola ocasión.

Elcana era uno de los pocos israelitas que no participaban en la idolatría. No doblaba sus rodillas ante las estatuas de piedra.

Cuando llegaba a Silo ofrecía en sacrificio una oveja o una vaca por sí y por su familia, después del sacrificio comía allí con sus mujeres y sus hijos. Cada uno recibía su ración, pero Elcana siempre daba a Ana doble ración; Elcana lo hacía porque amaba mucho a Ana y de esta forma hacía una deferencia hacia ella.

Penina, la otra mujer de Elcana, tenía envidia. No podía soportarlo, dirigía a Ana miradas de enojo. No puede soportar que Elcana ame más a Ana y piensa: «Me vengaré».

Cuando está a solas con Ana se burla de ella y la provoca:
-Tú no puedes tener hijos y yo sí.

Cuando Ana escuchaba esto se afligía en gran manera y Penina quedaba satisfecha. El comportamiento de Penina no era honrado; Ana no tenía la culpa de no tener hijos, muchas veces ha llorado por ello. Pero, precisamente, Penina lo hacía para humillarla, siempre tenía la misma actitud. Ana lloraba muchas veces. Ahora a la hora de comer no tenía apetito, estaba muy afligida.

Cuando están sentados a la mesa Ana deja de comer, porque Penina otra vez la ha humillado. Elcana ve que Ana no tiene ganas de comer y amablemente le pregunta:

—Ana ¿qué te ocurre? ¿Por qué no comes? Aunque no tengas hijos, yo te amo mucho.

Trata de consolarla. Ana comienza a llorar a lágrima viva, no puede responder. Se levanta de la mesa y se va.

Cerca del tabernáculo hay un profundo silencio. No se ve a nadie. Todo está solitario.

Alguien, sin embargo, está presente allí. Es Elí, el pontífice. Está sentado en un sillón, a la entrada.

Una mujer entra, llegando al atrio, cae de rodillas. Elí se levanta y se queda observándola.

«Qué extrañamente se comporta esa mujer», piensa. Ve que sus labios se mueven, pero no entiende nada. Luego se enfada, piensa que está borracha. ¿Borracha? Sí, entonces ocurría frecuentemente, porque en Silo se cometían abusos.

Elí tenía dos hijos, Ofni y Finees, eran sacerdotes, pero eran sacerdotes impíos. No servían al Señor, sino que hacían toda clase de cosas impías y malas. Eran dos hombres impíos que llenaban de gran dolor a Elí, pues Elí era un hombre converso.

Como aquellos sacerdotes eran tan impíos, ocurrían cosas horribles en Silo. Algunos israelitas que iban a Silo no tenían respeto al servicio del Señor y a veces, acudían al tabernáculo personas borrachas. Por ello, ahora Elí creía que aquella mujer estaba también borracha.

Se levanta de su sillón y va hacia ella y le dice enojado:

—Mujer, levántate. ¿No te da vergüenza venir aquí en ese estado de embriaguez? ¿Cómo te atreves a hacerlo? Ve a tu casa y vuelve cuando estés serena.

Cuando la mujer se levanta de su postura de rodillas, inmediatamente Elí se da cuenta de que se ha equivocado. Esa mujer no está borracha, ha estado llorando, tiene su rostro lleno de lágrimas. Pero ¿quién es aquella mujer...?

Ya lo suponéis, es Ana, la mujer de Elcana. Se había levantado de la mesa, pero no estaba enojada, estaba profundamente afligida. Se fue al tabernáculo y allí comunica al Señor su angustia.

¿Hacéis vosotros lo mismo cuando estáis afligidos? Ana pide al Señor que la ayude.

—Señor mío —dice en voz baja—, atiende mi ruego y concédeme un hijo. Si me das un hijo, lo dedicaré a tu servicio. Será consagrado a tu servicio. Nunca le cortaré el pelo, ni subirá navaja sobre su cabeza.

Ana sigue orando, sigue insistiendo.

De pronto es turbada en su oración por la voz de Elí, que piensa que está bebida.

—No, señor mío —le contesta Ana. No, señor, no estoy borracha, estoy afligida y se lo estoy diciendo al Señor. Estoy orando a Dios.

Elí se asusta al ver que ha sido grave su equivocación con respecto a esta mujer. Se dirige a ella amablemente y la bendice.

—Ve en paz —dice solemnemente— y Dios te otorgue la petición que le has hecho; el Señor te dé lo que le has pedido.

Ana se va y vuelve con su marido, pero también con Penina. Sin embargo, ahora ya no está afligida, ya no está triste... Una paz inmensa inunda su corazón. No sólo por lo que le ha dicho Elí, sino porque también cree que Dios ha atendido su ruego. Tal fe se la ha dado el Señor.



A la mañana siguiente, muy temprano, Elcana vuelve a su dormitorio. Penina continúa humillando y vejando a Ana, pero Ana no hace caso de ello. Cuanto le dice Penina no la humilla ya, pues sabe que Penina no podrá humillarla por mucho tiempo. Penina trata de hacer llorar a Ana, pero no lo consigue. Ana está alegre y contenta.

Penina está intrigada. ¿Cómo es que antes siempre logró hacerla llorar y ahora no lo consigue? Penina no lo sabe y Ana tampoco se lo dice, más tarde lo verá.

Después de un tiempo, Ana tiene un hijo y le pone de nombre Samuel, que significa: «Pedido a Dios».

Esto molesta a Penina, ahora ya no puede humillar a Ana. Ana está alegre y agradecida por la bondad que le ha concedido el Señor.

Elcana, su marido, también está muy alegre. Ahora ama más aún a Ana y Penina no puede hacer nada en contra. Ana, ahora, hasta puede cantar. En la Biblia tenemos su canto, podéis leerlo en 1 Samuel 2:1-10.

En la primera ocasión en que Elcana sube a Silo, Ana queda en casa porque tiene que cuidar del pequeño Samuel, pero dice a Elcana:

—Yo no subiré, pero cuando nuestro hijo haya crecido, le llevaré a Silo y allí quedará para siempre.

Elcana lo aprueba y marcha con Penina y sus hijos a Silo, pero Ana no lo deplora en esta ocasión.

Capítulo 58

SAMUEL CON ELÍ

1 Samuel 1:24-28

1 Samuel 2

En el capítulo anterior vimos cómo el Señor atendió el ruego de Ana, concediéndole un hijo al que llamó Samuel, a quien amaba entrañablemente. El pequeño Samuel crecía y se criaba muy bien. Aprendía a hablar y a andar. Ana, con mucha sencillez, le ha contado varias cosas, de manera que Samuel pudiera entenderlas.

Más tarde llega el momento en que ha de llevar a su hijo a Silo.

Cuando una vez más Elcana va al tabernáculo, Ana le acompaña también. No conocemos la edad cuando su madre le lleva a Silo. En la Biblia sólo se nos dice que Samuel era muy joven.

Cierran la puerta de la casa y parten. ¿Sabe Ana lo que hace? ¿De verdad vas a dejar al pequeño Samuel en el tabernáculo? ¿No sabes que Ofni y Finees, los dos sacerdotes, son muy impíos? ¿No temes que Samuel pueda hacerse también como ellos?

Sí, Ana sabe muy bien lo que se hace. No va a entregar a su hijo a Ofni y Finees, va a entregar a Samuel al Señor, con la entera confianza de que el Señor cuidará de él.

Llegan a Silo y acuden a Elí, el pontífice.

—Señor mío —le pregunta Ana—. ¿Recuerda que en cierta ocasión estaba aquí una mujer orando y que Ud. creyó que estaba borracha?

Sí, Elí lo recuerda muy bien, no lo ha olvidado nunca.

—Pues bien —continúa Ana—, yo soy aquella mujer. Entonces rogaba al Señor que me concediera un hijo. El Señor atendió mi ruego. He aquí mi hijo. Prometí dar al Señor mi hijo y lo he traído. Aquí está conmigo y él se quedará aquí.

Cuando Elcana se vuelve a su casa con Ana, Samuel se queda en Silo.

Elí lo toma consigo y de ahora en adelante asistirá al viejo pontífice. Pronto Elí se da cuenta de que Samuel es un joven que teme al Señor. Sí, Samuel ha recibido un nuevo corazón del Señor. Es diligente y obediente. No es, pues, extraño que Elí tome cariño a Samuel. A veces, mirando a Samuel, los ojos de Elí se llenan de tristeza. Qué gran diferencia entre él y sus hijos Ofni y Finees; ellos no sirven al Señor, engañan al pueblo. De los sacrificios se quedan con una parte mayor de la que les pertenece, roban a los israelitas. En todo el país se habla de ellos, todos los israelitas saben que Ofni y Finees son sacerdotes malos e impíos. ¿Cómo se atreven a hacer eso? ¿No temen que el Señor los castigue? ¿Cómo permite Elí eso? ¿No les prohíbe hacerlo?

Sí, Elí les amonesta diciendo que no deben hacer eso, les advierte del pecado, pero lo hace sin severidad, con blandura; Ofni y Finees se ríen de él y no le hacen caso.

¿Sabéis lo que Elí hubiera debido hacer? Castigar severamente a sus hijos y echarlos del tabernáculo, pues él además era juez, el decimotercero. Por desgracia, Elí no lo hizo. Sabía que sus hijos eran impíos, sabía que ellos eran los culpables de que los israelitas comenzaran a menospreciar el servicio al Señor. En su interior tenía miedo a Ofni y Finees. No se atrevía a castigarlos con severidad, lo cual no era una buena disposición de Elí, quien a pesar de todo sufría por ello.

Diariamente el pequeño Samuel estaba con Elí. Había una gran diferencia entre él y los hijos de Elí. Samuel no tomaba parte en todas aquellas cosas impías, pues él servía y temía al Señor. Los pocos israelitas que aún frecuentaban regularmente Silo, también se daban cuenta de ello, y se dan cuenta de que Samuel es un joven temeroso de Dios. De esta forma el pueblo llega a amar mucho a Samuel.

Cuando se acercaba alguna de las grandes fiestas, Samuel estaba pendiente de la llegada de su querida madre, pues sabía que iría, a no ser que estuviera enferma. Qué alegría experimentaba cuando, de lejos, la veía venir corriendo a su encuentro.

Cada año su madre le trae un regalito. En una ocasión le lleva una túnica nueva de lienzo. Aunque Samuel ya no está en su casa, ella no se ha olvidado de su hijo. ¿Cómo podría olvidar a su propio hijo? ¡Cuántas veces ha orado pidiendo al Señor que lo guardara del pecado allí en Silo! Los pocos días que están juntos pasan rápidamente.

Después el Señor dio más hijos a Ana; tuvo tres hijos y dos hijas.

Un día Elí recibe la visita de un hombre. Samuel no le conoce. Aquel hombre extranjero trae un encargo del Señor para Elí; es un profeta. No es muy agradable para Elí el mensaje.

—El Señor te castigará a ti y a tus dos hijos —dice el varón de Dios—. Ofni y Finees serán castigados por ser tan impíos y tú sufrirás porque no los has castigado con la severidad que se merecen. Ofni y Finees morirán los dos en un mismo día y toda tu familia será exterminada.

Eso es terrible, pero Ofni y Finees han sido merecedores del castigo, el Señor no permite que nadie se burle de Él.

No, jóvenes, no penséis que el Señor pasa por alto el pecado; no, el pecado siempre es castigado por Él del modo más severo y rígido. El Señor es justo.

1 Samuel 3

Hay un gran silencio en el tabernáculo. En una habitación construida, probablemente al lado del tabernáculo, hay una cama, sobre ella está acostado Elí, que ya es muy viejo; tiene más de noventa años y a causa de su avanzada edad está casi ciego. Se ha acostado para dormir porque es muy tarde, es medianoche.

En otra habitación cercana está Samuel. Antes de marcharse a dormir ha preguntado a Elí si necesita alguna cosa o si tiene que hacer algo.

Samuel está ya en su cama, pero no puede conciliar el sueño. De pronto se asusta porque en el silencio de la noche oye una voz que le llama:

-Samuel, Samuel.

Inmediatamente Samuel salta de la cama y acude a Elí creyendo que es él quien le llama.

-¿Qué desea, señor? -pregunta amablemente-. ¿Qué quiere de mí?

En el rostro del viejo pontífice hay marcada una expresión de sorpresa.

-No -contesta-, yo no te he llamado. Vuelve a acostarte.

Samuel vuelve a su habitación y se mete en la cama, pensando: «Me habré equivocado».

Momentos después vuelve a escuchar la misma llamada:

-Samuel, Samuel.

Por segunda vez va a Elí:

-¿Qué quiere? -pregunta otra vez-. ¿Por qué me ha llamado?

Elí contesta:

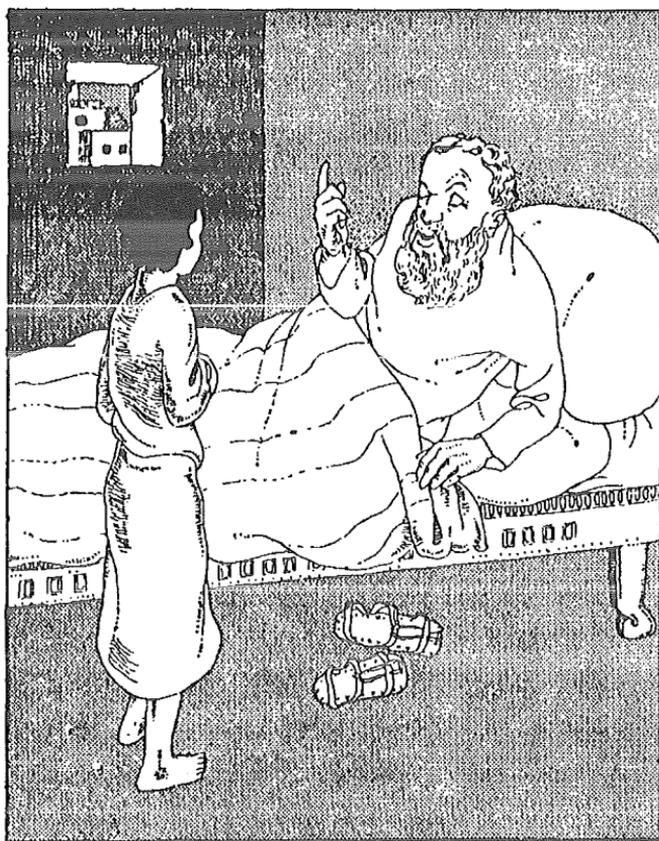
-No, hijo mío, yo no te he llamado. Vuelve a acostarte.

Samuel queda confuso, no entiende nada. Ha oído muy claramente cómo le llamaban por su nombre y Elí no sabe nada de nada. ¿Cómo puede ser...? Apenas se ha acostado, nuevamente suena:

-Samuel, Samuel.

«Esta vez estoy seguro de ello», piensa Samuel y por tercera vez va rápidamente a Elí.

Heme aquí. ¿Qué deseas? Tú me has llamado.
Elí mueve negativamente la cabeza. Dice:
-No, Samuel, no te he llamado, pero ahora comprendo. Es el Señor quien te llama. Acuéstate y si oyes que te llama de nuevo, di: «Habla, Señor, que tu siervo escucha».
En seguida Samuel se vuelve a la cama. Todavía no conocía



«Habla Señor, que tu siervo escucha»

la voz del Señor, porque nunca antes la había oído. De nuevo la voz llama:

—Samuel, Samuel.

Samuel hace lo que Elí le ha dicho:

—Habla, Señor, que tu siervo escucha —dice.

Elí tenía razón, era el Señor quien le llamaba. Esa noche el Señor manifiesta a Samuel que castigará los pecados de la familia de Elí. Dice el Señor:

—Elí lo sabía, pero cuando sus hijos se han atraído la maldición, él ni siquiera se ha enfadado. Todo lo que ha dicho el varón de Dios, el profeta, sucederá. Pero no sólo Elí, sino también el pueblo de Israel será castigado por sus pecados, por su idolatría. Será tan grave el castigo que todo el mundo que lo oyere se maravillará.

Era una noticia terrible, y Samuel no puede conciliar el sueño. Espera que llegue la mañana; no sabe qué hacer. Siente una gran pena por Elí, pero no se lo dirá y teme que Elí se lo pregunte.



A la mañana siguiente Samuel se levanta al amanecer. Se pone a trabajar, pero su corazón está inquieto. Abre las puertas del tabernáculo, pero no se acerca a Elí, no se atreve. Elí sabe que en la noche pasada el Señor ha hablado a Samuel, pero no sabe de qué. Sin embargo, quiere saber lo que el Señor ha dicho a Samuel y le llama.

Silenciosamente Samuel acude ante Elí, sucede lo que Samuel temía. Elí le pregunta qué es lo que le ha dicho el Señor esa noche.

—Lo sé muy bien —dice—, debes contármelo todo.

Hay un momento de silencio, Samuel está vacilando, pero debe decirlo. Elí se lo exige. En voz baja, Samuel, le cuenta todo, no se guarda nada, le dice la verdad. Cuando ha terminado, mira de reojo a Elí. ¿Qué dirá? ¿Se enfadará? ¿Qué está pensando Elí...?

Sí, es verdad lo que dice el Señor. Sus hijos son unos impíos y él los ha tratado con demasiada blandura; siempre les ha

dejado hacer lo que han querido. No, Elí no puede enfadarse. Temblando inclina la cabeza y dice en voz baja:

–El Señor eres, haz lo que bien te pareciere.

Es como si Elí dijera:

–El Señor es justo. Lo he merecido y mis hijos se han buscado el castigo, no han querido obrar de otra manera.

Sus labios tiemblan, su rostro está pálido, pero no se rebela. Elí reconoce que el Señor es justo. A pesar de todo, Elí es un hijo de Dios.

Samuel se pone a trabajar, está más tranquilo porque el momento difícil ya ha pasado. Sin embargo, siente gran compasión del viejo Elí y se enfurece contra Ofni y Finees, que tanto han hecho sufrir a su viejo padre. No ha sido solamente una vez que el Señor ha hablado con Samuel. La Biblia nos dice que han sido muchas veces, pero no sabemos lo que el Señor le ha dicho.

Jóvenes, tratad de ser como Samuel. Él era aún muy joven cuando comenzó a servir y temer al Señor.

Sin embargo, Samuel vivía en una situación muy peligrosa ya que cada día veía la impiedad de los sacerdotes, Ofni y Finees.

También vosotros estáis viviendo en medio de un mundo pecaminoso, donde actualmente todo está permitido. ¿Tomáis también parte de ello? No penséis que por vosotros mismos os podréis guardar del pecado, no, suplicad al Señor que Él os convierta. Será entonces, precisamente, cuando odiaréis el pecado como Samuel.

Capítulo 59

== LLEGADA DEL CASTIGO ==

1 Samuel 4

Por los caminos del país de Canaán marcha mucha gente. Marchan con rostros serios. Ni en un solo rostro se ve un rasgo de alegría. Caminan tristes y silenciosos.

¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué hay esa expresión de tristeza en sus rostros? Ha estallado la guerra, los filisteos han invadido el país y son llamados para servir en el ejército. Tienen que luchar, tienen que defender su patria.

Se han despedido, unos de sus esposas e hijos, otros de sus padres y han dado la última vuelta por sus fincas, porque tienen que enfrentarse a un enemigo poderoso y no saben si volverán más.

La guerra siempre es terrible, los hombres se matan unos a otros por miles.

En tiempos de paz los médicos se esfuerzan por curar a una persona aunque esté gravemente enferma, pero en tiempos de guerra muchas personas sanas y fuertes son matadas. Así son las graves consecuencias del pecado. Cuando Dios creó al hombre, Adán y Eva, en el Paraíso no había guerra, sino paz.

Ahora hay guerra en Israel como castigo por sus pecados. Los hombres van al encuentro de la lucha, quizás, al encuentro de la muerte.

Se reúnen para formar un solo ejército grande y tratarán de detener a los filisteos. Ahora no tienen juez que los dirija en la lucha. Ni siquiera podemos leer en la Biblia que hayan orado a Dios pidiéndole ayuda para esa lucha.

No tardan los enemigos en atacarles y los israelitas son vencidos por los filisteos. Cuatro mil soldados de Israel caen en la lucha, nunca más volverán a sus casas.

Sin embargo, los israelitas no huyen, sólo se repliegan para iniciar de nuevo la lucha.

Los ancianos de Israel tienen miedo, se preguntan los unos a los otros:

—¿Por qué no nos habrá ayudado el Señor en esta ocasión? ¿Por qué han conseguido los filisteos la victoria?

Bien lo sabían ellos, ¿verdad, jóvenes? Era por causa de sus pecados, era porque habían abandonado al Señor. Por eso el Señor no los ayudó y fueron vencidos. Dicen:

—¿Qué haremos? Esta guerra debe ser ganada, porque de lo contrario los filisteos nos harán sus esclavos. ¿Sabéis lo que tenemos que hacer? Sí, sí lo haremos y así podremos estar seguros de la victoria, será imposible que perdamos. Enviaremos a buscar el arca que está en el tabernáculo de Silo. Traeremos el arca a nuestro campamento y entonces seremos librados de los filisteos.

Envían unos hombres a Silo, que, probablemente, no estaba lejos del campamento. Dan la noticia a Ofni y Finees y ellos están de acuerdo:

—Esperad un momento —dicen y entran en el lugar santísimo.

Ofni y Finees no podían entrar allí, al lugar santísimo sólo podía entrar el pontífice y una vez al año, en la Fiesta de las Expiaciones.

¿Habrá estado de acuerdo también Elí? Creo que no, aunque si ha prevenido a sus hijos, tampoco lo sabemos. Aunque no habría servido de nada, porque no habrían escuchado al pobre viejo.

Juntos levantan el arca, la sacan fuera del tabernáculo y la llevan al campamento israelita.

Cuando los israelitas ven el arca se llevan una alegría. Sal-

tan y gritan, baten las palmas y bailan de alegría. Tales son los gritos de júbilo que dan, que la tierra tiembla. Pero, ¿por qué tanta alegría?

Como el arca la tienen entre ellos, piensan que el Señor también está con ellos, pero no es así. Aquel arca no es Dios, es sólo un arca de madera con una cubierta de oro. Es verdad que el arca era santa, pero solamente porque el arca era la señal de la presencia del Señor. Pero, ahora Dios se había apartado. Los israelitas siguen cantando y bailando como locos. Piensan: «Ahora que el arca está presente, venceremos, ahora será Dios quien nos dirija, así los filisteos perderán la batalla. Sí, ahora el Señor está obligado a ayudarnos, pues el Señor jamás permitirá que el arca caiga en manos de los enemigos».

Pero el Señor no ha sido consultado por los israelitas, no han pedido al Señor su bendición. Con tener el arca no estaba todo arreglado, el arca no podía ayudarlos, sólo el Señor podía liberarlos.

Los filisteos al escuchar aquellos gritos de alegría, miraron con sorpresa. Dicen:

—¿Por qué están tan alegres los israelitas? ¿Por qué dan esos gritos de alegría?

No tardan en saberlo y se asustan, con temor se miran los unos a los otros porque el Dios poderoso de los israelitas está en el campamento.

—¡Ay de nosotros! —exclaman—. Es el mismo Dios que castigó con tantas plagas a los egipcios.

Tienen respeto al Dios de Israel, tienen miedo. Aquellos filisteos paganos piensan que aquella caja es Dios mismo. No saben otra cosa.

—Mañana nos esforzaremos lo más posible, de lo contrario perderemos. Que cada soldado luche denodadamente, que ninguno huya, si no, seremos esclavos de los israelitas.

Así se animan los unos a los otros, pero sus voces denotan el miedo. Están asustados.

— — — — —

A la mañana siguiente se reemprende la lucha, es una batalla enconada, a vida o muerte. Los filisteos luchan con un valor mezclado con la desesperación y ganan la batalla.

Miles y miles de israelitas han caído en la lucha, los demás huyen para salvar la vida. ¿Huyen todos...?

No, allí se está luchando con gran vehemencia, sí, allí cerca del arca. Ofni y Finees también toman parte en la lucha, tratan de defender el arca, de salvar el arca.

Es inútil; el número de israelitas que se mantienen luchando va disminuyendo poco a poco, luchan como leones, pero los filisteos les van venciendo. Ofni cae muerto por un soldado filisteo, poco después cae también Finees.

Entonces, unos filisteos toman el arca y se la llevan consigo. Piensan que, con el arca, han tomado prisionero al Dios de Israel.

La lucha ha terminado. Los israelitas han huido, pero... treinta mil soldados de Israel no volverán jamás a sus hogares. En total treinta mil israelitas han caído, entre los cuales se encuentran Ofni y Finees. Ha sido terrible y ahora deben comparecer ante Dios.

Al lado del camino, sentado en su silla, un viejo de noventa y ocho años levanta la cabeza y escucha atentamente, dirigiendo sus ojos, casi ciegos, hacia el camino. Ese viejo es el pontífice Elí. Su corazón tiembla de angustia pensando en el arca que ha sido arrebatada bruscamente del tabernáculo por sus hijos y llevada al campo de batalla.

¿Cómo terminará todo? Que no rompan el arca, que no la destruyan, piensa. Elí no podía aguantar más en su casa y ha salido fuera para poder oír mejor lo que sucedía.

De repente oye gritos, pero no son gritos de alegría ni de júbilo, son gritos de angustia. Si él pudiera ver...

-¿Qué ocurre? ¿Por qué el pueblo grita de ese modo?
-pregunta a un transeúnte.

Llega un mensajero, es un soldado que se ha quedado en el campo hasta el final y lo ha visto todo. Corre de inmediato hacia Silo. Ha rasgado sus ropas y ha echado tierra sobre su cabeza. Era una costumbre en Israel en señal de duelo y tristeza.

Cuando los habitantes le ven llegar a Silo se dan cuenta de que en su rostro no hay una expresión agradable. En medio de un profundo silencio cuenta todo lo que ha ocurrido. Cuando el pueblo lo escucha, comienza a dar gritos de angustia. Éstos son los gritos que oye Elí.

El mensajero corre hacia Elí.

—Señor mío —comienza—, vengo del campo de batalla. He escapado del enemigo. Espera un momento.

—¿Qué ha sucedido, hijo mío? —pregunta curiosamente Elí.

El mensajero sigue:

—Señor mío, los filisteos han conseguido la victoria. Los israelitas han huido, miles de soldados israelitas han caído. Sus dos hijos, Ofni y Finees, también han muerto y el arca de Dios ha sido capturada por los enemigos y se la han llevado.

Elí ha escuchado con la cabeza baja. Sus manos viejas y arrugadas tiemblan. Cuando ha escuchado que sus hijos han muerto ha palidecido. Pero cuando oye que el arca ha sido arrebatada y llevada por los filisteos se levanta bruscamente, con tal brusquedad lo hace, que pierde el equilibrio y cae al suelo.

Elí era un hombre grueso y pesado. Por causa de la caída se rompe la cerviz, aquella caída es mortal para él.

¡Pobre Elí, cuántos sufrimientos ha tenido durante toda su vida! Durante cuarenta años ha sido juez de Israel.

La muerte no es algo grave para él, por ella es liberado de todos sus dolores y recibido por el Señor en el cielo.

Esto es grave para los israelitas, para ellos es una señal del desagrado de Dios, de la ira de Dios. Es un día terrible para el pueblo de Dios. Treinta mil muertos, los dos sacerdotes, Ofni y Finees, caídos muertos, el pontífice Elí muerto, y el arca en manos de los enemigos.

Pero la situación se agrava aún más. El ejército victorioso de los filisteos se adentra más en el país, llegan a Silo y aquella hermosa y pequeña aldea es destruida. El tabernáculo no fue destruido porque antes había sido trasladado por los israelitas al pueblo de Nob.

Desde entonces Silo es abandonado para siempre. El tabernáculo no vuelve allí nunca más y los israelitas no vuelven

a reunirse en Silo para celebrar las grandes fiestas. Silo ha pasado a la historia.

Estos hechos están en la Palabra de Dios para prevenirnos contra el pecado, pues es el mismo Dios el que vive aún, el que castigó la idolatría de Israel, el que castigó a Ofni y a Finees por su impiedad. También nosotros seremos castigados si nos empeñamos en vivir en nuestros pecados. Quizás no seamos castigados ahora. El Señor, a veces, espera años y años. Entonces nosotros creemos que el Señor no lo ve, ni lo oye. Pero estamos equivocados, el Señor lo oye y lo ve todo y vendrá el castigo, tarde o temprano. No lo olvidemos nunca.

Capítulo 60

EL ARCA EN EL PAÍS DE LOS FILISTEOS

1 Samuel 5

Hay gran alegría en el país de los filisteos cuando se conoce la nueva y grandiosa victoria de su ejército sobre Israel. No sólo los israelitas han sido completamente vencidos, sino que también el ejército filisteo ha cogido prisionero al Dios de Israel, ese Dios está ahora en su país.

No es, pues, extraño que todos estén llenos de curiosidad. ¿Qué aspecto tendrá ese Dios? Los filisteos que portan el arca llegan a su país. Orgullosamente marchan por los caminos, los habitantes de los pueblos salen a recibirlos con aclamaciones y aplausos. Llevan el arca a Asdod, una de las ciudades principales de los filisteos. Las calles están repletas de gentes que miran con curiosidad y ven un arca, una caja muy simple. Ven que está cubierta de oro y que tiene unas estatuillas con alas en la cubierta y piensan: «¿Este es el Dios de Israel?»

Los filisteos son paganos y, por tanto, no conocen otra cosa. Pero nosotros lo sabemos mejor, ¿verdad?

Llevan el arca al templo de Dagón, su dios y la ponen delante de él. ¿Por qué no llevan el arca al palacio del rey? Los filisteos no dan el honor de la victoria a su rey, lo dan a su dios, a Dagón. Es como si quisieran decir: «Dagón, tú eres más fuerte que el Dios de Israel, tú has vencido al Dios de Israel».

Ya es la segunda vez que Dagón es honrado. La primera vez fue cuando Sansón fue apresado. En esta ocasión por haber apresado al Dios de Israel, como ellos pensaban. Es un ejemplo humillante para los israelitas.

Cuántas veces el Señor los había ayudado a ellos de manera maravillosa. Y ellos cada vez se olvidaban del Señor. ¿Qué hacemos nosotros?

Allí está el Dios de Israel, como un vencido, así piensan los filisteos por lo menos.

Cuando llega la noche, los sacerdotes cierran las puertas del templo y se echan a dormir. Y luego...



A la mañana siguiente, de madrugada, se abre el templo. Será un día muy animado, un día de fiesta. Se espera la visita de mucha gente que vendrán a ver el arca con curiosidad.

Los sacerdotes entran en el templo y de repente se detienen, quedando como clavados en el suelo. ¿Cómo es posible? Allí está derribado Dagón, su dios, caído y postrado en tierra delante del arca del Señor. Es como si Dagón quisiera adorar al Dios de Israel, como si estuviera dando honra al Dios de Israel. Los sacerdotes se miran los unos a los otros con una expresión de estupor en sus rostros y se encogen de hombros.

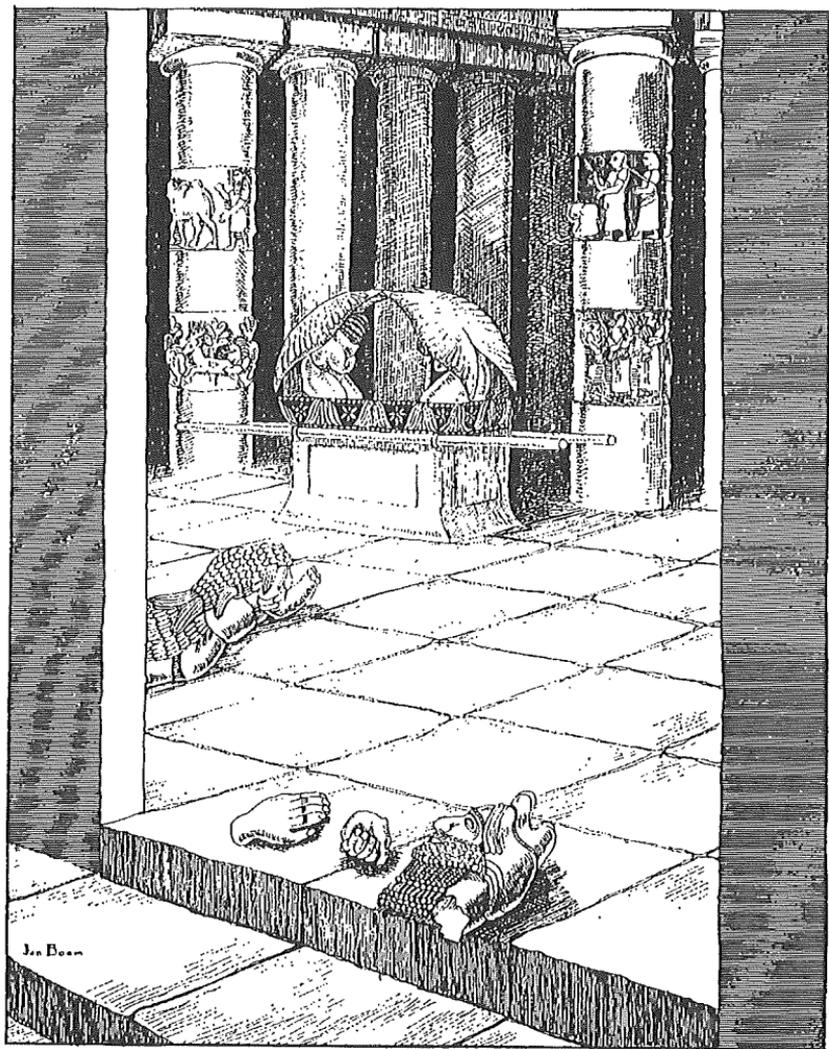
No comprenden cómo ha podido producirse eso ya que la estatua de Dagón es una pesada estatua de piedra. La parte superior es semejante a un cuerpo humano, pero la parte inferior es como la cola de un gran pez.

Es una estatua que representa medio hombre, medio pez.

La estatua no puede haberse caído sola, no puede hacerlo por ella misma. Pero ¿quién lo ha hecho? Nadie ha entrado en el templo.

—¿Sabéis lo que debemos hacer? —se dicen los unos a los otros—. Pongamos la estatua de Dagón en su sitio y no digamos a nadie nada de esto. El pueblo no tiene por qué enterarse de esto y nadie lo ha visto hasta ahora.

Juntos levantan la estatua de Dagón y con gran cuidado la colocan en su lugar.



La estatua de Dagón rota ante el Arca

Al día siguiente, cuando de nuevo, al amanecer, abren las puertas del templo, su susto es aún mayor que el del día anterior, la estatua de Dagón se ha vuelto a caer de nuevo, pero ahora es más grave, la estatua de Dagón se ha hecho mil pedazos. La cabeza está separada del tronco, las manos, cada una por su lado. La Biblia dice que las manos están «cortadas». Como si alguien, precisamente, hubiera cortado aquellas manos de piedra a propósito. Sin embargo, durante la noche nadie había entrado en el templo, además las puertas fueron cerradas con gran cuidado. Aquellas manos de piedra están sobre el umbral de la puerta y desde entonces los sacerdotes paganos siempre pasan por encima del umbral sin pisarlo.

Ahora los sacerdotes no pueden ocultarlo por más tiempo, porque es imposible reparar la estatua en breve tiempo. Pero aún sucede más.

Los habitantes de Asdod y de los alrededores de la ciudad caen enfermos. Tienen toda clase de úlceras dolorosas de manera que no pueden andar.

Además en los campos fuera de la ciudad han aparecido muchos ratones que destruyen el trigo y la cebada.

Los habitantes de Asdod comienzan a reflexionar sobre ello y dicen: «El Dios de Israel lo hace. Ese Dios nos castiga».

Tienen miedo de ese Dios poderoso. Realmente el Dios de Israel es más fuerte que Dagón.

Escuchemos lo que dicen:

–El arca del Dios de Israel no debe quedarse más tiempo entre nosotros, porque Él nos castiga y castiga también a nuestro dios Dagón.

Cuando llegó el arca estaban alegres, porque lo habían considerado como un honor, pero ahora ya no quieren tener el arca, que se la lleven cuanto antes.

Mandan llamar a cinco príncipes, los cinco reyes de los filisteos y les dicen:

–¿Qué debe hacerse con el arca? Nosotros no queremos guardarla.

La respuesta es:

–Llevemos entonces el arca a Gat.

Gat era otra ciudad de los filisteos. En seguida llevan el arca

a Gat y en cuanto llegó allí la pusieron en el templo de Dagón y también en Gat se produjo la misma enfermedad. Las gentes comienzan a tener úlceras, los campos son devastados por los ratones. Todos en Gat caen enfermos, incluso los niños.

Los habitantes de Gat no se atreven a guardar el arca por más tiempo y por ello es trasladada a Ecrón, pero los habitantes de Ecrón no están conformes con ello, tienen miedo. Es fácil de comprender, ya que cuando llegó el arca a Ecrón se produjeron las mismas plagas que en Gat y Asdod. La situación cada vez va a peor, porque en Ecrón mueren las personas, adultos, jóvenes y viejos. Las gentes gritan de dolores.

1 Samuel 6

—Esto no puede continuar así. ¿Qué hacemos?

¿Quién dice esto?

Los filisteos se han reunido, los cinco reyes y también los sacerdotes están presentes. Todos están con rostros serios y tristes.

Se han alegrado mucho con la brillante victoria contra los israelitas, pero esa alegría ha pasado. Aquella victoria se ha convertido en una catástrofe.

Han pasado ya siete meses, durante los cuales el arca ha permanecido en el país, han aguantado siete meses, pero ya no pueden más.

Entonces preguntan a los sacerdotes y a los adivinos que han llamado:

—¿Qué debemos hacer?

Silenciosamente esperan la respuesta. Los sacerdotes y adivinos reflexionan sobre ello. Luego responden:

—Mejor será que devolvamos el arca a los israelitas. No hagamos lo que hicieron los egipcios y que ya sabemos lo mal que les fue. Todo el país fue destruido y al final tuvieron que dejar salir a los israelitas. Obremos con prudencia y devolvamos el arca antes de que nuestro país sea destruido.

–Pero no debemos devolver el arca sin más, debemos llevar un regalo, un sacrificio. Hay cinco grandes ciudades en nuestro país. Pues bien, hagamos cinco úlceras de oro y cinco ratones de oro y metámoslos en una cajita aparte. Demos el honor al Dios de Israel, quizás acepte nuestro sacrificio y nos cure.

Fue un consejo prudente. Aquellos filisteos, paganos, son más prudentes que nosotros, porque generalmente no escuchamos al Señor cuando nos habla con diferentes castigos.

Se hace un silencio profundo y tenso. No es muy agradable devolver el arca, sería mejor quedarse con ella. ¿No puede ser que aquellas enfermedades se hayan producido por casualidad? Tal vez no se trate de un castigo del Dios de Israel y si devolvemos el arca nos quedamos sin ella. Es un asunto difícil, no saben realmente la causa de todo aquello. Así piensan unos y otros.

–Escuchad –dicen los sacerdotes. Lo investigaremos. Construid un carro nuevo. No usaremos un carro viejo, sino un carro nuevo y hermoso. Tomad dos vacas que estén criando y a las cuales no se les haya puesto yugo, que no hayan tirado nunca de un carro. Uncid las vacas al carro, llevad los becerros y encerradlos en un cobertizo y veamos lo que sucede. Si las vacas van al cobertizo con sus becerros, entonces no se trata de un castigo del Dios de Israel, ha sido una casualidad que nuestra gente haya caído enferma y que los ratones hayan destruido nuestros campos. Pero si las vacas se dirigen directamente hacia el país de los israelitas, entonces ha sido un castigo de Dios y tenemos que devolver el arca.

Todos aprueban el proyecto y rápidamente preparan un carro nuevo, pues corre mucha prisa. ¿Por qué? Porque cada momento que pasa nuevas personas mueren.

Cuando terminan el carro ponen sobre él el arca, a su lado colocan una cajita con los ratones y las úlceras de oro. Toman dos vacas con sus becerros. Las vacas las uncen al carro, luego conducen los becerros a un cobertizo.

–En marcha.

Se hace un profundo silencio, ¿cómo terminará todo aquello...?

El carro se pone en movimiento, las vacas comienzan a tirar. Las vacas no se dirigen hacia sus becerros sino que se encaminan directamente hacia los límites de Israel. Las vacas no son conducidas por nadie, ellas solas caminan por en medio del camino hacia Israel. Los cinco príncipes las acompañan, marchando detrás del carro para ver qué sucede. Se detienen en los límites los cinco príncipes, pero las vacas continúan entrando en el país de Israel hasta pararse en un campo.



Suavemente el viento sopla sobre los maduros y dorados trigales de los campos que circundan el pueblo de Bet-Semes. Este pueblo está cerca de la tierra de los filisteos. Hace calor y, sin embargo, se trabaja afanosamente.

Los habitantes de Bet-Semes están segando el trigo, es el tiempo de la recolección. De vez en cuando interrumpen el trabajo para limpiarse el sudor de sus frentes, por un momento levantan la mirada y siguen trabajando con diligencia.

En uno de estos descansos ven en la lejanía, aún en el país de los filisteos, algo que viene acercándose a ellos. Cada vez está más cerca. Quedan mirando con curiosidad y, de pronto, sus ojos se desencajan por la sorpresa, en sus rostros se refleja la alegría. Tiran las hoces y las guadañas al suelo y corren hacia los límites. No pueden creer lo que ven sus ojos, allí viene el arca, su arca.

Los filisteos devuelven el arca. ¿Quién podría esperarlo?

El carro se ha detenido, a poca distancia hay una roca, levantan el arca del carro y la colocan sobre aquella roca; luego deshacen el carro, matan las vacas y las ofrecen en sacrificio. Lo hacen como acción de gracias. Los príncipes filisteos lo ven todo y después se marchan. Ahora están seguros, ha sido el Dios de Israel quien los castigó.

Los israelitas, sin embargo, no se van, curiosamente se mueven alrededor del arca, inspeccionándolo todo. Ahora tienen la ocasión de verla bien.

Un hombre se acerca al arca y con sus manos sucias, del trabajo, coge la cubierta y la levanta. No puede tocar el arca,



*Los hombres de Bet-Semes
ven llegar el Arca sobre un carro*

es santa, sin embargo, la toca, es un curioso y quiere mirar el arca.

Cuatro... cinco personas quieren mirar también, quieren saber cómo es el arca por dentro. Es una acción impía e irrespetuosa. Es verdad que el arca no es Dios mismo, sin embargo, es santa puesto que pertenece al servicio del Señor y estaba colocada en el lugar santísimo. Por respeto deberían haberla cubierto con un velo y haber avisado a los sacerdotes. No lo hacen. De los alrededores cada vez llega más gente corriendo, se han enterado y quieren ver también el arca, todos levantan la cubierta para mirar. No tarda en estar lleno de gente aquel lugar.

Lo que hacen es una profanación, están profanando el arca. No piensan en ello. Sin embargo, el Señor no permite que se burlen de Él.

Aquel día feliz, por culpa de ellos se ha convertido en un día luctuoso, porque más de setenta hombres mueren. Los demás se asustan y se ponen de luto porque el Señor les ha castigado con ese duro golpe. Tienen miedo, pero debían haber temido antes.

No se atreven a tener el arca por más tiempo y envían mensajeros a los habitantes de Quiriat-Jearim, pueblo vecino, pidiéndoles que vayan a por el arca. Éstos van a por el arca, la toman y la llevan a casa de un tal Abinadab y allí permanece por muchos años.

Capítulo 61

SAMUEL

1 Samuel 7

Durante este tiempo los israelitas están angustiados y temerosos. Los filisteos han invadido Israel y lo dominan por completo. Silo, que fue destruido por los filisteos, está abandonado y desierto. Han pasado ya aquellos tiempos en que en Silo reinaban una gran animación y alegría durante las grandes fiestas y solemnidades.

El arca de la Alianza estaba en Quiriat-jearim, en casa de Abinadab y es muy probable que el tabernáculo hubiera sido trasladado a Noab. Pero lo más grave de todo es que el Señor estaba triste.

El tiempo pasaba muy lentamente. Los israelitas esperaban ansiosos la liberación, esperaban ser liberados del poder de los filisteos. Pero todo parecía imposible, el tiempo seguía pasando sin que esto sucediera.

La opresión filistea duraba ya veinte años, eran las horribles consecuencias del pecado. Los israelitas podrían haber vivido en paz y prosperidad si no hubieran abandonado al Señor. Pero los israelitas se habían olvidado infamemente de Dios, del Dios de sus padres y ahora estaban pagando las consecuencias.

Ahora no existía la riqueza, sino la pobreza; no había prosperidad, sino un retroceso; no existía libertad, sino opresión; no había alegría, sino miseria y tristeza.

Por fin, los israelitas volvieron sus ojos al Señor y comenzaron a orar al Señor pidiendo que les liberase.

El Señor escuchó sus súplicas y les envió un juez llamado Samuel. Él sería el último de los jueces. Samuel había crecido y se había convertido en un hombre. No sabemos qué había hecho Samuel durante los veinte años pasados, sólo sabemos que se casó y se estableció en Ramá.

Samuel se dirigió al pueblo y les dijo que tenían que romper los ídolos paganos a los que estaban adorando. Los hijos de Israel escucharon las palabras de Samuel e hicieron lo que les ordenó. En la Palabra de Dios podemos leer: «y sirvieron sólo a Jehová».

En el interior de Canaán, cerca de Ramá donde vivía Samuel, estaba el pueblo de Mizpa. Aquí Samuel invita a reunirse a los israelitas; manda mensajeros por todo el país y convoca a los principales y al pueblo. Cuando están reunidos, Samuel ora al Señor para que dé liberación y salvación a Israel.

Los israelitas se arrepienten de sus pecados, de su idolatría y piden a Dios que perdone todas sus maldades.

De pronto se acercan unos hombres corriendo y jadeantes, sus rostros tienen una expresión de angustia.

—Los enemigos se aproximan. Los filisteos vienen con un gran ejército —gritan.

Es cierto. Los príncipes de los filisteos se han enterado de que los israelitas se han reunido y dicen:

—¿Para qué se han reunido? ¿Qué significa esto? ¿Quieren, tal vez, organizar una rebelión contra nosotros? Pues bien, nos adelantaremos a sus propósitos y no les daremos tiempo de reaccionar.

Rápidamente reúnen a sus soldados y se ponen en camino hacia Mizpa. Disponen de buenas armas, arcos, flechas, espadas y lanzas. Intentarán atacar a los israelitas por sorpresa.

Cuando los israelitas conocen esta noticia sufren un gran temor, el silencio invade a todos los congregados al saber la noticia. Ellos apenas disponen de armas, tiemblan de miedo y vuelven sus ojos a Samuel, que está completamente tranquilo. Le dicen:

—Ora al Señor pidiendo que nos ayude.

Samuel ora y todos escuchan respetuosamente. Terminada la oración, Samuel toma un cordero y lo ofrece en sacrificio.

El Señor escucha la oración de Samuel y acepta el sacrificio.

El ejército de los filisteos, muy superior en número, sigue avanzando. Sorprenderán a aquella multitud, la dispersarán y matarán a cuantos puedan.

De pronto el cielo se encapota, grandes nubarrones oscuros se acercan; en la lejanía suenan truenos, una tormenta se acerca velozmente. Los truenos se suceden con más rapidez. Todos se dan cuenta de que no se trata de una tormenta normal, sino de un fenómeno extraordinario y los filisteos se angustian. ¿El poderoso y conocido Dios de Israel ayudará a su pueblo? Piensan. Conocen a ese Dios por sus castigos. No se atreven a seguir avanzando, se detienen y deciden huir. La Biblia nos dice: «Mas el Señor tronó aquel día con gran estruendo sobre los filisteos y los atemorizó...»

Al verlo los israelitas fueron en su persecución y gran número de filisteos resultaron muertos. Aquel día finalizó con una gloriosa victoria para los israelitas. Diezmados los filisteos fueron expulsados del país y nunca más volvieron a invadirlo. Los israelitas tienen una gran alegría. El Señor les ha salvado, solo Él.

Samuel toma una gran piedra y la levanta como monumento conmemorativo, para que los israelitas no lo olviden nunca.

A esa gran piedra le ponen un nombre hermoso: «EBEN-EZER». ¿Sabéis lo que significa este nombre...? «Hasta aquí nos ayudó el Señor». ¿Lo habéis comprendido? Samuel no dice: «Yo os he ayudado», sino «El Señor nos ayudó». Sólo Dios recibe el honor.

Seguidamente los israelitas toman de nuevo posesión de las ciudades que los filisteos les habían quitado. Los enemigos son expulsados de todos los lugares.

Samuel es no solamente un juez valiente, sino también un juez temeroso de Dios. Ha confiado firmemente en que el Señor les ayudaría. Es un héroe de la fe.

Ahora el tiempo transcurre más rápidamente. De nuevo Israel es libre. Cada año Samuel viaja por todo el territorio de Canaán. En todas partes, en todos los lugares, ciudades y pueblos, la gente le pide consejo. Le exponen todos sus problemas y Samuel juzga en todos los casos. Cuando finaliza su viaje vuelve a Ramá, donde vive con su mujer y sus hijos Joel y Abías.



«Eben-Ezer»
(Hasta aquí nos ayudó el Señor)

Samuel va envejeciendo, los viajes se hacen pesados, a veces, no puede caminar más.

Cuando sus hijos son mayores, Samuel les dice:

–Creo que podréis ayudarme. Debéis ser jueces en el sur del país, en Beer-seba, de esta forma yo no necesitaré viajar al sur.

Así se hace. Poco tiempo después Samuel se entera de que existen quejas, que las cosas no van bien, sus dos hijos no son honestos, se dejan corromper. Se ayuda a los ricos, pero no a los pobres, porque los ricos dan magníficos regalos a Joel y Abías y los pobres, en cambio, no pueden hacerlo. Samuel siente una gran tristeza por todo ello.

1 Samuel 8

Samuel, viejo, con el pelo blanco, está sentado en su casa en Ramá. Se siente triste. Piensa en sus hijos Joel y Abías. Muchas veces ha orado por ellos esperando que llegarían a servir y temer al Señor. Desgraciadamente no ha sucedido así, buscan su propia conveniencia y engañan al pueblo.

Samuel sigue sumido en sus tristes reflexiones, de repente se asusta, han llamado a la puerta. Son los ancianos de Israel que vienen a visitarle. ¿Cuál será la causa?

Samuel sospecha que se trata de algo especial, pero no sabe de qué se trata.

Se hace un silencio. Samuel calla y espera, también los ancianos están silenciosos. No se atreven a exponer el problema porque saben que será un gran disgusto para el viejo Samuel. Tímidamente se miran los unos a los otros.

–Sí, como tú sabes... la situación –comienzan vacilantes–, queremos exponerla ante ti.

De nuevo se hace silencio. Por fin deciden explicar el objeto de su visita.

–Te diremos la verdad. Tú ya eres muy viejo. La tarea de gobernar Israel es demasiado dura para ti. Tus dos hijos, Joel

y Abías, sabes que no son honrados y no siguen tus caminos. Queremos tener un rey, como los demás pueblos que viven cerca de nosotros.

Parece que una piedra se les ha quitado del corazón. Casi no se atreven a mirar a Samuel. De nuevo se hace un silencio. Se asustan, arrugas profundas surcan sus frentes. Piensan que Samuel se ha enfadado por su ruego, lo notan, pero... ¿Por qué? ¿No tienen los ancianos derecho de exponérselo? ¿No tienen los demás pueblos su propio rey? Solamente Israel no tenía rey.

Pero, ¿realmente Israel no tenía rey? Sí, el pueblo de Israel tenía un rey, un rey muy bueno, justo y muy poderoso, el mejor rey que podría encontrarse.

Posiblemente estáis pensando que no es cierto; pues sí, es verdad, Israel tenía un rey. El Señor era su Rey, el Señor les juzgaba y les gobernaba, el Señor les dio sus leyes.

Los israelitas tenían un rey mucho mejor que los reyes de los pueblos circundantes. Con gran fidelidad les había cuidado su Rey Celestial.

Les había ayudado en la lucha contra los enemigos, les había dado jueces que les habían liberado de sus enemigos en muchas ocasiones. En una palabra, Dios les gobernaba. Tenían una teocracia.

Pero Israel no está contento con esta situación, desean tener un rey terrenal, un rey visible. Durante años habían pensado en ello y lo habían discutido. Pero Samuel era un juez muy hábil. Durante su gobierno reinaban el bienestar y la prosperidad en el país. Los filisteos habían sido vencidos, por eso, cuando Samuel tenía aún energías y fuerzas no se atrevieron a hablarle de ello.

Ahora Samuel es un anciano, sus hijos, Joel y Abías, son engañadores. Es la ocasión de hablar del tema y por ello han venido a visitar a Samuel. Sin embargo, no quieren ofender ni afligir a Samuel, pero no han pensado que estaban ofendiendo y rechazando a su Rey celestial.

Samuel no sabe qué decir. Actúa con gran prudencia y pide consejo al Señor.

—¿Qué debo decir al pueblo, Señor? —suplica. Dame consejo para que pueda dar una respuesta acertada a este pueblo.

El Señor le responde:

—Oye al pueblo, porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado. ¿Quieren un rey...? Pues, tendrán rey, pero contra mi voluntad.

Samuel expone al pueblo lo que le ha dicho el Señor.

—Pensad bien esto —les dice—, queréis ser iguales a los pueblos paganos; pues bien, se hará como queréis. Pero yo os aviso, los reyes paganos son hombres crueles, que no piensan primeramente en el pueblo, sino en ellos mismos. Vuestro rey hará lo mismo. Vuestros hijos serán sus servidores, no podrán ayudaros en el trabajo, porque deberán trabajar para él. Vuestras hijas tendrán que trabajar duramente en su palacio. Tomará vuestros mejores campos y viñas para dárselas a sus amigos. Todo lo que le apetezca lo tomará de vosotros y tendréis que dárselo. Os oprimirá y no tendréis a quién recurrir.

Entonces clamaréis y oraréis al Señor suplicando que Él os libre, pero el Señor no escuchará vuestros ruegos. Pero vosotros lo habéis querido así, no culpéis a nadie. Ahora vosotros elegid lo que queréis hacer.

Samuel calla, les mira de forma abierta. Les ha advertido todo lo que el Señor le ha dicho.

Sin embargo, los ancianos no quieren escuchar el consejo. Piensan que, tal vez, todo resultará mejor de lo que Samuel ha expuesto, no será tan grave como dice Samuel. Dicen:

—Queremos un rey. Queremos ser iguales que los pueblos que tienen un rey. Nuestro rey nos juzgará. Si hay guerra no necesitaremos esperar que surja un juez ya que tendremos un rey que nos dirigirá en la lucha.

Samuel transmite las palabras del pueblo al Señor y el Señor le responde:

—Oye su voz y pon un rey sobre ellos.

Samuel despide a los ancianos diciéndoles:

—Volved a vuestra casa, ya sabréis de mí.

Se marchan alegres ya que han conseguido su propósito. No se dan cuenta de que han desechado al Señor y le han ofendido.

Jóvenes, ¿queréis también vosotros hacer vuestra propia voluntad en muchas ocasiones? Tenéis que decidirlo.

Capítulo 62

EL PRIMER REY

1 Samuel 9

1 Samuel 10: 1-16

Dos hombres andan por el campo mirando y rastreando en todas direcciones, parece como si hubieran perdido alguna cosa. Efectivamente así es. Uno de ellos se llama Saúl, es de la tribu de Benjamín, su padre se llama Cis y vive en Gabaá, pueblo cercano a Ramá, lugar donde mora Samuel. El otro hombre es uno de sus criados. Están buscando unas asnas que se han extraviado.

Cis ha mandado a su hijo Saúl que salga en busca de las asnas y él, como hijo obediente, ha salido en busca de ellas. Recorren toda la región. Buscan por toda la tierra de la tribu de Benjamín, recorren la tierra de la tribu de Efraím, pero no tienen éxito, las asnas no aparecen.

Cuando han pasado tres días, al llegar la noche, Saúl dice a su criado:

—Debemos volvernos a casa. Es imposible que ya encontremos las asnas y si seguimos buscando temo que mi padre se preocupe por nosotros. Puede pensar que nos ha ocurrido alguna cosa mala y no deseo que ocurra eso.

Como podéis imaginar es una prueba de amor de Saúl para con su padre, no quiere que su padre sufra, que viva con preocupación.

¿Pensáis vosotros también así en algunas ocasiones?

Cuando salís del colegio, a veces, os entretenéis jugando y el tiempo pasa sin daros cuenta y, quizás no recordáis que vuestra madre está preocupada porque no sabe dónde estáis y esto sucede con frecuencia.

Seguís jugando con vuestros amigos y el tiempo pasa, vuestra madre preocupada se asoma una y otra vez a la ventana para ver si llegáis, pero vosotros no pensáis en ello. Tratad siempre, queridos amigos, de avisar a vuestros padres para que ellos siempre sepan dónde estáis, de este modo tan sencillo evitaréis que ellos queden preocupados, además es vuestra obligación.

Saúl piensa en su padre a pesar de que no es ya un niño. Su criado lamenta profundamente que hayan perdido las asnas y tiene otro propósito. Escuchad:

–Estamos cerca de Ramá –dice– y en ese pueblo vive un vidente, un profeta. Vayamos allí y pidámosle consejo.

–No es mala idea –asiente Saúl– pero, ¿qué podemos ofrecer a ese hombre? Deberemos entregarle un obsequio y no tenemos nada. El pan se nos ha terminado y también el dinero.

–No es problema –contesta el criado– yo tengo algo, no es gran cosa, pero el profeta se conformará con ello.

–De acuerdo –decide Saúl.

Toman el camino y emprenden la marcha hacia Ramá, que debe estar en la montaña de Efraím, ya que la Biblia dice que: «subían».

Al poco tiempo se acercan a la entrada del pueblo, pero no saben dónde vive el profeta. Por fortuna se encontraron con unas jóvenes que salían a buscar agua y amablemente Saúl les pregunta:

–¿Podéis decirme dónde vive Samuel?

–Sí –le responden–, si os dais prisa y subís un poco más arriba podréis encontrarlo, puesto que hoy se celebra sacrificio en el pueblo.

Un poco más adelante Saúl ve a un anciano que se acerca y piensa:

–Preguntaré de nuevo a este hombre.

Se dirige al anciano y cortésmente le dice:

-¿Podría decirme dónde está el vidente?

-Yo soy el vidente, amigo mío -le responde amablemente Samuel-, acompáñame. Pasa la noche aquí y mañana podrás volver a tu casa. No te preocupes por las asnas, porque ya han aparecido. Pero tengo otro mensaje para ti. Todo Israel mira hacia ti, todo el deseo de Israel es por ti y lo mejor que hay en Israel es para ti.

Cuando Saúl escuchó estas palabras de Samuel se quedó muy sorprendido. No entiende las palabras de Samuel y le responde:

-No soy digno de tal honor, pues mi tribu, la de Benjamín, es la más pequeña de las tribus y la casa de mi padre es la familia más pequeña. ¿Por qué me dices tales palabras?

Samuel le lleva a su casa y le sienta en el lugar de honor de su mesa. Se le ofrece una buena porción de carne, se trata de una comida real. Esa noche Saúl duerme sobre el techo de la casa de Samuel.

Posiblemente estaréis pensando «duerme bajo el techo», ¿no?

Las casas de los israelitas tenían azoteas. En general hacía mucho calor, un calor insoportable dentro de las casas, por esta razón, durante el verano, solían dormir en las azoteas pues corría un poquito de aire fresco durante la noche y de esta forma el calor se hacía más soportable.

A la mañana siguiente se levantan muy temprano y Samuel acompaña a Saúl durante un tiempo. Aconsejado por Samuel, Saúl ha ordenado a su criado que se adelante a ellos. Luego Samuel y Saúl se detienen. Samuel toma un frasco de aceite y lo derrama sobre la cabeza de Saúl. Esto significa que Samuel unge a Saúl como príncipe.

Después Samuel le dice:

-Posiblemente te parezca difícil creer que vas a ser rey. Pero el Señor te dará tres señales para que no dudes de ello. Al volver a casa te saldrán al encuentro dos hombres y te dirán que las asnas han sido halladas y que tu padre está preocupado por ti. Poco después tres hombres saldrán a tu encuentro y te ofrecerán un regalo, y ya cerca de tu casa encontrarás a unos



Saúl encuentra a Samuel

profetas. El Espíritu del Señor soplará sobre ti y también tú profetizarás.

Samuel se despide de Saúl y se vuelve a su casa.

Saúl se vuelve y se dirige a su casa; en ese momento el Señor cambia su corazón. Recibe otro corazón, pero no un corazón

nuevo. Obtiene inteligencia para gobernar al pueblo, pero no recibe el deseo y amor de servir y temer al Señor.

Las señales que Samuel le ha anunciado se cumplen. Dos hombres le anuncian que las asnas han sido halladas, poco después se encuentra con tres hombres que le dan dos panes y a la entrada del pueblo unos profetas se acercan a él, se une a ellos y él mismo profetiza. Son las tres señales de que el Señor le ha elegido y le ha ungido para ser el rey de Israel.

1 Samuel 10:17-27

¿Quién será el rey? ¿Cuál será su aspecto físico? Son las preguntas que agitan los corazones de miles y miles de israelitas. Es el tema diario en sus conversaciones.

Samuel envía mensajeros para convocar a los israelitas a una reunión en Mizpa, todo el pueblo se pone en camino. Todos los que no están enfermos se disponen a emprender el viaje.

Cuando en el colegio os enteráis de que va a llegar un nuevo profesor, sentís cierta curiosidad por saber de quién se trata, cómo será, cuál será su aspecto, si será muy serio, si será simpático, etc.

Pues, lo mismo está ocurriendo ahora en Israel.

No se trata de un nuevo profesor, sino de un rey, el primer rey, su rey. Todos se ponen en camino, hay gran animación, nadie sospecha quién podrá ser el rey. Sus corazones están palpitando de esperanza. De pronto todo queda sumido en la tranquilidad, todos miran a un mismo punto, allí está Samuel, su viejo juez. Samuel comienza a hablar, pero no hay alegría en su semblante. Su voz es solemne, pero triste, cuando dice:

—El Señor, vuestro Dios, vuestro Rey, os libró de la tierra de Egipto. Os libró no sólo de los egipcios, sino también de todos los pueblos que querían oprimiros. Sin embargo, habéis desechado al Señor, vuestro Rey Celestial y queréis tener otro rey, un rey terrenal. El Señor os ha escuchado y tendréis un rey.

Se hace un profundo silencio ya que las palabras de Samuel contienen reproche por su ingratitud y su impiedad.

Llega el momento en que será elegido públicamente el rey. Samuel hace adelantarse a los ancianos de cada tribu. Echa la suerte y... la tribu de Benjamín es la elegida. Es posible que las demás tribus hayan sufrido una decepción ya que el rey no saldrá de ninguna de ellas. Se adelantan las familias de la tribu de Benjamín y de ellas es tomada la familia de Cis y finalmente la suerte recae sobre Saúl, hijo de Cis. Él será pues, el nuevo rey.

En esta historia ha sucedido igual como en el caso de Acán, ladrón de Jericó, ¿lo recordáis?

El pueblo ya sabe quién le va a gobernar, pero... ¿dónde está? Se preguntan. Buscan por todas partes, pero no le encuentran. Parece extraño, ¿es que no habrá venido a la reunión?

Piden al Señor para saber si Saúl aún no ha llegado a la reunión en Mizpa y el Señor responde:

—Está entre vosotros, pero se ha escondido. Mirad entre el equipaje. Allí se ha ocultado.

Lógicamente para realizar un viaje, los israelitas han tenido que traerse equipaje, sacos con lo necesario y ahora los tienen todos allí amontonados; pues, detrás de ellos Saúl está escondido. Como es muy tímido no se atreve a aparecer. Saúl es humilde. Ojalá hubiera permanecido siempre humilde.

En seguida los israelitas se dirigen hacia los sacos, le encuentran y le llevan ante el pueblo. Todos pueden verle. Es un hombre alto, parece casi un gigante, ninguno de los israelitas llega a sus hombros.

—He aquí vuestro rey —exclama Samuel.

Hay un silencio mientras el cual todos miran a Saúl con respeto y admiración.

Luego suenan gritos de alegría:

—¡Viva el rey, viva el rey!

Es natural que quieran tener a Saúl como rey, podrá luchar valientemente. Todos los enemigos le temerán.

Sin embargo, algunos murmuran con desdén:

—¡Vaya un rey que se esconde como un niño! Una persona así no podrá ser muy útil, ni podrá liberarnos de los enemigos.

Le menosprecian, no le hacen ningún regalo. Tal vez, están llenos de envidia por no haber sido elegidos ellos. Saúl lo oye, pero no se da por enterado. Hace como si fuera sordo, como si no oyera. Es una prueba de que Saúl no es orgulloso.

Todos vuelven a sus hogares conversando alegremente. Ahora ya tienen un rey como los demás pueblos.

Pero no piensan en el hecho de que han desechado al Señor, su Rey Celestial, que han ofendido a Dios.

1 Samuel 11 y 12

Una noche un labrador israelita vuelve a casa. Ha estado todo el día trabajando intensamente, tal vez arando o trillando su trigo. En Israel no solían usar caballos, sino bueyes para el trabajo. Tranquilamente aquel labrador se dirige a su casa. Cuando pasa por delante de las primeras casas del pueblo, ve unos grupos de personas que están discutiendo ardientemente. Sus voces son excitadas, están llenas de ira e indignación.

Al ver al labrador que se acerca, todos se vuelven a mirarle. Se acerca a ellos y les pregunta qué es lo que sucede, que por qué están tan indignados.

Aquel labrador es el rey. Sí, el rey.

Después de la reunión en Mizpa, donde Saúl fue elegido rey por el Señor en presencia de su pueblo, Saúl se ha vuelto a Gabaá. No ordenó construir un palacio, siguió siendo lo que era, un labrador.

Se entera de que ha ocurrido algo terrible y se pone furioso. Los hijos de Amón, han invadido de nuevo el país.

En el pasado Jefté les había vencido, pero ahora intentan de nuevo conquistar la tierra situada al otro lado del Jordán.

Nahas, su rey, ha reunido a todos sus soldados y con un gran ejército ha traspasado los límites y pone cerco a la ciudad

de Jabes, en Galaad. Cuando se enteran los habitantes de Jabes se llevan un gran susto. No pueden luchar contra ellos. ¿Qué pueden hacer? Lo mejor sería rendirse, abrir las puertas de la ciudad y ser tomados como esclavos de Nahas y servir a los de Amón.

Unos hombres se dirigen al rey enemigo y se lo hacen saber. Nahas se ríe.

—De acuerdo —dice—, no os mataré. Pero a lo mejor os suleváis contra mí, como sucedió en tiempos de Jefté. No consentiré que eso suceda nuevamente y para ello, os sacaré el ojo derecho a cada uno de vosotros, de este modo no podréis luchar más.

Tremenda crueldad, ¿verdad? Sus intenciones son diabólicas, quería inutilizar a todos aquellos hombres para toda su vida.

Cuando lo supieron los habitantes de Jabes se pusieron a temblar. ¿Qué hacer? Pedirán una tregua de seis días y mientras tanto tratarán de pedir ayuda.

Nahas acepta:

—Nadie podrá ayudarlos —piensa— no tienen ninguna posibilidad de éxito.

Además sabía que los filisteos al otro lado del Jordán no dejarían que los israelitas ayudaran a sus hermanos.

Unos hombres salen sigilosamente de la ciudad y acuden en busca de ayuda. Han llegado hasta Gabaá, donde reside Saúl, y han relatado el motivo de su venida, por eso el pueblo está disgustado.

Saúl escucha la historia y se pone rojo de ira.

—¡Qué mala jugada! —exclama.

Toma uno de sus bueyes, lo mata, lo corta en pedazos y envía mensajeros por todos los lugares de Israel. Cada mensajero lleva un trozo de carne consigo. Su mensaje es:

—Venid, venid a luchar. Debemos ayudar a Jabes. Si alguna persona se queda en casa sin motivo justificado será castigada. Todas sus vacas y ovejas serán matadas.

Los israelitas escuchan el mensaje, acuden a la llamada y pronto se forma un numeroso ejército. Más de trescientos mil soldados.

Con gran sigilo los hombres que han llegado desde Jabes a Gabaá vuelven a su ciudad y notifican lo que Saúl ha hecho.

–Mañana, mañana, nuestro rey Saúl nos ayudará –dicen.

Todos están alegres, pero deben evitar que Nahas, rey de los amonitas, se entere de la noticia y por ello le envían un mensaje:

–Mañana nos entregaremos y abandonaremos la ciudad.

Nahas ríe y piensa que no han podido conseguir ayuda. Pero aquella noche Saúl con su ejército atraviesa el Jordán. Divide a sus hombres en tres grupos y cuando los amonitas menos lo esperaban, son atacados por sorpresa por los israelitas y no tardan en huir en desbandada.

Los israelitas les persiguen y aquel ejército es totalmente vencido y totalmente dispersado, de tal forma, que no hay dos soldados amonitas juntos.

Jabes ha recobrado su libertad. Los habitantes no lo olvidarán nunca. Su agradecimiento a Saúl se hace patente durante todos los días de su vida.

El pueblo está jubiloso, ha sido una gran victoria.

Parece que así todo va mucho mejor, su rey ha venido rápidamente para ayudarlos. Si hubieran tenido que esperar que se levantara un juez habría sido demasiado tarde.

Se reúnen en Gilgal y allí celebran una fiesta conmemorando la victoria. Samuel también está presente. El pueblo quiere matar a los hombres que menospreciaron a Saúl cuando fue elegido rey, pero Saúl lo prohíbe.

–No –dice–, no haréis eso. El Señor nos ha ayudado, no nos peleemos, no debemos comportarnos así.

Saúl los perdona, no quiere vengarse. Una vez más Samuel dirige la palabra al pueblo y les reprocha la ingratitud de haber desechado a Dios. El pueblo ya lo ha olvidado, pero el Señor no olvida. Se lo hará entender a los israelitas.

Es precisamente el tiempo de la cosecha y normalmente nunca llueve por esas fechas en la tierra de Canaán. Pero, mirad, el cielo se nubla y comienza a tronar y llover impetuosamente. Es la señal de la ira de Dios. El pueblo se asusta, pues no lo esperaba.

-Hemos pecado –reconocen.

Entonces Samuel les anima:

-No temáis –dice–, es verdad que habéis pecado muy gravemente. Pero en adelante servid al Señor y Él os bendecirá. Pero si le desecháis os castigará, a vosotros y a vuestro rey; moriréis todos vosotros.

Dichas estas palabras, Samuel, despide a los israelitas y les pide que vuelvan a sus casas.

Capítulo 63

PADRE E HIJO

1 Samuel 13

El tiempo transcurre con rapidez, ha pasado el primer año del reinado de Saúl. Sin embargo, todo ha acontecido de forma muy diferente a como había pensado el pueblo. Pensaban que el rey podría rechazar a los enemigos de todos los lugares y que en todas partes habría prosperidad y felicidad. Pero no fue así.

Es cierto que los amonitas con su cruel rey Nahas al frente habían sido vencidos, pero las cosas no habían cambiado mucho. En la tierra de Canaán seguían mandando los filisteos. Los israelitas no podían nada contra ellos; por todas partes del país había soldados filisteos que oprimían a los hijos de Israel. A los israelitas no se les permitía disponer de armas para, de esta forma, evitar que se rebelaran. Era una humillación para los hijos de Israel. En ninguna parte del país se encontraban espadas ni lanzas, los filisteos las habían requisado todas y se las habían llevado.

Solamente Saúl, el rey, y su hijo mayor, Jonatán, disponían de armas, nadie más. Precisamente para evitar que los israelitas pudieran armarse, los filisteos se habían llevado consigo a todos los herreros.

Tan grave era la situación que los israelitas no disponían de instrumentos para poder afilar sus herramientas de trabajo,

como las hoces o las hachas. Para poder realizar esas faenas tenían que dirigirse a los enemigos. Lo mismo ocurría para reparar las azadas o las rejas de los arados.

En esta situación ¿de qué les servía un rey? Para nada. Los israelitas tenían que aprender que si no les ayudaba el Rey Celestial, el rey terrenal no podía hacer ninguna cosa. Habían desechado al Señor, su Rey Celestial, pero al Señor no se le puede desechar, Él seguía gobernando, a pesar de ellos. Las esperanzas de los israelitas estaban frustradas, todo había terminado en una gran decepción.

Escuchad. Se oye el sonido de la trompeta. Los israelitas saben lo que eso significa. Deben reunirse, son llamados a la lucha.

Se preparan, no se atreven a quedarse en casa, sin embargo, un temor angustioso invade su corazón. ¿Con qué armas lucharán? No tienen ningún arma. Cada uno toma lo que puede, unos palas de gancho, otros palos, herramientas, pero no son armas muy eficaces, con eso no podrán conseguir ninguna victoria.

¿Cuál es la causa de la llamada? ¿Tal vez, Saúl desea rebelarse contra los filisteos? Algo había sucedido. Saúl llevaba con él un pequeño ejército, tres mil hombres. Dos mil estaban con él y mil con Jonatán. Con aquellos mil soldados Jonatán había atacado a un pequeño ejército de filisteos y los había hecho huir. ¿Cómo se atrevió Jonatán a hacerlo?

Jonatán era un joven príncipe que temía a Dios. Con la ayuda del Señor habían conseguido la victoria. Esto llegó a ser conocido por todos los filisteos y se indignaron grandemente.

Dijeron:

—Les daremos una gran lección a estos israelitas.

Luego convocaron a todos sus soldados y formaron un gran ejército. Disponían de seis mil jinetes y también de carros metálicos de combate. Treinta mil hombres iban con los carros de combate y además los soldados de a pie, todos ellos bien armados. Con este poderoso ejército invadieron el país de los israelitas.

Ésta es la razón por la que ha sonado el toque de la trompeta

llamando a los israelitas a la batalla. Saúl reúne a sus hombres forzado por las circunstancias.

En el ejército de Saúl no hay jinetes, ni tampoco carros de combate; los israelitas ni siquiera disponen de espadas ni lanzas. No es extraño, pues, que estén temblando de miedo. ¿Se enfrentarán a ese potente enemigo?

No, se retiran, marchan hacia Gilgal, cerca del Jordán. Esta guerra comienza con una retirada. ¿Cómo terminará esta expedición? ¿Tiene miedo Saúl y no se atreve a atacar?

Saúl es valiente, pero no le está permitido atacar al enemigo, debe retirarse. Esto es lo que ha ordenado el Señor por medio del viejo Samuel. En Gilgal debe esperar durante siete días. Entonces vendrá Samuel para ofrecer un holocausto. Saúl no está muy conforme, pero no se atreve a desobedecer y marcha hacia allí. No es Saúl, sino Dios quien gobierna en Israel. Es un ejército ridículo, Saúl marcha al frente de unos soldados asustados y desarmados.

Llegan a Gilgal y esperan, quizás, Saúl tiene la esperanza de que Samuel llegue antes de siete días, pero no sucede así. Los días pasan lentamente y los israelitas tienen tiempo de pensar y reflexionar. Se dan cuenta de que es imposible conseguir una victoria, serán completamente derrotados y, quizás, muertos. Por otra parte, piensan que todo el país ha quedado a merced del enemigo. ¿Qué pueden hacer...?

A veces un soldado se escapa sigilosamente y se marcha a su casa a ver a su esposa y sus hijos, otras veces son grupos los que abandonan el ejército y poco a poco el número de soldados se va reduciendo. Los israelitas se han olvidado de que Dios es omnipotente.

Saúl se da cuenta de todo esto y no puede hacer nada, sólo enfadarse. Impaciente espera la llegada de Samuel. Ha pasado el sexto día y Samuel no ha llegado aún y el ejército sigue disminuyendo. Saúl está dispuesto a esperar sólo un día más, no tiene paciencia, está furioso.

¿Acaso no es él el rey de Israel? ¿Qué se ha pensado Samuel?

Llega el séptimo día. Saúl espera, van pasando las horas y Samuel no llega. Pasa la tarde y anochece y Samuel sigue sin

llegar. Saúl no aguanta más, manda buscar un animal para el sacrificio y después se ofrece el holocausto. No sabemos si lo ha hecho el mismo Saúl o ha ordenado que lo realice algún sacerdote. Pero no espera la llegada de Samuel.

El gran error del rey Saúl ha sido que no creía en la omnipotencia de Dios. El Señor no necesita ningún gran ejército, lo vimos en el caso de Gedeón ¿lo recordáis? Gedeón sólo contaba con trescientos hombres, y Sansón luchó solamente él.

Pero Gedeón y Sansón eran héroes de la fe y a Saúl le falta la fe, es un incrédulo.

Apenas se levanta el humo del sacrificio, cuando avisan a Saúl de que llega Samuel e inmediatamente sale a su encuentro.

El rostro de Samuel tiene una expresión muy seria:

—¿Qué has hecho? —pregunta severamente.

Samuel ya lo sabe, posiblemente el Señor se lo ha revelado. Con nerviosismo Saúl responde:

—No me atrevía a esperar más. Has tardado tanto en llegar que casi todos mis soldados han regresado a sus casas. El ejército de los filisteos está muy cerca, en cualquier momento pueden echarse sobre nosotros y hubiéramos tenido que luchar sin haber ofrecido el holocausto, por esta razón lo hice. No tenía más remedio que hacerlo así, de lo contrario todo estaría perdido.

Calla Saúl, pero lo que dice no es cierto. Samuel ha llegado en el momento oportuno.

Samuel mueve la cabeza:

—No, Saúl —dice—, has obrado alocadamente. No has obedecido la orden del Señor. Te has impuesto a Dios. Por esta razón no permanecerás como rey. El Señor dará otro rey a Israel y será un príncipe que obedecerá las órdenes del Señor.

Samuel se marcha; en Gilgal ya no tiene nada que hacer, pues el sacrificio ya ha sido realizado.

Saúl queda con un pequeño ejército de seiscientos hombres.

1 Samuel 14:1-46

Un día Saúl está sentado delante de su tienda, está triste y desalentado. Las cosas no marchan bien. Los filisteos están cada día más agresivos. Tres ejércitos recorren el país devastando todo lo que encuentran y matando. Saúl no puede hacer nada frente a ellos y ésa es la causa de su tristeza.

De pronto oye un gran murmullo. A lo lejos, en el campamento de los filisteos se oye un enorme alboroto. Se incorpora y escucha. ¿Qué sucederá? No lo sabe. El ruido cada vez aumenta más. Escucha llamadas y gritos. No puede esperar, quiere saber lo que ocurre.

–¿Estáis todos aquí? –pregunta–, ¿falta alguien?

Falta Jonatán y su ayudante de armas que se han marchado. ¿Dónde habrán ido?

Jonatán ha tomado la resolución de marchar. No puede permanecer por más tiempo inactivo. Se ha llevado con él a su ayudante de armas y juntos se han filtrado entre los filisteos. Son descubiertos y los filisteos se burlan de ellos diciéndoles:

–¿Cómo habéis tenido el atrevimiento de venir hasta aquí para que os matememos?

Jonatán no lo ha soportado:

–¿Vienes conmigo? –ha preguntado a su ayudante. Y la respuesta ha sido:

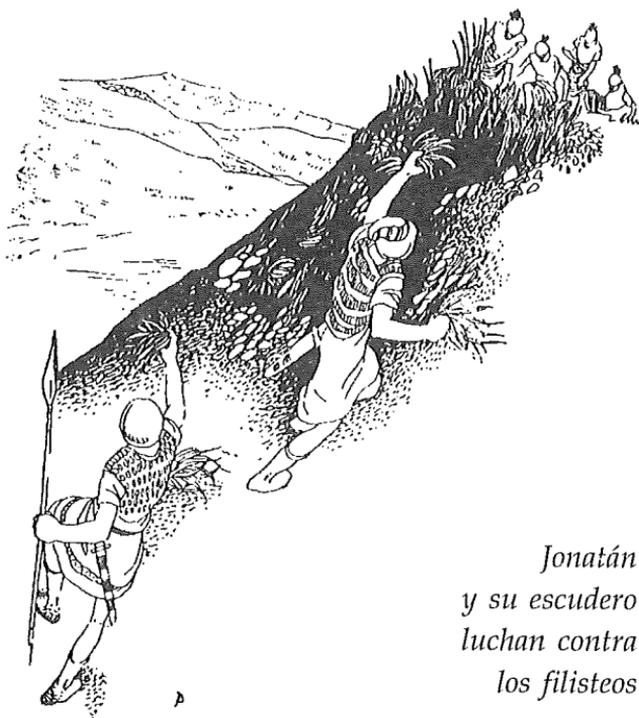
–Sí.

Con gran valentía han ido contra los enemigos que se burlaron de ellos y Jonatán solo ha comenzado a luchar contra ellos. ¿Solo...? No, Dios, el Omnipotente, le ayudó. Veinte filisteos son muertos por él. Pero aún ocurre algo más, de pronto el suelo se agita y cruje por un terremoto y un gran temor se apodera de los filisteos, todos dan gritos y alaridos, Dios los ha confundido.

Saúl, sentado delante de su tienda, escucha el gran alboroto.

Poco después el gran ejército de los filisteos huye des-pavorido.

Saúl reúne a sus soldados y persiguen al enemigo, que abandona todo cuanto ha traído desde su país. Saúl teme que



*Jonatán
y su escudero
luchan contra
los filisteos*

los israelitas se dediquen a comer parte del botín y que cesen en su persecución de los filisteos. Para evitarlo prohíbe a sus soldados que coman o beban y maldice a los que se atrevan a hacerlo.

Es una irreflexión de Saúl ya que el pueblo se cansa y queda extenuado. Jonatán no se ha enterado de la orden de su padre, pues no estaba presente y pasando por el bosque encuentra miel, no se trataba de miel de una colmena, sino miel en la hendidura de un árbol. No tiene tiempo para detenerse a comer tranquilamente, pero introduce su bastón y lame la miel, de esta forma recupera fuerzas, pues estaba cansado y hambriento.

Entonces pregunta a los demás israelitas:

—¿Por qué no coméis vosotros también un poco?

—No podemos comer —es la respuesta—, tu padre nos lo ha prohibido severamente.

—Es una lástima —dice Jonatán—, está loco.

Los israelitas no pueden más, están agotados y los filisteos pueden escaparse y los que no han muerto pueden llegar sanos y salvos a su país. Es cierto que han tenido que salir del país de los israelitas, pero han salvado su vida.

Poco después Saúl se entera de lo ocurrido y que Jonatán ha comido, haciendo caso omiso a la orden de su padre.

—¿Por qué has hecho eso, Jonatán? —pregunta Saúl.

Jonatán responde:

—Desconocía la orden, padre mío, ya que no estaba presente cuando la diste.

Realmente Saúl estaba loco, escuchad lo que dice:

—Jonatán, debes morir —y seguidamente jura que así será.

El pueblo está en silencio escuchando todas las palabras. Pero cuando Saúl dice que Jonatán debe morir, el pueblo no lo permite.

—No —dicen con decisión— no morirá. Hoy precisamente el Señor ha ayudado a Jonatán y por él hemos conseguido la victoria. No señor, Jonatán no morirá.

También ellos juraron que no permitirían que Jonatán fuera muerto. Saúl no se atreve a atentar contra la vida de Jonatán. El pueblo ha salvado a Jonatán.

Amigos, aprendamos al menos de esta historia que debemos hablar con prudencia.

Seamos prudentes en nuestras palabras y no juremos nunca sin necesidad. El mismo Señor nos prohíbe que juremos sin causa, sin una justificación verdadera; nuestro hablar sea «sí», «sí», «no», «no». Pidamos al Señor que nos guarde de mencionar palabras vanas.

Capítulo 64

SAÚL

RECHAZADO COMO REY

1 Samuel 14:47-52

Los filisteos habían sido expulsados del país y nuevamente los hijos de Israel vivían en paz. Sin embargo, la mayoría de los soldados filisteos pudieron escapar, pues los israelitas no tenían fuerzas para perseguirlos.

Saúl ha librado a su pueblo de la opresión de los pueblos paganos que los cercaban. Ha peleado batalla tras batalla y ha conseguido una victoria tras otra. Ha luchado contra Moab, Amón, Edom, los filisteos y el Señor le ha ayudado en aquellas luchas.

No es de extrañar, pues, que los israelitas estén agradecidos y respeten a su rey.

Saúl no era un cobarde, en la Palabra de Dios se dice que se portaba valientemente.

Durante los primeros años de su reinado Saúl ha hecho mucho bien a su pueblo. Los hijos de Israel vivían en paz y prosperidad. Saúl incluso ha suprimido muchas cosas malas que existían en su país.

En los pueblos paganos vecinos de Israel había magos, hechiceros y adivinos. Sin duda, no habéis olvidado que Faraón, rey de Egipto, tenía también en su palacio magos y adivinos.

Poco a poco en Israel también se fueron introduciendo hechiceros y adivinos.

En sus primeros años de gobierno el rey Saúl ordenó matar a todos aquellos adivinos y hechiceros. Cuando se sabía que en cualquier lugar había una de estas personas era detenida y matada por orden de Saúl, ya que esas personas impías no podían vivir entre los hijos de Israel.

Exteriormente Saúl caminaba por las sendas del Señor y el Señor le llenaba de bendiciones temporales, ya que era Dios quien le daba la victoria contra todos sus enemigos. Pero las bendiciones temporales no son suficientes para la eternidad y Saúl no parecía tener necesidad de bendiciones eternas.

1 Samuel 15

Un anciano entra en el palacio de Saúl, trae un mensaje para el rey y parece que se trata de un mensaje agradable ya que en su rostro Saúl dibuja una muestra de alegría. Ríe y mueve la cabeza mientras ese anciano está hablando.

Dice:

–Sí, de acuerdo, lo haré. Obedeceré rápidamente. Todo se solucionará.

Oído lo cual el anciano se marcha.

¿Quién es y cuál es el mensaje que Saúl ha recibido? Aquel anciano es Samuel, quien le ha anunciado que, por orden del Señor, debe marchar para castigar a los amalecitas.

¿Recordáis que los israelitas cuando salieron de Egipto fueron asaltados por la espalda por los de Amalec? Sin embargo, Josué los venció. Fue cuando Moisés tenía que levantar su vara y para que esta historia no fuera nunca olvidada por los hijos de Israel, Moisés tenía que escribirla en un libro.

Ahora es el momento en que este pueblo ha de recibir el castigo por su cobarde ataque.

–Ve –ha dicho Samuel a Saúl–, hiere a Amalec y mátalos a todos. Los hombres, las mujeres y los niños. Sí, hasta las vacas y ovejas, los camellos y asnas deben ser matados, todos, hasta

el último animal. Nada ni nadie será dejado con vida. Este pueblo cobarde debe ser exterminado hasta la destrucción total. Éste es el mensaje que Samuel ha llevado a Saúl y es del agrado del rey, es lo que está deseando hacer. De este modo recibirá más honor y más gloria. Saúl se ha tornado muy orgulloso a causa de sus victorias. Tan pronto como Samuel se ha marchado, Saúl reúne un gran ejército. No tardando mucho ha reunido a más de doscientos mil soldados.

Cuando todo está preparado da la orden: «En marcha» y así se ponen en marcha los miles de israelitas. Van a vengar las sangre de sus antepasados caídos en el desierto en aquel cobarde ataque. Se dirigen hacia el sur, donde habita el pueblo de Amalec.

Cerca de este pueblo, incluso quizás mezclados con ellos, vive otro pueblo, los de Cineo, descendientes de Jetro, suegro de Moisés. Antes de iniciarse la lucha Saúl les dice:

–Marchaos para que vosotros no seáis muertos en la batalla.

Los de Cineo oyen esa advertencia y se marchan cuanto antes.

Poco después se inicia la lucha y los amalecitas sufren una derrota total. En el ardor de la lucha los soldados tratan de huir para salvar sus vidas, pero de nada les sirve, son perseguidos y caen. Agag, rey de Amalec, es apresado y llevado ante Saúl. El Señor ha ordenado que todos sean muertos, incluido el rey, pero Saúl no lo hace, deja vivir a Agag. ¿Por qué?

Cuando vuelva llevará consigo al rey vencido y encadenado y todo el mundo lo verá y dirá:

–He aquí Saúl, el vencedor y lleva consigo al rey vencido.

Será un gran honor para él; así lo hacen los demás reyes paganos. No se da cuenta que con ello está violando la orden del Gran Rey de Israel. No le importa si Dios no recibe el honor, lo importante es que él será honrado.

Mientras tanto sus soldados recorren las calles y campos del enemigo y ven manadas de vacas pastando.

–Es una lástima –comentan unos con otros– matar todos estos animales.

Entonces escogen las mejores vacas y las dejan con vida, asimismo ocurre con las ovejas y las asnas. Sólo dan muerte

a los animales más flacos y enfermizos. No obedecen tampoco la orden de Dios. Tan ocupados están en la selección de los animales que muchos de los amalecitas huyen.

Saúl se entera y no hace nada por impedirlo. Al frente de su ejército victorioso marcha Saúl triunfante. Agag, el rey, es llevado cautivo. Saúl marcha orgulloso. Detrás va el ganado que ha sido tomado, miles y miles de cabezas de ganado, que mugen atronadoramente al ser arreados.

Cuando llegan a los límites de Israel, construyen un pilar. Es un monumento conmemorativo de su victoria.

Después se dirige a Gilgal, allí ofrecerá un holocausto y agradecerá al Señor su victoria. Saúl, a su manera, también es un hombre religioso.



Nuevamente Samuel con expresión sombría y triste sale al encuentro del ejército de Israel y suspira hondamente.

¿No está Samuel alegre por la gloriosa victoria lograda por Saúl...? No, Samuel está triste y enojado.

El día antes se le ha aparecido el Señor y le ha dicho que Saúl no ha sido obediente y ahora sale al encuentro de aquel rey desobediente. Comunican a Saúl que Samuel viene a su encuentro e inmediatamente se adelanta para encontrarse con el viejo profeta.

—He hecho lo que me ha ordenado el Señor —exclama con orgullo.

Samuel levanta la cabeza y escucha.

—Oigo balar de ovejas y mugir de vacas —dice después—. ¿Qué significa eso?

Saúl responde:

—Ha sido el pueblo. Han tomado los mejores animales, pero los demás los han matado como ordenó el Señor.

Samuel monta en cólera y dice:

—Cállate, no has respetado la orden del Señor. Le has desobedecido.

Saúl se defiende:

—No ha sido culpa mía, el pueblo ha tomado los mejores

animales para sacrificarlos. No he podido impedirlo –afirma Saúl defendiéndose.

Es un rasgo de cobardía, en lugar de asumir sus responsabilidades echa la culpa a los demás.

¿Hacéis vosotros también esto...?

Saúl está mintiendo. Era el rey y como tal debería habérselo prohibido, pero no se ha dado por enterado, él es el principal culpable. Por ello, Samuel le responde:

–El Señor no necesita de holocaustos robados. El Señor quiere ser obedecido. Por no haber sido obediente el Señor te ha desechado. El Señor pondrá otro rey en tu lugar.

Cuando oye esto Saúl se asusta, se pone pálido.

–He pecado –exclama– he temido al pueblo. Perdóname. Ven conmigo para que pida perdón al Señor.

¿Por fin se ha arrepentido Saúl?

No, no es un arrepentimiento sincero, sólo teme el castigo.

–No –contesta Samuel– no te acompaño. No has obedecido al Señor y Él te ha desechado.

Se vuelve e inicia el regreso, pero Saúl le coge la capa para detenerlo. Samuel trata de marchar, y su capa se desgarrá.

–Así el Señor desgarrará tu reino –le dice Samuel.

Saúl teme que el pueblo se entere de lo ocurrido. El pueblo no debe enterarse de que ha sido desechado como rey.

–Ven conmigo –suplica–, hónrame delante de los ancianos de Israel.

Samuel consiente y cuando llegan a Gilgal sacrifican holocaustos y Saúl adora al Señor. No lo hace con sinceridad, sino sólo para guardar las apariencias. Luego dice Samuel con autoridad:

–Tráeme a Agag, rey de Amalec.

Van a buscarlo. Agag camina con orgullo. Antes tenía miedo de perder la vida, pero ahora no teme, el peligro ha pasado. Pero está en un error. Samuel le mira atentamente.

–Has sido un hombre cruel –le dice–, has matado a muchos inocentes. No escuchaste el llanto de las madres por sus hijos. Te daba igual si las mujeres perdían a sus hijos o a sus esposos o los hijos a sus padres. Pero ha llegado la hora de la venganza, ahora tu madre llorará por ti.

Samuel toma una espada y con ella mata a Agag. Si Saúl no lo hizo, lo tiene que hacer el propio Samuel. Luego Samuel se vuelve a su casa en Ramá, caminando con el rostro triste.

Saúl envía a sus soldados a sus hogares y él mismo vuelve a su palacio. En su rostro se refleja una expresión de descontento. Aquí está la gran diferencia entre Saúl y Samuel. Samuel está triste porque Saúl ha desobedecido a Dios, no le ha dado honor y por ello el Señor le ha desechado. Saúl está descontento porque no puede salirse con la suya.

¿A cuál de los dos os parecéis...?



Samuel dice a Saúl: «Así el Señor desgarrará tu reino».

Capítulo 65

EL ARPISTA DE BELÉN

1 Samuel 16:1-13

Vamos a acercarnos en el pensamiento a los campos de Belén, ese pueblecito situado al sur de Jerusalén, a una hora de distancia caminando a pie.

Paseemos por los campos de alrededor. Los mismos campos en los que antes Rut, la moabita, que vino con su suegra Noemí desde los campos de Moab, recogía espigas en los campos de Booz.

Escuchad... Suenan tonos musicales y una clara voz de varón está cantando: «Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos».

Es una melodía agradable, pero ¿quién canta...?

Acerquémonos al lugar del cual procede el canto. Mirad, en la pendiente de la colina está sentado un joven que canta. Tiene un arpa entre las rodillas; hábilmente sus dedos puntean las cuerdas y al mismo tiempo canta.

Cerca de él un rebaño de ovejas está pastando, él cuida de ellas. Hay silencio a su alrededor; qué bella es la naturaleza a pesar del pecado. ¿Quién es ese joven? Es David, el hijo menor de Isaí.

Rut, la moabita ya no vive, pero sus descendientes viven allí. Este joven es uno de ellos, Rut era su bisabuela.

De pronto el arpista es interrumpido. Uno de los criados de su padre viene a buscarle, debe acompañarle rápidamente.



El arpista de Belén

Sorprendido David pregunta la razón de esta llamada, pero el criado no lo sabe, sólo le transmite el aviso.

David se levanta y se marcha rápidamente, entra en casa y se detiene con curiosidad.

Tienen una visita. Un anciano está esperándole. Es Samuel...

¿Qué ha ido a hacer Samuel a la casa de Isaí?

Trae un mensaje del Señor. Dios le ha enviado a Belén.

Antes vimos que Samuel se volvió a Ramá después de castigar a Saúl por causa de su desobediencia, por no haber exterminado a los amalecitas. Además había permitido que el pueblo no matara a los mejores animales y se apropiara de ellos. Por ello Saúl había sido desechado como rey. Dios iba a dar otro rey a Israel. Samuel entonces no sabía quién sería. Ni tampoco estaba contento con ello, le dolía que Saúl hubiera sido desechado, no podía olvidar a Saúl.

-Samuel, ¿por cuánto tiempo continuarás llorando por Saúl, a quien Yo he desechado? Ve a Belén, a casa de Isaí. Lleva un cuerno de aceite y unge a uno de sus hijos -fue la orden del Señor.

Samuel se asusta y replica:

-No me atrevo, Señor, pues como se entere Saúl me matará.

-Toma contigo una becerra y ve a sacrificar a Belén -dice el Señor-, así nadie sospechará.

Samuel se ha puesto en marcha.

Los ancianos de Belén se asustan al ver a Samuel que se acerca a ellos, pues temen que venga a castigarlos.

No, se han equivocado, el anciano juez los tranquiliza. Seguramente después del sacrificio ha acompañado a Isaí hasta su casa. Allí ha narrado el motivo de su visita.

-He venido para ungir por rey a uno de tus hijos -dice Samuel.

-¿A quién de ellos? -pregunta Isaí con curiosidad.

-No lo sé -es la respuesta-, pero llama a tus hijos, el Señor señalará a quién de ellos he de ungir.

Entra Eliab, el mayor. Es un hombre alto y fuerte.

-Será él -piensa para sí Samuel-. Instintivamente le ha comparado con Saúl, que también es fuerte y alto. Pero se equivoca.

-No -dice el Señor-, no es él. Tú miras sólo lo que está delante de tus ojos, pero Yo miro el corazón.

Entran el segundo y el tercer hijo, pero tampoco éstos son los señalados.

Isaí hace pasar a sus siete hijos delante de Samuel, pero ninguno de ellos es señalado por el Señor como el futuro rey de Israel. ¿Cómo es posible? Isaí no comprende cómo puede ser esto.

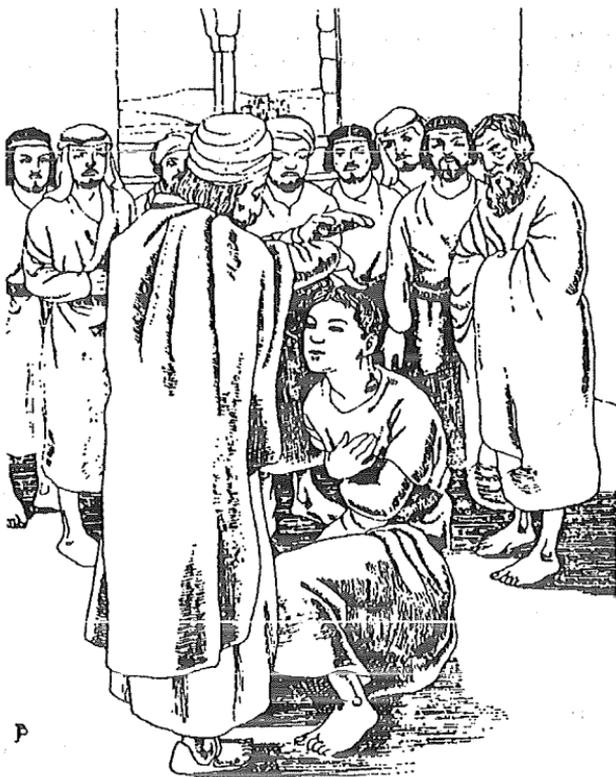
Luego pregunta Samuel:

-¿Ya no tienes más hijos?

-No -responde Isaí-; bueno, el más pequeño que está en el campo con las ovejas.

-Envía a buscarle inmediatamente -ordena Samuel.

Ésta es la razón por la cual el criado ha venido a avisar a David.



Samuel unge a David como rey

Cuando David entra en casa el Señor dice a Samuel:

–Levántate y unge a éste, porque él es.

Samuel obedece sin tardanza. Derrama el cuerno de aceite sobre la cabeza de David y de esta forma lo unge como rey de Israel.

Todos quedan sorprendidos. ¿David rey...? Ninguno de ellos se preocupaba de David, todos le despreciaban porque era el menor y, precisamente ahora David, es ungido rey. Sienten envidia.

Es el segundo rey que unge Samuel, primero ungió a Saúl. Él fue ungido con el aceite de un tarro frágil. David, el segundo, es ungido con aceite de un cuerno y un cuerno es irrompible.

Sí, su reino será un reino eterno, puesto que siglos después el Señor Jesús nacerá de sus descendientes y Él es el Rey de reyes.

Samuel se levanta y vuelve a Ramá, David regresa de nuevo con sus ovejas. Pero la Palabra de Dios dice que desde aquel día el Espíritu del Señor tomó a David.

1 Samuel 16:14-23

Vayamos ahora a Gabaá, al domicilio de Saúl. Entremos en su palacio. Allí está sentado Saúl, sostiene la cabeza con sus manos y su mirada está fija y sombría. De vez en cuando suspira profundamente. ¿Por qué...? ¿Está enfermo Saúl? No. ¿Quizás ha estallado de nuevo la guerra? Tampoco. Ni el mismo Saúl sabe qué le sucede, está triste, no es feliz. A veces se siente agitado y angustiado y no sabe qué hacer. Es como si ni siquiera un solo día hubiera sido feliz. Ahora sentado en su trono piensa en las palabras que le ha dicho Samuel, que habrá otro rey. No sabe de quién se trata.

Antes se dijo que el Espíritu del Señor tomó a David después de ser ungido. Ese mismo Espíritu se ha apartado de Saúl y un espíritu malo le atormenta.

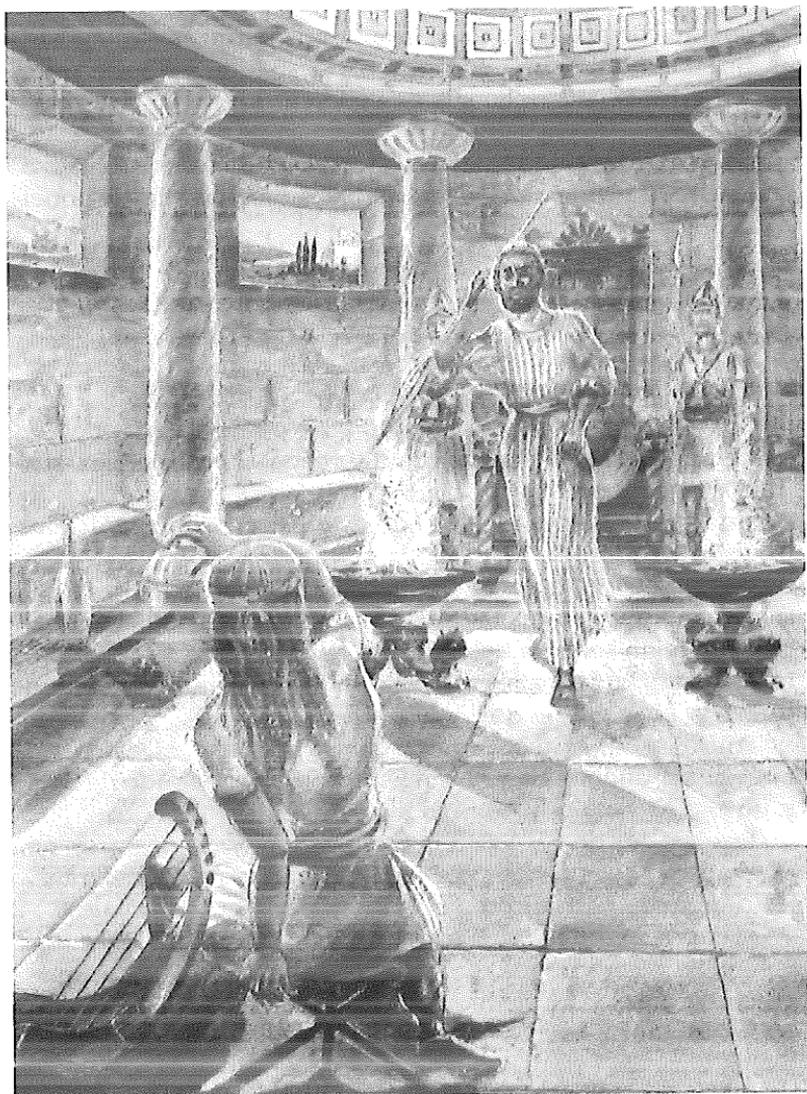
Los criados de Saúl se han dado cuenta de que su rey no es el mismo de antes. A veces se porta de una forma extraña, les da miedo, parece como si no estuviera en sus cabales.

—Señor —le dicen—, ¿qué te ocurre? Un espíritu malo te atormenta. Es necesario que recobres la alegría. ¿Quieres que busquemos a alguien que te toque el arpa? Tal vez sea un remedio.

Saúl lo aprueba.

—Sí, hacedlo —contesta.

—Conozco a uno —propone uno de sus criados— en Belén hay un joven que sabe tocar muy bien el arpa. Es David, el hijo



David calmando a Saúl

menor de Isaí. Es un joven valiente y muy inteligente, además el Señor está con él. Mándale venir.

Saúl escucha el consejo y envía un mensajero a Isaí pidiéndole permiso para que David venga a él.

Isaí manda a buscar a David que está con las ovejas y le entrega un regalo para Saúl: pan, vino y un cabrito. Con estos dones le envía a Gabaá. Tiempo después Saúl pide a Isaí si David puede quedarse en su compañía para siempre.

Cuando Saúl sufre ataques David viene y toca el arpa. Es un buen remedio. Cuando suena la música la angustia de Saúl desaparece.

No debe extrañarnos que Saúl llegue a amar mucho a David y que desee tenerle siempre en su palacio, haciéndole de escudero.

1 Samuel 17:1-54

Miles de israelitas ven con angustia y temor que un hombre muy alto se acerca. Tiemblan de miedo. Se hace un profundo silencio. Todos los ojos miran a aquel hombre que tranquilamente desciende por una colina para pararse en el valle. No es de extrañar que los israelitas estén asustados, pues ante ellos tienen un gigante. Mide unos tres metros de altura. ¿Quién es aquel gigante?

El enemigo ha invadido el país. Nuevamente ha estallado la guerra. Los filisteos habían sido expulsados del país, pero no habían sido exterminados y ahora han reunido de nuevo sus ejércitos y han invadido el país de los israelitas. Tratan de someterlos de nuevo.

Cuando Saúl se ha enterado de ello ha reunido a sus soldados y sale al encuentro de los filisteos. Tratará de detener al enemigo en los límites. Cerca de la frontera del país de los filisteos hay dos filas de colinas y entre ellas un valle.

Tras unas colinas está acampado el ejército filisteo y tras otras el de Israel; entre ambos ejércitos queda el valle por el que corre un arroyuelo. La lucha no tardará en estallar.

Una mañana, de madrugada, de detrás de las colinas donde están los filisteos aparece un hombre, que baja hacia el valle, es Goliat, viene de la ciudad filistea de Gat y es un gigante.

Viste una coraza de cobre para protegerse de la espada enemiga o de las flechas y lanzas. Aquel traje de cobre pesa unos ochenta kilos. Lleva ceñida una afilada y gran espada y en su mano una gruesa lanza de madera con una punta bien aguda, que pesa casi seis kilos. Delante de él va otro soldado filisteo que porta su escudo.

Goliat está en pie esperando. Los israelitas han tenido oportunidad de verle bien.

De pronto dice:

—No es necesario que todos luchemos. Soy filisteo. Yo lucharé en lugar de todo el ejército filisteo. Buscad también vosotros un soldado, el más grande, fuerte y valiente que encontréis y que venga contra mí para pelear. Si él me mata, todo nuestro ejército está vencido, hemos perdido la batalla; pero si venzo yo, todo el ejército israelita estará derrotado y seréis vosotros quienes habréis perdido la batalla.

Calla y queda esperando.

Los israelitas que lo han oído se miran los unos a los otros. Su corazón se llena de temor pues saben que entre sus soldados no hallarán a ninguno como aquel hombre. ¿Qué podrán hacer?

Los israelitas no se atreven a hacer nada.

Goliat sigue esperando, pero nadie viene a pelear con él y comienza a burlarse de ellos:

—¿No hay nadie que quiera luchar conmigo? Sois unos cobardes.

Se vuelve a sus propios soldados y los israelitas respiran. Tal vez pensaron que él iría contra ellos y habrían tenido que huir, pues nadie se atrevía a pelear contra aquel gigante.

Al anochecer vuelve y repite su oferta, pero ninguno de los israelitas se atreve a la lucha.

A la mañana siguiente vuelve y lo mismo a la noche y así durante tres días burlándose de los israelitas y también del Dios de Israel.

Los israelitas no hacen nada para impedir aquellas burlas pues tienen miedo. El mismo Saúl tiembla cuando se presenta

Goliat. Ni siquiera Jonatán, que es un valiente, se atreve. En esta ocasión no cree que Dios pueda ayudarle. Durante cuarenta días y cuarenta noches Goliat sigue en su actitud desafiante y burlona. Cada vez se burla más groseramente, su tono se vuelve más irónico.

Saúl promete enriquecer a quien se atreva a luchar contra aquel gigante. El israelita que se atreva además podrá casarse con su hija mayor y no tendrá necesidad de trabajar más. Pero todo es inútil.

¿Cómo terminará todo...?

Una mañana Goliat vuelve y blasfema de tal modo que se oye en todo el contorno. Los israelitas miran a escondidas al gigante. Han hecho lo mismo durante muchos días. De pronto se enteran de que hay uno que quiere luchar contra Goliat. Sienten curiosidad por saber de quién se trata.

Ya viene. Le traen ante el rey Saúl.

Cuando los israelitas le ven se decepcionan, se trata de un joven.

¿Quién es? –se preguntan unos a otros.

Ya le conocemos, le hemos visto antes. Es David, el arpista de los campos de Belén.

Cuando Saúl salió con su ejército, David se volvió a su casa. Los tres hermanos mayores de David se han marchado con el rey.

Isaí, su padre, está muy angustiado pensando cómo terminará aquella lucha. Diariamente le atormenta la angustia. Ya han pasado muchos días y no tiene ninguna noticia. No puede soportarlo más y llama a David y le dice:

–Debes ir al ejército. Ve a ver a tus hermanos y pregúntales cómo están.

A la mañana siguiente, de madrugada, emprende el viaje. Lleva consigo diez panes para sus hermanos y diez quesos para el capitán del ejército. Se los ha dado su padre.

Cuando David llega al campo está allí Goliat y escucha sus blasfemias y juramentos y esto le llena de indignación.

Los israelitas siguen temblando de miedo y comentando los unos con los otros todo lo que el rey ha prometido a quien se atreva a luchar contra Goliat. David lo escucha.

—¿Cómo? —pregunta con sorpresa—. ¿Qué ha prometido el rey? .

Le responden:

—El hombre que se atreva será enriquecido y podrá casarse con la hija mayor del rey Saúl y ni él, ni su familia tendrán que trabajar más para el rey, quedarán exentos de ello.

David no puede creerlo y pregunta a los soldados.

El hermano mayor de David está cerca de él y Eliab se irrita contra David. ¿Qué se ha creído que es? Ungido como rey piensa que podrá hacer todo lo que quiera.

—Vuelve a casa —dice con aspereza a David—, ¿tú qué haces aquí? Mejor estarías cuidando las ovejas.

David no le hace caso, es como si pensara: «No hay nadie que se atreva a luchar contra Goliat y dice que no hay ninguna razón. Si nadie se atreve iré yo».

Pero David, ¿sabes bien lo que vas a hacer? No tienes nada que hacer en esa lucha. Eres muy joven y Goliat es un guerrero con experiencia.

David no hace caso.

Cuando oye a Goliat burlarse, cuando le oye blasfemar del Dios de Israel, no puede soportarlo. Ama a Dios y no puede tolerar que aquel filisteo incircunciso se burle de su Dios; para David no tiene importancia su vida, sino el honor de Dios.

¿Qué pensáis vosotros, jóvenes? ¿Toleráis las blasfemias de los demás? ¿Calláis...? No debéis callar, sino amonestar, es vuestro deber.



David no puede soportar más aquellas burlas y blasfemias. Le llevan ante el rey. Cuando Saúl le ve, dice:

—Hijo mío, no puedes hacerlo. Ese filisteo te matará. Morirás.

—Señor —responde David—, ¿me permites que te diga una cosa? Una vez cuidando las ovejas de mi padre vinieron un león y un oso que robaron una oveja del rebaño y tu siervo mató a ambos animales. El Señor me ha dado la fuerza. El Señor también, pues, me ayudará contra Goliat. El Señor cerrará la boca de ese filisteo.

David cree firmemente que Dios le ayudará. David es un héroe de la fe. Tras escuchar las palabras de David, Saúl le dice:
-Ve y que el Señor sea contigo.

Arman a David con la coraza de Saúl, pero es demasiado grande y pesada y con ella no puede dar ni un solo paso. La espada de Saúl también es demasiado grande para él, por lo que se desprende de ambas y queda con su atavío de pastor.

En aquel tiempo, los pastores siempre llevaban una honda consigo. Cuando una oveja se descarriaba del rebaño, ponían una piedra en la honda y la lanzaban a la oveja que, asustada, volvía al rebaño. En nuestros tiempos los pastores normalmente tienen un perro, pero en Israel se servían de la honda. David también tiene una honda, y la lleva con él. Busca cinco guijarros agudos del arroyo y los pone en su bolsa y armado solamente con su cayado, una honda y cinco piedras parte a la lucha.

¿Cómo terminará...?

Los israelitas se miran unos a otros y señalan al joven tan valiente. Algunos piensan que se trata de un irresponsable, quizás algunos están preparándose para escapar.

Miles de miradas le siguen. Se ha hecho un profundo silencio. También Saúl sigue con la mirada al bravo David. Abner, el general, está junto a él.

De pronto Saúl pregunta a Abner:

-¿De quién es hijo ese joven?

Sí, Saúl conoce a David, sabe quién es, pero desea saber quién es su familia, ya que ha prometido que quien venza a Goliat podrá casarse con su hija mayor y por ello lo pregunta. Ya que si la familia de David es pobre, Saúl sentirá vergüenza de su yerno. Abner no lo sabe y, por consiguiente, tendrá que esperar a que vuelva David.

David ya descende por la colina. Goliat sigue esperando. Cuando ve que es un muchacho quien viene a su encuentro se enfurece. Es un muchacho con una vara quien quiere luchar contra él. Da gritos de furor. Piensa que los israelitas quieren reírse de él.

-¿Soy yo un perro -exclama-, para que vengas a pegarme con un palo?

Goliat se burla de David y le insulta.

–Ven aquí –vocea–, te mataré y las aves de rapiña comerán tu carne.

David no tiene miedo. Escuchad lo que dice:

–Tienes una espada, una lanza y un escudo, pero yo vengo a ti en el nombre del Dios de Israel al cual has provocado con burlas y blasfemias. Las aves no comerán mi carne sino la tuya. Goliat, no puedes burlarte del Dios de Israel. El Dios de Israel es más fuerte que todos tus dioses.

¡Qué gran valentía demuestra David!

Los dos se acercan.

Goliat, si lo desea, puede cubrir su rostro con una rejilla de cobre. Sin embargo, no lo cree necesario. A grandes pasos se dirige hacia David. David no huye, al contrario, se adelanta hacia Goliat. Disimuladamente toma una piedra y la pone en su honda... la piedra corta el aire y se clava en la frente de Goliat, es como una bala. Goliat con gran estruendo cae de bruces sobre la tierra. La primera piedra que David ha tirado le alcanza de lleno. Dios la ha dirigido así.

Goliat no se levanta, no puede, está muerto. Su boca ha sido cerrada para siempre.

David corre hacia él, saca la espada de su vaina y de un solo golpe separa la cabeza del tronco. Tanto los filisteos como los israelitas ven que Goliat ha sido muerto.

Cuando los filisteos lo ven se dan a la fuga. Han perdido la batalla. Los israelitas gritan de alegría y en seguida persiguen a los filisteos y los expulsan de su país.

Ha sido una gloriosa victoria que nadie esperaba. Para el Señor no hay nada imposible.

Jamás David habría conseguido tal victoria sin la ayuda del Señor. El mismo Dios, jóvenes, vive aún. Ojalá recurráis a Dios en todo.

Capítulo 66

GUARDADO POR EL SEÑOR

1 Samuel 17:55-58

1 Samuel 18:1-9

Cuando los israelitas se enteran de lo sucedido reina la alegría por todas partes del país. En cada ciudad, en cada pueblo, en todas partes se comenta la heroica acción de David.

El Señor se cuida de que David sea bien conocido ya que más tarde será el rey.

David ha salvado a todo el país, ha sido el instrumento en las manos de Dios.

Después de haber vencido al filisteo, David vuelve a Saúl.

Entonces el rey le pregunta:

–Joven ¿de quién eres hijo?

Y David responde:

–Soy hijo de tu siervo Isaí, que vive en Belén.

Es una respuesta muy humilde. David no se siente orgulloso, porque sabe que el honor de la victoria no se debe a él, sino a Dios.

Jonatán, el hijo de Saúl, está presente, él también es un héroe. En una ocasión libró a su pueblo de los filisteos, como relatamos en el capítulo 63. Podéis leerlo otra vez si no lo recordáis.

Sin embargo, en esta ocasión Jonatán no se ha atrevido a

luchar, pero no siente envidia; todo lo contrario, ama a David. Desde aquel momento, David y Jonatán, hacen una alianza y siempre serán amigos.

Los dos temían al Señor, los dos eran unos héroes. Los dos están unidos. Jonatán se despoja de sus ropas y se las da a David, lo mismo hace con sus armas. Era una prueba de la mayor amistad.

Saúl también está contento por aquella gran victoria.

El ejército vuelve a casa, la guerra ha terminado, el enemigo ha sido expulsado. Al frente marchan Saúl, Jonatán y David. Las mujeres y las jóvenes salen a su encuentro. Cantan en honor de los vencedores. Escuchad su canción:

–Saúl ha herido sus miles y David a sus diez miles.

Están alegres porque todo ha terminado bien. Pero cuando Saúl oye la canción se enfada y dice:

–No es justo. Alaban a David por diez miles y a mí por miles.

Lúgubres pensamientos vuelven a Saúl. Sabe que de su descendencia nadie será el rey, sabe que vendrá otro rey.

Un súbito pensamiento le atormenta: «Este nuevo rey puede ser David». Si fuera así... intentará matar a David a fin de que no pueda ser rey.

Saúl entra en su palacio, pero ha perdido la alegría, está descontento, enojado, tiene envidia de David.

Se da cuenta de que todos aman a David, que le consideran un héroe y que le temen. Saúl no puede soportarlo.

1 Samuel 18:10-30

1 Samuel 19:1-8

Al día siguiente Saúl está sentado en su trono y tiene un aspecto extraño. Sus ojos tienen una mirada rara. El espíritu malo angustia de nuevo a Saúl y parece como si estuviera loco. Sus siervos se asustan, tan asustados están que no se atreven a levantar la voz, sólo se escuchan murmullos.

La Biblia nos dice que Saúl profirió toda clase de insultos. Es posible que él mismo no supiera lo que estaba diciendo.

El estado en que queda sumida una persona que tiene perturbadas las facultades mentales es muy lamentable.

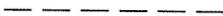
Se abre la puerta y entra David con su arpa en la mano. La música resuena en la habitación. Todos respiran de nuevo. David está tocando el arpa para el rey. Esto aliviará a Saúl y se tranquilizará y el espíritu malo se acabará como ha sucedido en otras ocasiones.

Saúl se tranquiliza, escucha la bella música de David. Entre sus manos aprieta una lanza. Parece que Saúl está mejor, pero no es así, una aviesa idea atraviesa su mente. Matará a David con la lanza y así todo habrá terminado. David continúa tocando tranquilamente, no sospecha nada. Inesperadamente Saúl se levanta y arroja su lanza contra David, éste se agacha y la lanza pasa rozándole. Ha errado el blanco, aunque por poco.

El Señor ha guardado a David, de lo contrario habría sido muerto. Los criados de Saúl que lo han visto se han puesto pálidos. David no es merecedor de esa mala acción.

Saúl se da cuenta de que sus criados se han enfadado por su acción y piensa: «He de proceder con más prudencia para que no me odien».

Con gran hipocresía trata de demostrar que su intención no era mala. Nombra después a David capitán de un ejército de dos mil hombres. Cada día David sale con su ejército a luchar contra los filisteos. Pero el Señor guarda siempre a David. Los soldados poco a poco comienzan a amarle. Saúl que se entera teme a David, lo envidia, pero no se atreve a hacerle ningún mal.



Un día David ha de presentarse al rey. Saúl le dice:

—David ¿conoces mi promesa de que el hombre que venciera a Goliat tendría a mi hija mayor, Merab, por mujer? Pues bien, como has matado a Goliat podrás casarte con mi hija, pero antes tendrás que luchar bravamente contra los filisteos.

Parece muy amable Saúl, pero para sí mismo está pensando: «Quizás los filisteos le maten. Así lo espero y de esta forma no habré sido yo quien le haya matado, sino los filisteos».

Es un pensamiento muy pérfido.

Sin embargo, David no cae, el Señor no lo permite. Saúl debe mantener su promesa.

Se hacen los preparativos para la boda. Todos están seguros de que David se casará con Merab, la hija mayor de Saúl, pues tiene la firme promesa. Pero por órdenes de su padre, Merab se casa con otro hombre, con Adriel.

Ha sido una mala jugada.

Saúl tiene otra hija, se llama Mical y siente gran afecto por David y le ama. Saúl se da cuenta de ello y dice a David:

—Puedes casarte con Mical, pero antes has de matar a cien filisteos.

En su interior sigue pensando que David caerá en la lucha.

Pero Saúl no sabe que eso no sucederá porque el Señor cuidará de David. David marcha a la guerra y no mata a cien filisteos, sino a doscientos, dos veces más que los pedidos por Saúl.

Ahora Saúl no se atreve más y casa a David con Mical; ahora David es yerno del rey.

Saúl debería amar a David pero sin embargo, le teme y le odia.

Como ve que David no es matado por los filisteos llama a su hijo Jonatán y le dice:

—Jonatán, debes matar a David de tal forma que nadie pueda sospechar nada.

Pero Jonatán no acepta, quizás, haya respondido:

—Padre, no puedo hacerlo. David es mi mejor amigo. ¿Por qué voy a matarle?

Saúl no puede dar una respuesta. Jonatán avisa inmediatamente a su amigo. Cuando Saúl comprende que ha fracasado su plan pide a sus criados que lo hagan, pero los siervos tampoco quieren hacerlo. Seguro que le han contestado:

—No señor, no lo haremos. David ha salvado a Israel, nos ha librado de los enemigos. Sólo ha hecho bien. No puedes pedirnos eso.

Jóvenes, Saúl es un impío, en el fondo es un asesino.

David está en continuo peligro, la muerte le acecha. Sin embargo, permanece junto al rey, sabe y cree que Dios es poderoso para guardarle y protegerle.

1 Samuel 19:9-24

Un día Saúl vuelve a tener dificultades. Su estado no mejora, esas ráfagas de locura vuelven y las tendrá hasta el final. Cada día irá de mal en peor. Todos están asustados. Pero David está en casa y le llaman para que toque el arpa.

Unos días antes, David había salido con su ejército para luchar contra los filisteos y los había vencido. El ejército filisteo había huido y David había vencido una gran batalla. Cayeron muchos. David ha vuelto cargado de honor y de gloria, y es posible que la envidia se haya apoderado de nuevo de Saúl. No puede soportar que los israelitas amen tanto a David.

El espíritu malo se ha vuelto a apoderar de él.

David entra y comienza a tocar el arpa. Intenta tranquilizar a Saúl.

Otra vez Saúl tiene la lanza en sus manos, pero David no ha olvidado lo ocurrido en la ocasión anterior y no pierde de vista los movimientos de su suegro.

Nuevamente Saúl lanza la lanza contra David con gran fuerza, pero éste salta hacia un lado y evita el golpe mortal. Con tal fuerza ha lanzado Saúl que la lanza queda clavada en la pared. Es la segunda vez que Saúl intenta matar a David a pesar de que había hecho un juramento, había dicho: «Vive el Señor, que David no morirá».

Pero Saúl no hace caso de ello. Su furor, su odio y su envidia llenan su corazón y sólo piensa en una cosa: «David debe morir».

Por fortuna la lanza erró el blanco y David huye del palacio dirigiéndose a su propia casa, donde está su mujer, Mical.

Saúl no desiste de su propósito. Envía mensajeros a la casa de David para evitar que huya y así pueda ser matado a la mañana siguiente.

Mical se lo dice a David y le aconseja que huya y le prestará su ayuda. No puede salir por la puerta ya que los soldados de Saúl la están vigilando. Entonces lo descuelga por una ventana de la parte trasera de la casa de tal forma que David huya sin ser visto.

Cuando se ha perdido de vista, Mical va a los mensajeros que han venido a por David y les dice:

—David está enfermo.

Éstos se marchan y dicen al rey:

—David está enfermo y no puede venir.

El rey enfurecido dice:

—Tiene que venir, traedle en su propia cama, debe morir.

Por segunda vez acuden a la casa de David, entran en su dormitorio y ven que David no está allí, en la cama sólo hay una estatua. Mical ha engañado a su padre para salvar a David. Los mensajeros vuelven de vacío.

Saúl se enfurece al conocer lo que ha hecho Mical y la manda venir.

—¿Por qué has hecho eso? —dice furiosamente—, ¿por qué has dejado huir a mi mayor enemigo?

—No ha sido culpa mía —responde temblando—, me dijo que me mataría si intentaba retenerlo y no he tenido más remedio que dejarle ir.

Mical está mintiendo, ¿por qué no es sincera y dice valientemente la verdad? Teme a su padre e intenta salir del apuro.

Mientras tanto David ha huido. ¿Dónde? Decide ir a casa del viejo Samuel porque quizás él pueda aconsejarle.

Por desgracia por todas partes hay traidores, lo mismo antes que ahora. Entonces vienen a decir a Saúl que David está en casa de Samuel, en Ramá.

Sin perder tiempo Saúl envía soldados para prenderle.

En Ramá existía una escuela de profetas, en la cual los jóvenes profetas eran instruidos por Samuel.

Cuando los soldados llegan a Ramá, los profetas están profetizando. Cuando los soldados cercan a David para apresarle,

el Espíritu de Dios viene también sobre los soldados y comienzan a profetizar, de forma que se olvidan de la orden de Saúl para que lleven a David.

Por segunda vez Saúl envía más mensajeros y también éstos comienzan a profetizar. Nuevamente Saúl vuelve a enviar soldados pero resulta inútil.

Saúl se enoja y dice:

-Si nadie es capaz de traerle iré yo mismo a buscarle para matarle.

Corre hacia Ramá con malas intenciones. Cuando llega, el Espíritu del Señor viene también sobre él y comienza también a profetizar olvidándose del motivo de su viaje.

Indudablemente el Señor protegía a David.

Quizás os habéis preguntado ¿Saúl era profeta?

No, Saúl era un hombre impío, pero el Espíritu del Señor le ha impedido que haga mal a David.

Es una bendición para David que el Señor le guarde, de lo contrario habría terminado mal. Hubiera sido matado, pero no sucedió así.

Al que Dios guarda, está bien guardado.

Capítulo 67

EL FUGITIVO

1 Samuel 20

—¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué maldad o pecado he cometido contra tu padre que me busca para matarme? —dice con tristeza David a Jonatán.

Después que David estando en Ramá fue protegido por el Señor de tal forma que Saúl no pudo hacer nada contra él, David ha ido a ver a Jonatán para ver si él puede ayudarle.

Jonatán trata de consolarle:

—David, no debes pensar tal cosa. Si fuera cierto mi padre me lo hubiera dicho ya que él no me oculta nada.

David mueve la cabeza con tristeza y responde:

—Tu padre sabe que somos amigos y por esta razón no habla contigo de este asunto. Jonatán, estoy a un paso de la muerte, en ningún lugar mi vida está segura.

En su interior Jonatán teme que lo que está diciendo David sea verdad.

—¿Qué puedo hacer por ti? —pregunta Jonatán

—Escucha —dice David—, mañana tendréis una fiesta. Normalmente yo tendría que asistir a ella, pero no me atrevo. ¿Te parece bien que no asista? Iré a Belén, a casa de mi padre, que allí también celebran la fiesta. Si el rey pregunta por mí, dile que he ido a Belén. Si tu padre está de acuerdo y no se enfada me será la señal de que sigue deseando mi muerte. ¿Lo harás por mí?

-De acuerdo -responde Jonatán-, ve a Belén.

-Sí -continúa David-, pero ¿cómo sabré yo la reacción de tu padre? Debo saber cuál ha sido su reacción.

Jonatán queda pensativo y mirando.

-Ven -propone-, demos un paseo fuera de la ciudad por el campo para que podamos charlar tranquilamente.

Cuando están fuera de la ciudad Jonatán se detiene y dice:



β

David y Jonatán paseando por el campo

—Te prometo solemnemente que te diré cuanto suceda y lo que diga mi padre. Pero debes prometerme también tú una cosa. Cuando llegues a ser rey respetarás mi vida y la de mis hijos.

¿Os dais cuenta? Jonatán ya sabe que David será el rey. ¿Cómo lo ha sabido?

La Biblia no nos dice nada al respecto. Tal vez se lo ha dicho David o, quizás, el mismo Jonatán se ha dado cuenta por sí mismo de que David era el futuro rey, de todas formas, Jonatán lo sabe.

Antes ha pensado muchas veces que si el nuevo rey subía al trono seguramente mataría a la familia del rey anterior. Era una costumbre normal para evitar que algún miembro de la familia real tratara de destronarlo.

Más adelante se hablará de ello.

Ésta es la causa de la petición de Jonatán.

—No tengas miedo, Jonatán, no haré ningún mal a tu familia —responde David.

—Júramelo —pide Jonatán.

David lo hace y renuevan la alianza entre los dos.

Por último Jonatán dice a David:

—Márchate, pero vuelve dentro de tres días y te escondes detrás de aquella gran piedra que está junto al camino. Entonces yo saldré con mi criado, como si estuviera de caza. Tiraré una saeta y mi criado irá a recogerla. Si yo digo a mi criado: has ido demasiado lejos, la saeta está más cerca, entonces no deberás temer ningún mal. Pero si le dijere: la saeta está mucho más lejos, entonces es la señal de que mi padre desea matarte. ¿De acuerdo?

Jonatán regresa a la ciudad y David se dirige a Belén.

— — — — —

Hay una gran animación en el palacio del rey, la sala está repleta de invitados. Largas mesas cubiertas de platos dispuestos. Cuando todos se han sentado comienza la cena. Hay un asiento vacío, es el de David.

El rey se da cuenta y piensa: «Quizás no puede venir David», pero nada dice. Al día siguiente el asiento de David sigue vacío y Saúl pregunta:

—¿Puede alguien decirme por qué no ha venido David?

No lo pregunta así exactamente, la Biblia nos dice que dijo:

—¿Dónde está el hijo de Isaí?

Ha sido una pregunta burlona, llena de ira y menosprecio.

Saúl está sentado a la mesa de la fiesta, pero su corazón está lleno de ira. Esperaba encontrar a David allí y así poder matarlo, por esa razón pregunta por David.

—Puedo responderte, padre —dice de pronto una voz—. David ha ido a Belén porque allí también celebraban una fiesta. Me ha pedido permiso y se lo he concedido.

Ha sido Jonatán quien ha hablado.

Se hace un pesado silencio. Todas las miradas se dirigen al rey y todos se asustan. Saúl se pone rojo de ira y con mirada furiosa se dirige a su hijo Jonatán.

—Tú eres tonto —dice severamente—, ¿no te das cuenta de que si actúas de esta manera nunca llegarás a ser mi sucesor? Mientras viva el hijo de Isaí tú no serás rey. Tráele porque inmediatamente morirá.

—Padre —exclama Jonatán—, ¿por qué debe morir David? ¿Qué ha hecho? Saúl se levanta y arroja su lanza contra su propio hijo. Por suerte erró el blanco, el arma pasó rozando a Jonatán.

Como podéis ver Saúl, a veces, está loco. Un hombre en su sano juicio no hace tal cosa, sólo una persona alienada.

Se ha hecho un profundo silencio. Toda la alegría ha desaparecido. Jonatán se ha asustado, él también está furioso, pero guarda silencio. Sabe que no puede discutir con su padre. Se levanta de la mesa y se marcha, no quiere seguir allí. Ya sabe con certeza que su padre desea matar a David.

Esa noche no puede dormir, está angustiado por la suerte de su fiel amigo.

Cerca de Gabaá, donde vive el rey, al borde del camino hay una gran roca y tras ella está agazapado un hombre para que nadie le vea. De vez en cuando levanta la cabeza y mira a su alrededor.

Es David que ha estado en Belén participando de la cena del sacrificio anual, que allí se ha ofrecido.

Mientras los demás participaban con alegría, él estaba triste. Le atormentaban las preocupaciones. Miles de pensamientos acudían a su mente:

¿Qué estaría sucediendo en el palacio real? –se preguntaba una y otra vez.

Después de la fiesta se marchó al lugar que había acordado con Jonatán y ahora espera la llegada de su amigo.

En la lejanía ve que dos hombres se acercan. Cuando están próximos su corazón comienza a latir velozmente, conoce a aquellos dos hombres. Uno es Jonatán, el otro su criado que lleva la aljaba y el arco de Jonatán. Jonatán se detiene y dice a su criado:

–Aléjate de forma que puedas ver dónde llega mi saeta.

El criado obedece y Jonatán levanta el arco, coloca una flecha y tira... La flecha sale silbando y pasa por encima de la cabeza del criado. Jonatán le dice:

–La saeta ha ido más lejos, ve a buscarla.

El criado lo hace, encuentra la saeta y la trae a su señor. No sabe qué significa aquello, pero David que espera escondido sí lo sabe muy bien. Está perdido. Su suegro Saúl sigue intentando matarle. Está en peligro de muerte.

Jonatán entrega el arco y la aljaba a su criado y le dice que se marche. Él va a la roca detrás de la cual está escondido David. Cuando ya el criado ha desaparecido, David se levanta y va al encuentro de su amigo, se inclina ante él y ambos comienzan a llorar. No se dicen nada, no es necesario. David lo ha comprendido todo, llora profundamente. Jonatán también llora, tiene el corazón angustiado por su amigo. No encuentra palabras para consolar a David. Al fin dice:

–Vete en paz. Pase lo que pase seremos fieles el uno al otro. Cumpliremos nuestro compromiso y nuestro juramento.

Ambos se despiden.

Lentamente Jonatán se dirige al palacio de su padre. David no sabe dónde ir, le costaría la vida. ¿Dónde escapar...?

1 Samuel 21:1-9

A una hora de camino, al sur de Gabaá está situado el pueblecito de Nob. Después que los filisteos destruyeron Silo los israelitas llevaron el tabernáculo a Nob. Posiblemente el arca aún está en Chiriath-jearim, de todas formas, el arca no estaba en el tabernáculo. En Nob vive el sumo sacerdote, Ahimelec, descendiente de Elí. Todos los descendientes de Elí viven en Nob.

Un día un hombre se acerca al tabernáculo. Ahimelec le ve y de repente se sorprende.

–¿Qué viene a hacer aquí este hombre? –murmura. Ha reconocido al hombre que se acerca, es David, el vencedor de Goliat, es el yerno del rey. Ahimelec desconfía, se pone nervioso, sale al encuentro de David y le pregunta:

–¿Por qué vienes solo? ¿Por qué no te acompaña nadie?

Entonces, al igual que actualmente, las personas de cierta importancia solían ir acompañadas por un grupo de personas que las protegían de cualquier peligro que pudiera acaecer por el camino.

David inmediatamente se da cuenta de que Ahimelec está asustado y trata de tranquilizarle.

–El rey me ha encomendado un asunto secreto –dice– y nadie debe enterarse, por eso vengo solo.

Es mentira, David no ha dicho la verdad y las consecuencias de la mentira serán graves. Ahimelec cree a David.

–He salido tan aprisa –dice David– que ni siquiera me di cuenta de tomar víveres para el camino. ¿Tienes algún pan para mí?

–No tengo nada –responde Ahimelec–, sólo los panes de la proposición.

¿Recordáis que cada semana eran puestos en el tabernáculo doce panes? Estos panes tenían que ser cambiados regularmente y sólo los sacerdotes podían comerlos. Ahimelec no tiene ningún pan, ni siquiera los panes que había cambiado de la proposición.

—Dame alguno de los panes de la proposición —dice David— me hacen falta, para poder seguir mi camino.

Ahimelec consiente y entrega unos panes a David, cuando los guarda le pregunta:

—Tal vez podrías darme una lanza o espada, ya que en mi precipitación olvidé tomar mis armas.

—Sí, tengo la espada de Goliat, a quien tú venciste.

David toma la espada y se marcha de Nob siguiendo su huida.

Sin embargo, David está intranquilo ya que alguien que estaba cerca del tabernáculo le ha visto. Precisamente era Doeg, Idumeo, servidor de Saúl, que estaba cuidando el ganado del rey, él también ha visto a David. Pensamientos inquietantes acuden a la mente de David, quizás Doeg avise a Saúl, o a lo mejor no dice nada. De todas formas cuando Saúl quiera ir a buscarle a Nob, él ya estará lejos. No piensa más en ello.

1 Samuel 21:10-15

Vamos a ir con el pensamiento a la ciudad filistea de Gat. Un extranjero recorre sus calles. Los filisteos le ven y le reconocen. Todos le miran con enojo, se lanzan contra él y le cogen.

—Te hemos cogido —gritan furiosos—, te llevaremos ante nuestro rey.

¿Quién es ese extranjero? ¿Por qué los filisteos se enfurecen contra él? Es David, pero... ¿a qué ha ido a esa ciudad?

David huyó también de Nob cuando se dio cuenta de que Doeg le había visto, allí no estaba seguro. Había pensado: «Voy a ir durante algún tiempo al país de los filisteos, allí no me buscará Saúl, estaré seguro.»

Pasa la frontera filistea y llega a Gat. ¿Ha pedido consejo al Señor? ¿Ha orado al Señor para que le guarde? No, no lo ha hecho. Quiere guardarse a sí mismo, pero el Señor le hace ver que él no puede guardarse a sí mismo. Ahora está en Gat, en su mano lleva la espada de Goliat. Es muy posible que Goliat hubiera nacido en Gat.

Los habitantes de Gat, han visto a David y le han reconocido, también han reconocido la espada de Goliat.

—Es David —dicen—, nuestro mayor enemigo, que ha matado a muchos de los nuestros.

David se da cuenta de que la gente le mira, escucha lo que dicen y se asusta. Se da cuenta de que se ha metido en otro peligro, que le matarán. Tal vez intenta escaparse, pero le cogen y le llevan ante el rey Aquis.

David está angustiado, ahora lo matarán.

Mientras le conducen a Aquis, David cambia de repente, su expresión se hace extraña, sus ojos se ponen en blanco, la saliva le resbala por la barba, comienza a violentarse. Cuando pasa cerca de una pared se rasca contra ella como un loco. Es arrastrado ante Aquis, que siente un gran odio hacia él.

—¿No os dais cuenta de que este hombre está loco? ¿No veis que se trata de un demente? —dice a sus criados—, este hombre es inofensivo. Soltadle.

Los filisteos se dan cuenta de ello y le dejan ir.

Pobre David, la angustia y el miedo le han vuelto loco. Babeando, rascándose y riendo locamente, recorre cojeando las calles, llega a la puerta de la ciudad, la atraviesa y marcha lejos...

De pronto aquella expresión desaparece y vuelve a su estado normal. Con paso rápido continúa su camino, cuando llega a un arroyo se lava y sonríe maliciosamente.

¿Qué ha sucedido? ¿Se había vuelto loco de verdad?

Aparentemente así lo parecía, pero no era verdad, se había hecho el loco. Mala cosa hizo David.

Jóvenes, no imitéis nunca a personas que tienen algún defecto, es algo que jamás debemos hacer, es un pecado.

Pese a que David lo hizo para salvar su vida, era una cosa mala.

Después regresa a su país y agradece a Dios que le haya salvado de tan grandes peligros, pero en su patria también está en peligro. ¿Qué hacer...?

FIN DEL TOMO II

Niños y mayores se deleitan con las historias, y especialmente la juventud tiene predilección por los libros de historias y aventuras. No hay duda de que la Santa Biblia es el libro más famoso de la Humanidad, pero algunas partes de su texto pueden resultar poco interesantes para el lector que busca una lectura amena.

La idea de seleccionar los relatos y aventuras más prominentes de la Sagrada Escritura tuvo tal aceptación que ha sido necesario en los últimos veinte años repetir las ediciones, pues los jóvenes lo han leído con interés y muchos maestros de Escuela Bíblica Dominical lo han usado de texto básico para sus lecciones.

Recomendamos toda la colección que abarca el Antiguo y Nuevo Testamentos.



ISBN 84-7645-763-4



9 788476 457634